



JAMES SIEGEL

DESCARRILADO

Una mezcla explosiva entre
Atracción fatal y *Sospechosos habituales*

L A T R A M A

DESCARRILADO

JAMES SIEGEL

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

***Agradecimientos: a Amabe y LTC por el
Escaneo y corrección del doc original***

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.
Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en
<http://validator.idpf.org/>

Para Mindy, que cuida de su familia como de su jardín: con mucho amor, una dedicación constante y un entusiasmo inagotable.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias tanto a Sara Ann como a Sarah (sin más) por ayudarme infinitamente a estructurar esta novela, a Larry por creer en ella y, naturalmente, a Richard por defenderla a capa y espada.

ATTICA

Doy clases de lengua y literatura, de lunes a viernes, en el Instituto de Educación

Secundaria de East Bennington, y también dos tardes a la semana en la Cárcel Estatal de Attica; es decir, que me paso la vida conjugando verbos para delincuentes y enseñando adjetivos a reclusos. En una clase los alumnos se sienten como si estuvieran enjaulados, y en la otra lo están de verdad.

Los días que voy a Attica ceno pronto con mi mujer y mis dos hijos. Les doy un beso de despedida a mi esposa y a mi hija, ya adolescente, y al chaval, de cuatro años, lo llevo a caballito hasta la puerta de casa. Después lo dejo en el suelo con cuidado, le doy un beso en la frente, tan tersa, y le prometo que pasaré por su cuarto al regresar.

Me subo a mi Dodge Neon, que ya tiene ocho años, y conduzco rodeado de un halo de bienestar emocional.

Para cuando cruzo el detector de metales de la Cárcel de Attica ese bienestar ha desaparecido.

Quizá se deba a la placa de latón que ocupa un lugar destacado en una de las paredes de la sala de visitas. «Dedicado a los agentes de prisiones que han perdido la vida en los amotinamientos de Attica», dice. No hay ninguna placa que recuerde a los reclusos muertos.

Hace muy poco que he empezado a dar clases en la prisión y aún no sé qué me da más miedo, si los internos o los celadores. Seguramente los celadores.

Está claro que no les caigo demasiado bien. Me consideran un lujo, como la televisión por cable, algo que los reclusos no se merecen, consecuencia de una idea de algún liberal al que nunca le han clavado un cuchillo en las costillas ni le han tirado heces a la cara, alguien que nunca ha tenido que despegar un cadáver tatuado de un charco de sangre infectada de sida.

Me saludan con un desprecio apenas disimulado. «Es el cerebritito», murmuran. Un día uno de ellos garabateó en la pared del lavabo de visitas: «El cerebritito es un finolis y un maricón.»

Les perdono.

Son la población minoritaria de un lugar en el que la mayoría, esclavizada, hierve de odio. Para sobrevivir a esa animadversión sólo tienen un arma: más odio. No se les permite llevar pistola, por lo que sólo pueden luchar con la actitud que adoptan ante la vida.

En cuanto a los reclusos que asisten a mi clase, son bastante dóciles, lo cual me sorprende. Muchos de ellos han tenido la mala fortuna de que les aplicaran la draconiana legislación antidroga de Rockefeller, que pena la adquisición de pequeñas cantidades de cocaína como si fuera un delito grave y violento. Les noto más desconcertados que otra cosa.

De vez en cuando les encargo que hagan redacciones. «Escribid algo —les digo—. Lo que sea. Cualquier cosa que os interese.»

Al principio les pedía que las leyeran en clase, hasta que un día uno de los reclusos, un negro de ojos endrinos llamado Benjamin Washington, leyó un texto bastante incoherente. No tenía pies ni cabeza, y sus compañeros se rieron de él. Benjamin se molestó y más adelante apuñaló por la espalda a uno de ellos mientras desayunaban sus habituales huevos revueltos aguados y sus tostadas quemadas.

En aquel mismo instante decidí que los trabajos no fueran firmados.

Escriben sobre cosas que les interesan y dejan las páginas encima de mi mesa sin haber puesto su nombre. Yo las leo en voz alta y nadie tiene modo de saber quién ha escrito el qué. Lo sabe el autor, y con eso basta.

El otro día, sin embargo, les pedí que contaran algo que pudiera interesarme a mí: su historia, cómo habían llegado hasta allí, por ejemplo, hasta la clase de lengua y literatura del señor Widdoes, en la sala de esparcimiento de la Cárcel Estatal de Attica. Si querían escribir, les dije, tenían que empezar por el escritor mismo.

Me pareció que podría ser instructivo, una experiencia catártica, incluso, y quizá más interesante que «Peque, la mariposa», una redacción que me había entregado poco antes un interno, aunque no sé cuál, evidentemente. Peque llenó de color y belleza un solar cubierto de malas hierbas junto a unos bloques de viviendas de protección oficial hasta el día en que, por desgracia, fue «aplastada como un insecto» por un camello que estaba pasando drogas por el barrio. Según se explicaba a pie de página, Peque era un «personage cinbolico».

Les puse la tarea un jueves y al martes siguiente me encontré las redacciones desparramadas encima de mi mesa. Las leí al azar. La primera trataba sobre un inocente al que le habían tendido una trampa para incriminarlo en un robo a mano armada. La segunda contaba la historia de un inocente al que le habían tendido una trampa para incriminarlo por posesión de drogas. La tercera hablaba de un inocente al que le habían tendido una trampa...

Tal vez no fuera a ser tan esclarecedor.

O sí, porque de repente topé con un relato diferente. O quizá no se tratara de un relato (aunque tenía título), sino más bien de la introducción a una narración, o la invitación a leerla, para ser más exactos.

Trataba de otro inocente.

De un hombre que un día se subió a un tren para ir al trabajo.

Y entonces le sucedió algo.

DESCARRILADO

La mañana en que Charles iba a conocer a Lucinda, abrió los ojos, y aún en la cama, tardó unos instantes en recordar por qué prefería mantenerlos cerrados. Cuando su hija, Anna, lo llamó desde el pasillo se acordó de inmediato. Le pedía dinero para el almuerzo, una nota para el profesor de Educación Física y su colaboración en la redacción de una reseña que debería haber entregado el día anterior. No necesariamente en ese orden. Con una destreza digna del mejor malabarista, Charles consiguió hacer las tres cosas y además ducharse, afeitarse y vestirse. No tenía más remedio, puesto que su esposa, Deanna, ya se había ido al trabajo, en el colegio público 183 de Nueva York, y lo había dejado a cargo de todo. Al bajar las escaleras y entrar en la cocina vio el medidor de glucemia de Anna y una jeringuilla usada en la encimera.

Anna había conseguido que saliera tarde. Al llegar a la estación el tren ya se había ido; todavía tuvo tiempo de escuchar el tenue reflejo de su estruendo mientras se alejaba. Cuando llegó el siguiente, el andén ya se había llenado otra vez con un plantel de viajeros completamente nuevo que se dirigían a sus trabajos en Nueva York. Conocía de vista a casi todos sus compañeros de trayecto del tren de las 8.43, pero aquél era el de las 9.05, de modo que se hallaba en un terreno desconocido. Encontró un buen sitio y se sumergió de inmediato en la sección deportiva del periódico. Corría el mes de noviembre, por lo que el béisbol había desaparecido de los titulares tras ganar su equipo favorito otra liga. El baloncesto aún estaba tomando impulso, pero el fútbol americano ya había desvelado la promesa de otra temporada de terribles sufrimientos. Así pasó aproximadamente los siguientes veinte minutos: con la cabeza gacha, la mirada fija en la página y el cerebro repleto de estadísticas sin sentido que era capaz de recitar de un tirón como su número de teléfono, cifras que podía repetir en sueños (cosa que a veces sucedía), aunque sólo fuera para no tener que dar vueltas a otras. ¿Qué otras cifras? Pues, por ejemplo, las del medidor de glucemia de Anna, unos números que subían con una facilidad escalofriante. Hacía más de ocho años que su hija sufría diabetes juvenil, y su estado de salud no iba nada bien. Así pues, dada la situación, prefería un número como 3,25 (el promedio de carreras limpias durante la última temporada de Roger Clemens, *Cohete*, el mejor de la liga). O el 22, ése sí que era un buen número capicúa (la media de puntos por partido de Sprewell, con sus trenzas de rastafari al viento y la camiseta de los Knicks de Nueva York). Eran números que podía mirar sin que le entraran náuseas. El tren dio una sacudida y se detuvo. Estaban entre dos estaciones y a los lados de la vía vio filas de casas de una sola planta de color parduzco. De repente se le ocurrió que, aunque había hecho aquel trayecto innumerables veces, era incapaz de describir uno solo de los barrios por los que pasaba. En algún momento, durante otro recorrido, el que le había llevado a los cuarenta años, había dejado de mirar por las ventanillas. Volvió a meterse en la madriguera del periódico.

Y en aquel mismo momento, en algún punto situado entre la columna de Steve Serby sobre las utilidades de la repetición y el lamento de Michael Strahan por la tendencia decreciente de las capturas en su haber, fue cuando sucedió.

Más adelante se plantearía exactamente qué le había empujado a levantar la vista otra vez en aquel preciso instante.

Se preguntaría una y otra vez qué habría sucedido si no lo hubiera hecho. Se torturaría pensando en todas las variantes, en lo que podría haber sido y no fue, en los porqués y en los cómo.

Pero lo cierto es que levantó la vista.

El tren de las 9:05 de Babylon a Penn Station siguió avanzando, de Merrick a Freeport, a Baldwin y a Rockville Center. De Lynbrook a Jamaica, a Forest Hills y a Penn Station, ya en Manhattan.

Pero Charles descarriló, manifiesta y espectacularmente.

ATTICA

Dos días más tarde, después de cenar, mi hijo se me subió al regazo y me exigió que jugara a buscar el tesoro por su espalda.

—Vamos a buscar un tesoro —susurré mientras con los dedos daba unos pasitos que subían y bajaban por su columna vertebral—. La equis marca el lugar exacto del escondrijo...

Se retorció y se reía, y me di cuenta de que olía a champú, a caramelos y a plastilina, una mezcla de aromas que era claramente suya y sólo suya.

—Para descubrir el tesoro, das pasos grandes y pasos pequeños —fui murmurando, y cuando terminé me pidió que le dijera exactamente dónde estaba su tesoro, y le contesté de inmediato. Siempre jugábamos igual, el tesoro siempre era el mismo.

—Justo aquí —contesté, y le abracé.

Mi esposa, sentada al otro lado de la mesa, nos sonrió.

Tras despedirme de todos con sendos besos, me detuve unos segundos antes de salir de casa. Era como si estuviese intentando absorber toda la energía positiva que iba a hacerme falta para pasar el resto del día, para cruzar el arco de ladrillos rojos de la entrada de Attica y meterme en la fétida sala de esparcimiento, como si constituyese una especie de aura mágica capaz de protegerme.

—Ve con cuidado —me aconsejó mi mujer desde la puerta de casa.

Al pasar por el detector de metales, éste comenzó a sonar *como* una sirena antiaérea.

Me había olvidado de sacar del bolsillo las llaves de casa.

—Eh, tú, pringado —me dijo el celador mientras me cacheaba—, ¿es que no sabes que las llaves son de metal?

También les gustaba llamarme «pringado». «Cerebritito» sólo era uno de los tantos moteos que me habían puesto.

—Lo siento —me disculpé—. No me he acordado.

En cuanto entré en el aula me percaté de que había otra entrega de la historia encima de la mesa, esperándome. Once páginas cuidadosamente impresas.

«Sí —me dije—. Esto apenas acaba de empezar.»

Tras aquella remesa fueron llegando las demás, puntuales como un reloj: a partir de aquel día me encontraría una nueva entrega de la historia cada vez que entrara en la clase.

A veces sólo había una o dos páginas, otras varios capítulos. Me las encontraba encima de la mesa, siempre como la primera, sin firmar. La narración se desarrollaba poco a poco, igual que esos culebrones televisivos que impiden al espectador apartar la vista de la pantalla. No es mala comparación, porque, al fin y al cabo, terminaría conteniendo todos los ingredientes de un serial: sexo, mentiras y tragedia.

Esas entregas no se las leía a la clase. Había comprendido que desde aquel momento me concernían solamente a mí. A mí y a su autor, claro.

Y, por cierto: había veintinueve alumnos en mi clase, dieciocho negros, seis hispanos y cinco blancos (como el papel).

Estaba bastante seguro de que ninguno de ellos había tomado nunca el tren de las 9.05 para Penn Station.

Entonces, ¿dónde estaba mi hombre?

DESCARRILADO DOS

U n muslo que se extendía; al principio, eso fue todo.

Pero no se trataba de cualquier muslo, sino de uno de carnes prietas, piel tersa y buen tono muscular, un muslo que evidentemente había pasado algún tiempo en la cinta de correr del gimnasio y que estaba enfundado en una falda corta, a la moda, que la posición de las piernas acortaba aún más. Las tenía cruzadas, una rodilla encima de la otra, en una postura natural. Le pareció que la longitud de aquella falda correspondía a una categoría que estaba entre la de sexy y la de desvergonzada, pero no era ni una cosa ni la otra, por lo que debía de ser las dos.

Con eso topó Charles al levantar la vista.

Apenas distinguía un zapato negro de tacón de aguja que se adentraba en el pasillo y se balanceaba ligeramente con el traqueteo. Estaba justo delante de ella (que iba de cara, mientras que él se había sentado de espaldas a la dirección del tren), pero se la tapaba la portada del *New York Times*. Aunque no la hubiera ocultado el titular principal del día, no por conocido menos alarmante («Oriente Próximo en pie de guerra»), lo cierto era que aún no había mirado hacia arriba más que de reojo. Se había dedicado, en cambio, a aquel muslo, y a concentrarse en la esperanza, nada lógica, por otro lado, de que no resultase ser hermosa.

Lo era.

Charles ya estaba planteándose cuál debía ser su siguiente paso, si regresar a sus estadísticas deportivas, por ejemplo, mirar por la ventanilla, cubierta de churretones de mugre, o echar un vistazo a los anuncios de bancos y compañías aéreas que empapelaban las paredes del vagón, cuando, sencillamente, echó la cautela por la borda y la miró. Y fue entonces cuando el *New York Times* descendió estratégicamente y desveló por fin el rostro que tanto había dudado en contemplar.

Sí, desde luego que era hermosa.

Qué ojos.

Eran algo espectacular, grandes y de expresión dulce, la encarnación misma de la ternura. Los labios, llenos, se los mordía apenas un poquito. ¿El pelo?: tan sedoso que le daban ganas de arrebujarse en él para nunca, nunca salir.

Había rogado que fuera poco agraciada, o al menos sólo interesante, o como mucho graciosa. Pero no. Era, sin lugar a dudas, espléndida.

Y eso suponía un problema, porque estaba atravesando una época de considerable vulnerabilidad en la que soñaba con una especie de universo alternativo.

En ese otro mundo, no estaba casado y su hija no sufría una enfermedad crónica, porque, sencillamente, no tenía hijos. Las cosas siempre le iban de maravilla.

No quería que la mujer que estaba leyendo el *New York Times* fuera guapa, porque eso significaba asomarse a aquel universo alternativo, tener ante sí a la guía que iba a animarle a entrar y poner los pies en el sofá, y todo el mundo sabía que los universos alternativos eran cosas de críos y de colgados que se creían las historias de ciencia ficción.

Nada de eso existía.

—El billete.

El revisor estaba a su lado y le pedía algo. ¿Qué quería? ¿Es que no se daba cuenta de que estaba ocupado definiendo las limitaciones de su vida?

—El billete —repitió.

Era lunes, y Charles se había olvidado de entrar en el edificio de la estación y comprar el abono semanal. Perder el tren le había descolocado y había provocado que acabara así, haciendo el ridículo sin billete delante de todo el mundo.

—No me he acordado de comprarlo —se excusó.

—Muy bien —replicó el revisor.

—Es que no me he dado cuenta de que era lunes.

—Vale.

Y entonces se acordó de otra cosa. Los limes se paraba en el cajero automático de la estación a sacar el dinero con el que compraba el abono. Con ese mismo dinero tiraba toda la semana. Y en aquel preciso instante no llevaba encima ese dinero, porque no lo había sacado.

—Serán nueve dólares —anunció el revisor.

Como la mayoría de las parejas, Charles y Deanna habían acabado viviendo a golpe de cajero automático, una máquina que repartía billetes como un abogado de un fondo de fideicomiso: a pequeñas dosis. La cartera de Charles había estado aquella mañana donde todos los lunes, en la encimera de la cocina, donde sin duda alguna Deanna la había repasado por si encontraba algún billete suelto antes de irse al trabajo. No contenía nada.

—Nueve dólares —repitió el revisor, ya con cierta ansiedad. No cabía duda: estaba poniéndose nervioso.

Charles miró en la cartera por si las moscas. Siempre cabía la posibilidad de que se hubiera equivocado, de que en algún rincón se hubiera quedado un billete de veinte doblado, entre tarjetas de visita y fotos de seis años atrás. Además, cuando alguien pedía dinero lo lógico era mirar en la cartera.

Charles hizo lo lógico. Varias veces.

—Oiga, me estoy retrasando. Son nueve dólares.

—Me parece que no...

Continuó con la parodia, rebuscando entre recibos arrugados e intentando que no se le notara la vergüenza que estaba pasando por haber sido cazado sin un centavo en un tren lleno de profesionales acaudalados.

—¿Los tiene o no? —insistió el revisor.

—A ver, déjeme un momento...

—Tenga —ofreció alguien—. Ya me encargo yo.

Era ella.

Estaba alargando la mano con un billete de diez dólares y dedicándole una sonrisa que amenazaba peligrosamente con dar al traste con su estabilidad.

DESCARRILADO TRES

De todos los temas que tocaron (y hablaron de asuntos de lo más variado), hubo

uno que no salió en la conversación. ¿De qué hablaron?

¿Del viaje en tren al trabajo? Sí.

—El otro día se me ocurrió —comentó ella— que, si el gobierno de este país funcionara como el ferrocarril de Long Island a Manhattan, íbamos dados. Y entonces caí en la cuenta de que a lo mejor ya funciona así.

¿Del tiempo? Por supuesto.

—El otoño es la estación que más me gusta —aseguró ella—. Pero ¿quién nos lo ha quitado?

El que inventó el cambio climático —respondió él.

¿De sus trabajos? Cómo no.

—Yo escribo anuncios —explicó Charles—. Soy director creativo.

—Yo engaño a mis clientes: soy agente de Bolsa —repuso ella, aunque se sintió obligada a añadir—: Es broma.

De los restaurantes en los que habían cenado, de las universidades a las que habían ido, de sus películas preferidas... Todo lo trataron, todo lo comentaron, todo lo mencionaron. Todo, menos los matrimonios. Así, en plural, porque ella también llevaba a alianza en el anular izquierdo.

Quizá la etiqueta del coqueteo no incluía el matrimonio en la lista de temas pertinentes. Si es que estaban coqueteando, naturalmente. Charles no lo sabía a ciencia cierta; le faltaba un poco de práctica y, además, nunca se había sentido especialmente cómodo con las mujeres.

Sin embargo, en cuanto aquella en concreto había colocado el billete de diez dólares en la mano del revisor, sin que Charles dejara ni un momento de protestar («Pero qué tontería, de ningún modo»), en cuanto el revisor le había dado el dólar de la vuelta, sin que cesaran los reparos de Charles («No, en serio, no tiene por qué, se lo digo de veras»), se había levantado y se había sentado en el asiento vacío que había al lado de la desconocida. ¿Y por qué no? ¿No era lo que debía hacer una persona educada cuando alguien le echaba una mano, por mucho que ese alguien tuviera aquel aspecto?

Ella apartó un poco los muslos para hacerle sitio. Incluso teniendo los ojos clavados en aquel rostro desgarrador, Charles se percató del movimiento de sus piernas, cuyo recuerdo no le abandonó mientras conversaba con ella de cosas banales, triviales, superfluas (de repente se le ocurrió que precisamente a esas tres cosas se dedicaban los bufetes de abogados especializados en buscar a gente que hubiera sufrido accidentes y convencerla de que pusiese un pleito).

Le preguntó, por ejemplo, para qué compañía de corredores de Bolsa trabajaba.

—Morgan Stanley —respondió ella.

cuánto tiempo llevaba en la empresa.

—Ocho años.

dónde había trabajado antes.

—En McDonald's —repuso ella—. Cuando iba al instituto.

Era un poquito más joven que él, y así se lo hacía saber, por si no se había percatado.

Pero sí que se había percatado. La había observado con mucho detenimiento y estaba intentando encontrar el adjetivo adecuado para describir aquellos ojos. Se dijo que seguramente eran «luminosos». Sí, aquella era la palabra perfecta.

—En cuanto lleguemos a Penn Station te devuelvo el dinero —aseguró, tras recordar de repente que estaba en deuda con ella.

—Ya me lo darás mañana. Con un diez por ciento de interés, claro.

—No había conocido a ninguna usurera hasta este momento. ¿Te dedicas a romperle las piernas a la gente?

—Sólo las pelotas.

Pues sí, se percató también de que, al fin y al cabo, estaban coqueteando. Y además no se le daba nada mal. A lo mejor era como ir en bici o como hacer el amor, algo que no se olvidaba jamás. Claro que era posible que Deanna y él sí lo hubiesen olvidado.

—¿Normalmente vas en este tren? —le preguntó.

—¿Por qué?

—Porque así sabré cómo puedo devolverte el dinero.

—Da igual. Son nueve dólares. Me parece que sobreviviré.

—No, tengo que devolvértelos. Si no, quedaría en entredicho mi deontología.

—¿Tu «deontología»? Bueno, pues no me gustaría jugar con esas cosas. Por cierto, ¿esa palabreja existe?

Charles se sonrojó.

—Creo que sí. Una vez me salió en un crucigrama, así que debe de existir.

Y entonces se pusieron a hablar de... ¿Qué tema les faltaba? Los crucigramas. A ella le gustaban; a él, no.

Ella era capaz de resolver el de los lunes con los ojos cerrados. A él le hacían falta los dos ojos bien abiertos y una parte del cerebro que no tenía, la que servía para concentrarse y perseverar. A su mente le gustaba quizá demasiado andarse por las ramas y le costaba sentarse a pensar un sinónimo de ocho letras de, por ejemplo, «abatimiento». Muy bien, muy bien, ésa era fácil: «desánimo». Precisamente era la sensación preferida de su mente en los últimos tiempos, el lugar en el que se había instalado y del que se negaba a ser desalojada. Sólo salía de allí, claro, cuando se imaginaba ese mundo alternativo en el que podía coquetear con mujeres de ojos verdes a las que conocía desde hacía cinco minutos.

Siguieron hablando de otras cosas, en su mayor parte insustanciales. La conversación era un poco como el propio tren, iba avanzando a buen ritmo y de vez en cuando se detenía unos instantes para recoger un nuevo tema que tratar antes de recuperar el impulso perdido. Y de repente se encontraron cruzando por debajo el East River. Ya casi habían llegado.

—Bueno, he tenido suerte de que aparecieras —aseguró él, sepultado por la oscuridad cuando las luces fluorescentes del tren parpadearon y se apagaron. Sólo distinguía la forma del cuerpo de su compañera de viaje. Le parecía como si acabara de subir, como si acabaran de pedirle los nueve dólares que no llevaba encima, como si aquella mujer acabara de desenredar sus muslos y de pagar por él—. ¿Sabes qué? —añadió—. Toma el mismo tren mañana y te devolveré el dinero.

—Pues ya tienes una cita para mañana.

Durante el resto del día, después incluso de despedirse con un apretón de manos y de haberla contemplado mientras desaparecía entre la multitud de Penn Station, después de haber esperado diez minutos hasta encontrar un taxi que le llevara al trabajo y de que su jefe, Eliot, le recibiera diciéndole que se preparase para lo peor cuando apenas había puesto el pie en la oficina, siguió pensando en las palabras que había utilizado.

Podía haberle dicho: «Muy bien», «Vale», «Pues hasta mañana». Podía haberle dicho: «Buena idea», o: «Mala idea», o: «No hace falta, mándamelo por correo.»

Pero lo que había dicho había sido: «Pues ya tienes una cita para mañana.»

Se llamaba Lucinda.

DESCARRILADO CUATRO

Estaba cociéndose algo.

Eliot le informó de que iba a presentarse en la oficina uno de sus mejores clientes, para el que anunciaban una tarjeta de crédito, para hablar con ellos. O, más bien, para gritarles.

Se habían saltado fechas de entrega, los estudios de seguimiento habían sido flojos, los ejecutivos de cuenta no resolvían sus problemas: si querían quejarse, tenían motivos para dar y tomar.

Y, sin embargo, el motivo de fondo era el mismo de siempre, tal como estaban las cosas: la crisis.

La economía no iba bien, había demasiada competencia, demasiados clientes que tenían demasiadas opciones. Había que arrastrarse a los pies de ellos y olvidarse de la integridad.

La reunión iba a ser como ir al despacho del director del colegio, como sentarse a hablar de hombre a hombre con papá, como atender a un inspector de Hacienda. Le tocaba cuadrarse y decir que sí a todo, y encima poner buena cara y dar las gracias.

Con sólo ver la expresión de pocos amigos de Ellen Weischler al entrar en la sala de reuniones prácticamente le quedó confirmado todo eso.

Parecía que acabara de beber leche cortada o de oler algo repugnante. Y Charles sabía perfectamente qué era ese algo. El último anuncio que habían hecho para su empresa era un hito de la mediocridad. Los actores estaban mal escogidos, el guión estaba mal escrito y la recepción había sido desastrosa. Daba igual que les hubieran recomendado otro, que les hubieran rogado, suplicado y, sí, incluso que se hubieran arrastrado a sus pies para conseguir que eligieran otro guión. Hasta daba igual que el primer montaje de la película hubiera sido casi bueno (ingenioso, moderno incluso), hasta que el cliente, y Ellen en particular, había metido cuchara, había cambiado el texto y las tomas, y así cada montaje había acabado siendo más soso que el anterior, hasta que habían acabado con el muermo que emitían cinco veces al día las cadenas de todo el país. Daba igual porque el anuncio era suyo, y ante aquella situación se cerraba el grifo. Lo que iba a dejar de salir por ese grifo era el diecisiete por ciento de comisión de una cuenta de ciento treinta millones de dólares. Y el que tenía que afrontar todo aquello era, evidentemente, Charles.

Saludó a Ellen con un casto beso en la mejilla, aunque se arrepintió cuando ya estaba inclinándose hacia ella; se le ocurrió que, puesto que estaba a punto de defenestrarlo, lo más indicado hubiera sido darle la mano.

—A ver... —empezó Ellen cuando ya se hubieron sentado todos; es decir: Charles, Eliot, dos compañeras de contabilidad (Mo y Lo) y Ellen y su gente. «A ver», dicho como lo decía la madre de Charles cuando se encontraba un *Playboy* debajo de la cama de su hijo. Un «a ver» que exigía explicaciones y desde luego arrepentimiento.

—Supongo que no habéis venido a subimos la comisión —dijo Charles. Era una broma, evidentemente, aunque nadie se rió. Ellen siguió con su cara de pocos amigos o incluso agrió aún más el gesto.

—Tenemos problemas graves —sentenció.

«Nosotros también tenemos problemas graves. No nos gusta que te pases el día diciéndonos lo que tenemos que hacer. No nos gusta que nos rechacen, nos menosprecien, nos desoigan y nos griten. Es más, no nos gusta que nadie nos ponga cara de pocos amigos.» Aquello era lo que Charles quería decir, pero lo que salió de sus labios fue:

—Lo comprendo.

Y lo dijo con un gesto de vergüenza que había perfeccionado hasta casi convertirlo en un arte.

—Da la impresión de que hablamos y hablamos y nadie nos escucha —afirmó Ellen.

—Bueno, lo que...

—A eso me refiero, precisamente. Primero escucha y luego habla.

Charles decidió que Ellen había superado el enfado y había entrado directamente en el terreno de la mala educación. Si no hubiera habido entre ellos una relación profesional, ya se habría levantado y se habría ido. Si fuera un cliente que valiera bastante menos de ciento treinta millones de dólares le habría mandado al demonio.

—Desde luego —contestó.

—Todos acordamos una estrategia, todos nos comprometemos, y luego siempre vais y tomáis otros derroteros.

Aquellos derroteros eran, concretamente, el ingenio, la diversión y cualquier otra cosa que pudiera hacer que un consumidor se quedara sentado delante del televisor mirando el anuncio.

—La última película es un ejemplo que viene al caso.

Sí, desde luego.

—Acordamos un guión. Dijimos que iba a hacerse de una forma concreta, y entonces vais y nos enviáis un montaje que no tiene nada que ver con lo que hemos decidido. Y que está repleto de ese «humor neoyorquino» que tanto os gusta.

Si hubiera dicho una palabrota (por ejemplo, «*coño*»), no podría haber puesto una cara más desagradable.

—Bueno, ya sabes que siempre intentamos que...

—¡He dicho que escuches!

No cabía duda de que había entrado en el terreno de la mala educación e incluso podía estar acercándose al de la humillación. Charles se quedó pensando si sería posible recuperarse de aquella situación.

—Tenemos que devolveros un montaje detrás de otro sólo para conseguir que se ciña al guión que habíamos acordado en un principio.

Se detuvo y se quedó mirando la mesa.

A Charles no le dio buena espina aquella pausa.

No era una interrupción que por fin le invitase a responder. No era ni siquiera un paréntesis destinado a recuperar el aliento. Era una pausa que auguraba algo peor que lo que la había precedido. Era una de esas pausas que había observado en sus novias antes de que soltasen la bomba y le negaran toda esperanza; en vendedores sin escrúpulos antes de entrar a hablar de la letra pequeña; en médicos en prácticas de las urgencias del hospital que estaban a punto de decirle exactamente qué le pasaba a su hija.

—Me parece que quizá nos hace falta cambiar de dirección —soltó por fin tras levantar la vista.

¿Y aquello qué quería decir? Que iba a pasar algo malo, seguro, pero ¿qué más? ¿Era posible que estuviese despidiendo a la agencia?

Charles miró en dirección a Eliot, quien resultó que también estaba con la cabeza gacha y los ojos clavados en la mesa.

Y entonces lo comprendió.

Ellen no despedía a la agencia.

Ellen le despedía a él.

Le echaba de la cuenta. Diez años, cuarenta y cinco anuncios y un número nada desdeñable de premios del sector. Daba igual.

La respuesta era que no: no sería posible recuperarse de aquella situación. Eliot sí, pero él no. Y le pareció que Eliot también debía de haberlo sabido. No se da un paso así sin informar antes a alguien de lo que se pretende.

¿Tú también, Bruto?

Nadie decía nada. Si aquella era una pausa preñada de significado, como solía decirse, el embarazo debía de ser de trillizos, y trillizos furiosos que no dejaban de berrear, algo que Charles tenía miedo de ponerse a hacer en aquel momento: apoyar la cabeza en la mesa y echarse a llorar sin más. No le hacía falta un espejo para saber que estaba

poniéndose como un tomate. No le hacía falta un psiquiatra para saber que su amor propio había recibido un buen rechazazo.

Ellen carraspeó. Y nada más. Después de reprenderle varias veces por hablar fuera de lugar, había acabado esperando a que dijera algo. Estaba esperando su discurso de renuncia.

—No quieres que siga con la cuenta.

Su intención había sido decirlo sin emoción en la voz, quizá con un tono ligeramente desafiante, pero había fracasado. Había sonado como un lloriqueo, como si estuviera a la defensiva, quizás incluso patético.

—Evidentemente, apreciamos lo mucho que has aportado —empezó Ellen, y a partir de ahí Charles ya desconectó. Estaba pensando en que una empresa con agallas y un presidente que los tuviera bien puestos se habrían enfrentado con el cliente, subrayando que ellos eran quienes elegían a quien trabajaba en cada cuenta, y Charles era el más adecuado. Quizá. Si la cuenta hubiese sido menos importante, si la economía hubiera ido mejor, si no se pasaran todos tanto tiempo de rodillas...

Pero Eliot seguía mirando la mesa y se había puesto a hacer garabatos para estar ocupado en algo mientras Charles era despellejado en público. O quizá sencillamente estaba haciendo cálculos mentales (ciento treinta millones de dólares frente a Charles Schine) y obteniendo siempre el mismo resultado.

Charles no dejó que Ellen terminara.

—Estuvo bien mientras duró —dijo, por fin con el tono adecuado, o eso le pareció: de un cinismo hastiado con un toque de dignidad.

Abandonó la sala de reuniones envuelto en una especie de calima; le daba la impresión de haber salido de una sauna y entrado en un clima totalmente distinto. Había corrido la voz. Se les notaba a los demás en la cara, y ellos lo advertían en la suya. Sin hacer apenas caso a su secretaria, entró en su despacho y cerró la puerta.

Más adelante, cuando el mundo se derrumbase a su alrededor, le costaría recordar que todo había empezado aquella mañana, así.

Por el momento, se sentó a puerta cerrada y se quedó pensando en si Lucinda iba a estar en el tren al día siguiente.

DESCARRILADO CINCO

No estaba.

Tomó el mismo tren después de esperarlo en el mismo punto del andén.

Lo recorrió de un vagón a otro (primero hacia atrás, luego hacia adelante) mirando las caras de la gente como quien espera a un familiar que llega de otro país en un aeropuerto, caras que se conocen pero no se conocen, aunque de repente se desea conocerlas bien.

—¿Se acuerda de la mujer que me echó una mano ayer? —le preguntó al revisor—. ¿La ha visto?

—Pero ¿de qué habla?

El revisor no se acordaba de él, ni de ella, ni del incidente. Quizás estaba acostumbrado a amonestar a los viajeros a diario y el episodio del día anterior ni siquiera merecía ser recordado.

—Da igual —dijo Charles.

No estaba allí.

Se sorprendió un poco de que le importase, de hecho, de que le importase hasta el punto de haber recorrido los vagones como un indigente en busca de cobijo. ¿Quién era ella, al fin y al cabo, sino una mujer casada con la que había coqueteado de un modo inocente un día de camino al trabajo? Y precisamente por eso había sido algo inocente, porque no lo habían repetido. Entonces, ¿exactamente por qué se había puesto a buscarla?

Bueno, porque quería charlar, quizá. De esto y de aquello, y de lo de más allá. Y de lo que le había pasado el día anterior en la oficina, por ejemplo.

No había sido capaz de contárselo a Deanna.

Había estado a punto de hacerlo.

—¿Qué tal ha ido hoy el trabajo? —le había preguntado ella durante la cena.

Era una pregunta totalmente legítima, de hecho la que él mismo había estado esperando. Pero Deanna, cansada y preocupada, estaba mirando el diario en el que anotaban los niveles de azúcar en la sangre de Anna cuando Charles había entrado en la cocina.

Así pues, le contestó:

—El trabajo va bien.

Y ya no se habló más de la oficina.

Al principio, cuando Anna se había puesto enferma, no hablaban de otra cosa, hasta que se había hecho evidente lo que le reservaba el futuro y habían dejado de sacar el tema. No hablar de ello era no reconocerlo.

Después habían creado toda una lista de cosas sobre las que no podían hablar entre ellos: el futuro profesional de Anna, por ejemplo, o cualquier artículo de la revista *Diabetes Today* que hiciera referencia a amputaciones, o cualquier mala noticia en general. Y es que quejarse de cualquier otra cosa que no fuese lo de Anna era quitarle importancia a lo que ésta padecía.

—Hoy ha venido a supervisarme la señora Jeffries —anunció ella. La señora Jeffries era la directora de su colegio.

—¿Y qué tal ha ido?

—Bien. Bastante bien. Ya sabes que siempre monta un número si me desvío de los programas aceptados.

—¿Y lo has hecho?

—Sí, pero la redacción que les he puesto ha sido «¿Por qué me cae bien la directora?», así que no podía quejarse mucho, ¿verdad?

Charles se echó a reír y pensó que aquello les hacía mucha falta. Los Schine, la familia risueña. Y entonces miró a su mujer y pensó: «Sí, sigue siendo hermosa.»

Se fijó en su pelo rubio manchado (con algo de ayuda de Clairol, quizás), alborotado y rizado y apenas contenido por una goma elástica de color blanco, y en sus ojos pardos, que jamás le miraban sin como mínimo un atisbo de amor, sólo que desde el contorno de éstos surgían unas arrugas de cansancio, como si las lágrimas hubieran dejado a su paso auténticos surcos en la piel. Eran como aquellas líneas entrecruzadas de las fotografías de Marte hechas por la Nasa; «lechos secos», explicaban los astrónomos, por los que habían discurrido tiempo atrás torrentes de agua que recorrían el paisaje actualmente muerto. Y así precisamente se imaginaba él a veces a Deanna, consumida a fuerza de derramar lágrimas.

Después de cenar los dos subieron al piso de arriba. Charles intentó ayudar a Anna a hacer los deberes de Sociales de octavo (la separación de poderes entre Iglesia y Estado), para lo cual ella tenía puesta la MTV con un volumen que solo podía calificarse de insoportable.

—¿Qué pasos dio Estados Unidos para separar Iglesia y Estado? —preguntó Charles, pero moviendo exageradamente los labios para que Anna captase la indirecta: hacer los deberes era incompatible con ver la televisión.

La niña hizo caso omiso de la insinuación. Cuando finalmente su padre se colocó delante del televisor para que dejara de mirar de reojo a Britney, o a Kylie, o a Christina, y se concentrara en lo que estaba haciendo, le pidió que se apartara un poco.

—Sí, claro, si quieres me muevo —le contestó, y empezó a agitar los brazos y las piernas, imitando con una destreza razonable a Jane Fonda.

Al menos la broma arrancó una sonrisa, un logro nada desdeñable ante una hija de trece años cuya actitud habitual se situaba entre el malhumor y la amargura. Desde luego, motivos no le faltaban.

Cuando terminó de ayudarla, le dio un beso en la cabeza que fue contestado con un gruñido que tanto podía ser «Vale, papá» como «Vale ya».

Después se fue a su dormitorio, donde Deanna, metida ya en la cama, fingía dormir.

A la mañana siguiente se encontró a Eliot junto a los ascensores.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Sabías que venían a echarme de la cuenta?

—Creía que venían a quejarse de los anuncios. Pedir que te quitáramos de la cuenta ha sido su forma de dejar clara la seriedad de la queja.

—Es que quería saber si estabas al corriente de lo que iba a pasar.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué quieres saber si estaba al corriente de lo que iba a pasar? ¿De qué sirve, Charles? Iba a pasar y ya está.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor apareció Mo con dos libretas y el nuevo director creativo de la cuenta.

—¿Vas para abajo? —preguntó.

DESCARRILADO SEIS

Lucinda —dijo, o más bien aulló.

Eso fue lo que le pareció, el ruido que suelta un perro cuando alguien le pisa la cola. Lucinda iba en el tren.

No la había visto al sentarse; había abierto el periódico y de inmediato se había sumergido en la tierra de los Giants: «El entrenador del equipo, Fassel, lamentó la poca presión ejercida por sus cuatro delanteros el domingo pasado...»

Y entonces apareció aquel zapato negro, aquel tacón de aguja que era como un puñal dirigido a su corazón, al alzar la vista y desnudar el pecho para que le rematase.

—Lucinda...

Un segundo después, aquel rostro perfecto se adentró en el pasillo para mirarle, con los ojos enmarcados por unas gafas de montura negra («el otro día no las llevaba, ¿o sí?») y una sonrisa de mil voltios. No, era más exactamente como una de esas bombillas esmeriladas, cuya luz hace que todo tenga mejor aspecto.

—Hola —dijo.

Y fue un «hola» muy tierno, de lo más sincero: era una mujer que parecía contenta de verlo, aunque estuviera a cuatro filas y tres días de la cita que habían concertado.

—¿Por qué no te vienes aquí? —añadió con un susurro.

Sí, ¿por qué no?

Cuando Charles se acercó, Lucinda apartó aquellas piernas interminables para dejarle pasar.

—Justo a tiempo —comentó—. Ya estaba a punto de llamar a la policía y denunciar el robo de los nueve dólares.

Charles sonrió.

—El otro día te busqué por todas partes.

—Ya, seguro.

—No, en serio.

—Lo decía en broma, Charles.

—Y yo —mintió él.

—Bueno, a retratarse —pidió ella, extendiendo la mano, cuyas uñas hacían gala de una manicura impecable y un esmalte rojo fuego.

—Cómo no.

Sacó la cartera. Al abrirla apareció una fotografía de Anna que ocultó de inmediato, como si fuera una advertencia a la que no deseaba hacer caso. Le colocó un billete de diez dólares nuevecito en la mano. Con las yemas de los dedos le rozó la piel, que al contacto resultó ligeramente húmeda y caliente.

—¿Tu hija?

Se sonrojó, estaba seguro de haberse sonrojado, y contestó:

—Pues sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Demasiados —contestó con el sonsonete del padre que está de vuelta de todo: «Si yo te contara lo duro que es tener hijos...», ese sonsonete que decía: «La quiero mucho, claro, pero de vez en cuando me entran ganas de retorcerle el pescuezo.»

—Dímelo a mí.

Así que también tenía hijos. Sí, naturalmente.

—¿Hijas? —preguntó.

—Una.

—Vale, te enseño la mía si me enseñas la tuya.

Lucinda se rió. «Un punto para Charles, el gracioso.» Acto seguido miró en el bolso, uno de esos grandes y tenebrosos que servirían para ir de acampada si no fuera tan

evidente que son de piel cara. Extrajo la cartera y, al abrirla de un golpe de muñeca, Charles vio a una niña muy fotogénica de unos cinco años, de cabellos rubios que volaban en todas direcciones, a la que la cámara había captado en el aire, subida a un columpio, probablemente en el campo. Era una cría de rostro pecoso, rodillas huesudas y sonrisa cordial.

—Es un encanto —comentó Charles, y era sincero.

—Gracias. A veces me olvido —dijo Lucinda, copiando el tono de fatiga paterna de él—. La tuya también parece muy guapa... Por lo que he visto.

—Es un ángel —corroboró él, y de inmediato se arrepintió de la palabra elegida.

El revisor les pidió los billetes. Charles estuvo tentado de preguntarle si al verla se acordaba o no de la mujer. Al fin y al cabo, hacía grandes esfuerzos para mirarle las piernas de reojo.

—Ten —le dijo ella después de que el revisor consiguiera apartarse y seguir su camino. Le había puesto un billete de un dólar en la mano.

—Creía que te debía los intereses.

—Te lo dejo pasar. Por esta vez.

—No te recordaba con gafas.

—Es que estoy esperando las lentillas nuevas —explicó ella.

—Ah. Te quedan muy bien, por cierto.

—¿Tú crees?

—Sí.

—¿No parezco demasiado seria?

—Me gusta la seriedad.

—¿Y eso?

—¿Cómo, que por qué me gusta?

—Sí, Charles. ¿Por qué te gusta la seriedad?

—Pues no lo sé... En serio.

Lucinda sonrió.

—Tienes bastante gracia, ¿no?

—Lo intento.

Estaban pasando por delante del Rockville Center, y el cine al que a menudo llevaba a Deanna se veía claramente desde el tren. Durante apenas un momento surrealista, se imaginó que al mirar por la ventanilla veía su vida anterior, que estaba firmemente instalado en su nuevo universo, totalmente arraigado en Charleslandia, solos Lucinda y él, dos recién casados que iban de camino al trabajo. Aún comentaban su reciente luna de miel. ¿Adonde habían ido, exactamente? A Kauai. Sí, dos semanas en el lujoso Kauai Hilton. Y ya empezaban a pensar en tener hijos, que el tiempo no perdona. Se habían decidido por ir a buscar la parejita, aunque en realidad no importaba. Mientras salieran sanos. Evidentemente.

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —le preguntó ella.

—¿Mucho? Pues sí.

Tenía que esquivar a clientes descontentos que querían su cabeza en una bandeja y a jefes que intentaban traicionarle. Por un instante contempló la posibilidad de decirle exactamente lo que había sucedido en la oficina y buscar un rinconcito en su hombro para echarse a llorar en él.

—Yo también.

—¿Qué?

—Que yo también tengo mucho trabajo que hacer.

—Supongo que últimamente te llamará gente muy cabreada.

—Bueno, ¿la gente que te amenaza de muerte cuenta como cabreada?

Charles sonrió.

—Tú también tienes bastante gracia.

—¿Tú crees?

—Sí, los clientes debían de estar encantados contigo cuando las cosas iban bien.

—Si yo te contara... Hace unos años parecía que no podías parar de hacerles ganar dinero. Todos tenían un primo o un cuñado o una abuela cuyas acciones se habían multiplicado por sesenta y cuatro. ¿Por qué no podía venderles yo algo así?

—Bueno, reconócelo, era como jugar a los dardos, ¿no?
—Sí, vale, pero ahora me tiran los dardos a mí.
A Charles le pareció notar el rastro de un acento, pero ¿de dónde?
—¿Eres de Nueva York? —preguntó.
—No, no soy de ninguna parte —respondió ella—. Nací en Tejas, pero mi padre era militar y de pequeña viví en doscientos sitios.
—No debió de ser fácil. —El tópico que se esperaba ante una frase como aquélla, supuso.
—Bueno, prácticamente cada seis meses mi mejor amiga cambiaba de identidad —prosiguió Lucinda—. Claro que tenía sus cosas guapas, porque yo también cambiaba de identidad, si quería. Si me metía en un lío en Amarillo, no tenían por qué enterarse en Sarasota. Podía empezar de cero otra vez.
—Debía de ser útil —dijo Charles.
El hombre que estaba sentado delante de ellos disimulaba como si leyera el periódico, pero en realidad estaba haciendo lo mismo que el revisor un poco antes; es decir, aprovechar cualquier oportunidad para contemplar los muslos de Lucinda. Charles sintió cierto orgullo de propietario, aunque esa propiedad durase sólo los cuarenta y cinco minutos del trayecto hasta Penn Station.
—¿Y eso te pasó muchas veces? —quiso saber Charles.
—¿El qué?
—Lo de meterte en líos.
—Una o dos. Pasé una fase de rebelión contra la autoridad.
—¿Eso decías?
—No. Eso decían ellos. Yo decía que estaba poniéndome hasta arriba.
—¿Ellos? ¿Quiénes, tus padres?
—Sí. Y el psiquiatra militar al que me hacían ir.
—¿Cómo lo llevaste?
—¿Has conocido a algún psiquiatra militar?
—¿Incompetencia general? ¿Negligencia grave? No.
Lucinda se rió.
—¿Lo ves? Ya te he dicho que tenías gracia.
Sí, menudas carcajadas.
—Pues si no te importa voy a pedirte que llames a mis clientes y se lo digas tú misma... —dijo él.
—Vale. ¿Qué tal va todo en la oficina? —preguntó Lucinda.
—Bien.
—Me dijiste que trabajabas en... publicidad, ¿no?
—Sí. En publicidad.
—¿Y bien? ¿Qué tal va el sector propagandístico últimamente?
—Unos días, bien, otros, mal.
—¿Y...?
—¿Y...?
—Pues que si estás pasando por los días que van mal.
—Bueno, nadie me ha amenazado de muerte.
No, sólo pretendían degradarlo hasta convertirlo en un ser insignificante.
—Venga, yo me quejo de mi trabajo y luego tú del tuyo. Es justo...
Y, así, Charles acabó contándoselo. Qué demonios.
Al principio no quería desvelar demasiado, sólo que había tenido algún problema con un cliente, pero en cuanto empezó le resultó más o menos imposible detenerse. Se escuchaba mientras soltaba los detalles de su seísmo laboral y no podía evitar sorprenderse ante su absoluta falta de control. Ellen Weischler y su furia desatada, Eliot y su puñalada traperera, lo injusto que había sido todo.
Lucinda podía haberle interrumpido en cualquier momento. Podía haberle dicho que ya estaba bien, o haberle preguntado si de verdad quería contarle todo aquello, o incluso haberse echado a reír.
Pero no hizo nada de eso. Le escuchó, y cuando hubo terminado comentó:
—Y dicen que los corredores de bolsa somos irnos perros.

—No sé por qué te lo he contado. Lo siento.

En realidad no lo sentía. Sí que estaba avergonzado, pero aliviado al mismo tiempo. Como si por fin hubiera vomitado la cena rancia del día anterior y pudiera volver a la mesa.

entonces Lucinda hizo algo más que escucharle. Extendió los brazos y le dio un masaje en el hombro derecho, o quizás una palmadita leve y tranquilizadora, una caricia de amiga, un apretón de apoyo fraternal.

—Pobrecito —dijo.

Charles decidió en ese instante que algunos lugares comunes son menospreciados sólo por los celos de la gente. «Al sentir su contacto un escalofrío le recorrió la espalda», por ejemplo, un tópico que la gente que jamás había tenido la suerte de sentirse así criticaba por cursi. Ellos se lo perdían, porque el contacto con Lucinda había sido una auténtica descarga; Charles sintió que de repente su cuerpo zumbaba como esos cables de alta tensión que tienden por las secas praderas de Kansas.

Se metieron en el túnel que pasaba por debajo del East River («el túnel del amor», pensó él) y durante un segundo le entró miedo de abalanzarse sobre ella y hacer una estupidez y se imaginó que acabarían llevándose esposado en el andén de Penn Station.

Y entonces sucedió algo.

El vagón se quedó totalmente a oscuras cuando las luces se apagaron de golpe, como siempre, al meterse el tren bajo el río igual que un animal en su madriguera. Se sintió como si estuviera en un cine a oscuras, a la espera de que le rescatara aquel brillo fosforescente, o si no otra cosa; la olía, la tenía a su lado en la oscuridad. Lilas y almizcle.

De pronto sintió su aliento en la oreja, suave y húmedo. Tuvo su boca tan cerca que podía haberla besado mientras ella le susurraba algo al oído.

Y entonces las luces parpadearon por un instante y devolvieron al vagón toda su fluorescencia fantasmal.

En realidad, no había cambiado nada.

El mirón impenitente que estaba sentado delante de ellos seguía observando de reojo los muslos de Lucinda. La mujer de las varices dormitaba al otro lado del pasillo. Vio también al banquero con mala cara, al universitario desplomado sobre su libro de texto, al taquígrafo de los juzgados que guardaba celosamente su teletipo.

Lucinda también tenía el mismo aspecto que antes y miraba hacia delante, como todo el mundo.

¿No estaba regresando a su periódico, repasando el Amex y el Nasdaq, y los índices internacionales y los bonos municipales?

Esperó un poco para ver si se volvía hacia él y seguía hablando, luego miró por la ventanilla y vio que pasaban ante una enorme valla publicitaria que rezaba: «Piérdase en las islas Vírgenes.»

Cuando el tren se detuvo en Penn Station, le preguntó si quería quedar para almorzar alguna vez.

«Eres el hombre más sexy que he conocido en la vida.»

Eso era lo que Lucinda le había susurrado en el vagón.

DESCARRILADO SIETE

Vale —dijo Winston—, vale. Siete jugadores que hayan conseguido cuarenta *home runs* o más y que tengan apellidos de once letras.

—Yastrzemski —respondió Charles, que de inmediato pensó en un chaval de la zona que había llegado a lo más alto: toda una figura de los Red Sox que había crecido en una granja de patatas de Long Island.

—Vale —contestó Winston—. Ya tienes uno.

Winston Boyko: repartidor de correo de la oficina, aficionado al béisbol, experto en anécdotas.

Desde el día en que había visto a Charles con su camiseta desteñida de los Yankees, no había dejado de pasar a verle por su despacho.

La primera vez, Charles le había preguntado si quería algo y la respuesta había sido:

—Sí, la alineación inicial de los Yankees del 78, incluido el bateador designado.

Charles se los había sabido todos, con la excepción de Jim Spencer (jugador de primera base), y así, más o menos, se había iniciado su amistad, una extraña amistad.

Charles habría sido incapaz de decir dónde vivía Winston ni de dónde era, ni siquiera si tenía novia o estaba casado. Era una amistad basada en hablar de béisbol, una relación que mantenían durante los diez minutos diarios en que Winston pasaba a entregar el correo: cinco por la mañana y cinco por la tarde.

Aquella era la entrega matutina y Winston se sonreía porque Charles tenía problemas para encontrar más nombres que añadir al del gran Yaz.

Killebrew: no, nueve letras.

Petrocelli: caliente, pero sólo tenía diez.

—¿Por qué no me das tiempo, hasta la tarde? —pidió.

—¿Para qué? ¿Para que lo mires en Internet y luego lo niegues?

—Pues sí.

—Vale.

Winston no era el típico repartidor de correo. Para empezar, era blanco. Además, se le veía muy espabilado y podría haber trabajado tranquilamente como publicitario.

Charles se había preguntado en más de una ocasión cómo habría acabado entregando cartas por una oficina, pero nunca se lo había preguntado. No eran tan amigos.

¿O sí? Nunca se sabía, y desde luego parecía que en aquel momento le miraba con sincera preocupación.

—¿Todo bien, jefe? —le preguntó.

—Sí, claro. No me pasa nada.

Pero sí que le pasaba algo. Eliot, su jefe y su judas, le había encargado la campaña de un analgésico. Y encima mediante una nota. «Hasta que salga algo mejor», había escrito a pie de página. ¿Y eso cuándo iba a ser?

Mientras, pensaba en lo que iba a hacer para almorzar, en la persona con la que había quedado, en la mujer de los ojos luminosos.

«Nunca he engañado a Deanna», se dijo.

«Ni una sola vez.»

Y eso que había tenido alguna que otra tentación. En realidad había estado profundamente tentado y alguna vez incluso había experimentado auténticos síntomas físicos no muy diferentes de los signos que alertan de un infarto: un ligero sudor, un dolor difuso en el pecho, leves náuseas. El problema era que cada vez que se planteaba ir más allá sufría los mismos síntomas, aunque con mayor intensidad.

Lo que pasaba era que tenía un concepto de la infidelidad básicamente igual al de Deanna: no pensaba en una aventura, sino en una traición. Y esa palabra era de las que asociaba a Benedict Arnold y los Black Sox de 1919, un acto que provocaba el

destierro o la ejecución. Además, estaba seguro de amar a su esposa, de amar como mínimo su presencia, constante e inalterable.

Sin embargo, todo eso había sido antes de que la vida lo traicionara, antes de empezar a soñar con la existencia posible en un universo más de su agrado.

—No tienes muy buena cara —comentó Winston—. Me da miedo de que sea contagioso.

—No te preocupes por eso.

El mal que le afligía no podía transmitírsele a otra persona, ¿verdad?

—Eso fue lo que dijo Dick Lembergh.

—¿Dick Lembergh? ¿Y ése quién es?

—Era. Está muerto.

—Pues gracias. Me animas.

—Te doy una pista —propuso Winston.

—¿Una pista?

—Sobre los otros seis jugadores. Tres eran de la Liga Americana.

—¿Por qué no me dices que los otros tres son de la Liga Nacional? Para el caso, es lo mismo, ¿no?

—Oye, qué listo eres.

Winston no tenía el cerebro de un obrero, pero sí el cuerpo; es decir, tenía el aspecto de poder pegarle una paliza a alguien si le entraban ganas de hacerlo. En la parte de arriba de un brazo llevaba un tatuaje: «HA.»

—Un error de juventud —le había dicho una vez a Charles.

—¿El qué? ¿Hacerte el tatuaje?

—No, salir con la tía esa. Helena Ashley. El tatuaje me parece guapo.

Aquella mañana en el despacho de Charles dijo una cosa más, mientras se enderezaba para irse:

—Por cierto, no estoy del todo seguro de si son siete jugadores de once letras u once jugadores de siete letras. Me lo contó un tío en un bar hacia las dos de la mañana, así que puede ser cualquier cosa.

Quedaron en un restaurante italiano de la calle Cincuenta y seis con la Séptima avenida en el que, se decía, Frank Sinatra había comido alguna vez.

Lucinda se había vestido con ganas de arrasar, y lo había conseguido, si es que arrasar era lograr que a Charles se le notase la adoración y la excitación en la mirada. Llevaba una blusa de seda con cuello de pico que no le cubría el cuerpo ni lo tapaba ni lo ocultaba, sino que se adhería a él.

Naturalmente, todo podía haber sido cosa de los nervios. Era como ir a comer con un proveedor: ninguno de los dos sabía con exactitud qué cabía esperar.

Y, así, Charles le preguntó lo que podía preguntar alguien conocido por circunstancias de trabajo con el que tuviera una relación amistosa: a qué se dedicaba su marido.

—A jugar al golf —respondió Lucinda, la de los ojos preciosos.

—¿Para ganarse la vida?

—Espero que no.

—¿Cuánto hace que os...?

—¿Que nos casamos? Bastante; imagínate que tengo que pensarlo dos veces. ¿Y vosotros?

—Dieciocho años. —El no tenía que pensarlo, claro que tampoco era que sintiese unas ganas arrebatadoras de hacerlo. Por otro lado, ¿hablar de sus respectivos cónyuges no indicaba que allí no sucedía nada indecoroso, que todo era básicamente inocente?

—Hace dieciocho años yo iba al colegio —observó Lucinda.

Charles se había preguntado cuántos años tendría. Unos treinta, concluyó.

—¿Y bien? —le preguntó a continuación—. ¿Te han pegado alguna otra puñalada trapera en el trabajo?

—Bueno, me han encargado otra cuenta.

—¿Sí?

—Una aspirina. La recomienda el doble de médicos que otras aspirinas de la competencia.

—Qué bien.

—Claro que en realidad los médicos ya no recomiendan aspirinas. Pero si se pusieran...
—¿Y qué vas a hacer?
—Pues no lo sé. Me entra un dolor de cabeza...
Lucinda se echó a reír. Tenía las muñecas finas y unos dedos afilados que se pasaba por la melena, espesa y oscura, para apartársela de los ojos (en realidad, sólo de uno). Charles se acordó de Veronica Lake en *El cuervo*.
—¿Cómo acabaste...?
—¿Trabajando en publicidad? Nadie sabe cómo acaba trabajando en esto. Es un misterio. De repente, te lo encuentras todo hecho.
—Un poco como estar casado, ¿no?
—¿Qué? No te sigo.
—Bueno, a lo mejor te parece increíble, pero en realidad no me acuerdo de haber querido casarme. No me acuerdo de haber dicho que sí. Supongo que lo dije, claro. Hizo girar el anillo de diamantes, como para asegurarse de que lo llevaba, de que, en efecto, estaba casada. Quizá fuese el encanto de Charles lo que hacía que se le olvidara.
—¿Y tu marido? ¿Lo conociste en Tejas?
—No, en Tejas lo que hacía era fumar porros. Y pasarme la vida en los asientos de atrás de los coches.
—Ah, sí, claro, no me acordaba de que habías sido delincuente juvenil.
—En Amarillo prefieren decir «alborotadora». ¿Y qué hay del Charles adolescente? ¿Cómo era?
—Pues ni alborotador ni delincuente, sino todo lo contrario. —El Charles adolescente leía muchos libros y entregaba todos los deberes y los trabajos a tiempo.
—Ah, ya: eras el tío del que nos reíamos nosotros.
—Eso. El mismo.

Un rato después del almuerzo aún disfrutaba del recuerdo del mismo.

Por desgracia, tenía que enfrentarse a una carpeta cuya portada decía: «Resumen de la cuenta.»

Lo malo de recibir el encargo de la cuenta de un analgésico era que uno no quería aceptarlo necesariamente. Los analgésicos, los lavavajillas y los desodorantes eran como señales de tráfico que indicaban que para ir a la Siberia de la publicidad se había tomado el camino correcto. «Para seguir cayendo en picado siga todo recto.» Suponían trabajar en un plano en el que nadie se fijaba demasiado, a excepción de los clientes. Y obligaban a hacer pruebas, pruebas y más pruebas, aunque en el fondo había muchas posibilidades de acabar con un ama de casa que sostuviera el producto ante la cámara mientras contaba cómo le había cambiado la vida.

Además de heredar la cuenta, tenía que cargar con un anuncio cuya preproducción parecía ya bastante avanzada; es decir, que ya se habían hecho pruebas, pruebas y más pruebas, y después lo habían enviado a tres productoras para que hicieran ofertas. Una de ellas (Headquarters Productions, según observó Charles) la recomendaba la agencia. Conocía a su comercial, Tom Mooney, un tío anticuado y desagradable, con pinta de vendedor ambulante inepto, en su caso vendedor ambulante de anuncios.

La ejecutiva de cuenta de su nuevo cliente, MaryWidger, le había mandado el guión para que lo examinara. Resultó que no se trataba de un ama de casa que sostenía el producto ante la cámara mientras contaba cómo le había cambiado la vida. En lugar de eso, era un ama de casa que sostenía el producto ante la cámara y le hablaba de él a su marido.

Llamó a David Frankel, un productor de agencia con el que nunca había colaborado, ya que trabajaba en anuncios como los que Charles iba a tener que hacer en adelante, no en los que había hecho hasta la fecha.

—Sí, ¿quién es? —contestó.

—Charles Schine.

—Ah. Charles Schine.

—Creo que vamos a trabajar juntos.

—Ya era hora —aseguró David. Charles se quedó pensando si intentaba ser amable o sencillamente estaba satisfecho de que el descenso de categoría de Charles lo hubiera llevado al mundo de los analgésicos.

Decidió decantarse por lo primero.

El productor de agencia era el encargado de presentar una propuesta, ajustar los números de modo que todo el mundo quedara contento y después colaborar también en el rodaje.

—Este trabajo sale un poco caro —observó Charles. Se refería al presupuesto escrito a lápiz a pie de página. Ya se lo habían enviado al cliente para que lo aprobara tras calcular por cuánto saldrían el montaje, la música y los otros costes de posproducción. Más la comisión de la agencia.

Novcientos veinticinco mil dólares por dos días de rodaje.

—Siempre pagan eso —aseguró David.

—Vale. Pero es que me parece un poco caro para ver a dos actores con un bote de aspirinas.

—Bueno, es lo que cuesta —replicó David con rotundidad.

—Vale.

Tampoco era que Charles tuviese que preocuparse por el dinero, a menos que a los clientes también les inquietara. Y según David estaban contentos.

Sin embargo, le parecía caro.

—¿Por qué no nos reunimos la semana que viene y lo repasamos todo?

—Me muero de ganas.

Charles dedujo que, al fin y al cabo, amabilidad no era lo que había querido expresar David.

El segundo almuerzo siguió siendo eso, un almuerzo, más que una cita romántica, de dos personas que sentían cierta atracción mutua, pero que no podían ir a mayores.

Cuando llegaron los postres (dos *biscotti* al anís con capuchinos), Lucinda dijo:

—Nunca hablas de tu hija. ¿Cómo es?

—Normal —respondió Charles.

—¿Normal?

—Sí. Normal.

—¿Y ya está? No pareces el padre más efusivo del mundo...

—Maleducada, malhumorada y básicamente avergonzada de que sea su padre —puntualizó él—. Normal.

Naturalmente, no le había contado por qué su hija estaba a menudo de mal humor y era maleducada, pero Lucinda lo miraba con cierto aire de reproche, de modo que decidió decírselo:

—Está enferma.

—Ah.

—Diabetes juvenil. Y no, no basta con tomar insulina para ponerse bien. Esto es distinto.

—Lo lamento.

—Y yo.

A Lucinda se le daba maravillosamente bien escuchar.

Reparó en ello cuando ya llevaba unos diez minutos de monólogo prácticamente ininterrumpido sobre lo mucho que sentía la enfermedad de su hija. Le contó cómo a los ocho años Deanna y él habían llevado a una hija normal a urgencias y habían salido de allí con otra persona, una niña a la que tenían que pinchar dos veces al día y controlar de cerca para que no sufriera un coma hipoglucémico, una niña a la que tenía que comprar una insulina especial hecha de células de cerdo, porque era la única a la que respondía satisfactoriamente, aunque de todos modos su estado de salud empeoraba por momentos. Una niña así.

Su hija.

Le escuchó con interés y preocupación. Meneó la cabeza, suspiró, lo interrogó con tacto cuando no comprendía algo («Insulina de cerdo, ¿por qué?»).

Él respondió lo mejor que pudo, y cuando por fin terminó de desfogarse Lucinda no cayó en la tentación de soltarle ninguno de los tópicos imbéciles a los que estaba acostumbrado. Charles se lo agradeció.

—No sé cómo puedes soportarlo —dijo ella—. De verdad que no. ¿Qué tal lo lleva Anna?

—Bien. Está hecha un colador, de tanto agujero.

Uno de los recursos que utilizaba él para poder soportarlo, naturalmente, era ése: el chiste fácil, la gracia trasnochada, reírse de las desdichas.

—¿Y eso cómo lo llevas? —preguntó Lucinda después de que le contara lo mucho que tenía que «pinchar» a Anna para que se inyectara la insulina de cerdo a sus horas.

—¿Que cómo lo llevo? —repitió él, haciéndose el tonto.

—Nada. No importa.

¿De qué puede hablarse cuando no puede mencionarse el futuro?

Del pasado.

Las frases de Charles y Deanna empezaban con: «¿Te acuerdas de cuando...?», o: «Hoy he pasado por la guardería a la que llevábamos a Anna...», o: «Estaba pensando en aquellas vacaciones en Vermont...»

Después de dedicar la cena a recordar la cabaña sin calefacción que les había tocado cuando habían ido a esquiar a Stowe, donde el biberón de Anna se había congelado, después de terminar de comer y meter los platos en el lavavajillas, y de que Charles subiera a mirarle los pies a Anna, que se los había enseñado a regañadientes, los dos habían acabado en la cama con la tele puesta.

Y, entonces, como por casualidad, la mano de ella tocó la de él. La pierna de él se acercó sigilosamente a la de ella. Era como si sus extremidades obrasen por su cuenta propia, como si sus cuerpos dijeran por fin: «Ya está bien. Estoy harto: tengo frío y me siento solo.»

Charles se levantó y cerró la puerta con llave. Ni una palabra sobre lo que estaban haciendo. Se metió otra vez en la cama y la abrazó, sintió que el corazón le chocaba contra las costillas, la besó y se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos todo aquello.

Sin embargo, mientras volvían a ser amantes se convirtieron en desconocidos. Sucedió de una forma extraña. Mientras se colocaba encima de ella y empezaba a penetrarla, mientras su boca buscaba la de ella, de repente sus movimientos se hicieron torpes. Eran como dos piezas de un rompecabezas que se negaban a encajar; por mucho que las pusieran de un lado o de otro seguían sin ajustarse. Ella se apretó contra el pecho de Charles y él salió de ella; quiso darle un beso, pero Deanna se volvió hacia el otro lado. Ella sonrió para animarle y él volvió a penetrarla, pero ella se quedó paralizada; él perdió ímpetu y se apartó.

Se desenredaron lentamente y se colocaron cada uno en un extremo de la cama. Ninguno de los dos le dio las buenas noches al otro.

DESCARRILADO OCHO

Cómo habían pasado de quedar para comer a quedar para tomar una copa después del trabajo?

¿Y de compartir una ensalada de pollo y *biscotti* al anís a los cócteles y los cacahuetes? Almorzar, al fin y al cabo, era algo que se hacía con un amigo. Ir de copas era algo que se hacía con un amigo íntimo. Para ir a comer tenía que llamar a Lucinda, pero para ir a tomar una copa tenía que llamar a Deanna. Y darle un motivo para su tardanza. Tenía que mentir.

Y mentir se le daba igual de mal que contar chistes.

Sin embargo, resultó que sólo era cuestión de practicar.

«Hoy salgo tarde», le dijo a su mujer por teléfono la primera tarde en que quedaron para tomar una copa después del trabajo.

«Hoy también salgo tarde», repitió la siguiente vez.

Y la siguiente.

Poco a poco fue dándose cuenta de que su vida estaba cambiando, de que se pasaba la mayor parte del tiempo más o menos esperando el siguiente encuentro con Lucinda.

El Temple Bar.

Keats.

Houlihan's, donde por fin los dos tuvieron que reconocer adonde iba a parar aquello.

Quizá fue por lo que bebieron. El decidió prescindir de su cabernet habitual y se decantó por un margarita. O dos. En un bar en el que no escatimaban el tequila.

Al segundo cóctel ya veía cosas raras. O dejaba de ver otras. Por ejemplo, todos los clientes del bar desaparecieron y sólo quedó Lucinda.

—Me parece que quieres que acabe borracha —dijo ella.

—No, quiero que acabes más borracha.

—Ah, es verdad. No me acordaba de que ya estoy un poco trompa.

—No te acordabas precisamente porque lo estás.

—Ah, claro.

Estaba guapa de verdad, y los ojos vidriosos no tenían nada que ver con ello. Llevaba un vestido casi inexistente de tan corto y tan ajustado que parecía imposible que hubiera metido en él aquellas piernas enfundadas en unas medias de nailon resplandecientes.

—¿Qué le has dicho a tu mujer?

—Pues que me iba a tomar algo con una mujer preciosa que he conocido en el tren de Long Island.

—Ja!

—¿Y tú a tu marido? —quiso saber él.

—Lo mismo. Pues que me iba a tomar algo con una mujer preciosa que he conocido en el tren de Long Island.

Se echó a reír, sosteniendo el cóctel lejos del cuerpo para no echárselo por encima.

Su marido. Formal, imperturbable, casi veinte años mayor que ella y mortalmente aburrido, según las quejas de Lucinda.

Había llegado un momento en que a él sólo le apasionaba el golf.

—¿Sabes? —empezó Charles—. ¿Sabes...?

—¿Qué?

—No me acuerdo.

Iba a decir algo que tenía la leve impresión de que después lamentaría, pero se le había ido de la cabeza al volverse Lucinda hacia él y mirarlo con aquellos ojos verdes y tiernos. Si, como escribió Shakespeare, los celos eran «el monstruo de ojos verdes», ¿qué era el amor?, ¿el ángel de ojos verdes?

—¿Qué hacemos, Charles? —preguntó ella, adoptando un aire levemente solemne. Quizá también estuviese a punto de decir algo que iba a lamentar.

—Tomar una copa.

—Quiero decir que qué hacemos después de la copa.

—¿Tomamos otra?

—¿Y luego?

Charles estaba pensando en una posible respuesta, pero de repente apareció alguien más en el bar. Ya no eran las dos únicas personas del mundo. Se trataba de un hombre de edad indefinida que se había colado entre ambos para llamar la atención del camarero que estaba detrás de la barra.

La del camarero no la consiguió, porque la suya propia se fue hacia otro lugar en cuanto vio las piernas de Lucinda.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—No —respondió Lucinda, mostrando el cóctel que aún tenía en la mano.

—Vale. ¿Puedo invitarte a todo el bar?

—Claro, lo que tú digas.

—Perdón —<lijo Charles; el hombre casi estaba pisándole.

—A ti no quiero invitarte a nada.

—Qué gracioso. No, en serio. Lo que pasa es que estaba hablando aquí con la señora.

—Claro, y yo.

Charles no tenía claro si aquel hombre se hacía el simpático o sencillamente era así. Y le parecía que podía ser desde un simple maleducado hasta un maníaco homicida. Cada vez resultaba más difícil de saber.

—A ver, perdona —dijo Lucinda—, pero es verdad que estábamos hablando, así que...

—Así que tendrás sed, ¿no?

—Muy bien, nosotros ya nos vamos.

—No, quédate —rogó el desconocido.

—Perdona —dijo Lucinda, que se había levantado del taburete.

—¿Te he molestado?

—Perdona.

—Vale —dijo el desconocido—. La puta se va —añadió.

Charles le dio un puñetazo.

No recordaba haber pegado a nadie en la vida; le sorprendió darse cuenta de que atizar un puñetazo dolía igual que recibirlo. Otra cosa que no esperaba era que aquel tío cayera al suelo y el labio le sangrara de verdad.

—Me ha insultado —explicó Lucinda a varios camareros que habían salido de la nada y se habían colocado entre ellos.

Un hombre algo acalorado subió corriendo de las profundidades del local. Debía de tratarse del encargado, supuso Charles.

—Sería mejor que se fueran todos —propuso tras determinar lo que había ocurrido. No costaba mucho: el hombre al que Charles había tumbado de un puñetazo aún estaba intentando levantarse, y Charles seguía frotándose los nudillos.

—Vale —contestó Charles—. ¿Por qué no?

Recogió el abrigo de Lucinda del guardarropía, consciente de que todas las miradas se habían posado en él, aunque los únicos ojos que le importaban eran verdes y estaban repletos de gratitud.

Era lo lógico, ¿no? Acababa de echarle la arena por la cara al matón de la playa, acababa de rescatar a la doncella, acababa de defender su honor.

En la calle soplaba un viento borrascoso y el frío era tal que el aliento se les transformaba en vapor.

—¿Vamos en taxi hasta Penn? —preguntó Lucinda, a la que le lloraban los ojos debido al aire helado. ¿O era por la emoción del momento, luego de la exhibición de valor que había hecho Charles?

—Olvídate del tren —dijo Charles—. Voy a llamar un taxi. Voy a pedir un taxi y te llevo a casa.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Tal vez no sea buena idea.

—¿Por qué?

—No lo sé. Puede que nos vea alguien.

Era la primera vez que uno de los dos reconocía en público que quizás estuviesen haciendo algo ilícito.

—También puede ver a alguien en el tren.

—Pero es distinto. La gente que no se conoce puede sentarse junta en un tren.

—Vale. Lo que tú quieras.

Le había pasado un brazo por el hombro. No se había dado cuenta, pero lo había hecho, y notaba el calor de aquel cuerpo a través del abrigo, como la fiebre que se oculta bajo un enfriamiento.

—Es que lo del taxi no me parece buena idea —insistió ella.

—Vale.

—Soy capaz de hacer algo que no conviene.

—¿El qué? ¿Desmayarte?

Charles estaba intentando ser gracioso otra vez. Sólo intentándolo. Sin embargo, quizá no fuese buen momento para chistes, porque casi habría jurado que estaba tirándose hacia él, que sin darse cuenta se le había acercado.

—No, comerte vivo —respondió ella.

—Se acabó la discusión —sentenció él—: pido el taxi y ya está.

Lucinda le dio un beso.

En realidad fue mucho más que eso. Fue un boca a boca, porque Charles se sintió como si lo hubiera resucitado.

Al separarse, y para eso él tuvo la impresión de que tardaban un día y medio, los dos recuperaron el aliento, como si el mar acabara de arrastrarlos hasta la orilla.

—Ay, ay, ay —exclamó ella.

Él estaba a punto de decir lo mismo. O quizá sólo «ay», una exclamación de asombro y de alegría desenfundada. Bien, no totalmente desenfundada, ya que unas pocas complicaciones los acechaban desde algún rincón.

Y, sin embargo, esas complicaciones (que tenían nombres y caras, que podían reclamar con toda legitimidad el amor y la lealtad de Charles) de repente se habían esfumado como los clientes del bar unos momentos antes, desvaneciéndose en un mundo periférico.

En el taxi viajaron acurrucados y haciendo manitas (sí, haciendo manitas, una de esas expresiones que normalmente dejan de utilizarse a determinada edad). Charles sentía al mismo tiempo la calidez de lo conocido y el tormento de lo nuevo.

También siguieron besándose. Y él posó sus labios no sólo en los de Lucinda, sino también en otras partes de su cuerpo: en la nuca, en la tenue cicatriz de la parte interna del brazo («un accidente en el patio del colegio»), en las cejas, oscuras y aterciopeladas. Tenían un ojo puesto en el taxista, que de vez en cuando echaba un vistazo al retrovisor, y el otro él en ella, y ella en él, y lo cierto, pensó Charles, era que no podía quejarse. Estaban colorados: Charles lo veía en el rostro de ella y se lo imaginaba en el suyo, pero no era por el calor, sino por la humedad. Se sentía como si estuvieran envueltos por una nube hinchada que amenazaba con descargar sobre ellos y dejarlos empapados hasta los huesos, aunque él estaba dispuesto a ponerse después a bailar sobre los charcos igual que Gene Kelly.

Cuando cruzaron la avenida Van Cortland, aún con los labios pegados, cuando se apretaron las manos al pasar por la sombra del Shea Stadium, cuando se acariciaron en la rampa de la salida a la autovía Grand Central, Charles habría sido capaz de apostar que nadie se había sentido exactamente así jamás, aunque sabía que era mentira. Ese era el primer pecado del adicto empedernido: negar la realidad. Y él sufría una adicción, ¿verdad? Le parecía que no podía estar dos salidas de la autovía sin besarla, que no podía pasar tres canciones de la radio (el 101.6 de la FM, Música para Parejas Enamoradas) sin recorrer su cuerpo de arriba abajo.

—Más despacio —pidió ella cuando hubieron tomado la salida 8E de la autovía Meadowbrook, la autovía del Arroyo de la Pradera, aunque tanto el arroyo como la pradera brillaban por su ausencia, y lo único que había allí era una autovía. Se dirigía al

taxista, pero podría habérselo dicho perfectamente a Charles, porque si no frenaba era posible que se recalentara, que terminase siendo una de esas víctimas desventuradas que se veían desparramadas por la carretera, a medio camino de una reunión urgente.

—No quiero que me dejes delante de la casa —se explicó—. Por mi marido.

—¿Dónde vives?

—A un par de manzanas. Me bajo aquí.

Se detuvieron en la esquina de la avenida Euclid y Lucinda dijo:

—Nos encontramos mañana en el tren.

DESCARRILADO NUEVE

Se llamaba Fairfax. Era uno de esos hoteles en muy mal estado que habían caído en el anonimato, de esos que la mayoría de la gente evitaría, en espera de encontrar algo mejor.

Pero Charles no, en aquel momento no.

Se dirigía hacia allí para pasar la mañana con Lucinda.

Por fin se había atrevido a pedírselo.

Habían salido a cenar dos veces más y habían compartido dos taxis más, y en las dos carreras se habían metido mano como adolescentes con las hormonas en ebullición. Se habían besado, se habían acariciado y se habían abrazado, y por fin había llegado el momento de «dar un paso adelante en la relación». Sí, había empleado esas mismas palabras. Le había sorprendido que hubieran conseguido salir de sus labios y había quedado eternamente agradecido cuando Lucinda no se había burlado de él. Aún le agradecía más su respuesta, que tras irnos instantes de silencio había sido:

—Sí, ¿por qué no?

Se lo había pedido una mañana en Penn Station, mientras se tomaban un café, y después habían salido a la Séptima avenida del brazo y habían tomado un taxi juntos, aunque él tenía que desviarse unas setenta calles para llevarla, pero, al fin y al cabo, eso suponía pasar setenta calles más en su compañía, abrazados, aferrados a aquella nueva versión de su relación de pareja. Y entonces ella había querido saber:

—¿Dónde?

Buena pregunta. ¿Dónde exactamente iban a consumir las cosas? Habían pasado por delante de un hotel con el taxi («No —había objetado ella—, demasiado cerca de Penn Station»), y luego otro («Demasiado suntuoso»), y por fin un tercero cuando ya habían recorrido una buena parte de Manhattan desde el centro hasta el sur.

El Fairfax.

Estaba flanqueado por una tienda de comida coreana y un gimnasio femenino, y resultaba algo lúgubre, pero ¿no eran éstos los hoteles pensados para esas cosas?

Lucinda había accedido:

—Sí, bien —había accedido Lucinda—. Parece adecuado.

Y habían fijado la fecha.

El viaje en tren hasta Penn Station.

Los dos estaban callados (sorprendentemente, pensó él, como boxeadores antes del combate más importante de sus vidas).

Dedicó la mayor parte del trayecto a contar los minutos que había entre estaciones: de Merrick a Freeport a Baldwin a Rockville Centre. Bajo la oscuridad del East River, Lucinda buscó su mano y entrelazaron los dedos. Estaban helados, como si toda la sangre se hubiera escapado de ellos. Estaban helados... ¿por qué? ¿Por la culpa? ¿Por la vergüenza? ¿Por el miedo?

Había algo en todo aquello que no resultaba espontáneo. Antes básicamente habían jugado aprovechando la oscuridad, pero lo que hacían en ese momento era frío y premeditado. De camino a la parada de taxis, Lucinda se apoyó en él no tanto por deseo como por inercia, o eso pensó Charles. Era casi como si la llevase a rastras, como si cargara con un peso muerto por las escaleras mecánicas y por la puerta que daba a la calle.

Lo comprendía. Una cosa era darse cuatro besos en un taxi y otra muy distinta pedir una habitación en un hotel con el objetivo de acostarse con alguien.

El interior del hotel Fairfax era prácticamente como el exterior: deteriorado y descolorido, apenas a un paso del abandono. El vestíbulo olía a alcanfor. Mientras se acercaban a la recepción, Charles sintió cerca de la garganta que Lucinda se aferraba a él, asustada. Informó al encargado de que iba a pagar en efectivo y recibió la llave de la habitación mil doscientos siete.

Subieron en silencio en el ascensor.

Cuando llegaron al piso doce y se abrieron las puertas, Charles dijo:

—Las señoras primero.

Y ella replicó:

—Merece más respeto la edad que la belleza, caballero.

Y, así, salieron a la vez. El piso necesitaba unas cuentas bombillas más, en opinión de Charles, ya que la única luz parecía proceder de una ventana medio cubierta situada a la izquierda del ascensor. La moqueta olía a moho y a tabaco.

La habitación mil doscientos siete estaba casi al final del pasillo, en la parte más oscura, y Charles, entornando los ojos, apenas distinguió el número de la puerta.

Eso era lo que se conseguía en Nueva York por noventa y cinco dólares: una habitación que olía a desinfectante, con una cama doble, una mesita de noche y una lámpara torcida, todo ello prácticamente pegado.

Y la temperatura era semiecuatorial, sin que ningún termostato pudiera ayudarles a regularla.

La tapa del inodoro estaba rodeada por una tira de papel blanco. Charles hizo los honores; le entraron ganas nada más entrar. Los nervios.

Cuando salió del baño, Lucinda estaba sentada en la cama, jugando con el mando a distancia del televisor, en cuya pantalla no acababa de salir nada.

—Creo que hay que pagar un suplemento —comentó.

—¿Quieres...?

—No.

En sus gestos se reflejaba cierta cortesía incómoda para ambos, pensó él, como si acabaran de conocerse en una cita a ciegas. Los nervios se escondían a base de buenos modales.

—¿Por qué no te sientas, Charles?

—Vale.

Se sentó en la silla.

—Quiero decir aquí —puntualizó ella.

—Ah, claro.

Se quitó el abrigo y lo colgó en el armario, al lado del de Lucinda. Después fue hasta la cama (un recorrido muy corto, dadas las dimensiones de la habitación) y se sentó.

«No debería estar aquí. Debería levantarme e irme. Debería...»

Pero ella apoyó la cabeza en su hombro y dijo:

—Bueno. Ya estamos aquí.

—Sí.

Estaba sudando y empapando la camisa.

—Vale —Lucinda suspiró—. ¿Quieres quedarte o prefieres irte?

—Sí.

—¿Sí? ¿Sí a qué?

—A quedarnos. O a irnos. ¿A ti qué te apetece?

—Follarte. Me parece que lo que me apetece es follarte.

Sucedió cuando estaban ya listos para irse.

Se habían vestido en silencio y Charles había repasado la habitación para asegurarse de que no se dejaban nada.

Acto seguido se habían acercado a la puerta.

Charles la abrió para dejar pasar a Lucinda. Ella se adelantó y él percibió el perfume que acababa de ponerse en el baño. Y entonces olió otra cosa.

Donde un momento antes había habido dos personas (Lucinda y él) de repente había tres.

Alguien lo empujó y lo hizo caer de espaldas.

Alguien le pegó patadas en las costillas primero y en el estómago después, y Charles notó que le faltaba aire. Alguien empujó a Lucinda encima de él y después hacia un lado, y la dejó allí tirada en el suelo, a su lado.

Alguien dio un portazo y echó el seguro.

Donde un momento antes había habido dos personas de repente había tres.

—Si hacéis el más mínimo ruido os salto la tapa de los sesos, cabrones —dijo alguien, ese alguien que no era ni Lucinda ni Charles.

Era un hombre armado: Charles lo veía, y también veía el arma, pequeña y de un negro grasiento. Se dio cuenta de que estaba jadeando, como si acabara de correr un buen trecho para llegar hasta allí.

—Te doy todo el dinero que llevo —resolló Charles—. Quédatelo.

—¿Qué? —Era negro, pero hispano, pensó Charles, o tenía algún acento extranjero similar—. ¿Qué coño has dicho?

—El dinero... Que te lo quedes.

—Te he dicho que te calles, mamón.

Le dio otra patada, pero ya no en las costillas, sino más abajo. Charles soltó un quejido de dolor.

—Por favor —pidió Lucinda con una voz temblorosa, casi de niña, que no parecía posible que procediese de una mujer hecha y derecha—. Por favor, no nos haga daño...

—«No nos haga daño» —repitió el extraño en tono burlón, disfrutando con su parodia, con el miedo que provocaba. Y aquella vocecilla infantil... como si fuera a echarse a llorar o algo así—. No, si no voy a hacerte daño, cariño... A ver, dadme las carteras, joder.

Charles buscó un bolsillo interior por entre los pliegues del anorak empapado en sudor y sacó la cartera con mano temblorosa.

«Esto sólo ocurre en las películas. Esto sólo ocurre en las primeras páginas de los periódicos. Esto sólo les ocurre a los demás.»

Le lanzó la cartera al hombre de la pistola. Lucinda revolvía el contenido del bolso en busca de la suya, esa cartera con una fotografía de su hija de cinco años subida a un columpio en medio del campo, lejos de allí, de la moqueta raída de la habitación mil doscientos siete del hotel Fairfax.

Cuando por fin se la tiró, el ladrón ya estaba hurgando en la de Charles y sacando el dinero, que de hecho era bastante, porque con él tenía pensado pagar la habitación. Sin embargo, después de sacar los billetes no dejó de mirar la cartera y de sonreír por algún motivo.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —dijo.

Estaba mirando las fotos de Charles: Anna, Deanna y él. La familia Schine.

—Qué gracia. No se te parece nada —comentó, dirigiéndose a Lucinda—. Coño, es que nada de nada. —Se volvió hacia Charles y añadió—: No se le parece para nada, tío —añadió en tono de burla.

A continuación, tras rebuscar en la cartera de ella, encontró una fotografía de su familia.

—Vaya, vaya. Este tío no se te parece, Charles. Qué va. Este tío no eres tú, Charles.

Soltó una risotada seguida de una risita más infantil. Había atado cabos.

—Vamos a ver. ¿Queréis saber lo que se me ha ocurrido? ¡Eh! —Le pegó otra patada a Charles, con fuerza, pero ya no tanta—. Que si queréis saber lo que se me ha ocurrido.

—¿Qué? —preguntó Charles.

—¿Qué? ¿Qué? Pues que me parece que estáis poniéndoles los cuernos a vuestros respectivos. ¿Qué, te he pillado echando una canita al aire, Charles? ¿Estabas haciendo travesuras, Charles?

—Por favor, llévate el dinero y déjanos —rogó Charles.

—¿«Llévate el dinero y déjanos»? ¿«Llévate el dinero y déjanos»? Gracias, pero ya te he quitado el dinero, gilipollas. —Agitó el fajo en el aire—. Ya tengo tu puto dinero. ¿Lo ves?

—Sí. Ya lo veo. Te prometo que no vamos a denunciarte.

—Me lo prometes, ¿eh? Qué amable eres, tío. ¿Me das tu palabra de honor? No vas a chivarte a la pasma. Ah, vale, en ese caso... —Agitó la pistola, haciendo pequeños círculos en el aire, primero hacia él, luego hacia ella y después vuelta a empezar. Era

de un negro oscuro, con el cañón corto—. Bueno, pues... si no vais a denunciarme, no sé...

A su lado, Lucinda tiritaba como un perro callejero mojado...

—Hola, cariño —le dijo el intruso—. ¿Qué hay?

—Por favor...

—¿Cómo es, Charles? Mejor que tu parienta, seguro. Un buen coño, ¿no, Charles? Un coño bien prieto, ¿eh?

Charles hizo ademán de incorporarse. Estaba otra vez en el bar y aquel hombre la insultaba. Charles tenía que darle su merecido. La diferencia fue que en este caso recibió un golpe en la cara con el cañón de la pistola y otra vez dio con su cuerpo en el suelo. Sintió el crujido antes que el dolor: primero una cosa y luego la otra, primero el ruido de la nariz al romperse y después el dolor nauseabundo. Y empezó a brotar la sangre.

—¿Decías algo, Charles? Es que no te he oído bien. ¿Que decías? ¿Decías que puedo tirármela si quiero? Pues muchas gracias, hombre. Es un detalle, joder. Me prestas a tu puta particular, qué amable eres.

—No —gimió Lucinda—. No...

—¿No? ¿Es que no has oído que me daba permiso para echarte un polvo, Lucinda? —Era la primera vez que la llamaba por su nombre. En cierto modo, resultaba tan terrible como pegarles patadas en el suelo y robarles la cartera—. De verdad que me deja, lo ha dicho. Si te la mete él, ¿por qué no voy a metértela yo? Si eres puta, eres puta hasta el final, guapa. ¿A que sí, Charles? Di que sí.

Charles se atragantaba con su propia sangre, que le bajaba a chorro por la faringe y le obstruía la tráquea. Se ahogaba en sangre y farfullaba algo en un intento de tomar aire.

—Siéntate aquí, Charles.

El intruso tiró de él, le levantó y le colocó en la silla, que tenía un cojín forrado con una tela de motivos florales descolorida y con un desgarrón por el que se escapaba la pelusa.

—¿Qué? ¿Ya te encuentras mejor? Respira hondo. Así, muy bien: inspirar, espirar. Mejor que te pongas cómodo, que el espectáculo va a ser de los que no se olvidan. No te pierdas detalle, Charles, que no verás un polvo así en tu vida.

Lucinda echó a correr.

Le pilló por sorpresa. La había dejado tirada en el suelo temblando y de repente, sin darle tiempo para reaccionar, se levantó de un salto y salió disparada. Llegó hasta la puerta.

Consiguió incluso hacer girar el pomo y entreabrir la antes de que el intruso la alcanzara y tirase de ella hacia el interior de la habitación. Del pelo. De aquella melena oscura y sedosa que sabía a champú y a sudor, tan fina que podía peinarse con los dedos. La agarró con el puño, le retorció el pelo y la hizo gritar.

—Más te vale callarte de una puta vez, Lucinda.

Le metió el cañón del arma en la boca, hasta el fondo, hasta topar con los dientes. Lucinda dejó de chillar.

Charles seguía resollando, con la garganta llena de sangre. Estaba muy mareado, a punto de desmayarse. Una luz blanca le abrasaba el puente de la nariz. Tuvo que ver cómo aquel hombre colocaba a Lucinda en el suelo, como si estuvieran siguiendo los pasos de una extraña danza, una especie de *pas de deux* moderno. Tuvo que ver cómo la tumbaba y se quedaba de pie encima de ella, cómo le subía la falda hasta la cintura, como se reía y le silbaba, cómo lenta, muy lentamente, le bajaba hasta las rodillas las bragas de encaje negras.

Cómo se bajaba la cremallera de los pantalones.

DESCARRILADO DIEZ

Charles se desmayó, se desmayó más de una vez, pero el intruso siempre le despertaba, le echaba agua por la cara, le susurraba al oído.

—No te me duermas, tío. Que vamos a por el segundo asalto, tío. A por el tercero... El cuarto...

Era como una película porno mala, de esas que uno en realidad no quiere ver, pero un amigo resulta que la tiene y, bueno, pues acaba viéndola. Incluso si se aparta la vista se mira de reojo. La mujer que se lo monta con el perro, el vídeo de zoofilia en el que se la mete toda en la boca; es asqueroso, de verdad, parece increíble que esté haciéndolo, pero lo hace, y uno lo mira. Se le forma un nudo en el estómago, se le revuelven las tripas, le entran ganas de vomitar, pero tiene que mirar. No sabe por qué, pero tiene que mirar.

Lucinda y él. Aquella mujer desnuda tan hermosa y él.

Qué hermosa era. Hermosa aún cuando el intruso la ponía a cuatro patas y se la metía por el culo. Y además iba contándole a Charles lo que hacía, le ofrecía sus comentarios a modo de banda sonora.

—¿Lo ves, Charles? Les encanta que les den por el culo. Te dicen que no, pero a todas las putas les gusta cantidad.

Y le pedía a Lucinda que gimiera. Le ponía la pistola en la nuca mientras la montaba y la obligaba a gemir. Eran quejidos de dolor, seguramente, pero parecían gimoteos de placer. Un gemido era un gemido. No era fácil distinguir uno de otro, aunque Lucinda apretaba los ojos con fuerza, tenía todo el rímel corrido por la cara y se mordía el labio inferior con todas sus fuerzas, hasta hacerse sangre.

Charles miraba todo aquello sentado en la silla como si estuviera atado, aunque no lo estaba.

—¿Lo ves, Charles? Es chupapollas por vocación... Así, así, nena... Trágate toda la polla de tu papi...

La escena había cambiado. Ya no estaba dándole por el culo, sino que se había puesto de pie delante de ella y le sostenía la cara con ambas manos, aquella cara tan hermosa de Lucinda. Y ella se atragantaba.

—Ah, sí... Sí... ¿Lo ves bien, Charles? ¿Charley? No te pierdas la corrida... Ahora verás cómo me corro... Ah, sí...

Y, después, Lucinda quedó allí tendida. ¿Cuánto tiempo después? Charles no lo sabía, era aún por la mañana, o quizá por la tarde. Lucinda se había quedado allí tumbada en el suelo, cubierta de sudor y de semen, casi inmóvil. ¿Estaba muerta? No, aún respiraba, aunque casi imperceptiblemente. Charles se miró la sangre seca de las manos y no supo a quién pertenecía, no recordaba que era suya, que debía de tener la nariz rota.

Y entonces el hombre empezó a manosearse. Estaba desnudo a excepción de los calcetines y las zapatillas y miraba a Lucinda en el suelo mientras se masturbaba. Estaba preparándose para otro asalto. ¿El quinto? ¿El sexto?

—¿Sigues ahí, Charles? —le preguntó—. No nos abandones, tío, que aún queda espectáculo...

Era cierto.

El intruso volvió a penetrarla. La apoyó Contra la cama como si fuera una marioneta, con los brazos y las piernas inertes, como si la moldeara para convertirla en un objeto de lujuria. Le puso las piernas a la altura de las orejas, las manos separadas del cuerpo, y mientras, iba riéndose, entretenido. Se tomaba su tiempo, la colocaba exactamente en la posición deseada, movía una mano unos centímetros por aquí, una rodilla unos

centímetros por allá. Lucinda con la mandíbula caída, convertida en un títere, en una muñeca hinchable.

Y entonces Charles decidió intentarlo otra vez. No lo decidió él, sino su espíritu de macho, su cerebro reptil, quizá. Fue eso lo que le hizo levantarse de la silla y abalanzarse hacia el hombre que estaba a punto de violar a Lucinda por quinta o sexta vez.

Para empezar, estaba mareado. Era como jugar a la gallina ciega: le habían hecho dar vueltas como una peonza y no sabía dónde estaba cada cosa. Se tambaleó, perdió el equilibrio, dio tumbos, y el intruso ni siquiera se fijó en él, porque aún estaba concentrado en la colocación precisa de Lucinda, e incluso, quizá, se había olvidado de la presencia de Charles. Así que, para recordársela, éste cruzó toda la habitación y le agarró por detrás, del cuello, y apretó.

Apretó con todas sus fuerzas, apretó como si le fuera la vida en ello, le aferró el cuello con una garra de acero. Sin embargo, el intruso se levantó con toda tranquilidad, casi con desidia, y se libró de Charles como quien suelta una bolsa de basura en la acera, Charles acabó despatarrado en el suelo, sin saber qué había pasado, mientras el otro sonreía y meneaba la cabeza.

—Charles, Charles. ¿Qué coño te pasa, tío? Te estoy ofreciendo un espectáculo que no has visto en tu puta vida y me lo agradeces así. Mierda. Me entran ganas de molerte a palos, Charles. Me entran ganas de pegarte una paliza que te cagues en todo.

Charles farfulló algo. ¿Qué? No lo sabía...

—Vale, Charles. Vamos a tranquilizarnos. Voy a contar hasta diez. A lo mejor es que te apetecía recibir tú también, ¿eh? De verme follar como una máquina te has puesto caliente, ¿no? Ya te entiendo. Pero hoy no, tío. No te toca, ¿vale? ¿Lo entiendes?

Lucinda seguía inmóvil en aquella postura pornográfica, como una modelo hastiada a la espera de escuchar el obturador de la cámara, con la diferencia de que su cara no era de aburrimiento, sino de muerte, y ni siquiera se giraba para mirar a quien había tratado de salvarla, un intento que había acabado en un simple cambio de localidad. Charles había pasado del gallinero a la platea.

Mientras, el desconocido (con el pene erecto; al parecer la violencia, con toda su torpeza, le había excitado más) se arrodilló entre los blancos muslos de Lucinda, aquellos muslos entre los que había yacido Charles no hacía ni dos horas, y empezó otra vez. Estaba tan cerca que Charles casi podía tocarle, aunque no pudiera pegarle, aunque no pudiera detenerle.

—Ay, Charles —le susurró—, es como de terciopelo. Qué suavcito. Este coño es de terciopelo...

Una vez que el intruso se hubo marchado, Charles tardó un rato en darse cuenta de que ya no estaba.

Había oído el portazo, incluso le había visto salir antes de oír el portazo, incluso le había oído despedirse de ellos («No me hace ninguna gracia tener que dejaros, pero...»). Sin embargo, se había quedado sentado allí en el suelo, como si la pistola aún le apuntara a la cabeza, como si el intruso siguiera gimoteando en el pelo de Lucinda, y aquel culo grotesco siguiera agitándose a irnos pocos centímetros de su cara.

Y allí estaba Lucinda, aún con las piernas abiertas, como una fulana, como aquellas putas de Ámsterdam que se despatarraban en sus escaparates, a modo de invitación. Claro que sus expresiones no eran de horror y no tenían el pelo pegado a la barbilla por el sudor, la sangre y el semen seco.

Al final, Charles se movió, primero una pierna y luego otra, como quien tiene miedo del agua y se adentra poco a poco, como si quisiera comprobar que podía moverse, aunque no tuviera demasiadas ganas de creérselo. Y después, una vez hubo movido las piernas, los brazos y luego el resto del cuerpo, se levantó del suelo. Se tambaleaba un poco, pero volvía a estar en pie. Y entonces avanzó, y ella también se movió.

No dijo nada, absolutamente nada, pero poco a poco fue acercando los muslos, ocultando la parte de sí misma que había quedado al descubierto y semejava una herida en carne viva. Y después, lentamente, fue poniéndose de pie y se arrastró hasta el baño, entró y cerró la puerta.

Charles oyó el agua correr y cómo se frotaba la toalla contra la piel, y después le pareció que vomitaba. Tiró de la cadena una vez y luego otra.

Él aún no se había lavado. Tenía las manos y la cara cubiertas de sangre, estaba seguro; le daba la impresión de que el tamaño de la nariz era el doble del habitual, como si se hubiera colocado una de esas de circo encima de la verdadera, pensó, y se dijo que quizá sí, que quizás ésa era la mejor forma de explicarlo: Charles el payaso, al que le pegan mamporros en la cabeza y patadas en el culo, mientras el animador se ocupa de la atracción principal del espectáculo. Y precisamente esa atracción estaba abriendo la puerta del lavabo en aquel mismo instante. Seguía sin dirigirle la palabra. Al fin y al cabo, ¿qué se le dice a un payaso? Seguía aturdida y maltrecha, aunque se hubiera adecentado un poco. Y también seguía desnuda, como si eso no importara, como si jamás pudiera estar más desnuda que quince minutos antes, despatarrada y violada. Después de una cosa así, ¿qué ropa puede vestir un cuerpo? Además, los payasos eran seres insignificantes, superfluos, y daba igual lo que vieran, porque no podían hacer nada por sí mismos.

«¿Te encuentras bien», estuvo a punto de preguntarle. Las palabras ya casi habían salido de sus labios cuando se dio cuenta de que eran totalmente improcedentes. ¿Cómo iba a encontrarse bien? Era imposible que volviera a encontrarse bien en la vida. —Debería llevarte al hospital —dijo por fin.

—No. —Era la primera palabra que le dirigía probablemente desde hacía horas.

—Tiene que verte alguien.

—No. Hoy ya me han visto lo suficiente.

Su voz carecía de vida y emoción, como las de los malos actores. Daba más miedo que unos hipotéticos gritos, asustaba más que las lágrimas que no caían de sus ojos. Si se hubiera echado a llorar, la habría abrazado para consolarla, pero tal como estaban las cosas no podía hacer nada por ella.

Lucinda empezó a vestirse, poco a poco, prenda a prenda, sin taparse, sin volverse con timidez, como había hecho antes, para que él no la viera. Y, así, Charles se metió en el baño, y allí pegó un respingo al verse reflejado en el espejo, y pensó por un instante que estaba ante otra persona. No podía ser él. Pero lo era, Charles el payaso, un bufón de nariz protuberante, con maquillaje rojo por la cara y una peluca despeinada.

Se colocó una toalla mojada en la nariz y le escoció, como si se pusiera yodo. Se alisó el pelo e intentó limpiarse la sangre de las mejillas.

Cuando salió, Lucinda estaba más o menos vestida. Una de las medias tenía una carrera y la falda estaba rasgada, pero aun así había conseguido imitar bastante bien el aspecto de una mujer vestida, como un maniquí: lo tenía todo, menos una cosa, ese algo que confiere vida a la mujer.

—¿Qué hacemos? —preguntó Charles, no sólo a ella, sino también a sí mismo, porque no lo sabía.

—Nada —se limitó a contestar Lucinda.

Nada. Parecía absurdo, ridículo. Qué tontería tan evidente. El delincuente estaba suelto, sus víctimas habían quedado apaleadas y ensangrentadas, y ¿qué proponía ella que hicieran? Nada.

Pero el contrario de nada sólo puede ser algo, y ese algo no se le ocurría.

¿Qué podían hacer? ¿Acudir a la policía?

Sí, claro, acudir a la policía. Cuando te roban, te pegan una paliza y te violan, lo que hay que hacer es presentar una denuncia. Claro que...

—¿Qué hacían en el hotel Fairfax?

—Bueno, pues...

—¿Qué estaban haciendo en el hotel Fairfax a media mañana?

—Mire, resulta que...

—¿Qué estaban haciendo ustedes dos en el hotel Fairfax?

—Si me permite que le explique...

Quizá podrían pedirles discreción, a lo mejor estaba permitido pedir discreción, era posible que el inspector les guiñase un ojo, cómplice, y dijera: «Lo comprendo.» Tal vez les garantizara que aquello iba a quedar entre ellos y él, que no tenían de qué preocuparse. O tal vez no.

Se había cometido un delito, y a veces los delincuentes acababan en la cárcel, a veces la gente los denunciaban, la policía llegaba a detenerles e iban a juicio. Y esos procesos eran públicos, salían en los periódicos, en primera página, y los testigos tenían que presentarse y declarar, subir al estrado a decir: «Fue ese hombre, señoría.» Y esos testigos tenían que ser ellos, Lucinda y él.

—¿Y qué hacían en el hotel Fairfax?

—Bueno, pues...

—¿Qué estaban haciendo en el hotel Fairfax a media mañana?

—Mire, resulta que...

—Responda a la pregunta.

¿Qué podían hacer? Esa era la pregunta clave.

Nada. Quizá no fuese tan ridículo como podía parecer a simple vista. Quizá no fuese tan absurdo.

Y, sin embargo, ¿cómo iban a seguir viviendo sin más, sin reaccionar ante lo que acaba de sucederles? ¿Cómo iba Lucinda a olvidarlo, como si se tratara de un comentario de mal gusto o un gesto obsceno? ¿Cómo irse a la cama esperando despertarse y que todo se hubiera esfumado?

—Me voy —anunció ella.

—¿Adonde?

—A mi casa.

Su casa. Se iba, a reunirse con la rubita de cinco años apasionada de los columpios, con el marido golfista de handicap nueve que podría apreciar la repentina palidez de sus mejillas, el labio partido y el comportamiento típico de una situación postraumática. Podría apreciarlos, o quizá no.

—Lo siento, Lucinda.

—Sí.

Lo sentía todo. Para empezar, haberle pedido que subiera a una habitación de hotel con él; no haber visto al hombre que acechaba en la escalera, frente a la habitación; haberse quedado sentado, observando, mientras la violaba una y otra vez; no haberla protegido.

Lucinda se dirigió con dificultad hacia la puerta. Sus andares, de una elegancia impresionante, habían quedado convertidos en algo lento y pesado, desgarrado. Y no sé volvió. Charles estuvo a punto de ofrecerse a pedirle un taxi, pero sabía que rechazaría la proposición. No había sido capaz de darle lo único que necesitaba de él y ya no le quería para nada.

Lucinda abrió la puerta, salió y la cerró tras de sí.

ATTICA

Lo lamento, pero debo interrumpir la narración.

Me parece que tengo que confesar algo.

Han sucedido tres cosas.

El miércoles se presentó un hombre en casa. Quería verla, aseguraba que le habían dado la dirección en una agencia inmobiliaria.

Abrió la puerta mi esposa, que le contestó que la casa no estaba en venta. Debía de tratarse de un error.

—Su marido es profesor, ¿verdad? —quiso saber el extraño.

—Sí —contestó ella, pero insistió en que se equivocaba. La casa no estaba en venta.

Él se disculpó y se marchó.

No parecía alguien que pretendiese comprar una casa, según me contó más tarde mi mujer.

—Bueno, pero ¿cómo era? —le pregunté.

—Parecía alumno tuyo.

—¿Era uno de los chavales del colegio?

—No, quiero decir uno de tus otros alumnos.

Entonces sucedió lo segundo.

Estando en la sala de celadores, uno de los guardias, un tal Tommy, *el Gordo*, me informó de que iban a echarme a la calle pronto.

—¿Qué significa eso?

—Pues que van a echarme a la calle pronto.

Tommy pasaba de los ciento treinta kilos y más de una vez se había sentado encima de reclusos difíciles de controlar después de ponerles los grilletes y tumbarlos boca abajo en el suelo de la celda.

—¿Por qué? —quise saber.

—Recortes de presupuesto. Será que por fin se han dado cuenta de que con el dinero de nuestros impuestos pueden hacerse cosas mejores que enseñar a leer a los delincuentes.

Le pregunté si sabía cuándo iba a ser.

—Qué va, pero yo que tú no me pondría a enseñarles *Guerra y paz*.

entonces Tommy *el Gordo* se echó a reír y sus tres papadas se zarandearon.

Y después sucedió lo tercero.

El preso que estaba escribiendo la historia me puso una nota al pie del capítulo diez. Al principio pensé que formaba parte del texto, que era algo que Charles le decía a Lucinda o incluso se decía a sí mismo. Pero no. Se dirigía a mí. Era una especie de acotación al margen.

«¿Te gusta el cuento hasta ahora?»

Eso era lo que había escrito.

Y la respuesta, por cierto, era negativa.

No me hacía ninguna gracia.

Para empezar, carecía de suspense.

Le faltaba un elemento decisivo para desarrollar una intriga.

La sorpresa.

Resulta que la intriga se basa en que el receptor desconozca los acontecimientos que se avecinan, y yo ya sabía qué iba a suceder.

Sabía, por ejemplo, qué iba a haber tras la puerta de la habitación mil doscientos siete. Sabía quién iba a entrar cuando la abrieran. Sabía qué iba a hacerle aquel hombre a Lucinda una y otra vez a lo largo de las siguientes cuatro horas.

Lo recordaba todo de una vida anterior.

En esa existencia previa, me despertaba todas las mañanas pensando por qué prefería seguir durmiendo.

Me duchaba y me vestía e intentaba no mirar el medidor de glucemia, dejado encima del mármol de la cocina. Tomaba el tren de las 8.43 hasta Penn Station. Hasta una mañana de noviembre en la que lo perdí. Fue la mañana en que mi hija me retrasó y tomé el de las 9.05. Fue la mañana en que levanté la vista del periódico y el revisor me pidió un billete que no tenía.

Aquella historia era la mía.

A partir de aquí voy a seguir yo.

DESCARRILADO ONCE

Después de que se marchara Lucinda me fui al médico.

Estaba a ciento treinta calles de distancia del hotel Fairfax, subiendo Manhattan a lo largo. Fui andando porque el intruso se había quedado con mi cartera y con todo mi dinero.

Tenía la nariz rota y la americana manchada de sangre, pero nadie se fijaba. Supongo que había otras cosas que mirar: un indigente desnudo, por ejemplo, una mujer vestida de morado de la cabeza a los pies que iba en patines, un negro que gritaba algo que no entendí acerca de los hijos de Jonás. El radar del neoyorquino medio no detectaba mi nariz hinchada y mi chaqueta ensangrentada.

Mientras iba andando sucedió algo curioso. Empecé contando las manzanas y acabé contando todas las cosas que me recordaban la suerte que había tenido.

Y había bastantes. Para empezar, estaba vivo. Esa había sido mi mayor fortuna. Casi había estado convencido de que iba a pegarme un tiro, así que seguir con vida era una suerte. Y a eso había que añadir a mi mujer y a mi hija. También era una suerte contar con las dos. Mi pobre Deanna no sospecharía nada, no sabría nada de la mañana que acababa de pasar su marido en la habitación mil doscientos siete del hotel Fairfax con otra mujer, viendo cómo la violaban salvajemente, una y otra vez, pero sin mover un dedo.

Y mi Anna... ¿Cómo podía haberle hecho una cosa así? Me sentía como si, después de una larga enfermedad, la fiebre hubiera remitido por fin. Volvía a ver las cosas con claridad.

El doctor Jaffe me preguntó qué me había sucedido.

—Me he caído al bajar de un taxi.

—Ya —contestó—. No sabes la de veces que me dicen lo mismo.

—Me lo imagino.

Me puso la nariz en su sitio y me dio una botellita de codeína de muestra.

—Por si empieza a dolerte mucho.

Me entraron ganas de contarle que ya me dolía mucho, pero que en cierto modo lo agradecía. Al igual que el paseo de ciento treinta calles con un frío polar, me servía para no perder el contacto con la realidad.

Fui andando hasta la oficina. Podría haber vuelto a casa, pero estaba decidido a que la jornada se desarrollara con normalidad. La iniciaba tarde, había vivido una mañana en la que prefería no pensar, pero ¿no me quedaba todavía toda la tarde por delante? ¿Y otra mañana y otra tarde después, y otras, y otras? Había decidido tomar las riendas.

Una vez en el trabajo repetí la misma historia a todo el que me preguntó, es decir, a todo aquel que me vio: Winston, Mary Widger y tres cuartas partes de mi grupo creativo. El taxi, el socavón, la caída con mala pata. Todo el mundo lo sintió mucho; todo el mundo intentó no mirarme la nariz ni fijarse en las dos bolsas oscuras que se me estaban formando bajo los ojos y que me daban aspecto de mapache.

Cuando por fin me senté en mi despacho, sentí ese alivio que produce la vuelta a un entorno propio. Era un lugar que últimamente me producía cierta tristeza, cierta desesperanza, pero de repente me parecía muy acogedor, como si lo fuera de por sí, no porque yo le otorgara ese título. Allí estaban todas mis cosas, por ejemplo mi teléfono, mi ordenador, mi sofá y mi mesita, y todos los premios profesionales que había conseguido reunir (de oro, de plata y de bronce), y quizás, eso nunca se sabía, a pesar de los reveses que había sufrido en el últimos tiempos, algún día se les uniera algún otro. Y encima de la mesa tenía una fotografía de los tres, de «la familia»: Deanna, Anna y yo, en alguna playa del Caribe. Mi familia, a salvo de todo porque la quería. Y la quería de todo corazón.

Sin embargo, al ver aquella imagen pensé en otra, en la fotografía que llevaba en la cartera, la que el intruso se había comido con los ojos y después había contaminado al agarrarla. La que seguía en su poder.

—Darlene —llamé.

—¿Si?

Mi secretaria apareció por la puerta, con expresión de preocupación maternal.

—Acabo de darme cuenta de que he perdido la cartera. Se me habrá caído cuando me he roto la nariz.

—Vaya.

—¿Puedes llamar tú para cancelar las tarjetas de crédito?

—No.

—¿Qué?

—Que no puedo, que tienes que llamar tú mismo. Sólo atienden a los titulares.

—Ah. Vale.

Debería haberlo sabido. Debería haber sabido muchas cosas. Por ejemplo, que los hoteles con mala pinta tienen esa mala pinta por algo: no son de fiar. Son un imán de delincuentes y gente de baja estofa que merodea por las escaleras a la espera de que alguien que vaya a cometer adulterio se cruce en su camino. Había cumplido los cuarenta y aún tenía cosas que aprender.

Llamé para cancelar las tarjetas a American Express, Visa y MasterCard. Hoy en día es algo muy sencillo, sólo tuve que darles el apellido de soltera de mi madre (Reston). Fue coser y cantar: los tres números dejaron de existir. Me imaginé la cara que pondría el tipo cuando entrara en una tienda y le dijese que la tarjeta no servía. No, la otra tampoco. Ni la otra. Todas eran inservibles.

Y de repente me imaginé a Deanna en la misma tienda, y que también a ella le contestaban lo mismo. Tenía que llamarla. Eran más de las tres, de modo que debía de estar en casa.

Respondió al cuarto tono, y cuando escuché su voz preguntar «¿Diga?» me invadió una especie de gratitud. Debía dar las gracias a Dios, me imaginé, suponiendo que existiera, suponiendo que se interesase lo suficiente por mí como para ver que había salido del hotel Fairfax de una pieza. Ciertamente, no había salido con la nariz intacta, no había salido con la amante con la que había entrado, pero por lo demás estaba razonablemente intacto.

—No te vas a creer la mañanita que he pasado —le solté. Desde luego, no se lo habría creído.

—¿Qué ha sucedido?

—Me he roto la nariz.

—¿Que te has roto el qué?

—La nariz. Me he caído al bajar de un taxi y me he roto la nariz.

—Ay, Charles...

—Tranquila. No pasa nada, de verdad. El médico me la ha puesto bien y me ha dado codeína como para sedar a un caballo. No me duele. —No era cierto, sí que me dolía, pero aquel dolor era una especie de penitencia que, además, amortiguaba el alivio rotundo que también sentía.

—Ay, Charles. ¿Por qué no te vienes?

—Ya te digo que me encuentro bien. Tengo unas cosas que hacer por aquí. —En concreto, rezar trescientas avemarías y recobrase del mazazo.

—¿Seguro?

—Sí.

Me emocionó el cariño que percibí en su voz, ese cariño que era fruto de la compenetración y que sólo llega tras años de convivencia, en lo bueno y en lo malo. Aunque últimamente no consiguiéramos comunicarlo (aunque ni siquiera pudiéramos expresarlo físicamente), no había desaparecido. Seguía teniendo la vigencia de siempre. Estuve a punto de confesarlo todo y quedar a merced del tribunal, pero me di cuenta de que no tenía obligación de hacerlo. Todo había vuelto a la normalidad, todo era como antes de levantar la vista del periódico y fijarme en un muslo blanco y en un zapato negro que se balanceaba.

—Ah, otra cosa —añadí.

—¿Qué?

—Que he perdido la cartera. Al caerme del taxi. Ya te digo que ha sido una mañana para olvidarla.

—La cartera no tiene importancia. El que me preocupas eres tú.

—He llamado para cancelar las tarjetas de crédito. Quería decírtelo, es mejor que las cortes en dos y las tires a la basura. Entre hoy y mañana nos enviarán las nuevas, eso me han dicho.

—De acuerdo. Lo haré de inmediato.

Me despedí, susurré que la quería y me dispuse a colgar.

—Ah, casi me olvido —dijo Deanna.

—¿Sí?

—Te ha llamado el señor Vasquez.

—¿Quién?

—El señor Vasquez. Ha dicho que había almorzado contigo en el hotel Fairfax y que se había olvidado de contarte no sé qué. —Una pausa—. ¿Charles...?

—¿Sí?

—¿Por qué no te ha llamado a la oficina?

DESCARRILADO DOCE

Llamé a Lucinda al teléfono del trabajo que me había dado.

«Hola, ha llamado a Morgan Stanley. Soy Lucinda Harris. En este momento no puedo atenderle, pero si deja su nombre y un breve mensaje me pondré en contacto con usted enseguida.»

Sí que le dejé un breve mensaje: «Socorro.» No era esa palabra, claro, pero ya se sabe que lo que cuenta es la intención.

«Tengo que hablar contigo —dije—. El... La persona del hotel me ha llamado.» Intenté que el pánico no se notara en mi voz, como había hecho poco antes al decirme Deanna que me había llamado el señor Vasquez. Las dos veces fracasé.

—¿Te encuentras bien? —me había preguntado Deanna.

—Es la codeína. Estoy como atontado —le había contestado, cuando en realidad quería decir: «Es por el señor Vasquez. Me aterra.»

Eliot pasó por mi despacho a darme el pésame por lo de la nariz, y quizá también a intentar enterrar el hacha de guerra, porque, al fin y al cabo, éramos amigos, ¿no?, algo más que simples compañeros de oficina, que jefe y trabajador. Eliot había sido como mi rabino durante muchos años: ¿no me había ascendido, me había puesto por las nubes y me había ofrecido aumentos más que generosos? Había sido un error culpar a Eliot por la pérdida de la cuenta de la tarjeta de crédito, eso había sido cosa del cliente, no de él. Ellen Weischler y sus secuaces.

Eliot quería fumar la pipa de la paz y recuperar nuestra amistad.

Y un amigo era precisamente lo que me hacía falta en aquel momento.

—¿Me quieres mucho? ¿Cuánto? —le preguntaba a Anna cuando era pequeña.

—De aquí a la luna —me contestaba. O a veces—: Infinito.

Así necesitaba yo a un amigo: «infinito». Y también de inmediato.

Sentía la necesidad de quitarme un peso de encima y confesárselo todo.

«Me gustaría contarte lo que me ha pasado —quería decirle—. Ya sé que es difícil de creer, ya sé que es incluso ridículo, pero he conocido a un chica.»

Y Eliot me guiñaría un ojo, asentiría y sonreiría, porque él también había conocido a chicas alguna que otra vez (llevaba tres matrimonios, lo cual era buena prueba de ello, y el tercero pendía de un hilo en aquel momento).

«He conocido a una chica, que está casada», y ahí la sonrisa de Eliot se agrandaría todavía más, aunque pareciera increíble, porque él también había conocido a chicas casadas. «Hemos ido a un hotel», y entonces Eliot se me acercaría aún más, sería todo oídos, porque ¿qué era más apasionante que escuchar a un amigo contarte todos los detalles, aparte de contarlos tú mismo?

«Nos hemos ido a un hotel —proseguiría—, pero cuando estábamos en la habitación ha entrado alguien más.»

Y entonces la sonrisa de Eliot se desvanecería, porque el relato cambiaría de tono, se volvería más escabroso, y terminaría con el intruso, el hombre que se metía en nuestra habitación, violaba a la mujer, llamaba por teléfono a mi casa y hablaba con mi mujer.

Eliot me preguntó si me pasaba algo.

—No —contesté.

—Tal vez te convendría irte a casa —sugirió—. Estás un poco pálido.

—Es por la nariz.

—Sí, muy buena pinta no tiene.

—Pues no.

—Venga, vete a casa.

—Sí, puede que sea lo mejor.

Y entonces me dio una palmadita en la espalda. Volvíamos a ser amigos, después de todo.

Me fui a casa.

«—¿Por qué te ha llamado a casa, Charles?»

«—Para demostrar que podía hacerlo, Deanna.»

Para pagar el billete de tren saqué unos billetes de la cajita donde guardábamos dinero para gastos pequeños. El tren, la escena del crimen. Mi crimen había sido fijarme en la mujer de otro, querer vivir la vida de otro. Una noche, cuando tenía ocho años y las constantes trifulcas de mis padres se habían convertido en una conflagración manifiesta, agarré el casco de fútbol americano y una muda y anuncié que me iba de casa. Y me fui. Recorrí una manzana, dos, hasta darme cuenta de que nadie iba a salir tras de mí. Al final me detuve, en mitad de un remolino de hojas secas otoñales, y di media vuelta. Treinta y cinco años después, me iba nuevamente de casa, aunque con una diferencia: quería regresar a toda prisa.

Sonó el móvil. Por un instante me quedé pensando si sería él, el hombre con el que había almorzado en el hotel Fairfax para hablar de negocios. Pero era imposible, porque no tenía el número. Quien sí lo tenía era otra persona.

—Hola —dijo Lucinda.

Su voz sonaba distinta. Había recuperado la emoción, aunque no hablaba como tenía acostumbrado. La emoción que transmitía era de pavor, supongo. Primero estaba como muerta, y luego aterrada. Y todo en una sola tarde.

—Me ha llamado a casa, Lucinda —dije.

—Bienvenido al club.

—¿Qué?

—Pues que a mí también —susurró, como si intentara evitar que la oyera otra persona. ¿Estaría su marido en casa?

Hasta aquel momento aún había conservado la esperanza de que el señor Vasquez no me hubiera llamado, o de que se tratase de otra persona, un tal Vasquez que había encontrado mi cartera tirada en el vestíbulo del hotel Fairfax y había decidido hacer una buena acción. O buscar una recompensa. Era ridículo, quizá, pero la esperanza es lo último que se pierde.

Pues bien, acababa de perderla.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Qué quería? —pregunté. Al fin y al cabo, ése era el gran interrogante. Teníamos que saber qué andaba buscando antes de decidir qué hacer.

—No sé qué quería.

—Bueno, pero ¿qué ha dicho? ¿Ha...?

—Me ha preguntado qué tal había ido.

—¿El qué? No sé si...

—Qué tal había estado. Si me había gustado. Quería saber si me lo había pasado bien. Quería que lo alabara. ¿No es eso lo que buscan los hombres después de...? —No consiguió terminar la frase. Me di cuenta de que no le quedaban fuerzas ni para soltar falsas bravuconadas.

—Lo siento, Lucinda.

Otra disculpa. Tenía la sensación de que, si le pedía perdón durante el resto de mis días, y después también en el otro mundo, aún me quedaría con mal sabor de boca. Y además había otras personas ante las que debía disculparme.

—Creo que quería saber... —dijo.

De repente me percaté de que estaba hablando más alto de lo necesario. O más alto o más bajo, porque los pasajeros del tren, que no eran muchos, me miraban, desde la mujer que tenía delante, rodeada de bolsas de los almacenes Bloomingdale's, hasta las dos chicas con anillos en la nariz que estaban sentadas, agarradas de la mano, al otro lado del pasillo.

—¿Qué quería saber? —pregunté.

—Si habíamos hecho algo. Si lo habíamos denunciado...

«No vamos a denunciarte», le había prometido yo, que seguramente es lo que hacen casi todas las víctimas de delitos violentos cuando son presas del terror. Sin embargo, en aquel caso Vasquez podía creérselo, más o menos, si quería. «Esta mujer no se te parece nada», le había dicho a Lucinda. «Y este tío no se te parece, Charles. Qué va.» Vasquez podía haber asaltado a cualquiera aquella mañana, pero había tenido suerte. Había dado con las víctimas perfectas, porque nosotros estábamos obligados a ocultar lo sucedido.

—¿Y ahora qué hacemos? —añadió Lucinda. Era lo mismo que le había dicho yo en la habitación del hotel. Y es que de repente «nada» no era suficiente. Ya no.

—No lo sé.

—Charles...

—¿Sí?

—¿Y si pide...?

—¿Sí?

—Da igual.

—¿Y si pide qué, Lucinda? —insistí, aunque en realidad ya sabía lo que iba a preguntarme, si bien en aquel momento no quería oírlo, aún no.

—Bueno, pues ¿qué hacemos, Charles?

—Quizá lo que ya tendríamos que haber hecho. Tal vez deberíamos presentar una denuncia.

—Yo no pienso decírselo a mi marido.

La emoción había vuelto a su voz, una firmeza repentina e innegable que no admitía respuesta. «Si yo puedo soportarlo, tú también. La que ha sido violada soy yo», me decía. «A mí es a quien han violado seis veces mientras tú te quedabas sentado sin hacer nada. Si yo puedo tener la boca cerrada, tú también. Estás obligado a ello.»

—Vale —contesté—. Vale. Si vuelve a llamar, hablo con él y me entero de qué es lo que quiere.

Cuando llegué a casa Deanna fue muy cariñosa conmigo. Y Anna también, quizá porque por fin veía a otra persona que necesitaba cuidados médicos, y eso la alegraba. Me trajo una compresa caliente para que me la aplicara sobre la nariz hinchada y me dio un suave masaje en el brazo mientras yacía medio muerto en la cama.

Había regresado al seno de mi familia: contento, agradecido, era la viva imagen de la felicidad doméstica.

O no, porque cada vez que sonaba el teléfono me encogía como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Un amigo de Deanna. Un teleoperador que pretendía colocarnos una hipoteca. Mi secretaria, que quería saber cómo me encontraba.

Pero siempre podía haber otra llamada, ¿no?

Y Anna no hacía más que pedirme que les hablara del accidente. Quería saber cómo podía haber sido tan torpe. Mira que caerme al bajar de un taxi... Mira que meter el pie en un socavón...

Les dije que prefería no hablar del tema. Me preguntaba si repetir la misma mentira una y otra vez equivalía a contar varias patrañas o una sola. ¿Era una cosa peor que la otra? No me sentía muy satisfecho; mi hija me ofrecía una toalla caliente y mi esposa su amor incondicional.

Intenté ver un partido de baloncesto en la salita de la tele y animar a los Knicks, que no iban nada bien, pero me costaba concentrarme. Había un jugador de los Pacers de Indiana, por ejemplo, que se parecía un poco a... Era negro, pero hispano. López se llamaba, y era escolta de apoyo. Más alto, claro, pero...

—¿Cómo van? —me preguntó Anna. A los nueve años había dejado de ver los partidos conmigo, pero supuse que estaba intentando ser amable con su pobre padre, tan maltrecho.

—Perdemos. —Era una respuesta sin riesgos, aunque no supiera cómo estaba el marcador.

Y entonces apareció en la esquina superior izquierda de la pantalla. Los Knicks se habían colocado a cuatro puntos.

—Ochenta y seis a ochenta y dos —recitó mi hija.
—No es nada —contesté—. Aún hay esperanza.
—¿Papá?
—Sí.
—Papá, ¿alguna vez has jugado al baloncesto?
—Sí, claro.
—¿En un equipo?
—No, en un equipo no.
—Pues, entonces, ¿cómo jugabas?
—Con amigos. En el parque... —Con Murray Miller, Brian Timinsky, Billy Seiden. Eran los mejores amigos de mi infancia, pero poco a poco, uno a uno, habían ido desapareciendo. Unos años atrás, había visto a Billy Seiden en un supermercado Pathmark, pero me había ido sin saludarle.
Abracé a mi hija. Quería decirle algo, hablarle del amor y de la vida, de cómo pueden escapársete de las manos si no los cuidas, de cómo hay que velar con mucho mimo por lo que nos parece importante... Pero no conseguí encontrar las palabras que necesitaba.
Porque sonó el teléfono.
Contestó Anna al segundo tono.
—Para ti —anunció.
—¿Quién es?
—No lo sé. Un hispano.

DESCARRILADO TRECE

La conversación.

—¿Qué hay, Charles?

Su voz parecía fuera de contexto. Debería haber sonado en una habitación de hotel que olía a sangre, no en la salita de la tele de mi casa, donde por lógica tendría que sentirme a salvo.

Claro que quizá ya no lo estuviese.

—Hola.

—¿Cómo va todo, Charles?

—¿Qué quieres?

—¿Te encuentras bien, Charles?

—Estupendamente. ¿Qué quieres?

—¿Seguro que estás estupendamente, Charles?

—Sí, estoy bien.

—No vas a hacer ninguna gilipollez, ¿verdad, Charles? ¿No irás a denunciarme?

Lucinda tenía razón. Quería saber si habíamos ido a la policía.

—No.

—Ya sé que me lo has prometido, pero no te conozco mucho. No sé si me explico.

—No he puesto ninguna denuncia —le aseguré. Hablaba en voz baja. Había conseguido sacar a Anna de la habitación, pero no significaba que no pudiera volver. Y eso por no hablar de Deanna, que podía descolgar el auricular y empezar a preguntarse con quién estaba hablando.

—Muy bien, Charles.

—¿Qué quieres? —volví a preguntarle.

—¿Que qué quiero?

—Mira, si...

—No hagas ninguna gilipollez, ¿eh, Charles? Si vas con el cuento a la pasma, tienes que decírselo todo a la parienta, ¿eh, Charles? Tienes que contarle que estás tirándote a Lucinda, ¿eh, Charles? ¿Para qué ibas a hacer una cosa así? ¿Eh?

Me lo había dejado todo bien clarito, subrayando el quid de la cuestión.

Por si tenía alguna duda.

—No voy a denunciarte —repetí.

—Buen chico, Charles. Ahora, quería pedirte una cosita: necesito un préstamo.

Muy bien. Era la pregunta que Lucinda había empezado a formularme por teléfono: «¿Y si pide...?» No había acabado, pero lo que quería decir era eso: «¿Y si pide dinero?»

—No me hace ninguna gracia pedirte. Tú me entiendes, ¿no? —continuó—, pero es que este mes voy fatal, ¿sabes?

—A ver, no sé qué te has creído...

—No es mucho, Charles. Un préstamo de nada. Digamos diez mil...

—No tengo diez mil dólares.

—¿No tienes diez mil dólares?

—No.

Creía que todo había terminado, pero no era cierto.

—Mierda. Qué putada.

—Mira, no tengo esa cantidad de dinero en casa. Todo está...

—Pues es una pena, Charles. Me hace mucha falta ese préstamo, ¿sabes?

—Es que no tengo...

—Será mejor que lo consigas. —No terminó de decirme por qué sería mejor.

—Lo tengo todo inmovilizado. Así, sin más, no puedo...

—Es que no me escuchas, Charles. Yo te hablo y tú no me escuchas. Necesito diez mil dólares, Charles, ¿vale? No hay más que hablar. Eres un alto ejecutivo, ¿no? Lo dice en tu tarjeta de visita, Charles: «Director creativo senior. Vicepresidente ejecutivo.» Queda muy guapo, Charles, es acojonante. ¿Y no tienes diez mil dólares? Pero ¿de qué vas, tío?

«De idiota», pensé.

—Charles.

—Sí.

—Me importa una puta mierda que tengas problemas de liquidez, ¿vale? Quiero que me des diez mil dólares. ¿Me has comprendido?

—Sí.

—Si me has comprendido, di que vas a conseguirme diez mil dólares.

Deanna me llamaba desde la cocina:

—¿Quieres un caldo de pollo?

—Te los conseguiré —aseguré.

—¿Me los conseguirás?

—Te conseguiré esos diez mil.

—Muy bien. Perfecto. No me hacía ninguna gracia pedirte este favor, pero ya sabes cómo son estas cosas.

—¿Dónde?

—Ya te llamaré otra vez. ¿Vale, Charles?

—¿Puedes llamarme a la oficina? Por favor. ¿Puedes...?

—No, prefiero llamarte a tu casa, ¿vale, Charles?

Clic.

«¿Y si pide dinero?», se había preguntado Lucinda. Aunque ya nos había robado, aunque nos había dicho: «Ya te he quitado el dinero. ¿Lo ves?», aún no tenía todo lo que poseíamos, ¿verdad?

Y, mientras no denunciáramos lo sucedido, podía seguir adelante y pedirnoslo.

Los Knicks perdieron por unas milésimas de segundo.

Deanna me preguntó qué me pasaba y eso fue lo que le contesté: que había perdido el equipo al que estaba animando.

—Pobrecito —me consoló.

Era exactamente lo que me había dicho Lucinda aquella mañana en el tren: «Pobrecito.» Y me había dado una palmadita en el hombro y me había susurrado algo al oído. Me había dicho que le parecía muy sexy.

Y quizá lo había sido, justo antes de convertirme en un payaso.

Vasquez quería diez mil dólares.

No tenía diez mil dólares en casa. No guardaba el dinero debajo del colchón ni lo tenía metido en una cuenta bancaria acumulando intereses. Lo que sí tenía eran aproximadamente ciento cincuenta mil dólares en bonos sociales que guardaba en el archivador del despacho que había montado en el desván. Eran acciones que la empresa me entregaba cada año gracias a la beneficencia de Eliot.

Anna y yo teníamos un nombre para esos bonos sociales, y el mismo no dejaba lugar a dudas sobre su destino. No los llamábamos «el fondo de las vacaciones», ni «el fondo de pensiones», ni siquiera «el fondo de emergencia». Eran «el fondo de Anna». Así los llamábamos: el fondo de Anna. Y estaban destinados a solventar cualquier problema que pudiera surgir, fuera cuando fuese. Eran, ¿por qué no?, una salvaguardia ante una posible crisis económica.

Por si necesitaba una operación, por ejemplo. O diez. U otras cosas que no quería plantearme.

El fondo de Anna. Desde el primer centavo hasta el último.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer que no fuera pagarle?

Me metí en la cama con Deanna, que ya empezaba a adormilarse, aunque no podían ser mucho más de las nueve. Los veintiséis niños de nueve años que tenía a su cargo la dejaban agotada. Y encima aquello. ¿Cómo la habría dejado aquello? Si lo hubiera sabido, claro, si lo hubiera descubierto. Si me hubiera derrumbado y se lo hubiera

contado todo. No significaría romper la promesa que le había hecho a Lucinda, o al menos no del todo, porque en realidad no se lo contaría a la policía. Sólo a ella.

Y entonces no tendría que darle el dinero a Vasquez, ¿verdad? A no ser que...

A no ser que Vasquez amenazara con contárselo a alguien más. A no ser que me dijera que sí, muy bien, mi mujer ya lo sabía, pero el marido de Lucinda no. El marido de Lucinda. Ella había jurado que jamás se enteraría, pasara lo que pasase, jamás sabría que su esposa había ido a una habitación de hotel con otro hombre en busca de sexo y había acabado recibiendo más sexo del que esperaba.

«Si yo puedo soportarlo, tú también», me había dado a entender Lucinda.

Se lo debía, ¿verdad? Después de dejar que la violaran, después de haberme quedado sentado y haber contemplado cómo la violaban, se lo debía. Estábamos en el mismo barco.

Además, podía montarme todas las películas que quisiera y creerme que era capaz de decírselo a Deanna, pero, en realidad, ni me imaginaba cómo sería contárselo todo, del mismo modo que no me imaginaba cómo sería contárselo a Anna. Podía ensayar un discurso, podía hacerme ilusiones de que el peso que llevaba sobre los hombros desaparecería, pero sólo eran eso, ilusiones. No era real. Lo único real era ese peso.

Una vez me hube asegurado de que Deanna estaba dormida, subí al desván a rebuscar en nuestro archivador, en la F de «fondo de Anna».

Sin embargo, antes de llegar a él fui encontrando toda una serie de papeles, ya que en los últimos años el archivador había sido presa de una desorganización general, del caos incluso. Topé con diplomas del instituto, licenciaturas universitarias, certificados de nacimiento: prácticamente la historia de nuestras vidas, de los Schine. Eran los hitos, los logros, los hechos que habían cambiado nuestra existencia, unas huellas diminutas de los piecitos de una tal Anna Elizabeth Schine, un certificado de su guardería, papeles aún más antiguos, como nuestro certificado de matrimonio. Charles Schine y Deanna Williams prometían amarse y honrarse mutuamente, un pacto del que yo me había desentendido cruelmente en un hotel de la parte baja de Manhattan.

Sacar los bonos sociales del archivador para pagar a un violador tenía algo de surrealista. Para una situación así no había manual que sirviera, no podía contar con libros de autoayuda que me prometieran una solución menos traumática de mis problemas.

Al salir de la salita de la televisión pasé por delante de la habitación de Anna. Mi hija dormía y la bañaba la luz de la lima, ¿o era solamente la lamparita que dejaba encendida durante la noche? Poco después de ponerse enferma había recuperado esa costumbre infantil, porque de repente empezó a darle pavor estar sola a oscuras: tenía miedo de despertarse con un episodio de hipoglucemia y ser incapaz de encontrar las pastillas de azúcar... O quizá sólo fuese miedo de no despertar nunca más.

Se me pasó por la cabeza la idea de que el sueño la apartaba de toda la rabia y la tristeza que sentía.

Entré de puntillas y me incliné sobre ella. Su aliento me rozó la cara como alas de mariposa (y en ese momento recordé que una vez había cogido a una mariposa monarca de las alas, entre el pulgar y el índice, para mostrársela a Anna, que entonces tenía cuatro años, antes de introducirla cuidadosamente en un frasco de mermelada vacío). Le di un beso en la mejilla, que estaba fría. Se agitó, soltó un ligero gruñido y dio media vuelta.

Entonces bajé las escaleras y metí los bonos en el maletín.

DESCARRILADO

CATORCE

Quedé con Lucinda en la fuente de la calle Cincuenta y uno con la Sexta avenida.

Al llamarla para contarle qué quería Vasquez, se había quedado en silencio y después me había pedido que nos viéramos allí.

Llevaba diez minutos sentado en aquel lugar cuando la vi, al otro lado de la Cincuenta y uno.

Me puse en pie e hice ademán de levantar la mano para saludarla, pero me detuve. Estaba con otro hombre. Siguió andando hacia mí, y por un instante me quedé entre sentado y levantado, entre el saludo y el silencio. Decidí volver a mi sitio; algo me impulsó a no llamar la atención.

Me quedé allí sentado en el borde de la fuente mientras Lucinda y aquel hombre pasaban justo por mi lado sin mirarme.

Él llevaba un elegante traje azul y zapatos recién brillantados. Debía de rondar la cincuentena, tenía entradas incipientes y los labios apretados en gesto pensativo. Lucinda ya casi había recuperado su aspecto normal, pensé, es decir, estaba otra vez guapísima, si no se la miraba de muy cerca, si no se observaban expresamente las tenues ojeras, que aunque no eran como las mías, resultaban apreciables. Tenía aspecto de no haber dormido demasiado últimamente, de haber pasado la noche en vela, dando vueltas en la cama, a pesar de los dos valiums y la copa de vino que seguramente se habría tomado.

Me dio la impresión de que hablaba con aquel hombre, pero, le dijera lo que le dijese, no llegaba a mis oídos, porque lo engullía una cacofonía de cláxones, timbres de bicicletas, música ambiental, motores de autobuses... Pasaron a menos de dos metros de donde estaba y no oí una sola palabra.

Los vi doblar la esquina. Me rodeaba la mezcla habitual de turistas de cuello estirado, fumadores que habían tenido que salir a la calle a encender un pitillo con desesperación manifiesta y algún que otro vagabundo que hablaba solo.

Me quedé mirando la decoración navideña del Radio City Music Hall, en la acera de enfrente. «Inolvidable espectáculo navideño», decía. Toda la marquesina estaba cubierta de acebo. Ante la puerta principal había un Papá Noel de carne y hueso que agitaba una campanilla y gritaba: «¡Feliz Navidad y próspero Año Nuevo!» Donde estaba yo, junto a la fuente, hacía frío y soplaba un viento cortante.

Esperé cinco, diez minutos.

Y entonces vi que Lucinda volvía, que doblaba la esquina a toda prisa y me miraba directamente. Ajá. Sí que me había visto al pasar.

—Gracias —dijo.

—De nada. ¿Por qué?

—Por no saludar. Por permanecer callado. Era mi marido.

«Era mi marido.» El golfista. El que no debía saberlo jamás.

—Ah.

—Se ha presentado por sorpresa en la oficina. Con flores. Ha insistido en compartir un taxi conmigo hasta aquí. Lo siento.

—Tranquila. ¿Qué tal va todo?

—De miedo. Mejor, imposible. —El tono de su voz daba a entender que había sido algo tonto por preguntárselo, como esos reporteros televisivos que aparecen cuando ha

sucedido una tragedia inimaginable y van preguntando a los familiares de la víctima qué tal se encuentran—. ¿Ha vuelto a llamarte? —quiso saber.

—Desde que me pidió los diez mil dólares, no.

—¿Y? ¿Vas a dárselos?

—Sí.

Bajó la vista hacia sus manos.

—Gracias —dijo.

—De nada. Vamos a dejarlo.

Dejarlo era precisamente lo que quería, porque cada vez que lo pensaba se convertía en algo más real, algo que de verdad iba a suceder.

—Mira —me dijo—, aquí tengo mil dólares. Los he sacado de una libreta de la que mi marido no sabe nada. No es mucho. —Metió la mano en el bolso.

—Tranquila. No hace falta.

—Acéptalo —insistió, como si me pidiera que le dejara pagar por las palomitas y los refrescos, pero yo, tan chapado a la antigua, me empeñara en correr con todos los gastos de nuestra cita de adolescentes.

—No. Puedo encargarme yo solo.

—Ten. —Me obligó a coger los diez billetes de cien dólares. Tras un breve tira (y afloja, me rendí. Me metí el dinero en el bolsillo. Entonces añadió—: ¿Crees que con esto va a acabar todo?

Esa era la pregunta clave, claro. ¿Iba a terminar todo con eso? ¿O no?

—No lo sé, Lucinda.

Asintió y suspiró.

—¿Y si sigue? ¿Y si pide más dinero? ¿Qué ocurrirá entonces?

—Tampoco lo sé.

«Entonces estamos perdidos, Lucinda», pensé.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Charles? —preguntó, con voz tan tenue que al principio no estaba seguro de haberla oído.

—¿Qué?

—Que cómo hemos llegado a esto. ¿Cómo? A veces tengo la impresión de haberlo soñado. Parece imposible, ¿no? Es increíble que nos haya sucedido a nosotros. ¡A nosotros! A veces...

Se enjugó las lágrimas que estaban a punto de caer, y en aquel momento recordé que sus ojos habían sido lo segundo que me había llamado la atención aquella mañana en el tren. Primero el muslo, quizás, y luego los ojos. Había detectado ternura en ellos y me había dicho: «Sí, eso me iría muy bien. Eso es justo lo que necesito en este momento.»

—Quizás es mejor que pienses así, que lo consideres una pesadilla.

—Pero no lo ha sido. Sería una estupidez.

—Sí. Sería una estupidez.

—Sí se enterase, se moriría —comentó. Se refería a su marido. Volvía a hablar de él—. Si se enterase, me mataría.

—No se enterará.

Con eso quería tranquilizarla, recordarle que estábamos los dos en el mismo barco. Aunque hubiéramos engañado a nuestros respectivos cónyuges, no íbamos a engañarnos entre nosotros.

—¿Qué le has dicho a tu mujer? —me preguntó—. De lo de la nariz, quiero decir.

—Que me caí.

—Sí —repuso, como si eso fuera exactamente lo que se hubiera imaginado.

—Mira, quería decirte que... —¿Qué? ¿Qué quería decirle, exactamente? Que le había fallado, supongo, que le había fallado una vez, pero que no volvería a hacerlo.

—¿Sí?

—Tendría que haber... Que haberle parado los pies.

—Sí.

—Lo intenté, pero no lo bastante.

—Iba armado.

Sí, iba armado, llevaba una pistola con la que a veces me apuntaba y a veces no. Por ejemplo, mientras la violaba. El arma estaba allí en el suelo, a un metro de mí, quizá, nada más.

—No le des más vueltas —me aconsejó, pero estaba claro que no era sincera, que creía que tendría que haberlo intentado con más fuerza, que debería haberla salvado. Y me acordé de cómo la había defendido en el bar aquella noche y de cómo me había besado después para recompensarme. Los tíos que montan follón en los bares son una cosa, y los que violan a punta de pistola, otra.

—Me parece que no deberíamos volver a hablar, Charles —anunció—. Adiós.

—¿Hasta ahora estás contento? —me preguntaba David Frankel.

—¿Qué?

—Que si hasta ahora estás contento. Con la película.

Estábamos rodando el anuncio de aspirinas en el plato diez de los estudios Silvercup, en el barrio de Astoria, en Queens.

—Sí. Va bien.

—¿Verdad? Corinth es muy bueno y lleva muchos años en esto.

«Demasiados», estuve a punto de decir. Robert Corinth era el director del anuncio de aspirinas, bajito y calvo, con una cola de caballo ridícula que nacía bajo una medialuna de piel tostada por el sol. Aquel peinado decía: «Puede que esté sucumbiendo a las indignidades de la vejez, pero sigo siendo moderno.» Íbamos por la toma veintidós.

—¿Quién nos hace la música? —le pregunté.

—¿La música?

—Sí, la música del anuncio. ¿Quién está haciéndola?

—Pues T&D Music House.

—Ni idea.

—Ah, sí. Son buenos.

—Vale.

—Siempre hacen la banda sonora de mis trabajos.

—Vale, muy bien.

—Te gustará. Siempre nos hacen un buen precio.

Iba a preguntarle por qué me sonreía del modo en que lo hacía, pero me interrumpió Mary Widger, que me susurró al oído:

—Charles, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Claro.

—El señor Duben cree que el frasco de aspirinas debería estar más alto.

—¿Más alto?

El señor Duben era mi nuevo cliente. Me había saludado con estas palabras: «O sea que por fin llega sangre nueva.» «Sí, del tipo 0», Je había contestado yo. Se había echado a reír y había comentado: «¡Perfecto! Justo lo que necesitábamos.»

Mary Widger se explicó:

—Más alto. En el encuadre.

—Sí, claro. David, ¿puedes pedirle a Robert que suba un poco el frasco?

—Por supuesto —soltó David—. Estas cosas son las que dan sentido a mi vida.

Más tarde, entre las tomas cuarenta y ocho y cuarenta y nueve, Tom Mooney me acorraló y dijo a modo de saludo:

—Eh, amigo.

Tom no era amigo mío. Era el comercial de Headquarters Productions, y su forma de trabajar era ponerse sumamente pesado, hasta que los clientes le encargaban trabajo para quitárselo de encima. Y no se le daba nada mal la técnica.

—¿Qué tal, Tom?

—Pues bien. La pregunta es qué tal estás tú. —Me miraba fijamente la cara.

—Me he caído —expliqué, por enésima vez.

—Quiero decir en el terreno profesional.

Tom sabía exactamente cómo estaba en el terreno profesional. Sabía, por ejemplo, que hasta hacía pocas semanas había llevado la cuenta de una tarjeta de crédito de primera fila, pero en aquel momento sólo me ocupaba de aquella aspirina. Lo sabía porque el

mundillo de la publicidad era reducido y, como en casi todos los mundillos, las noticias se propagaban como reguero de pólvora, sobre todo las malas.

—Estupendamente —contesté.

Me preguntó si había recibido su felicitación navideña.

—No.

—Te la mandé.

—Pues no me llegó.

—¿No?

—No.

—En ese caso, feliz Navidad. Ya te haré un regalo.

—No hace falta que me regales nada, Tom.

—No seas tonto. El tío Tommy nunca se olvida de un cliente.

—Si es una gorra de Headquarters, ya tengo una.

—¿Quién ha dicho nada de gorras? ¿He dicho yo algo de gorras?

—También tengo la camiseta de Headquarters.

—Oye, pues entonces eres cliente de Headquarters de los fieles.

—Ya.

—Imagínate que soy Papá Noel.

—Qué gracia, no te pareces en nada. —Con el pelo engominado hacia atrás y aquellos gestos hiperactivos, Tom recordaba más al entrenador Pat Riley inflado de anfetaminas.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Es que has visto a Papá Noel alguna vez?

Cuando Anna era pequeña, tendría unos cinco años y medio, una vez me preguntó por qué Papá Noel hacía sus compras en Toys"R"Us si vivía en el polo norte. Sin darme cuenta, había dejado el adhesivo de la tienda en la caja de la Barbie.

—Pues encantado, señor Noel.

—¿Y qué es lo que quiere mi amiguito Charley estas Navidades?

Si Tom hubiera tenido todo el día, me habría dado tiempo de contárselo.

—Nada, Tom. De verdad.

—Eh, estás grabando un anuncio conmigo. ¿Correcto?

—Correcto.

—Estás trabajando con Frankel. ¿Correcto?

—¿Frankel? Pues sí, sí.

—Vale. Pregúntale qué va a traerle Papá Noel.

¿Qué quería decir con eso?

—Lo único que quiero que me traiga Papá Noel es un anuncio bien hecho, Tom.

—Y entonces ¿por qué nos has contratado a nosotros? —se preguntó, y cuando vio que no me echaba a reír añadió—: Es broma.

Esa noche, Vasquez llamó a casa y me ordenó que me reuniera con él en el barrio de Alphabet City, en la esquina de la calle Ocho con la avenida C.

DESCARRILADO QUINCE

Lo llamaban Alphabet City porque iba de la avenida A a la D, en la parte baja de Manhattan. Había sido terreno de las bandas de hispanos hasta la invasión de una serie de artistas modernos y alternativos, con lo cual se había convertido en una zona peligrosa y a la vez de moda. Las tiendas de comestibles llevadas por latinos y las galerías coexistían en el mismo vecindario, ofreciendo burritos y *op art*. No había estado en la zona desde que tenía poco más de veinte años. Recordaba vagamente una carrera en taxi sin destino fijo que había terminado allí. Éramos siete, apretujados en el asiento trasero, e íbamos buscando un sitio donde divertimos. No me acordaba de cómo había terminado la noche. Aquel día no iba buscando pasármelo bien. Iba buscando a Vasquez. Deanna había sido la que había contestado la llamada. —¿Qué tal está, señora Schine? —le había preguntado. La noté ligeramente desconcertada cuando me pasó el teléfono. —Era de trabajo —le expliqué más tarde. Vasquez me había preguntado si tenía el dinero: sí. Me había preguntado si había seguido portándome bien (traducción: si no había llamado a la policía): sí. Me había dicho que me reuniera con él en Alphabet City. Al salir Deanna de la habitación, le aseguré que iban a ser diez mil y ni un centavo más. Se lo dejé bien clarito. Ni un centavo más. —Que sí, vale, colega —me contestó. La esquina de la avenida C con la calle Ocho a las once de la mañana era un fiel reflejo del barrio. Cinco chavales latinos mataban el tiempo subidos al capó de un todoterreno mientras un artista callejero colocaba un cartel en el que ofrecía tatuajes de alheña. Ni rastro de Vasquez. Un negro se me tiró encima. —¿Por qué coño no miras por dónde vas? No iba a ningún sitio, naturalmente. Estaba prácticamente quieto en mitad de la calle. —Lo siento —me disculpé de todos modos. —¿Lo sientes, eh? Era más corpulento que yo, aproximadamente de las dimensiones de un cuatro por cuatro. —Sí. —¿Y si no me basta que lo sientas? —Mira, no te he visto y.... Se echó a reír. —Tranqui, si no pasa nada. Charles, ¿no? Sabía cómo me llamaba. El hombre que me había acusado de no mirar por dónde iba sabía cómo me llamaba. —Charles —repitió—, ¿no? —¿Y tú quién eres? —¿Te he hecho una pregunta? ¿Eres Charles o no eres Charles? —Sí, soy Charles. —¿Te llaman Chuck? Si fueras colega mío, te llamaríamos así. —No. —«Chuck, Chuck, ¿de qué vas? Vete a tomar por culo...» Una canción que divertía mucho a los chavales del barrio cuando tenía ocho años—. ¿Dónde está Vasquez? —Voy a llevarte a verlo. ¿Para qué coño te crees que he venido? No me apetecía nada que me llevaran a verlo.

—Mejor te doy el dinero y...

—No vas a darme nada, ¿vale? Vamos a pegamos un paseíto.

—¿Muy lejos?

—¿Muy lejos? —repetió, lo cual me molestó—. No, está aquí al lado.

Eché a andar y se volvió para comprobar que lo seguía, y recordé cómo hacía yo lo mismo cuando Anna era pequeña. Caminaba con ella, pero no exactamente a su lado, pendiente de que no se escapara y fuese a algún sitio peligroso. Mi caso, claro, era distinto: iría a un sitio peligroso si seguía a aquel hombre, no si me despistaba.

Al pasar por un callejón situado entre dos edificios renovados, se detuvo y me esperó, y después giró para meterse por el estrecho callejón. Intenté quedarme allí, pero me agarró del brazo; creí que iba a destrozármelo, de modo que cedí.

Me lanzó contra la pared. «Esto es lo que sucede en los callejones, ¿no?», pensé. «Palizas, apuñalamientos y robos. A veces pasa en habitaciones de hotel, pero por lo general se reserva a los callejones.» Esperaba lo inevitable, que iba a ser rápido, brutal y definitivo.

Pero la paliza no llegó a producirse.

—Vamos a ver —dijo, en lugar de pegarme, y me registró. Me pasó las manos por las piernas, el pecho y la espalda. Me repasó todo el cuerpo.

—No llevas ningún micrófono, Charles. Muy bien, tío.

—Ya le dije al otro que no había llamado a la policía.

—Sí. Y te cree.

—Mira, tengo que volver enseguida, de verdad —aseguré, y noté el pánico en mi propia voz mientras intentaba apartarme de la pared.

—Vamos. Si son dos pasos...

Ya había dado un paso de más al acercarme a Lucinda, y luego otro al llevarla al hotel Fairfax, y aquel tío me pedía que diera otros dos, cuando a mí lo único que me interesaba era volver al pasado y borrar aquellas huellas.

Le seguí por el callejón hasta salir por el otro extremo. Recorrimos otra manzana que olía a chucrut y a brillantina. Pasamos por una peluquería especializada en trencitas de rastafari y tatuajes. Mi guía giró a la izquierda y se metió en el vestíbulo de un edificio a medio renovar.

Apretó un timbre del interfono y abrieron.

—Vamos —ordenó, mientras aguantaba la rayada puerta de cristal. Otro «vamos». Me había convertido en alguien que recibía órdenes, un nuevo recluta del ejército de las ruinas morales. Era consciente de que a cada paso me adentraba un poco más en territorio enemigo, pero no tenía libertad para negarme. En aquel ejército, a los desertores los enviaban al paredón.

Vasquez estaba en un apartamento de la primera planta. Nos esperaba detrás de la puerta, que se abrió para que entrásemos.

Me estremecí cuando me tendió la mano. Había visto cómo aquella mano hacía otras cosas, a Lucinda y a mí. Sin embargo, no buscaba un apretón.

—La pasta —dijo.

Iba vestido como si acabara de salir del gueto, con un pañuelo de colores anudado en la nuca, unos pantalones caídos por encima de los cuales asomaba ligeramente la cinturilla de unos Calvin Klein y un jersey verde raído por los hombros. Por primera vez pude mirarle bien, y me sorprendió comprobar lo distinto que era de cómo lo recordaba, o al menos de la impresión general que conservaba de él. Me pareció menos imponente, más delgado y, desde luego, más huesudo. Me quedé pensando en cuántas personas habrían acabado en la silla eléctrica por la acusación errónea de testigos; muchas, seguramente, pues no era nada fácil observar bien a alguien mientras te pegaba una paliza de muerte o violaba a tu novia.

Le entregué los diez mil dólares en billetes de cien nuevecitos. Me sentía como si estuviera comprando algo para casa (una lavadora, un televisor de pantalla ancha, muebles para el jardín), claro que aquella adquisición de carácter doméstico era distinta, pues con ella compraba tranquilidad, cinco mil por Anna y otros cinco mil por Deanna. Y además no había garantía de que me devolvieran el dinero si no quedaba satisfecho; se trataba de una transacción basada al ciento por ciento en la buena fe del comprador.

—Nueve mil novecientos... —Vázquez contó diligentemente el dinero, hasta el último billete. Después alzó la vista y me miró con aquella sonrisa que tan bien recordaba de la habitación del hotel.

—Casi me olvidaba —dijo, y me pegó un puñetazo en el estómago.

Me fui directo al suelo.

No podía respirar. Intentaba agarrar el aire con las manos.

—Eso por cancelar las tarjetas de crédito, Charles. Me provocó ciertos inconvenientes, ya que me hallaba en plena transacción para adquirir determinados productos.

Al otro tipo le pareció divertido y se echó a reír.

Entonces Vasquez anunció:

—Nos vamos ya, Charles.

Tardé cinco minutos en volver a respirar con normalidad, y otros cinco en conseguir ponerme en pie, apoyándome contra la pared. El tiempo que me pasé en el suelo intentando respirar también lo dediqué a llorar, en parte por el golpe recibido, y en parte porque acababa de darme cuenta de dónde estaba: tirado en el suelo al lado de una caja de comida china para llevar que debía de tener dos días, cubierta de cucarachas.

DESCARRILADO DIECISEIS

Al día siguiente me quedé en la oficina hasta tarde.

Últimamente estaba algo nervioso y avergonzado en casa, no necesariamente en ese orden. Cada vez que miraba a Anna, pensaba en los diez mil dólares que había robado de su fondo, y cada vez que sonaba el teléfono sufría entre llamada y llamada, en aquellas interminables pausas, hasta que contestaba alguien, y me imaginaba incluso el diálogo que se producía, que siempre terminaba con Deanna entrando como una apisonadora en el dormitorio, la salita de la tele o el sótano para acusarme de haberle destrozado la vida y haber matado a nuestra hija.

Prefería que sucediera por teléfono, ya que ni siquiera era capaz de imaginarme que la miraba a los ojos mientras me recitaba la letanía de crímenes que había cometido. En la oficina podía cerrar la puerta, apagar la luz y quedarme mirando mi reflejo en el monitor, que estaba sumido en un estado de reposo perpetuo, en el que no me habría importado sumirme yo de algún modo. Allí al menos podía pensar en cómo librarme de aquella carga terrible que amenazaba con hacer descarrilar mi vida. En casa sólo era capaz de sufrir sus consecuencias.

Me puse a buscar T&D Music House.

Quería llamarlos al día siguiente para hablar de la música del anuncio de aspirinas, algo emotivo sin llegar a sensiblero, capaz de ocultar el diálogo banal y la interpretación acartonada de los actores.

Sin embargo, no los encontré en la guía. T&D, ¿no era eso lo que había dicho Frankel? ¿O eran otras letras? No, estaba bastante seguro de que era T&D.

Quizá la guía de posproducción que había consultado estuviese desfasada. Quizá...

Oí un sonoro golpe.

Eran más de las ocho y el servicio de mantenimiento ya había terminado su ronda. Estaba casi seguro de que no había nadie más que yo haciendo horas extras.

Entonces volví a oírlo.

Siguió una especie de chirrido, después un tintineo, y otro, y un ruido sordo. Había alguien en la oficina contigua, la de Tim Ward, y a éste lo había visto salir pitando para no perder el tren de las 6.38 para Westchester.

Así pues, se trataba de otra persona.

Alguien estaba silbando *My Girl*, de los Temptations.

Quizás hubiese vuelto alguno de los miembros del servicio de mantenimiento (para terminar de limpiar algo mientras la oficina dormía). De hecho, eran como los geniecillos de los cuentos: aparecían sobre todo de noche para dejar a su paso, mágicamente, los frutos de su labor, que podía ser una nueva moqueta, o paredes recién pintadas, o un sistema de aire acondicionado renovado. Sí, claro, tenía que ser uno de esos geniecillos.

Un tintineo, otro ruido sordo, algo que caía.

Me levanté de la silla y crucé el despacho, cuyo suelo enmoquetado estaba a su vez cubierto de papeles desparramados, para averiguar qué sucedía. Al abrir la puerta, el ruido cesó. Y los silbidos. Me pareció oír que alguien tomaba aire con dificultad.

Había luz en la oficina de Tim Ward. Sería el flexo de la mesa, me dije, pues un brillo frío y amarillento se colaba por el cristal esmerilado como la luz del sol abriéndose paso entre la niebla matinal. Por un instante no supe qué hacer. Cuando se oye a alguien

silbar en el despacho contiguo a última hora no hay que hacer nada. Puede hacerse algo, pero no es obligatorio.

De todos modos, abrí la puerta de la oficina de Tim.

Alguien estaba haciendo algo con el ordenador de Tim, que era un Apple G4, como el mío.

—Hola —dijo Winston Boyko—. Estoy arreglándolo.

No fue ésa la impresión que me dio.

Me parecía que estaba robándolo.

—Me ha dicho Tim que la pantalla se pone a parpadear —explicó, pero estaba colorado y le temblaba la voz. El ordenador quedaba conectado a la pared por un fino cable de acero que Winston debía de haber estado a punto de cortar. Me lo imaginé porque tenía en la mano algo que me pareció una cizalla.

—¿Tim te ha pedido que lo arregles? —pregunté.

—Sí, se me dan muy bien los ordenadores. ¿No lo sabías?

—Pues no, la verdad.

—Para arreglar los ordenadores tenemos departamento de informática.

—¿No me digas? En ese caso supongo que ya no hace falta que siga, ¿eh?

—¿Winston?

—¿Sí?

—Tim no te ha pedido que le arregles el ordenador.

—No con esas palabras.

—No tienes ni idea de ordenadores, ¿verdad?

—Sí, claro que sí.

—Winston...

—Sé a qué precio se venden. —Se encogió de hombros. «Vale, se ha acabado la farsa», parecía decir. «Al menos lo he intentado.»

—¿Por qué robas ordenadores, Winston? —Quizá resultara extraño formularle esa pregunta a alguien que estaba haciéndolo. Al fin y al cabo, ¿por qué roba nadie nada? Para sacar dinero, naturalmente, pero ¿por qué Winston, esa enciclopedia andante del béisbol, ese chaval tan encantador? ¿Por qué él?

—No lo sé, en su momento me pareció lógico.

—Joder, Winston...

—¿Sabes cuánto te dan por un G4? Pues yo sí. Tres mil si está usado. ¿Y los Apple esos?

—Pero resulta que es ilegal.

—Sí, en eso tienes razón.

—Y además te he pillado robándolo. ¿Qué se supone que debo hacer?

—¿Decirme que no vuelva a hacerlo?

—Winston... Me parece que no te...

—Oye, que no lo he robado, ¿vale? ¿Lo ves? Sigue ahí encima de la mesa. Aquí no ha pasado nada.

—¿Es la primera vez?

—Sí, claro.

Sin embargo, en ese momento recordé que había oído hablar de que habían desaparecido varios ordenadores. Por eso mismo los habían sujetado a las paredes con cables de acero, ¿no?

—Mira —dijo Winston—, la verdad es que si dijeras algo sería una molestia muy grande para mí.

Por primera vez me sentí un poco violento, un poco nervioso. Estaba hablando con Winston, que podía considerarse amigo mío, con quien hablaba de béisbol todos los días, pero también con un ladrón al que había sorprendido en la oficina por la noche, cuando no había nadie, con una cizalla en la mano. Sopesé las posibilidades de ese instrumento como arma y deduje que eran bastantes.

—¿Por qué no nos olvidamos del asunto? —añadió—. ¿De acuerdo, Charles? Te prometo que no volveré a hacerlo.

—¿Puedo pensármelo un momento?

—Sí, claro —respondió, pero tras una breve pausa agregó—: ¿Sabes por qué me harías una putada? Aparte de porque me despedirían, claro, que sería lo peor que podría pasarme, en términos relativos. Voy a ser sincero, ¿vale?

—Vale.

—El caso es que... —Se sentó en la silla de Tim—. Venga, siéntate —añadió—, parece como si estuvieses a punto de saltar por la ventana.

Me senté.

—El caso es que... —comenzó.

Winston había estado en la cárcel.

—Nada del otro mundo —me aseguró—. Tomaba drogas, pero con fines recreativos.

—¿Y eso es todo?

—Bueno, también pasaba drogas con fines recreativos.

—Ah.

—No me mires así, que tampoco es que vendiera H. Hacía trapicheos con E.

¿Desde cuándo las drogas se designaban por la inicial? Ni idea. ¿Es que había una para cada letra del abecedario?

—Cuando iba a la universidad necesitaba pasta, como todo el mundo —explicó—. También podía haber trabajado en el bar de la facultad, pero esto me pareció más sencillo.

—¿Y cuánto tiempo pasaste en...?

—Me condenaron a diez años, pero sólo cumplí cinco. Cinco años y medio en Sing Sing, que equivalen a cien.

—Lo siento.

No estaba seguro de si lo que sentía era que Winston hubiese estado en la cárcel o haberlo sorprendido robando un ordenador de la empresa, lo que podría suponer su reingreso en prisión. Quizá las dos cosas.

—Lo sientes. Vale. Imagínate cómo cambió mi vida. Al salir iba seis años por detrás de todo el mundo. No tenía carrera universitaria. No tenía experiencia laboral. Lo único que había hecho era colocar los libros en los estantes de la biblioteca de la cárcel, y me parece que eso no cuenta. Aunque hubiera conseguido la licenciatura, nadie estaría encantado de la vida de darme un trabajo ejecutivo en una empresa, ¿verdad? En el primer año de facultad conseguí una media de notable alto, y ahora llevo el carrito del correo.

—¿Saben que has cumplido condena?

—¿Aquí, quieres decir?

—Sí.

—Claro. Deberías bajar a la sala de correo alguna vez. Cualquier tío de izquierdas que se precie quedaría encantado con nosotros. Tenemos a dos ex presidiarios, a dos retrasados, a un ex yonqui y a un tetrapléjico. Es el que lleva el control de calidad.

—¿Y cuando te soltaron no volviste a la universidad?

—¿Ibas a pagármela tú?

No le faltaba razón.

—A ver si te lo explico —prosiguió—. Estoy en libertad condicional, y cuando te dan la condicional debes seguir unas normas. No puedes salir del Estado sin permiso. Cada quince días tienes que ver al agente de la condicional que te asignan. No puedes tener relación con delincuentes. Y..., ah, sí, no puedes robar ordenadores. Esa última parece que me la he saltado. Claro que también tenemos otra norma: si estás en libertad condicional no puedes ganarte la vida decentemente. ¿Sabes cuánto me pagan por entregar el correo?

Por mucho que habláramos de deportes hasta quedar afónicos, estábamos en dos extremos opuestos del espectro socioeconómico, eso era lo que intentaba decir Winston. Yo era ejecutivo y él un simple recadero.

—¿Cuántos ordenadores han sido, Winston?

—Ya te he dicho que es la primera vez...

—La primera que te pillan, ya lo sé. ¿Cuántas veces no te ha pescado nadie?

Se echó hacia atrás y sonrió. Dobló el brazo con el que agarraba la cizalla y se encogió de hombros.

—Un par.

—Vale. Un par.

De repente me había cansado de todo aquello. Me rasqué la frente y me miré los zapatos.

—No sé qué hacer —dije. Últimamente me pasaba lo mismo con todo.

—Claro que sí. Acabo de sincerarme contigo, tío. He sido un idiota, lo reconozco. No volverá a suceder. Te lo prometo.

—Vale. Muy bien. No voy a decir nada.

Mientras lo aseguraba ya empezaba a preguntarme por qué había tomado esa decisión. Quizá porque yo también me consideraba un ladrón de la misma calaña. ¿O no? ¿No había robado dinero del fondo de Anna? También con nocturnidad, cuando no me veía nadie, como Winston. ¿No era ésa una norma no escrita de los delincuentes: no delatar a un compañero? Él habría hecho lo mismo por mí, ¿no?

—Gracias —dijo.

—Si me entero de que han robado otro ordenador...

—Oye, que sea ladrón no significa que sea idiota.

«Desde luego —pensé—. Aquí el idiota soy yo.»

DESCARRILADO

DIECISIETE

P
api...

La palabra que prácticamente no te cansas de oír durante el día es la misma que te espanta cuando te despierta en plena noche. Fue como una alarma antiincendios en un cine a oscuras, y en medio de la proyección, un estreno, una especie de drama doméstico en el que aparecíamos Deanna, una mujer de ojos verdes y yo.

—¡Papi!

Volví a oírla, y esa vez me desperté del todo y casi me caí de la cama.

Recuerdos de otras noches como aquella pedían a gritos toda mi atención por mucho que intentara quitármelos de la cabeza, concentrarme en el acto físico consistente en ponerme en pie y correr descalzo por un pasillo oscuro y helado.

Hasta la habitación de Anna.

Entré y encendí la luz de inmediato; con una mano apretaba el interruptor y con la otra buscaba a mi hija. Aunque tenía los ojos entornados debido a la luminosidad repentina, me di cuenta de que Anna presentaba muy mal aspecto. Estaba en pleno ataque hipoglucémico, no cabía duda.

Tenía los ojos en blanco, como si dirigiese las pupilas hacia esa parte de su cerebro que se tambaleaba por la falta de azúcar, y estaba temblando. Cuando la abracé fue como recoger a un cachorrillo asustado, todo escalofríos. Si Anna temía algo, no estaba en condiciones de decírmelo.

Cuando le grité, se negó a devolverme los gritos. Cuando le agité la cabeza y le susurré al oído, cuando le di una bofetada en la mejilla, casi sin fuerza, no hubo respuesta.

Me habían explicado qué tenía que hacer cuando sucediera aquello. Me habían avisado, informado y preparado. Pero en ese momento no recordaba ni una palabra de todo aquello.

Sabía que teníamos una jeringuilla en una funda de plástico de color rojo chillón. Creía que estaba en el piso de abajo, en un armario de la cocina. Me parecía que tenía que abrirla para sacar la jeringuilla y llenarla con unos polvos marrones que también estaban en la funda. Y agua, había que añadir una cantidad determinada de agua.

Todo aquello se me pasaba por la cabeza como un remolino, como una frase pronunciada por un disléxico que no conseguía comprender. Lo que sí entendí fue la idea de fondo, que era aterradora y despiadada.

Mi hija se moría.

De repente vi a Deanna justo detrás de mí.

—La inyección —le dije, o probablemente le grité.

Pero ya la tenía en la mano. Sentí un arrebató momentáneo de amor profundo hacia ella, hacia esa mujer con la que me había casado y con la que había creado a Arma, e incluso en pleno ataque de pavor deseé arrodillarme y abrazarla. Abrió la funda, sacó la jeringuilla con tranquilidad y leyó atentamente las instrucciones, escritas en negrita, mientras se metía en el lavabo de Anna. Yo mecí a ésta entre mis brazos, susurrándole que todo iba a salir bien. «Sí, Anna, todo va a pasar enseguida. Vas a ponerte bien, nenita», le susurraba mientras oía el agua del grifo correr. Al cabo de un instante Deanna regresó, agitando la inyección que llevaba en la mano.

—Ha de entrar bien —me dijo al entregármela—. Ha de atravesar la grasa y llegar hasta el músculo.

Le tenía terror a aquel momento. Me había imaginado una y otra vez cómo sería. En el hospital me habían enseñado a aplicar la inyección de insulina, a hincar finas agujas de seis milímetros en el tejido graso de la cadera, el brazo y la nalga, y también habían mencionado aquella situación, me habían dicho que más tarde o más temprano llegaría un día en que debería aplicar lo aprendido. No todos los padres tenían que hacerlo, pero, dado que el caso de Anna era especialmente virulento, y dado que era tan jovencita... Aquella aguja no tenía seis milímetros de longitud, sino irnos diez centímetros, y era tan gruesa que el instinto lo obligaba a uno a volver la cabeza. Y es que había que conseguir que la mezcla de azúcar puro llegase cuanto antes a las neuronas, para que no muriesen.

Ya tenía la jeringuilla en la mano, pero me temblaba tanto como temblaba mi hija, porque era como apuñalar a ésta, aunque fuera con aquel don de vida. Se la coloqué en la parte superior del brazo, pero, como los dos tiritábamos, tuve miedo de apretar demasiado, de no acertar y doblar la aguja, de derramar el contenido.

—Dame. —Deanna me arrebató la jeringuilla.

La colocó sobre la cadera de Anna, con pulso firme, y se la clavó hasta el fondo. Después, poco a poco, apretó el émbolo hasta que todo el líquido parduzco hubo desaparecido.

Fue casi instantáneo.

Un minuto antes mi hija estaba perdida, y de repente nos miró, nos vio, dejó poco a poco de temblar y se tendió en la cama.

Se echó a llorar.

Anna lloraba, mucho más que la mañana en que le habían diagnosticado la enfermedad y le contamos más o menos lo que le deparaba el futuro. Más que entonces.

—Papi... Ay, papi... Ay, papi...

Y entonces yo también rompí a llorar.

La llevé a la planta infantil del hospital Long Island Jewish, para quedamos tranquilos. No había vuelto desde aquellas primeras semanas atroces, y el olor del lugar bastó para hacerme revivir la vez en que, a las cuatro de la mañana, me había pateado los pasillos de arriba abajo, dando por terminada la mejor parte de mi vida. Anna también se sentía así; había logrado calmarse durante los veinte minutos que duraba el trayecto, pero en cuanto entramos en la sala de espera se acurrucó contra mi cuerpo. Casi tuve que entrarla en brazos.

Eran las dos de la mañana; nos asignaron a un médico residente indio que me pareció tan atareado como distraído. Al salir de casa habíamos dejado a Deanna llamando al médico de Anna.

—¿Qué ha pasado, por favor?

—Ha tenido un ataque de hipoglucemia —expliqué.

Anna estaba sentada en la camilla, prácticamente desplomada sobre mí.

—¿Le han administrado la inyección?

—Sí.

—Ajá. —La examinó mientras hablábamos, hizo todo lo que se esperaba que hiciese un médico (tomar el pulso, auscultar, examinar los ojos y los oídos), y pensé que quizá sí fuera competente, a pesar de todo—. Será mejor que comprobemos el nivel de glucemia, ¿no?

Me quedé pensando si estaba requiriendo mi opinión médica o sencillamente se trataba de una pregunta retórica.

—Ya lo he hecho antes de venir —informé—. Ciento cuarenta y tres. No sé cómo estaba antes de... —Iba a decir «desmayarse», «desvanecerse», «perder el conocimiento», pero tuve reticencia a emplear esas palabras delante de Anna. Me di cuenta de que ya le había salido un morado en el punto en el que Deanna le había clavado la aguja y pensé en otros padres, que dejaban morados en la piel de sus hijos y eran detenidos y encarcelados.

—¿Era de ciento cuarenta y tres?

—Sí.

—Bueno, vamos a ver...

Le pidió la mano a Anna, pero la niña no tenía la mínima intención de dársela.

—No —dijo, muy seria.

—Venga, Anna, que el doctor tiene que tomarte el nivel de azúcar en la sangre para comprobar que esté todo bien. Si lo haces cuatro veces al día. No pasa nada.

Pero claro que pasaba. Precisamente porque lo hacía cuatro veces al día. Le pedían que lo hiciera una quinta, o de hecho una sexta, ya que yo se lo había tomado antes de salir. Pasaba, y mucho, porque había vuelto al hospital en el que le habían dicho que no era como todos los demás, que su cuerpo sufría una terrible deficiencia que podía matarla. Para el doctor quizá no pasase nada, quizá tampoco para mí, pero para ella sí.

Sin embargo, se encontraba a las dos de la mañana en el Long Island Jewish porque su vida había pendido de un hilo, y el médico estaba pidiéndole una muestra de sangre.

—Venga, Anna, que ya eres mayor, ¿verdad?—insistí, recordando los primeros días, en casa, cuando había tenido que suplicarle que me diera el brazo e incluso había tenido que forzarla a ello, convenciéndome a mí mismo de que la fuerza bruta era preferible a un dolor terrible, y al mismo tiempo, de que estaba cometiendo el peor abuso posible.

—Vale, pero lo haré yo —dijo por fin.

El médico ya estaba perdiendo la calma; tenía muchos pacientes y poco tiempo.

—Mira, nena, tenemos que...

—Ha dicho que ya lo hace ella —intervine, recordando que una vez que le hubieron diagnosticado la enfermedad Anna se había pasado dos semanas en aquel hospital aprendiendo a convivir con la diabetes, y que las normas exigían que antes de recibir el alta todos los pacientes debían saber aplicarse una inyección de insulina. Y Anna, que temía las agujas como otra gente teme las serpientes, o las arañas o los sótanos oscuros, me había obligado a prometerle que eso no iba a tener que hacerlo. Yo le había contestado que se lo prometía. Después, el día en que estaba prevista el alta, se había presentado la enfermera y le había pedido que lo hiciera, que llenase la jeringuilla con dos tipos de insulina y se la inyectara en el brazo, ya de por sí cubierto de moratones. Al principio ni Deanna ni yo habíamos dicho nada, y habíamos dejado que la enfermera engatusara a la niña, primero con bastante cariño y después con menos, para que hiciera lo que estaba claro que le daba pavor. Y, por fin, cuando el silencio de sus únicos aliados era ya casi ensordecedor, Anna se había vuelto hacia mí con expresión de súplica en la mirada. Y, así, aunque sabía que seguramente era bueno para ella administrarse la inyección, le había dicho a la enfermera: «No. No tiene por qué hacerlo.» Le había hecho una promesa y quería mantenerla. Su cuerpo la había traicionado, sí, pero su padre no. Había sido uno de esos momentos que apetece lucir, de éstos que más adelante, cuando ya has traicionado todo lo demás, sacas del armario y acercas a la luz, para verlos bien.

—Ya lo hace ella —repetí.

—De acuerdo —dijo el indio—; pero que lo haga de una vez.

Le di el glucómetro para que se hiciera la punción y la miré mientras, tras quitarle el capuchón, se lo acercaba con mano temblorosa al dedo corazón. Una burbuja de sangre se formó nada más retirar el glucómetro. Me ofrecí a ayudarla, pero se negó. La pequeña Anna ya no era tan pequeña, se había convertido en toda una luchadora.

El nivel de glucemia estaba bien: ciento veintidós.

Le dije al residente que el endocrino de mi hija, el doctor Barón, estaba a punto de llegar.

Sin embargo, el doctor Barón no iba a llegar. Sonó el busca del residente y éste salió disparado a urgencias. Al regresar, anunció:

—El doctor Barón dice que puede irse a casa.

—¿No va a venir?

—No hace falta. Ya le he dicho las cifras. Dice que puede irse a casa.

—Yo creía que vendría a verla.

El residente se encogió de hombros. «Los médicos son así. ¿Qué se le va a hacer?», vino a decir.

—¡Qué bien! —exclamé.

—¿Puedo hablar un momento con usted? —pidió.

—Sí, claro.

Lo seguí hasta el otro extremo de la planta, donde un chino sentado en una silla se miraba una mano ensangrentada.

—¿Cómo tiene la vista?

—Bien. Lleva gafas para leer. Bueno, es hipermetrópe —contesté, pensando que en realidad hacía tiempo que no se las veía—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—¿No está peor?

—No lo sé. No creo.

Volvía a sentir aquel dolor ya familiar en la boca del estómago, como si tuviera algo alojado allí que ni siquiera el hospital Long Island Jewish sería capaz de extraer con una operación.

—Vale. —El residente asintió y me dio una palmadita en la espalda. Estaba atareado, y quizá fuese algo impaciente, pero no descuidaba la amabilidad.

—¿Debería decirle algo al doctor...?

—No, no. —Negó con la cabeza—. Sólo quería hacer una comprobación.

Tras pedirme que firmara unos papeles y solicitar mi nueva tarjeta de crédito, nos dijeron que podíamos irnos.

Fuera, en la quietud de la noche invernal, nuestros alientos se fundieron en una única nube de vapor que nos siguió por todo el aparcamiento de camino al coche. «Debería ser una nube negra», pensé. ¿No era ésa la representación de los malos augurios?

—Oye, cariño —le dije—, ¿ves bien?

—No, papá, me he quedado ciega —respondió Anna.

En fin, quizá tuviera el nivel de glucemia algo fastidiado, pero su sarcasmo seguía intacto y gozaba de buena salud.

—Sólo quería saber si has notado algo. Nada más. Algo en la vista, quiero decir.

—Me encuentro bien.

Sin embargo, de camino a casa se abrazó a mí, como cuando era pequeña y quería echarse la siesta.

—¿Te acuerdas del cuento, papá? —me preguntó, al cabo de unas manzanas.

—¿Qué cuento?

—El que me contabas cuando era pequeña. El que te inventaste. El de la abeja.

—Sí.

Era un cuento que me había inventado en un momento, después de que una abeja picara a Anna y yo le dijera, para animarla, que el insecto había muerto.

Sin embargo, no había conseguido alegrarla en absoluto, sino asustarla, pues le aterraba la idea de que las abejas muriesen al picar a alguien, por mucho que la hubieran picado a ella.

—Cuéntamelo —insistió.

—No me acuerdo —mentí—. ¿Qué me dices del de los caballos? Sí, aquél del viejo que parte en busca de aventuras.

—No. Quiero el de la abeja.

—Ay, Anna, ni siquiera me acuerdo de cómo empieza.

Pero ella sí lo recordaba.

—Erase una vez una abejita —comenzó— que quería saber por qué tenía agujón.

—Ah, sí. Es verdad.

—Cuéntamelo.

¿Por qué tenía que ser precisamente ese cuento?

—Quería saber por qué tenía agujón —dije.

—Porque... —prosiguió ella, impaciente.

—Porque veía que cada vez que las demás abejas se lo clavaban a alguien se morían.

—Y su mejor amigo... —insistió.

—Su mejor amigo, su tía Abeja, su tío Abejorro, todos clavaban el agujón y se morían.

—Y a ella le daba mucha pena —comentó Anna en voz baja.

—Sí, estaba triste porque no entendía qué sentido tenía aquello, qué sentido tenía el agujón, ser abeja.

—Y entonces...

—Y entonces se lo preguntó a todo el mundo, a todos los animales del bosque.

—Del jardín —me corrigió.
—Del jardín. Pero nadie supo ayudarla.
—Sólo el búho.
—Sí, el búho sabio, que le dijo: «Cuando lo claves, sabrás por qué lo tienes.»
—Y...
—Y un día, estando la abeja en el bosque..., en el jardín..., vio a un pavo real, pero, claro, no tenía ni idea de que era un pavo real, sino que le pareció un pájaro bastante raro, sólo eso.
—Cuando era pequeña no dijiste: «Sólo eso.»
—Bueno, pero ya no eres pequeña. Sólo eso.
—No.
—Vale. A ella le pareció un pájaro bastante raro. Su aspecto le llamó la atención. Se posó encima de él y le hizo la misma pregunta que a los demás animales: «Por qué tengo agujijón?»
—¿Y por qué? —preguntó Anna, como si de verdad quisiera saber la respuesta, como si se le hubiera olvidado y tuviera que volver a escucharla.
—Y el pavo real le dijo a la abeja: «Déjame en paz.» Y entonces ella se enfadó.
—Y le clavó el agujijón —terminó Anna por mí—. Y el pavo real soltó un quejido y se le pusieron todas las plumas tiesas. Todas. Todos los colores del arco iris. Y a la abejita le pareció que era lo más bonito que había visto en la vida. Y entonces murió.
Cuando llegamos a la calle Yale, Vasquez estaba allí, de pie bajo una farola, como un centinela.

Pasé de largo y casi me subí a la acera que tenía delante.

—¡Papi!

Anna ya no se abrazaba a mí. De repente estaba bien despierta e incluso asustada. No sé cómo, pero conseguí recuperar el control y llevar el coche al centro de la calzada. Lo metí en el sendero de acceso al número 1823 de la calle.

—¿Qué te pasa? —preguntó Anna.

—Nada.

Jamás un «nada» había sonado tan falso en labios de nadie, o al menos en los míos, pero Anna no se atrevió a hacer otra pregunta, ni siquiera cuando la agarré del brazo y la metí en casa a rastras.

Deanna estaba levantada, esperándonos. Tenía café hecho, las luces encendidas y el televisor de la cocina sintonizado en el Food Channel mientras aguardaba el regreso al hogar de los dos amores de su vida, sanos y salvos.

Sanos y salvos quizá no, pero habíamos regresado.

Es posible que al ver mi expresión de terror la achacara a los acontecimientos de la noche, a habernos despertado para encontrarnos a nuestra hija inconsciente y en pleno ataque. ¿Qué más podría haber provocado que me quedara blanco y que estuviera tan nervioso que fuera de un lado a otro de la cocina continuamente?

—¿Se encuentra bien? —quiso saber. Ya le había formulado la misma pregunta a Anna, que, recuperada ya toda la fuerza de su mal carácter adolescente, se había limitado a pasar de largo y a subir las escaleras camino de su cuarto.

—Sí —contesté—. Está bien. El nivel de glucemia ha bajado a ciento veintidós.

—¿Qué tal está? ¿Tiene miedo?

—No —respondí. «El miedo lo tengo yo», pensé.

Anna era muy fuerte e iba a salir adelante, pero lo del pobre Charley ya no estaba tan claro. Intentaba evitar que mi mujer mirase hacia la puerta, ya que en cualquier momento el hombre que estaba haciéndome chantaje podía llamar al timbre.

Vasquez se hallaba a poco más de treinta metros de mi mujer y mi hija.

Me acerqué a la ventana e intenté escudriñar en la oscuridad.

—¿Qué miras? —me preguntó Deanna.

—Nada. Es que me ha parecido oír algo.

Se había colocado detrás de mí. Apoyó la cabeza en mi hombro y se quedó allí; uno de los dos estaba convencido de que el peligro había pasado y el otro sabía que no era así.

—¿De verdad que está bien? —insistió.

—¿Qué? —El calor de su cuerpo me reconfortó momentáneamente.

—A lo mejor esta noche debería dormir con ella.

—No te dejaré.

—Puedo meterme cuando ya se haya dormido.

—Yo no me preocuparía, Deanna. Esta noche no va a pasarle nada. —Las palabras clave eran «esta noche», por supuesto. No podía garantizar su seguridad al día siguiente ni al otro. Naturalmente, también era posible que sí nos pasase algo esa misma noche a los tres.

¿Por qué había ido Vasquez hasta allí? ¿Qué quería?

—Te noto muy preocupado, Charles. ¿Por qué? Yo creía que ésa era mi especialidad.

—Bueno, no sé... Con todo lo del hospital...

—Me voy a la cama —dijo—. A ver si consigo dormir.

—Yo ahora subo.

Sin embargo, después de que se marchara Deanna conté hasta diez y me fui directo a la chimenea para agarrar el atizador. Lo agité en el aire un par de veces.

Abrí la puerta de la calle y salí.

Estaba aproximadamente a irnos veinticinco pasos de la entrada de casa, cerca de la calle. Lo sé porque los conté, uno a uno. Era una forma de distraerme, de hacer algo, lo que fuera, de evitar el pánico. No quería pensar en lo que estaba haciendo: salir de casa con un atizador en la mano.

Cuando crucé todo el jardín y llegué hasta la acera, respiré hondo tres veces y comprobé que Vasquez no estaba.

Debajo de la farola no había nadie.

¿Era posible que me lo hubiera imaginado? Había empezado a ver a Vasquez incluso cuando no estaba. ¿Estaba obsesionado con él, como un niño con el coco?

Tenía muchísimas ganas de creer que así era. En realidad, lo ansiaba con desesperación, pero hasta que fui hasta la esquina e incluso lo llamé (no muy alto, pero sí lo bastante como para que el setter del barrio se pusiera a ladrar), hasta que di media vuelta y me dirigí a la otra esquina, pasando de largo por el sendero de acceso a mi casa, no llegué a creérmelo del todo.

Sí, quizá me imaginaba cosas. Aquella noche había vivido una experiencia terrible, mi hija había estado con un pie en la tumba, y si te pegan un susto te preparas para otro. Mi viejo amigo el miedo se había apuntado un tanto. O quizás era mi nuevo amigo; últimamente pasábamos mucho rato juntos.

Sin embargo, al pasar junto al roble que fijaba el límite de mi terreno me llamó la atención una mancha, un líquido que bajaba por su tronco retorcido. Y percibí un olor peculiar.

Un hedor acre, semejante al del estadio de los Giants durante el descanso. Se consumían y se evacuaban tantas cervezas que el estadio acababa convertido en un enorme urinario. Así olía allí.

¿Podía deberse a un perro que hubiese pasado por allí? Sí, claro, si no hubiera sido por una simple ley física: un perro no podía llegar tan alto. No podía haber sido ni *Curry*, ni el setter del barrio, ni siquiera un gran danés. Orinar en un árbol era para un perro un ritual sumamente solemne, según había leído, una forma de marcar el territorio.

Eso era lo que había hecho Vasquez.

No me había imaginado nada.

Vasquez nos había visitado y había dejado su tarjeta. «¿Lo ves? —decía—, éste es mi territorio: tu casa, tu vida, tu familia. Ahora es mío.»

DESCARRILADO DIECIOCHO

Hola, Charles.

Eran las diez y cuarto de la noche del miércoles. Estaba sentado en la salita de la tele, donde me había dedicado a montar guardia junto al teléfono. Me había puesto muy nervioso: cada vez que llamaban descolgaba de inmediato para ver quién era. Me había convertido en el contestador automático más rápido del Oeste: una sola llamada y ya tenía el auricular en la mano. Estaba convencido de que iba a llamar y no quería que se pusiera Deanna.

—¿Por qué estabas delante de mi casa? —inquirí.

—Ah, ¿ése era yo?

—Te he preguntado qué estabas haciendo delante de mi casa.

—Debía de haber salido a dar una vuelta.

—¿Qué quieres?

—¿Y tú? ¿Qué quieres?

Me desconcertaba un poco que me contestara con más preguntas.

—¿Que qué quiero?

—Exacto. Cuéntame.

Bueno, pues para empezar quería que dejara de acercarse a mi casa. Y además quería que dejara de llamarme a casa. Se lo agradecería.

—Quiero que me dejes en paz —dije.

—Vale.

—No acabo de entender qué quieres decir.

—Que vale. ¿Es que no conoces la palabra? Quieres que te deje en paz y te digo que vale.

—Perfecto —repuse, y como un idiota dejé que se colara en mi voz un atisbo de esperanza, aunque ya sabía, ya sabía...

—Sólo tienes que darme más dinero.

Más dinero.

—Ya te he pagado. Y te he dicho que...

—Eso era antes. Ahora las cosas han cambiado.

—No.

La caja estaba cerrada; la reserva, vacía. Ya había sacado dinero del fondo de Anna una vez. Se había acabado.

—¿Eres gilipollas o qué? —dijo.

Sí, seguramente lo era.

—No tengo más dinero que darte —afirmé.

—A ver, Charles, presta atención. Los dos sabemos que sí lo tienes. Los dos sabemos que vas a dármelo, porque los dos sabemos también lo que te pasará si no lo haces.

No, yo no lo sabía, aunque podía imaginármelo.

Así pues, le pregunté de qué cantidad estábamos hablando, aunque en realidad me daba igual, porque lo que fuese sería demasiado.

—Cien mil —me soltó.

No debería haberme sorprendido, pero me quedé de una pieza.

Menuda inflación: de diez a cien mil en un abrir y cerrar de ojos. Claro que, ¿cuánto valía exactamente una vida? ¿Y tres? ¿A cómo estaba en el mercado la pareja formada por una esposa y una hija? ¿Cuánto costaba poder mirarlas a la cara sin ver desprecio

en sus ojos? Quizá cien mil dólares era precio de amigo. A lo mejor estaba consiguiendo una ganga.

—Estoy esperando —añadió Vasquez.

Que esperase sentado. No podía permitirme aquella ganga de ningún modo.

Además, sabía que no sería el fin. Era una de las normas del chantaje, ¿no? ¿No lo gobernaban unas leyes inmutables propias, como las del universo? ¿Y no era también algo eterno, de nuevo como el universo? Vasquez podía decir que la cosa se acababa allí, pero mentía. Sólo se detendría cuando yo lo detuviera a él. Era una verdad que hasta un imbécil entendería. Y sin embargo no podía detenerlo, porque no sabía cómo. La única posibilidad era decir que no y afrontar las consecuencias.

—No los tengo —dije.

Y colgué el auricular.

Cuando al día siguiente Winston me llevó el correo me encontró desplomado sobre la mesa.

—¿Estás muerto —me preguntó—, o sólo lo pareces?

—No lo sé —respondí—. Me siento muerto, así que es posible.

—Entonces, ¿puedo llevarme tu ordenador?

Levanté la vista y él extendió las manos y añadió:

—Era broma.

Desde la noche en que le había pillado en la oficina, Winston se había comportado exactamente como antes, como el Winston de siempre. No iba de puntillas, no me trataba con un respeto exagerado, no demostraba falsa humildad. Si le había metido el miedo en el cuerpo, no se notaba. Sin embargo, no había vuelto a oír nada sobre robos de ordenadores, de modo que quizá se había reformado.

—En serio —insistió—, ¿te pasa algo?

¿Por dónde empezar? No, por mucho que quisiera no podía contarle nada.

—¿Cómo era?

—¿Cómo era el qué?

—La cárcel.

Su rostro se ensombreció. Sí, pasó claramente de soleado a nuboso, con posibles tormentas al acecho.

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Por curiosidad.

—No es fácil de explicárselo a alguien que no ha estado allí dentro —repuso, cortante, quizás esperando que le dijera que muy bien y me diese por conforme.

Pero no respondí nada de eso. Y aunque no tenía ninguna obligación de contestarme, quizás en cierto modo sí que se sentía forzado a hacerlo después de lo sucedido. Porque lo cierto es que me lo contó.

—¿De verdad quieres saber cómo era la cárcel? —Sí.

—¿Cómo era? Era como..., como andar por la cuerda floja —empezó, y dejó que aquella sencilla afirmación flotara en el aire por unos instantes—. Como andar por la cuerda floja, pero sin posibilidad de bajarte. Tienes que concentrarte totalmente en no caerte, porque te matarían si lo hicieras. Es algo constante, las veinticuatro horas del día. ¿Me entiendes? Había una especie de mantra, que consistía en intentar no meterse en ninguna historia, porque casi siempre que te metías en algo, ese algo era un lío. O sea, que se trataba de no hacer caso a nadie, de ser ciego, sordo y mudo. Y para eso se necesita una concentración enorme, porque a tu alrededor pasa de todo, y es imposible no verlo. Me refiero a violaciones, palizas, apuñalamientos, o sea, la mierda esa de las bandas. Intentas ser invisible. ¿Sabes lo difícil que resulta ser invisible?

—Me hago una idea —repuse.

—No, tío, ni te lo imaginas. Es lo más difícil del mundo. Es inútil. Tarde o temprano te metes en algo, porque alguien te obliga a ello.

—¿Y a ti te obligó alguien?

—Desde luego. Yo allí era carne de primera. No estaba afiliado a nadie, así que era carne de primera.

—¿Te...?

—¿Que si me guarrearón? No, pero sólo porque me resistí cuando alguien lo intentó y me tiré dos meses en la celda de aislamiento. Sólo salía para ducharme. Ni al patio me dejaban ir. Nada. Y tampoco me parecía tan mal, porque sabía que cuando saliera de la celda iba a pasarlo muy mal: el tío con el que me había peleado estaba afiliado.

—¿Y qué hiciste?

—Me afilié.

—¿Con quién?

—Me afilié a una banda... ¿Quién te crees que manda ahí dentro?

—¿Así? ¿Sin más?

—No. Tuve que hacer méritos. Ahí nadie da nada por nada, Charles. Siempre hay que pagar un precio.

—¿Y cuál fue?

—¿El precio? El precio fue tener que clavarle un fierro a alguien. Fue como un rito iniciático con sangre, aunque en este caso la de otro. Así se entra en la banda, haciendo que alguien sangre.

—¿Quiénes eran?

—¿Cómo?

—Que quiénes eran. Los de la banda.

—Ah, pues unos. Eran buena gente, la verdad, te habrían caído bien. Tenían ideas muy claras, eso sí. No sé, por ejemplo, estaban convencidos de que todos los negros eran infrahumanos. Y también los hispanos. Y los judíos tampoco les caían muy bien. Aparte de eso, eran buena gente.

Y entonces me acordé de otra cosa: del tatuaje de Winston, «HA».

—El tatuaje te lo hiciste en la cárcel, ¿verdad?

Winston sonrió.

—No se te pasa una, ¿eh? Miembro de pleno derecho de la Hermandad Aria. Tenemos hasta un apretón de manos propio.

En el fondo, no podía por menos de admirarlo. Se había metido en una situación terrible y había hecho lo que le tocaba hacer. Quizás aquello debía servirme de lección.

—Nos vemos por la tarde —añadió a modo de despedida—, pero ya no me preguntes nada más de la cárcel, ¿eh? Se me amarga el día.

DESCARRILADO DIECINUEVE

Cuando llegué a la estación de Merrick llamé a Deanna para que fuera a buscarme.

Me planteé ir a pie, pero soplaba un viento bastante fuerte procedente del mar, y al poner un pie en el andén pensé que me tiraría al suelo.

Sin embargo, Deanna me preguntó si podía esperar diez minutos. Se había presentado el deshollinador que yo había llamado para revisar la chimenea y no quería dejarlo solo en casa con Anna.

Así pues, le dije que iría andando.

La temporada navideña había convertido lo que por lo general era una calle residencial, tranquila y apartada, en algo parecido al bulevar principal de Las Vegas. Estaba todo lleno de luces intermitentes. Y de renos de plástico que tiraban de Papás Noel de plástico subidos a trineos de plástico. Uno o dos pesebres de plástico. Varias estrellas de Belén, colgadas precariamente de cedros blancos del Norte que habían perdido toda majestuosidad.

Respiré hondo y el aire me pareció extraño, pesado, saturado de humedad. Seguí adelante, contemplando el espectáculo.

Y entonces, de repente, alguien me rescató.

Se oyó un claxon una vez, y luego otra.

Me volví y vi el Lexus de mi vecino ronroneando junto al bordillo.

Me acerqué a la puerta derecha mientras Joe bajaba la ventanilla apenas una rendija.

—Sube.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Abrí la puerta y me adentré en un entorno cálido sin pretensiones, invadido por una sensación que imaginé similar a la que tendrían los cavernícolas tras crear aquellas primeras hogueras y, por fin, milagrosamente, dejar de estremecerse.

—Gracias.

—Hace fresquito en la calle, ¿eh? —comentó mi vecino. Vaya perspicacia.

—Sí.

Joe era quiropráctico. Yo aún no tenía nada claro si se trataba de una profesión como Dios manda. Nadie había conseguido explicármelo bien, y seguía teniendo mis dudas.

—¿Qué tal la niña? —me preguntó.

—Bien —contesté, pensando que debía de sonar como mi hija, que siempre respondía con monosílabos—. ¿Y los tuyos?

Joe tenía tres hijos que se llevaban un año cada uno. Dos varones y la del medio, una chica más o menos de la edad de Anna y a la que se le daban bien los estudios, era buena deportista y estaba asquerosamente sana.

Me dijo que seguían como siempre.

—¿Y qué tal todo por el trabajo? —prosiguió.

—Muy bien.

Por educación, la gente pregunta cosas que en realidad no quiere saber, pensé, pero ¿y si le hubiera contestado? ¿Y si le hubiera dicho: «Me alegro de que me lo preguntes, Joe», y entonces le hubiera soltado una buena parrafada sobre Eliot y Ellen Weischler? «Me han echado de la cuenta en la que llevaba diez años trabajando y me han puesto en otra que es una mierda y a nadie le importa un pimiento.» Y, ya de paso, podía haberle soltado también la historia de Vasquez y Lucinda. ¿Qué habría dicho entonces?

En realidad lo que le dije fue:

—¿Y a ti qué tal te va?

—Bueno, a la gente siempre le duele la espalda.

«Sí, incluso después de que les apliques tu tratamiento», me entraron ganas de decirle, pero me contuve.

—¿Vais a hacer algo estas Navidades? —me preguntó. Habíamos parado en un semáforo que tenía fama de ser el más lento de Merrick. Pasaban días enteros y aquel semáforo seguía en rojo. Surgían y caían imperios, llegaban y se iban nuevos presidentes de Estados Unidos, y el semáforo se empeñaba en no cambiar.

—Vamos a casa de la madre de Deanna, como todos los años.

—Ya.

Y entonces, después de que yo le preguntara lo mismo a él y de que me contara que se iban a pasar unos días a Florida, se hizo el silencio y los dos nos dimos cuenta de que estábamos en un punto muerto, de que habíamos agotado los típicos temas de conversación de dos vecinos.

—Qué frío hace —comentó, repitiendo lo que había dicho hacía unos minutos.

—Sáltate el semáforo, Joe —dije.

—¿Qué?

—Que te saltes el semáforo.

Me había entrado un desasosiego tremendo.

—Pero ¿por qué voy a...?

Deanna me había pedido que la esperase en la estación porque se había presentado el deshollinador al que yo había llamado y no quería dejarlo solo en casa.

—Que te saltes el puto semáforo.

Pero yo no había llamado a ningún deshollinador.

—Oye, Charles, que no quiero que me pongan una multa. Además, no sé qué prisa te ha entrado...

—¡Arranca!

Y arrancó. El pánico evidente en mi voz consiguió por fin que actuara; pisó el acelerador y se saltó el semáforo. Se metió en la calle Kirkwood, a sólo dos manzanas de donde vivíamos.

—Si me clavan una multa, la pagas tú —masculló, intentando recuperar algo de dignidad después de haber obedecido a ciegas a un vecino sin motivo aparente. Pero, bueno, ¿qué me había creído? ¿Quién era yo para darle órdenes de esa forma?

—Para aquí —pedí.

Evidentemente, Joe pretendía detener el coche ante la puerta de su casa y dejar que yo fuese a pie hasta la mía. Pero no podía esperar. Por segunda vez en dos minutos, Joe hizo lo que se le ordenó. Detuvo el vehículo delante del número 1823 de Yale y bajé de un salto.

Cuando abrí la puerta, sin detenerme, me encontré a Deanna apoyada en la barandilla, contándole a alguien que nuestro *Curry* no trataba así a todo el mundo, que no se encariñaba del primero que pasaba.

Y entonces vi a ese alguien con el que hablaba.

—El señor Ramírez dice que va a hacernos un precio especial —dijo Deanna.

Estábamos sentados en el salón. Los tres.

—Pero sólo porque *Curry* le cae bien. Y viceversa —prosiguió. Estaba hablando del coste de la limpieza de la chimenea. Se le daba muy bien entablar relaciones distendidas con los operarios que aparecían por casa, siempre se los ganaba, y después me repetía historias sobre sus mujeres y sus hijos.

—Sí —corroboró Vasquez—. Es que los perros me chiflan.

Sonreía, con la misma sonrisa con la que había apoyado a Lucinda contra la cama para violarla por última vez.

—El señor Ramírez... —empezó Deanna, pero Vasquez la interrumpió.

—Raul.

—Raul dice que la chimenea tiene un... ¿Cómo era?

—Un cañón quebrado —aclaró él.

—Eso. Un cañón quebrado.

—Sí. Es que es vieja. ¿Cuándo se construyó la casa?

—En 1912 —respondió Deanna—. Creo.

—Sí. Seguramente nunca se ha tocado.

—Pues entonces ya va siendo hora —apuntó ella.

—Eso. Desde luego.

Yo aún no había abierto la boca, pero de repente se habían quedado esperando a que hablara, a que reconociese el problema que nos afectaba y me pronunciara al respecto. Si aún no había dicho nada era porque no se me ocurría qué decir.

—Bueno —continuó Deanna—, Raul está dispuesto a arreglarlo y a limpiar la chimenea. Pero será lo que tú digas.

—No les conviene vivir con un cañón roto —comentó Vasquez—. Estas cosas pueden ser peligrosas. Se acumulará todo el dióxido de carbono y..., bueno, les matará por la noche, cuando estén dormidos. ¿Me entiendes?

Sí, le entendía perfectamente.

—Sé de una familia que no arregló el cañón —siguió—. Una noche se fueron todos a la cama y a la mañana siguiente ya no se levantaron. Muertos, todos. Una familia entera.

—Bueno, ¿tú qué dices?—preguntó Deanna, algo alarmada—. ¿Qué quieres hacer?

Anna entró en el salón, con el pijama ya puesto.

—¿Cuál es la capital de Dakota del Norte? —me preguntó.

Tenía dos interrogantes ante mí, pero sólo me apetecía responder a uno.

«Elijo capitales de Estado por cien puntos», me imaginé que decía, como si estuviera en un concurso televisivo.

—Bismarck —contesté.

—Anna, éste es Raul —anunció Deanna, la perfecta anfitriona.

—Hola —saludó Anna, y le dedicó la más educada de sus sonrisas, la que reservaba para parientes lejanos, antiguos amigos de sus padres y, al parecer, deshollinadores.

—Hola —dijo Vasquez, que extendió la mano y le atusó el pelo. Aquella mano, en la cabeza de mi hija—. ¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—¿En serio?

No retiró la mano de la cabeza, como habría sido normal, sino que la dejó allí. Resultaba violento. Cinco, luego diez, después quince segundos. Anna había empezado a retorcerse.

—Eres igualita a tu madre —le dijo.

—Gracias.

—¿Vas al cole?

Anna asintió. Era evidente que mi hija, que por lo general trataba de no ofender a nadie, quería que le quitaran aquella mano de encima, pero no sabía cómo conseguirlo. Me miró en busca de ayuda.

—A ver...—empecé.

—¿Sí? —Vasquez me observaba fríamente—. ¿Decía algo?

—¿Por qué no subes a terminar los deberes, Anna? —dije.

—Vale.

Quería hacerlo, pero había un problema: Vasquez seguía con la mano sobre su cabeza. Se quedó allí plantada, mientras continuaba implorándome con la mirada que la salvase.

—Venga, cariño.

—Vale.

Pero Vasquez seguía allí de pie, sin retirar la mano, sonriéndome, y por fin la habitación quedó en silencio. Fue uno de esos momentos violentos, como si un amigo de la familia besa a tu mujer con una pasión ligeramente excesiva en una fiesta en la que todo el mundo ha bebido demasiado: no sabes si quedarte quieto y observarlos o plantarle cara y pegarle un puñetazo.

—Tengo que hacer los deberes —dijo Anna.

—¿Los deberes? Ah... Las niñas bonitas como tú no tienen que hacer deberes. Tienes que conseguir que te los hagan los chicos.

En ese momento debería haber actuado, en ese momento debería haberle dicho que apartara su sucia mano de la cabeza de mi hija, porque la niña estaba incómoda, joder, y quería irse a su habitación. ¿Quedaba claro o no?

El silencio era tan ensordecedor que hacía estallar los tímpanos.

Y entonces...

—Le gusta hacerlos ella —intervino Deanna, y con eso cerró el tema. Por fin, felizmente, se colocó entre el brazo de Vasquez y la cabeza de Anna y alejó a nuestra hija, con decisión, del peligro.

Cuando la niña hubo abandonado el salón sin hacer ruido, Deanna me miró con una expresión que parecía de reprimenda. Por lo visto, decía su gesto, la niña había buscado ayuda en su padre cuando quien podía ofrecérsela era su madre.

Oí los pasos de Anna, que subía las escaleras a toda prisa.

Y se hizo otra vez el silencio.

—¿Y bien...? —preguntó finalmente Deanna, tras carraspear—. A lo mejor quieres pensártelo, ¿verdad, cariño?

Aparentemente, aquel operario no iba a hacerse amigo suyo.

—No tardaría mucho —explicó Vasquez, sin dejar de sonreír—. No conviene correr riesgos con temas como la seguridad de la familia.

Sentí algo ácido en el fondo del estómago, helado y candente a la vez. Me entraron ganas de vomitar.

—No —respondí—. Ya le llamaré pronto.

—Vale. Pero llámeme, ¿eh?

—Sí.

—¿Por qué no acompañas a Raul hasta la puerta? —propuso Deanna, obviamente deseosa de sacarle de casa.

Y, así, fui con él hasta la puerta, donde se volvió y me tendió la mano, tal como se esperaba de un simpático deshollinador amigo de todo el barrio.

—¿Sabes qué me enseñaron en el ejército, Charles —susurró—, antes de echarme?

—¿Qué?

Me hizo una demostración práctica.

Dejando una mano exactamente donde la tenía, como ofrenda en señal de amistad, utilizó la otra para agarrarme los testículos. Y me los apretó.

Sentí que me fallaban las rodillas.

—«Agarradlos de los huevos. Así controlaréis el corazón y la mente.»

Intenté decir algo, pero no pude. Sentí ganas de gritar, pero no lo conseguí. Deanna estaba detrás de mí, a poco más de cinco metros, sin apercibirse del dolor atroz que me bajaba por las piernas y amenazaba con hacerme chillar.

—Quiero el dinero, Charles.

Noté que empezaban a llorarme los ojos.

—No voy...

—¿Qué? No te oigo...

—No voy...

—¿«No voy a volver a colgarte el teléfono»? Tranquilo, hombre, te acepto las disculpas.

Quiero el dinero, ¿vale?

—No puedo respirar...

—Cien mil dólares. ¿Entendido?

—Te...

—¿Qué?

—Por fa...

—Cien mil dólares y te devuelvo los cojones.

—Te... Por fa...

Y entonces me los devolvió. Al menos temporalmente. Abrió el puño y me desplomé sobre la jamba de la puerta.

—Cariño —dijo Deanna en ese momento—, ¿me haces el favor de sacar el cubo de la basura?

DESCARRILADO VEINTE

Me puse a estudiar el presupuesto del anuncio de aspirinas.

Supongo que era una especie de terapia de evitación. Mientras analizaba el presupuesto, no podía estar preguntándome qué iba a hacer, ¿verdad? No podía plantearme cómo iba a superar aquello.

Así pues, puse manos a la obra.

Repasé con meticulosidad el presupuesto de la película; había algo que no encajaba, pero no sabía el qué. ¿Qué pasaba?

La estrategia de evitación había resultado tener un éxito relativo.

Estaba comprobando una fila de cifras muy bien ordenadas cuando, hacia la mitad, vi a Vasquez con la mano apoyada sobre la cabeza de mi hija.

Si no se embolsaba sus cien mil dólares, volvería.

Pensé en contárselo a Deanna, pero por mucho que intentaba convencerme de que me perdonaría, de que seguro que lo haría, por mucho que me repetía que me quería, y que ese amor sobreviviría a cualquier indiscreción, por muchas veces que postulase la teoría de que todo matrimonio tenía sus más y sus menos (y, sí, aquel menos era tremendo, pero ¿no era lo lógico que lo siguiese, tras una buena dosis de sufrimiento y recuperación, otra época de bonanza?), por mucho que racionalizaba, rumiaba, debatía y mil cosas más, no había manera de llegar a convencerme de que, aunque fuera durante un solo minuto, podía ser capaz de soportar la mirada que aparecería inexorablemente en los ojos de Deanna cuando descubriera cuáles habían sido mis actividades.

Ya la conocía. La había visto la mañana en que habían diagnosticado la enfermedad de Anna. Era la mirada de alguien que se siente total y absolutamente traicionado. Había tenido que aguantarla de lleno mientras la noticia iba haciendo efecto, poco a poco, y Deanna se aferraba a mí como la resaca a un nadador del que ha hecho presa.

No me veía capaz de soportar aquello otra vez.

Volví a concentrarme en el papel que tenía delante. En la lista aparecían todos los gastos relacionados con el anuncio.

Los honorarios del director, por ejemplo: quince mil dólares diarios. Era más o menos lo habitual para un director de segunda fila. Los de primera ganaban algo más, unos veinte o veinticinco mil. Después había que incluir la construcción de decorados, lo que suponía otros cuarenta y cinco mil. También se ajustaba bastante a lo que solía costar montar una cocina en un estudio de Nueva York.

Todos aquellos miles de dólares me recordaban los miles que yo no tenía. ¿Por qué me había puesto a estudiar aquel presupuesto? Había algún fallo, pero ¿cuál era, exactamente? No tenía ni idea.

Después aparecía el montaje, seguido del paso de película a vídeo, de la corrección de color, de los costes de doblaje y, por fin, de la música. Sí, T&D Music House, aquél era el nombre. Cuarenta y cinco mil dólares por toda una orquesta, la grabación en estudio y la mezcla. Parecía correcto.

Llamé a David Frankel.

—Sí —contestó.

—Soy Charles.

—Ya lo sé. Sale tu número en la pantallita.

—Ya. He buscado el teléfono de la productora musical, pero no hay manera de encontrarlo.

—¿Qué productora?

—T&D Music House.

—Ah. ¿Para qué quieres llamarlos?

—¿Cómo que para qué quiero llamarlos? Quiero hablar del anuncio.
—¿Por qué no me lo cuentas a mí? Yo lo produzco.
—T&D Music House no me suena de nada.
—T&D Music House no te suena de nada.
—No.
—¿Exactamente por qué estamos hablando de esto? —David suspiró—. ¿Has hablado con Tom?
—¿Cómo? ¿Que si he hablado con Tom de qué?
—Mira, explícame cómo quieres que sea la música. Vamos, dímelo.
—Prefiero hablar con el compositor.
—¿Y eso?
—Pues que quiero transmitirle mis impresiones directamente.
—Vale, adelante.
—¿Vale, adelante qué?
—Que le transmitas tus impresiones directamente. Venga.
—Tienes que darme su teléfono.

Otro suspiro, de esos que dan a entender que hay que sufrir por tratar con idiotas, con gilipollas de tomo y lomo.

—Su teléfono. Ya te llamaré —aseguró.

Estaba a punto de preguntarle por qué tenía que llamarme más adelante, si lo único que le pedía era un teléfono. Estaba a punto de preguntarle por qué me trataba como si fuera retrasado mental. Estaba a punto de recordarle que su trabajo como productor consistía en organizarlo todo, y a veces eso implicaba cosas tan sencillas como dar un simple número de teléfono.

Pero David me colgó.

Y en aquel momento, por fin, al volver a escuchar en el oído el susurro ya conocido («¿Qué vas a hacer, ¿eh, Charles?»), me di cuenta de que sí sufría cierto retraso mental, sí que había demostrado ser bastante lerdo desde el principio.

T&D Music House.

Tom y David.

Tom & David Music House.

Claro.

Seguí a Winston durante cinco o seis calles soportando la temperatura invernal, que debía de ser quince bajo cero.

Se fumó un cigarrillo. Miró escaparates (los de una tienda de vídeos de la era Giuliani, que en sus tiempos habían estado cubiertos de carteles pornográficos y esa tarde estaban forrados de carteles de kung fu). Dedicó una mirada lasciva a dos adolescentes en minifalda y leotardos.

No me habría propuesto seguirlo, sino acercarme a él al salir del trabajo y preguntarle si quería tomarse una cerveza conmigo, pero por alguna extraña razón me costaba decidirme.

Una cosa era intercambiar cuatro chistes dos veces al día con el chico que repartía el correo, preguntarle qué jugador de béisbol zurdo había conseguido la media de bateos más alta de la historia o quién poseía el récord de carreras limpias, y otra muy distinta irse de copas con él. Ni siquiera estaba seguro de que Winston quisiera tomar algo conmigo.

Por otro lado, ¿no nos habíamos hecho confidencias? ¿O no lo había hecho, como mínimo, uno de los dos? ¿No estaba el otro preparado para seguir sus pasos? Sí, y ésa era precisamente la razón por la que había sido incapaz de acercarme sin más a él y proponerle que nos tomáramos una cerveza.

Winston se sopló las manos. Cruzó un semáforo sin mirar y esquivó por los pelos un taxi que parecía decidido a provocar una carnicería. Se detuvo ante un carrito de pretzels y preguntó cuánto costaban.

Ya casi había reunido el coraje necesario para dirigirme a él y sentí deseos de que se volviese y se percatara de mi presencia. Si seguía unas pocas calles más corría el peligro de morir congelado.

Al otro lado de la calle había una iglesia católica encima de cuya puerta podía leerse una cita bíblica que recordaba de la catequesis de la infancia: «Señor, compadécete de mí, el mar es tan grande y mi barca tan pequeña...» Pensé: «El que lo dijo tenía toda la razón.»

Cuando me volví hacia Winston éste ya no estaba. Fui corriendo hasta el vendedor de pretzels y le pregunté adonde había ido su último cliente.

—¿Eh?

—Ese tío alto al que acaba de vender un pretzel —insistí—. ¿Ha visto adonde iba?

—¿Eeh?

Debía de ser libanés. O iraní. O iraquí. Fuera de donde fuera, no hablaba inglés.

—Un dólar —me informó.

—Da igual —contesté, y me alejé pensando: «Ya hablaré con Winston mañana. O a lo mejor mañana cambio de idea y decido que no.»

Y entonces alguien me agarró del brazo.

—Que no quiero ningún pretzel —empecé a decir, pero no era el señor del carrito.

—Vamos a ver, Charles —quiso saber Winston—, ¿por qué demonios me sigues?

DESCARRILADO VEINTIUNO

En Nochebuena me emborraché.

Fue culpa del ponche de huevo «especial» de mi suegra. Lo que tenía de especial era que llevaba dos terceras partes de ron.

—Ven con papá —pedí a Arma tras terminarme vaso y medio, pero a mi hija no pareció entusiasmarla la idea.

—Se te ha puesto cara de tonto —dijo.

—¿Estás borracho, Charles? —preguntó Deanna.

—Por supuesto que no.

La señora Williams tenía un piano vertical que debía de pertenecer a la familia desde hacía mucho tiempo. Deanna había recibido lecciones sentada ante él hasta que, a los diez años, se había amotinado y se había negado a seguir tocando *Para Elisa* y melodías de ese tipo. La señora Williams jamás se lo había perdonado del todo; su castigo era tener que aporrear aquel piano cada Navidad para que todos nos pusiéramos a cantar. *Noche de paz*, por ejemplo. Ni Deanna ni yo éramos especialmente religiosos, pero en momentos así no hay ateísmo que valga. Canté a voz en grito «Entre los astros que esparcen su luz...», como si me fuera la vida en ello, aunque algo desafinado, como si ya llevara tres vasos de ponche.

—Sí que estás borracho, papi —comentó Anna, arisca. Cantar con su abuela le gustaba tanto como clavarse agujas.

—No le hables así a tu padre —la regañó Deanna, deteniéndose en mitad de un acorde. Deanna, mi defensora y protectora.

—No estoy borracho, para que lo sepáis —afirmé—. ¿Queréis verme andar en línea recta?

Al parecer, no querían.

Anna soltó un gruñido y preguntó:

—¿Por qué tenemos que cantar estas canciones tan imbéciles?

—... «Brilla la estrella de paz...» —seguía cantando yo, concentrado en la estrella de Belén que adornaba lo alto del abeto. Estaba desgastada debido a su antigüedad y había dejado de resplandecer como en la época en que tenía que levantar a Anna mientras cantábamos villancicos para que la viera. Había perdido el brillo; se notaba que ni siquiera era una estrella, sino cartón piedra con puntitos de pegamento.

—Bueno, ha estado bien, ¿eh? —comentó la señora Williams cuando hubimos terminado. Nadie contestó.

—¿A que sí? —añadió.

—Sí —respondí—. Vamos a cantar otro.

—No, que me raya —replicó Anna.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que no —aclaró Deanna.

—Ya me lo imaginaba —me excusé—. Sólo quería comprobarlo.

—A ti ya no te damos más ponche —intervino la señora Williams.

—Pero si me encanta cómo lo prepara.

—Pues por eso, porque te gusta demasiado. ¿Quién va a conducir?

—Yo —repuso Deanna.

—¿Cuándo nos vamos? —quiso saber Anna.

Después de cenar, abrimos los regalos de la señora Williams. Anna iba a recibir los suyos a la mañana siguiente: dos compactos nuevos, uno de ellos de Eminem, dos camisetas de Banana Republic y un teléfono móvil. Vivíamos en una época en la que quien no tenía móvil era un colgado. Y es que nunca se sabía cuándo iba a hacer falta llamar a alguien: a una amiga, a un novio, a una ambulancia...

A la señora Williams Papá Noel le había llevado un jersey de Saks precioso. Nos lo agradeció diligentemente a todos, incluido yo (y eso que, por supuesto, no tenía ni idea de qué iba a salir de la caja).

—Quiero proponer un brindis —anuncié.

—Pero si te he quitado el ponche —dijo Deanna.

—Ya lo sé. Por eso propongo un brindis.

—¿Puede saberse qué bicho te ha picado, Charles?

—Yo sé perfectamente lo que le ha picado —dijo la señora Williams con una sonrisa—: mi ponche.

—Estaba de puta madre —la elogí.

—Charles. —Deanna me miró con cara de pocos amigos.

Anna soltó una risita y dijo:

—Mi papá ha dicho «puta». Llamen a la poli.

—No —respondí—, nada de policía. No sería buena idea.

—¿Eh?

—Es broma.

La señora Williams había hecho café.

—¿Alguien quiere una tacita?

—Seguro que a Charles le apetece muchísimo —dijo Deanna, aunque resultaba que no, que no me apeteecía nada. Era un complot. Lo que querían era serenarme.

Mientras, mi hija le susurraba algo a mi mujer. Lo que entendí fue que le pedía que no la agobiara.

—Estoy portándome bien —recordó.

Yo me había dejado caer en el sofá del salón y no estaba seguro de poder levantarme cuando tuviéramos que irnos.

—¿Qué tal la nariz, Charles? —me preguntó mi suegra.

—Aún la llevo puesta —contesté, y me la toqué—. ¿Lo ve?

—Ay, Charles...

La señora Williams había puesto el canal de televisión en el que aparecía el leño de Navidad. Me quedé contemplando las llamas y empecé a pensar en mis cosas. Estaba muy a gusto, pero de repente me adentré en aguas peligrosas y fue muy desagradable. Me encontraba en aquella esquina helada de Manhattan.

El Charles que estaba entonado y animado por el espíritu navideño me gritaba que no pensara en ello.

Pero no podía evitarlo.

—Que no quiero ningún pretzel —había empezado a decir, ¿verdad?

Lo que quería era otra cosa.

—Vamos a ver, Charles, ¿por qué demonios me sigues?

Winston me pasó el brazo por los hombros como si fuera lo más normal del mundo, aunque noté su fuerza, y algo más: pensé que él quería que la apreciase.

—No te seguía —mentí. Fue lo que me salió del alma. Además, tampoco lo seguía, exactamente, sino que más bien jugaba con la idea de seguirlo.

—Sí que me seguías. En Sing Sing me salieron ojos en la nuca, seguro que te acuerdas.

—Lo único que quería era pedirte que nos tomáramos una cervecita. De verdad.

—¿Por qué? ¿Ya tienes la lista de siete jugadores con apellidos de once letras?

—Estoy en ello —contesté, sin saber muy bien qué más hacer.

—Bueno, ¿y por qué no me lo has pedido sin más? Si tenías tantas ganas de que nos tomáramos una cerveza...

—Es que te he visto, ibas un poco por delante de mí, y estaba intentando alcanzarte.

—Ya. Pues vamos a tomarnos esa cerveza.

Sonrió.

Fuimos a un bar que se llamaba O'Malley's y que tenía básicamente el aspecto que se presupone a un bar llamado O'Malley's. Había una mesa de billar al fondo, una diana para jugar a los dardos en un rincón y un televisor que emitía un partido de fútbol australiano. El local también hacía gala de dos borrachos fijos, o al menos me dio la impresión de que debían de pasarse la vida allí, ya que uno de ellos tenía la cabeza apoyada sobre la barra y el camarero ni se molestaba en despertarlo. El otro conocía a mi acompañante, porque le saludó con un «Eh, tío» y le dio una palmadita en la espalda cuando entramos.

—¿Qué quieres? —me preguntó Winston después de sentarnos en dos taburetes y acodamos en la barra.

—Invito yo.

—Eh, que te debo una por el favor que me hiciste, ¿o ya no lo recuerdas?

Sí que lo recordaba, lo recordaba muy bien, y por eso esperaba que estuviese dispuesto a devolvérmelo.

—Una cerveza *light*.

Winston le pidió dos al camarero y después se volvió hacia mí.

—¿Qué? ¿Todo bien? El otro día te noté un poco deprimido. ¿Es por tu hija? Está enferma, ¿no?

Nunca le había contado lo de Anna, pero supuse que al final todo se sabía.

—No, no es por eso.

Asintió y acto seguido observó al camarero poner dos cervezas delante de nosotros.

—Tengo un problema —confesé, y hallé cierto consuelo en la palabra. Al fin y al cabo, los problemas podían solucionarse. La gente tenía problemas y luego buscaba una forma de arreglarlos.

—Oye, si tienes remordimientos por lo de la otra noche, a mí no me mires. ¿Has oído que haya habido más robos? Ya te dije que no tocaría los ordenadores y no los he tocado.

—Sí, ya lo sé.

—¿Y entonces?

Winston bebió un buen trago de cerveza. Yo aún no había tocado la mía. Bajo el vaso se había formado un charquito de agua que iba creciendo poco a poco y que dejaba la barra oscura como la sangre.

—He hecho una estupidez. Una locura. Con una mujer.

Winston pareció un poco confuso. Lo comprendí. Seguramente se preguntaba por qué alguien que en el fondo no era amigo suyo le hablaba de mujeres, de cosas que sólo se comentaban con amigos con los que se tenía confianza.

—¿Has tenido un lío o algo así?

—O algo así.

—Vale. ¿Y qué? ¿Se ha acabado?

—Se ha acabado, sí.

—¿Pues entonces? Te sientes culpable. ¿Querías desahogarte? Bueno. No te agobies. En la oficina todo el mundo tiene rollos. Algunos con compañeros de trabajo. ¿De qué te crees que hablamos en la sala de correo? De quién se lo monta con quién.

Suspiré.

—No es eso —dije.

—Vale —repitió—. ¿Qué es, entonces?

—Es que pasó algo.

—¿El qué? ¿Se ha quedado preñada?

—No. Nos pilló alguien.

—¿Eh?

—En la habitación del hotel.

—Ah —contestó. «Su mujer», debió de pensar.

—Entró un tío y nos atacó.

—¿Qué?

—Se nos tiró encima cuando íbamos a salir de la habitación. Nos robó... Y a ella la violó. Winston me prestaba toda su atención. Quizá siguiese sin comprender muy bien por qué le contaba todo aquello, pero al menos demostraba interés.

—La violó —repitió—. ¿En un hotel?

—Sí.

—¿Cuál?

—Pues uno. En la parte baja.

—Joder, Charles. ¿Qué pasó? ¿Se escapó? ¿No lo han detenido?

No, no lo habían detenido. Para eso la policía habría tenido que saber, por boca de alguien, que había sucedido algo por lo que había que detenerle.

—Es que no lo denunciamos.

—No lo denunciasteis.

Winston había cogido la manía, nada acertada, de repetir casi todo lo que le decía, seguramente porque casi todo lo que le decía costaba bastante de creer.

—No podíamos —me expliqué—. ¿Entiendes?

—Ah —contestó, tras comprender por fin la situación—. Sí. Ya, vale. O sea, que os atracó y desapareció, ¿no?

—No. No desapareció precisamente. —Por fin bebí un sorbo de cerveza. Estaba caliente y no me supo a nada—. Ese es el problema.

Winston se mostró confuso otra vez.

—Está haciéndonos chantaje —añadí—. Supongo que ése es el término preciso. Nos pide dinero para no contárselo a Deanna, es decir, a mi mujer, o al marido de ella.

Winston suspiró y meneó la cabeza. «En menudo follón te has metido —venía a decir el suspiro—. Lo siento por ti, tío.»

Yo quería que hiciera algo más que compadecerse.

Quería que hiciera algo por mí. Y para eso no me bastaba con su lástima. Iba a hacerme falta una especie de compensación; iba a hacerme falta otra clase de chantaje.

—¿Y bien? ¿Le has pagado lo que pedía? —preguntó.

—Sí y no.

—A ver, ¿le has pagado o no?

—Sí, pero ahora quiere más.

—Ya —comentó, y bebió otro trago de cerveza—. Supongo que es lo habitual, ¿no? ¿No piden siempre más?

—Yo qué sé. Es la primera vez que me chantajean.

Winston estuvo a punto de echarse a reír, pero se contuvo a tiempo y se disculpó:

—Lo siento, Charles. En serio, ya sé que no tiene gracia. Ya lo sé. Es que cuesta un poco imaginarse..., bueno, a alguien como tú en una cosa así. —Volvió a levantar la copa y se tragó la espuma—. Vale... ¿Qué vas a hacer?

Winston había formulado por fin la pregunta del millón.

—No lo sé —contesté—. No puedo hacer gran cosa, la verdad. No puedo pagarle. No tengo el dinero que pide.

—Ajá. O sea, que vas a decirle que se lo cuente a tu mujer —aventuró. Había sumado todas las variables, pero el resultado era erróneo—. Muy bien, que se joda ese cabrón. Tu mujer te quiere, ¿no? Vale, pues has echado una canita al aire. ¿Y quién no? Ya te perdonará.

—No creo que me perdone, Winston. No creo que pueda. Con todo lo de mi hija y eso... Le conté lo demás. Que Lucinda también se negaba a permitir que se enterase su marido, y que yo consideraba que se lo debía.

—Mierda —dijo Winston, y después, tras un largo silencio—: Has pasado un par de meses duros, ¿verdad, Charles?

Se refería a la pérdida de la cuenta de la tarjeta de crédito, supuse. Hasta en el departamento de correo se habían enterado.

—Bueno —prosiguió en voz baja—, y ahora, ¿qué hacer?

Era como si se lo preguntara a sí mismo, como si se pusiera en mi lugar, quizá, como si se planteara qué haría él en una situación similar. Y es posible que fuera entonces, en ese precioso instante, cuando por fin comprendió por qué lo había seguido cuatro o cinco calles con el frío que hacía para convencerlo de que se tomara una cerveza conmigo. Quizá fue porque se dijo: «Si me ocurriese a mí, el cabrón del chantajista se enteraba. Me lo cargaba. Desde luego que me lo cargaba.» Y luego lo habría descartado como opción razonable para mí, claro, ya que yo no era exactamente una persona

violenta. No, para hacer algo así había que ser musculoso, había que tener algo de experiencia en esos temas, había que haberse ensuciado las manos alguna que otra vez, o al menos había que haberse manchado los puños de sangre. ¿O no?

Winston dejó la copa en la barra y, sin acabar de tragar, me miró.

—¿Por qué demonios me lo preguntas a mí?

Se había dado cuenta de que dos y dos eran cuatro. Por fin había descubierto de qué iba la cosa.

—Es que pensaba...

—¿Qué pensabas? —me interrumpió—. ¿Qué? ¿Eh?

—Que me ayudarías.

—Pensabas que te ayudaría.

Ya estaba otra vez repitiendo lo que le decía, pero ya no porque le pareciese increíble, sino porque se lo creía.

«... Y el equipo de Sidney avanza en posesión del balón.»

El televisor seguía emitiendo el partido de fútbol australiano, que evidentemente había llegado a su momento culminante, porque el público se desgañitaba, en pie, animando a sus jugadores.

—Mira, Charles —prosiguió Winston—, me caes bien. Eres buen tío. Lamento lo de tu hija, de verdad. Y lo del chantaje también, créeme. Pero no eres mi hermano, ¿vale? Ni siquiera eres mi mejor amigo. Tengo uno, y haría prácticamente cualquier cosa por él, pero, aunque me pidiera lo que creo que estás a punto de pedirme, le diría que se fuera a tomar por el culo. No sé si me entiendes.

—Yo pensaba que a lo mejor... podías ir a verlo.

—A verlo. ¿Qué coño significa eso? Y cuando lo vea ¿qué se supone que tengo que decirle? ¿Eh? ¿«Haz el favor de ser bueno y deja de tocarle los cojones a mi amigo»? ¿Eso antes o después de darle una paliza de tu parte?

Winston no era corto. Había sacado una media de notable alto en el primer año de universidad y, aunque hubiera estado enganchado a las drogas, tenía las neuronas más o menos intactas.

—Te pagaría —propuse.

—Me pagarías. Qué detallazo. Estupendo.

—Diez mil dólares —ofrecí, sin pensármelo dos veces. ¿No le había pagado esa cantidad a Vasquez? Diez mil me pareció bien. Saldrían otra vez del fondo de Anna, pero quizás encontrara la forma de reponerlos. Llevaba un tiempo pensando en eso.

—Diez mil. ¿O qué?

—¿Cómo? —pregunté, aunque sabía perfectamente a qué se refería. Había intentado callarme esa parte.

—¿O qué? —repitió—. Si no acepto los diez mil. Y diez mil dólares para mí son mucho dinero, lo reconozco. Pero, si aun así rechazo la oferta, ¿qué pasa?

—Mira, Winston..., te lo pido como un favor.

—Lo que me pides es que cometa un delito grave. Y yo lo que quiero es saber por qué te ha parecido que iba a aceptar. —Al ver que yo no contestaba, añadió—: ¿Cómo te lo planteó él, Charles? El violador. El chantajista.

—¿Qué?

—Cuando te pidió el dinero. Te dijo que le pagaras determinada cantidad, porque si no sabrías lo que es bueno. ¿No te dijo eso, más o menos? Pues eso es lo que te pregunto. Te pregunto qué me pasaría si no aceptara.

—Oye, me parece que no has entendido bien...

—No, lo he entendido perfectamente. No me pides dinero, me lo ofreces, lo cual es muy generoso por tu parte, desde luego. Pero si lo rechazo, si te digo que no, ¿qué pasa entonces? ¿Qué otra opción tengo?

Quería que se lo dijera en voz alta. Nada más.

«Te pillé robando. Te pillé robando y puedo denunciarte. Repartir cartas es una putada, pero ir a la cárcel es mucho peor, ¿no?»

Aunque me había ofrecido a invitarle a una cerveza como si fuera un viejo amigo al que hubiera perdido de vista hacía mucho, no era precisamente la amistad lo que me movía. Sin embargo, me sentía incapaz de decirlo.

Tenía la esperanza de que Winston accediera como un favor: yo le había salvado el pellejo una vez y él estaría dispuesto a salvármelo. Luego pensé que diez mil dólares bastarían. Pero no, y cuándo Winston me obligó a amenazarlo con todas las letras, fui incapaz de hacerlo.

«No soy como Vasquez», pensé.

—Diez mil dólares, ¿eh? —repitió.

Se volvió hacia el televisor.«... El balón avanza, Dover lo intercepta en la esquina izquierda...» Miró al borracho que dormía la mona, que se había despertado momentáneamente antes de volver a dar con la cabeza en la barra. Tamborileó sobre el borde de la copa de cerveza, *tinc, tinc, tinc*, como un móvil de campanillas al caer presa de una brisa repentina.

Y entonces se volvió de nuevo hacia mí y dijo:

—Vale.

Así, sin más.

—Vale. Muy bien. Acepto.

DESCARRILADO VEINTIDOS

Llamé a Tom Mooney y le dije que tenía que comentar algo con él.

La producción musical.

Había empezado la semana de tres días laborables que había entre el día de Navidad y el de Año Nuevo. Era esa época en que la gente intentaba solucionar sus asuntos y fijarse uno o dos buenos propósitos, como perder peso, por ejemplo. Yo tenía precisamente un peso del que quería deshacerme: unos ochenta kilos de peso muerto que llevaba a la espalda.

Tom se presentó cinco minutos antes de la hora y montó un numerito exagerado para quitarse el abrigo y cerrar la puerta.

—Vale —dijo tras sentarse—, ¿de qué querías hablar?

—De mordidas.

Me pareció que había sido demasiado directo, porque de repente Mooney se echó hacia atrás y se quedó pegado al respaldo de la silla. ¿Era posible que hubiese una especie de código o de jerga para aquellas cosas que era necesario respetar?

—¿Mordidas? ¿Y eso a qué viene? ¿Es que somos veterinarios o algo así? Y yo que creía que nos dedicábamos a hacer anuncios...

—T&D Music House. Se ve que también componéis.

—Es que somos una productora que ofrece un servicio integral. Hacemos todo lo que sea necesario.

—¿Y esto es necesario?

—¿Tú has visto últimamente lo que ha rodado Robert?

Quería hacerse el gracioso, o eso me pareció, porque se quedó como esperando a que me riera.

Y no me apetecía nada reír.

—¿Cuánto tiempo lleváis con esto? —quise saber—. David y tú, digo.

—A ver, Charley. ¿Me has hecho venir para interrogarme? Porque me parece que me he perdido algo cuando me has llamado. Yo creía que querías verme por otro motivo. Corrígeme si me equivoco.

Me sonrojé. Quizá sí que existía una jerga, y quizá la conocía pero era incapaz de expresarme en ella. Me había pasado primero con Winston en el bar y luego allí. Había llamado a Mooney por otro motivo, no para condenarle, ni siquiera para sacarle a regañadientes todos los detalles escabrosos. No, lo único que pretendía era tender la mano y decirle: «Me apunto.»

Así pues, quizás había llegado el momento de prescindir de aquel aire de superioridad moral. Eso era lo que quería darme a entender Tom. Y, encima, tenía razón.

—Veinte mil —pedí, bastante sorprendido de que las palabras hubieran logrado salir de mis labios. «Veinte mil», una clara afirmación que no dejaba lugar a dudas. Nada de tono de súplica, ni de subir la voz al final de la frase. Veinte mil: por los diez mil que le debía a Winston y los otros diez que ya había entregado. Y me quedé pensando si esas cosas se harían así, o si lo que se esperaba de mí era que deslizara un papel por la mesa tras haber garabateado a lápiz en él la cifra.

Pero Tom me ofreció una de esas sonrisitas que dicen: «Eres uno de los nuestros, ¿verdad?»

Me sentía un poco intranquilo, pero menos de lo que esperaba. ¿Era así como sucedía? ¿Iba uno perdiendo su identidad poco a poco hasta que al final dejaba de existir?

¿Quedaba alguien que se hacía llamar como tú, que se acostaba con tu mujer, que abrazaba a tu hija, pero que ya no eras tú?

—Ya te había dicho que soy Papá Noel, ¿no? —dijo Tom.

Al día siguiente quedé con Winston en el aparcamiento, prácticamente vacío, de un Dunkin' Donuts de Astoria. Estaba una calle al norte de las vías de la línea 7 del metro, que por aquella zona circulaba al aire libre.

El lugar había sido idea suya.

—¿No se supone que hay que verse en sitios apartados? —me había dicho, tras preguntarme si conocía al único lanzador que había conseguido cinco premios Cy Young.

—Roger Clemens —le había contestado yo.

Me esperaba en un Mazda blanco con tapacubos desaparecidos y una luz trasera rota. El parabrisas estaba cubierto de grietas que asemejaban telas de araña.

Yo iba al volante de mi Mercedes plateado, y me avergoncé de ello. Lo dejé en el extremo opuesto del aparcamiento, con la esperanza de que Winston no me viera, pero me vio.

—¡Estoy aquí! —gritó.

Cuando llegué hasta su coche, se inclinó hacia la derecha y me abrió la puerta.

—Sube, colega.

Y su «colega» subió.

—¿Sabes cuál es mi canción preferida?

—No.

—*Money*. La de los Beatles. ¿Y mi artista preferido?

Negué con la cabeza.

—Eddie Money.

—Sí, es bueno.

—¿Y mi película preferida? *El color del dinero*. ¿Mi personaje favorito de las pelis de James Bond? Money-penny. ¿La tecla que más me gusta del ordenador? La que tiene una S con una barrita vertical.

—Sí, Winston. He traído tu dinero.

—Oye, que yo no te he pedido nada. Sólo quería charlar un rato.

Un tren de la línea 7 pasó con estruendo por las vías elevadas y una lluvia de chispas cayó sobre la calle.

—Pero, ya que has sacado el tema, ¿dónde está?

Me metí la mano en el bolsillo. Notaba que el dinero me quemaba. El día anterior un mensajero de Headquarters Productions me había entregado un sobre marrón.

—Cinco mil —anuncié—. La otra mitad después.

—¿Eso lo has visto en una peli? —preguntó, sin dejar de sonreír.

—¿Qué?

—Lo de «la otra mitad después». Que si lo has visto en una peli o algo así.

—Oye, es que me ha parecido...

—A ver, ¿de qué va esto? Me parece recordar, tío, que cuando acepté el trabajito, y lo hice porque tengo buen corazón, que conste, porque eres colega y estás en un apuro, me dijiste que diez mil.

—Ya sé lo que...

—Un trato es un trato, ¿vale?

—Lo comprendo.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Creo que la mitad...

—Dime cuáles son las condiciones, Charles.

—Quedamos en que diez mil —respondí.

—Diez mil. Vale. ¿Diez mil por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué me das diez mil dólares? ¿Porque te caigo bien? ¿Porque quieres pagarme la universidad?

—A ver, Winston...

De repente me habían entrado ganas de estar en otro sitio.

—A ver tú, Charles. Me parece que ha habido cierta confusión. Quiero dejar claras las condiciones. Si le pides a alguien que te haga una cosa así, tienes que saber cómo quedas con ese alguien.

—Ya sé cómo hemos quedado, Winston.

—¿Ah, sí? Pues dímelo para que no pueda haber confusión. Repítemelo. ¿Por qué me das los diez mil dólares? ¿Cuáles son las condiciones?

—Te doy los diez mil dólares para que hagas que Vasquez desaparezca.

—Sí, vale. Ya me parecía que eran ésas. Diez mil para hacer que Vasquez desaparezca —repitió, y entonces sacó algo del bolsillo—. Este es el argumento que voy a utilizar para conseguirlo. ¿Qué te parece? ¿Crees que lo escuchará?

—Una pistola. —Me eché hacia atrás contra la ventanilla.

—¿Seguro que es la primera vez, tío?

—Oye, Winston, no quiero...

—¿Qué? ¿No quieres verla? El tampoco querrá. ¿Qué te creías que pensaba hacer, Charles? ¿Pedírselo por favor?

—Yo lo que quiero... Bueno, pues... Si es que es posible...

—Bueno, ya, esto es por si residía que no es del todo posible.

—Vale —contesté—. Vale.

Hasta ese momento, mentalmente siempre había utilizado eufemismos: hacer que Vasquez desapareciera, encargase de él, pararle los pies. Y Winston estaba diciéndome cuál era la forma de encargarse de un Vasquez. A veces hacía falta algo así.

—¿Qué es lo que vale?

—¿Eh?

—¿«Vale, aquí tienes tus diez mil dólares, Winston»? —Sí —contesté, aceptando la derrota.

—Muy bien. No sé por qué, pero casi me ha parecido que sólo ibas a darme la mitad. Saqué el sobre del bolsillo y se lo entregué.

—Eres un blando, Charles —me dijo—. Me habría conformado con tres cuartas partes. Y después, tras haberlo contado todo, preguntó:

—¿Dónde?

DESCARRILADO VEINTITRES

Debajo de la autopista del West Side.

La primera semana de enero.

Estaba sentado al lado de Winston en un Sable azul metálico de alquiler con tapicería de piel. El tenía los ojos cerrados.

Vi un remolcador que avanzaba resoplando por el Hudson, que estaba tan negro que casi parecía invisible, un simple espacio vacío que ocupaba el antiguo lecho del río. Hacía frío y caía aguanieve. Unas finas esquirlas de cristal se colaban por la ventanilla y me explotaban en la cara.

Estaba temblando.

Intenté no pensar en nada. Intenté conservar la calma.

Había una puta en la esquina opuesta. Estaba allí desde que me había subido al coche.

La miré y me pregunté dónde estarían sus clientes.

La pregunta tenía su lógica, porque aún eran poco más de las diez de la noche y la pobre llevaba un negligé rojo semitransparente y botas negras resplandecientes. La había dejado allí un todoterreno con matrícula de Nueva Jersey, a esperar que algún otro coche, seguramente también con matrícula de ese estado, se detuviera a su lado, pero habían pasado diez minutos y seguía allí plantada a pesar del aguanieve, sin hacer gran cosa, aparte de mirar el Sable que estaba allí enfrente y que tampoco se movía.

Parecía que estaba congelada. Llevaba una estola de piel de imitación por los hombros, pero nada más, para que quedara bien expuesta gran cantidad de carne blanca, lechosa, y los clientes pudieran verla bien y ponerle precio.

Pero ¿dónde estaban esos clientes?

El vendedor de seguros de Teaneck, el corredor de bolsa de Piscataway, el camionero de camino al Túnel Lincoln. ¿Dónde estaban?

Me había metido debajo de la autopista del West Side porque allí era donde Vasquez me había dicho que me reuniera con él.

—¿Tienes el dinero? —me había preguntado.

Lo tenía.

—Reúnete conmigo a las diez de la mañana en la calle Treinta y siete, al final, donde el río.

Respondí que de acuerdo.

—Y no se lo digas a nadie. ¿Entendido?

Lo entendía. (Aunque quizá sí que se lo diría a alguien, pero sólo a una persona.)

—Ve solo. ¿Me has oído?

Lo había oído. (Aunque quizá no pensaba hacerlo.) ¿Cuánto tiempo llevaba la puta allí de pie sin un solo cliente? Lo pensé otra vez. ¿Exactamente cuánto?

Entonces echó a andar hacia mí.

Ya estaba en mitad de la calzada, había recorrido la mitad del camino, y quedó claro que no iba a dar media vuelta. Los tacones de las botas repiqueteaban sobre el asfalto. Se fue derechita hacia el Sable azul que llevaba tanto tiempo allí quieto sin moverse un milímetro.

—¿Quieres compañía? —me preguntó al alcanzar mi ventanilla. Le vi claramente la piel de gallina en los pechos y en las piernas, porque los primeros apenas quedaban medio cubiertos por el negligé rojo y las segundas surgían de unas botas de media caña.

No, no quería precisamente compañía. Quería que se largara.

—No.

—Ya —dijo. Tenía un rostro juvenil pero envejecido, de modo que resultaba prácticamente imposible deducir su edad. Le eché entre veinte y treinta y cinco años—. ¿Tienes tabaco?

—No.

Sin embargo, había un paquete de cigarrillos en el asiento, entre Winston y yo. Eran de él. La puta los veía claramente, e incluso uno o dos pitillos sobresalían por el envoltorio rasgado.

—¿Y eso qué es?

—Un momento —dije. Estiré el brazo, pero al recoger el paquete se me pegó un trozo de masa encefálica de Winston a la mano. El paquete estaba todo pringado. Aun así, saqué un cigarrillo y se lo di por la ventanilla.

—Gracias —dijo, aunque sin mucha sinceridad.

Y entonces me pidió fuego.

—No llevo.

—¿Y él?

Se refería a Winston, que seguía con los ojos cerrados.

—No —contesté.

—A lo mejor él sí que quiere compañía.

—Lo dudo mucho.

—¿Qué le pasa? ¿Está borracho?

—Sí, está borracho. Oye, ya te he dado un pitillo, ¿no?

—¿De qué me sirve el pitillo sin fuego? ¿Qué quieres que haga con él, que me lo coma?

—No tenemos fuego. ¿Está claro?

Lo primero que vi fue el reflejo (un charco de rojo que parpadeaba en mitad de la calle) y después oí el ruido de los neumáticos al aplastar cristal.

Un coche patrulla.

—Largo —le dije a la puta.

—¿Qué?

—Oye, lo único que quiero es que me dejen en...

—Que te den por culo —masculló—. Y a mí no me dices que me largue, ¿vale?

—Sí, bueno. Es que no me apetece compañía, ¿sabes?

Intenté otra táctica para ver si se marchaba: ser amable, ser educado. Y es que Winston seguía teniendo los ojos cerrados y el coche patrulla ya casi había alcanzado nuestra posición. Y la puta no se marchaba. Había conseguido que se enfadara.

—Me quedo donde me salga del coño —dijo.

El coche patrulla se colocó justo al lado del mío. Un agente bajó la ventanilla. Creí que iba a gritarme, a chillarme, quizás a ordenarnos que nos bajáramos del coche. Los dos, Winston y yo. Creí que el agente iba a acercarse y a iluminar con una linterna el asiento delantero, y a notar que Winston tenía los ojos cerrados, y, si se fijaba bien, algo más: que le faltaba la mitad de la cabeza.

—¿Qué? —dijo el policía.

—¿Qué de qué? —replicó la puta. Como si fueran viejos amigos.

—¿Qué tal te va, Candy?

—¿Tú qué crees?

—Hace una noche ideal para trabajar, ¿eh?

—Eso.

Charlaban, sin más, como amigos.

Y, mientras, yo allí sentado, escuchándoles. O no, porque en realidad no los escuchaba. En realidad recordaba.

Al llegar al muelle, había visto a Winston sentado en el Sable azul de alquiler, como estaba previsto. Lo había observado durante diez minutos, luego quince, antes de darme cuenta de que una de las ventanillas estaba bajada. Y en todo aquel rato Winston había permanecido completamente inmóvil. No había encendido un solo cigarrillo, no había tosido, ni bostezado, ni se había rascado la nariz. Parecía una naturaleza muerta: «Hombre en coche azul.» Había algo raro. Lo de la ventanilla bajada, por ejemplo. El aguanieve entraba sin que nada la detuviera. ¿Eso por qué?

Por fin me decidí a cruzar para echar un vistazo rápido, rápido porque esperaba a Vasquez de un momento a otro y se suponía que tenía que ir solo. Winston tenía los ojos cerrados como si estuviera durmiendo. Pero algo fallaba. Daba la impresión de que no respiraba. Y la ventanilla no estaba bajada, sino rota.

Me subí al coche y le di un golpecito en el hombro, pero no me hizo caso. Entonces me incliné para ver mejor el sombrero que llevaba y me di cuenta de que en realidad no era ningún sombrero, sino una masa carnosa. A Winston le faltaba la mitad de la cabeza. Devolví, y el vómito se mezcló con distintos pedazos del cráneo de Winston. Estaba a punto de salir corriendo del coche pegando gritos cuando vi que el todoterreno dejaba a la puta. Y me quedé quietecito.

«¿Vio a alguien subir al coche o bajar de él?», le preguntarían, y respondería que no.

Eso, a menos que ella decidiera cruzar la calle y pedir un cigarrillo.

El Sable empezaba a oler mal, por mucho que la ventanilla rota dejara entrar constantes ráfagas de aire helado.

—Vas con cuidado, ¿verdad, Candy? —preguntó el policía.

—Ya me conoces.

Nadie se había molestado aún en decirme nada.

Estuve tentado de encender el motor y salir pitando, aunque, claro, había dos inconvenientes. Por un lado, Winston estaba sentado al volante. Por otro, si de repente arrancaba y salía pitando, el agente, que hasta el momento ni se había fijado en mí, me vería por fuerza.

Y entonces, por fin, uno de los dos miró dentro del coche.

—Tú —me llamó.

—¿Sí?

—¿Estás cerrando una transacción con mi amiga Candy?

—No. Sólo le he dado un cigarrillo.

—¿Es que tiene algo malo?

—¿Qué? No... Está muy bien.

—Eso. Candy es un bombón.

—Es que yo sólo estaba... fumando.

—¿Estás casado?

—Sí.

—¿Tu señora sabes que vas por ahí buscando putas?

—Pero si ya le he dicho que yo sólo...

—¿Y tu amiguito? ¿También está casado?

—No. No... Está soltero.

Y muerto.

—A ver, salís los dos de putas y no cerráis ningún trato con Candy. ¿Eso por qué?

—Agente, lo lamento si no ha compren...

—Pero ¿por qué me pides perdón a mí? Pídeselo a ella. La pobre se deja la piel aquí con este frío y vosotros no le dais ni la hora. ¿Qué le pasa a tu amigo?

—Está muerto, agente.

—A lo mejor deberías tener un detalle con Candy.

—Sí, claro.

—Pues bien...

—¡Ah!

Busqué la cartera a tientas. Me temblaba tanto la mano que me costaba meterla en el bolsillo de atrás. Por fin logré agarrar un fajo indeterminado de billetes y se lo entregué.

—Gracias —dijo Candy con desgana, lo agarró y se lo metió en la parte de arriba del negligé.

—¿Y él qué? —preguntó el policía—. ¿Cómo te llamas?

Se dirigía a Winston, que no contestó.

—Que digo que cómo te llamas.

Winston se empeñaba en no contestar.

Ya me imaginaba en el asiento de atrás del coche patrulla, de camino a comisaría, como en las películas. Ya me imaginaba que me fichaban y me tomaban las huellas, que me permitían hacer una llamada. Pensé que ni siquiera conocía a un abogado. Ya

me veía sentado ante Deanna y Anna, que estarían al otro lado de una pantalla de plástico, y yo sin saber por dónde empezar.

—Vale. Por última vez —insistió el agente—. ¿Cómo te llamas?

Y entonces...

Se oyó un chisporroteo repentino y una voz cargada de electricidad estática rompió el silencio insoportable como un trueno en una tarde de humedad sofocante.

—... Tenemos un... eh... diez cuatro... esquina de la Cuarenta y ocho y la Quinta...

Como por arte de magia el policía dejó de preguntarle a Winston cómo se llamaba y, en cambio, le dijo algo a Candy («Hasta luego», me pareció entender). Y el coche patrulla se fue, así, sin más, desapareció. Quedaban pocos segundos para que descubriera a un hombre al que le faltaba media cabeza y a otro sentado tan tranquilamente a su lado, en un asiento cubierto de vómitos y masa encefálica, y de improviso todo había terminado, inexplicablemente.

Y entonces, por fin, pude desfogarme.

Pude llorar por Winston.

DESCARRILADO VEINTICUATRO

Se me ocurrió casi por casualidad, cuando iba conduciendo sin rumbo fijo, siguiendo la autopista del West Side, concentrado en intentar no temblar. Winston estaba muerto.

Winston estaba muerto y yo lo había matado.

¿O no lo había acorralado en el bar aquella tarde y lo había obligado, o poco menos, a aceptar mi oferta?

Intenté analizar los hechos, descubrir qué había sucedido exactamente. Vasquez me había dicho que fuese solo, pero era posible que no hubiese confiado en que fuera a obedecer sus órdenes y se hubiera presentado antes de hora para husmear. ¿Era eso lo que había sucedido? Se había encontrado a Winston metido en un Sable azul, como si nada, y se había mosqueado. Quizá le había plantado cara y Winston se había hecho el gallito. Había que recordar que era un hombre que había estado en la cárcel, que estaba acostumbrado a atacar a los demás antes de que lo atacaran. Pero esa vez no le había funcionado. Y había terminado perdiendo media cabeza.

Era lógico. ¿O no? No me resultaba fácil saber si de verdad lo era, porque estaba cagado de miedo.

El hedor del interior del coche ya casi me resultaba insoportable. Y entonces recordé otro olor inaguantable en el asiento delantero de un automóvil en marcha. A veces la mente juega esas pasadas, gasta bromas de ese tipo. Si sumas «mal olor» y «coche», ¿qué te da?

Recuerdos de domingos por la tarde pasados dentro del coche, yendo a casa de la tía Kate en la parte sur de Nueva Jersey. Para llegar hasta allí teníamos que tomar la autovía Belt hasta el puente de Verrazano, y después cruzar de una punta a otra el centro de Staten Island. Por el camino no se veía gran cosa, apenas un centro comercial de dimensiones gigantescas de vez en cuando, o unos multicines que proyectaban diecisiete películas, todas a la vez. Y entonces, en mitad de aquel páramo, se presentaba con una rapidez aterradora: un hedor vomitivo nos atacaba de repente a través de las rendijas de las ventanillas, por los conductos del aire acondicionado y por el techo corredizo. Era la pestilencia de la basura, la fetidez de un vertedero. Enormes montículos de tierra parduzca a los lados de la autopista por encima de los cuales volaban en círculo nubes de gaviotas que no dejaban de chillar. Buscaban carroña.

Entonces subía las ventanillas, y Deanna, a mi lado, se tapaba la nariz mientras Anna chillaba en el asiento de atrás. Yo apagaba el aire acondicionado y comprobaba que el techo corredizo estuviera bien cerrado, pero a un así el olor seguía colándose en el interior del vehículo. Era como meter la cabeza en un cubo de basura, y por mucho que corriera (lo cierto es que pisaba el acelerador con todas mis fuerzas) nunca bastaba. No podía moverme más deprisa que el mal olor. Tardaba unos buenos quince minutos en dejarlo atrás, cuando el paisaje se transformaba en una zona residencial muy reconfortante.

Una hora después, en el jardín de casa de la tía Kate, con una copa en la mano, aún me notaba el hedor en la ropa.

Hacia allí me dirigí.

Tomé la calle Canal hasta el puente de Manhattan y después subí por Belt hasta el de Verrazano. A aquella hora de la noche el tráfico era escaso, lo cual me convenía, teniendo en cuenta que Winston estaba pudriéndose a mi lado. «¿Es que sólo tienes

medio cerebro?», me quejaba ante Anna cuando perdía los nervios. Winston sí que sólo tenía medio cerebro; la otra mitad estaba desperdigada por el coche.

Iba pensando en cómo resolver el tema del peaje. Seguramente, pagar iba a ser un problema, sobre todo si el empleado de la cabina veía el interior del vehículo. O si lo olía. Decidí superar las trabas una a una; como Edwin Moses, a quien había escuchado una vez en un canal deportivo explicar así el método que utilizaba en las carreras de obstáculos: superaba las vallas de una en una y nunca miraba hacia la meta.

Para mí la meta era deshacerme de Winston en un lugar en el que pudiera dejarle a buen recaudo y después meterme en la cama. Y pagar a Vasquez todo el dinero. Ah, sí, en ese momento cien mil dólares me parecían una ganga. Serían la totalidad del fondo de Anna, quizá, pero aún así me saldría barato, tal como estaban las cosas.

Al llegar al peaje, la empleada de la cabina estaba tarareando un clásico de James Brown: *I Feel Good*. Se sentía bien, sí, pero si hubiera oído el coche o le hubiese echado un vistazo a mi compañero de viaje y hubiera visto el proyecto de cerebro que tenía sobre los hombros, se le habrían pasado las ganas de cantar. Había sacado el dinero antes de llegar y lo llevaba en la mano, listo para entregárselo. La tía iba más o menos siguiendo el ritmo al cobrar a los coches que iban por delante de mí; sacaba el brazo, lo metía, cogía el dinero, entregaba el cambio, como uno de esos bailecitos de los años sesenta, el *swim* o el *monkey*. Sin embargo, cuando detuve el coche junto a su ventanilla, dinero en mano, me pidió que esperase un momento. Empezó a contar billetes dentro de la cabina y dejó mi dinero donde estaba: en mi palma sudorosa.

Me resultaba exasperante. De repente empecé a preocuparme por el otro empleado, el que estaba en la cabina de mi derecha y, por tanto, más cerca del cadáver.

Me puse a pensar si irían armados. Daba igual, porque sabía que llevaban radios. Un simple mensaje a la comisaría que debía de haber allí cerca sería mi fin.

Y entonces, tras otra media canción (de Stevie Wonder cuando era jovencito, hacia 1965), extendió el brazo y cogió el dinero que le ofrecía.

Dejé de aguantar el aire. Respiraba entrecortadamente, claro, y con la cabeza girada hacia la ventanilla, por el hedor que me envolvía como si fuera vapor. Winston era el segundo muerto que había visto en la vida. A los catorce años había asistido a un funeral (el de un amigo de la familia que había sido víctima del cáncer) en el que habían dejado el féretro abierto, y básicamente no había apartado la vista de los zapatos. Sólo había mirado una vez, para ver una cara que parecía feliz, lo cual me resultó extraño. La de Winston era muy distinta: tenía la boca medio abierta, como si le hubieran pillado en mitad de un grito, y los ojos muy cerrados. Había muerto a disgusto. «Lo he matado yo», pensé otra vez.

Era lo mismo que si hubiese apretado el gatillo en persona. Adulterio, fraude... ¿y también asesinato? Me parecía que no había pasado tanto tiempo desde los días en que era una buena persona, como casi todo el mundo. Resultaba un tanto difícil conciliar a aquel Charles con el que llevaba un cadáver en un coche para cruzar toda Staten Island, rumbo a un vertedero. Costaba un poco digerirlo. Sin embargo, si conseguía llegar sin que me arrestaran, si lograba deshacerme del cadáver de Winston y del coche ensangrentado, si llegaba a librarme de Vasquez con cien mil dólares...

Las vallas, de una en una.

Lo primero era encontrar una forma de entrar en el basurero. Debía de estar cerca. Al hedor del coche se había sumado otro que resultaba aún peor.

Llegué a la salida correspondiente. O al menos supuse que lo sería, porque la otra era ya el puente de Goethals.

Fui a parar a una carretera de dos carriles desierta sin farolas. Winston se desplomó contra la ventanilla cuando giré a la derecha.

Seguí por aquella carretera durante unos cinco minutos, sin que ningún coche circulara en dirección opuesta. Supuse que los únicos vehículos que pasarían por allí serían los que iban al vertedero o volvían de él, y a esas horas nadie hacía ninguna de las dos cosas. Nadie excepto yo.

Entorné los ojos para ver mejor en la oscuridad. Buscaba una puerta que me permitiera entrar y reduje la marcha todo lo que pude para no pasar de largo.

Ahí estaba.

Un poco más allá. Sí, era una entrada. Una valla de alambre de espino que terminaba en dos puertas de vaivén y una garita. Había encontrado una forma de acceder al recinto, lo cual podría haberme hecho llorar de alegría, o gritar de emoción, o al menos suspirar de alivio, si no hubiese sido porque estaba cerrada a cal y canto.

Bueno, ¿qué esperaba? Era propiedad municipal, ¿no? No se trataba de un vertedero público al que podía ir cualquiera a soltar el primer cadáver que se encontrase por ahí.

Bajé del coche, que cada vez apestaba más, y descubrí que afuera olía aún peor. Era como si el aire en sí fuera basura, como si todos los hedores de Nueva York fuesen a parar allí, junto con los desechos sólidos. Era un centro de residuos físicos y efluvios, y las gaviotas se alimentaban de ambos y pedían más a gritos. Las llaman «ratas con alas», ¿no? En ese momento entendí por qué.

Toda una bandada se había posado a mis pies. Levantaban las alas y graznaban como si me dispusiera a quitarles la comida. Como si fuese su comida. Todos aquellos picos amarillentos y afilados apuntaban, y se me ocurrió que quizá olían la sangre de Winston en mi cuerpo, que al igual que los buitres podían descubrir husmeando dónde había muertos o moribundos.

Me sentía atrapado, rodeado por las gaviotas y el hedor, y me puse a gritar y a sacudir los brazos con la esperanza de espantarlas. Sin embargo, me dio la impresión de que el único que estaba asustado era yo. Las gaviotas apenas se movieron, sólo una o dos batieron las alas y se elevaron unos pocos centímetros del suelo. Me refugié en el coche. Sentado tras el volante me quedé mirando la puerta cerrada con llave.

Metí la marcha atrás y empecé a deambular por la avenida Western otra vez, siguiendo la alambrada y buscando cualquier indicio de que existiera otra entrada.

—Venga, sorpréndeme —pedí en voz alta.

La vida me había jugado varias malas pasadas en los últimos tiempos, y me parecía que quizá ya iba siendo hora de que me tocara alguna buena, aunque sólo fuese una, allí mismo, en aquel rincón de mierda de Staten Island, adonde iban a parar todos los desperdicios para ir pudriéndose poco a poco.

Y entonces los faros del coche iluminaron un trozo de alambrada roto en la parte en que la carretera giraba a la derecha. No era muy grande, pero bastaría para que pasara un hombre, incluso un hombre que arrastrase a otro.

«Debe de tener madre en algún sitio», pensé de repente. Me la imaginé como la típica ama de casa de clase media, en las afueras de una gran ciudad. No sabía de dónde era Winston, de modo que quizá no había acertado, pero así me la imaginé. Divorciada, quizá, ya desencantada de la vida, pero aún orgullosa de su hijo, tan listo, con su media de notable alto. Aquel orgullo había sido puesto a prueba con los años, claro, cuando Winston había empezado a drogarse, luego a trapechar y después (ay, Dios bendito) había acabado en la cárcel por tráfico de estupefacientes. Pero, bueno, ¿no estaba sentando la cabeza? ¿No había conseguido por fin un trabajo decente? Sí, muy bien, se dedicaba a repartir el correo de una oficina, pero eso era una cosa temporal. El chico valía mucho y saldría adelante. Era muy espabilado. En cuatro días acabaría dirigiendo la empresa, claro que sí. Y además era un pedazo de pan. Y un encanto de chico: todo el mundo le tenía cariño. Y nunca se olvidaba de felicitarle el cumpleaños a su anciana madre. Nunca jamás. La pobre aún conservaba aquel torcido cenicero de arcilla que le había hecho cuando iba a segundo. Sí, ahí lo tenía, en la repisa de la chimenea. Así era la madre de Winston, que aquel año no iba a recibir la felicitación de su hijo el día de su cumpleaños. Ni aquel año ni ningún otro.

Me arrepentí de no haberle preguntado a Winston más cosas de su vida. Lo que fuera. Por ejemplo, si existía esa madre que esperaba cada año su felicitación navideña, o una novia que aquella noche estaría levantada, sin saber dónde se había metido, o algún hermano, o un tío al que estaba muy unido. Pero no, sólo le había preguntado cosas de béisbol y de la cárcel, nada más, y luego le había preguntado si quería hacerme un favor, un favor que le había costado la vida.

Detuve el coche justo delante del agujero de la alambrada y me quedé quieto, sin bajar, durante un rato para comprobar que de verdad estaba solo. Sí, por lo que parecía estaba completamente solo, solo en el vertedero, solo en el universo.

—Deanna —susurré; la compañera de mi vida, pero sólo de la vida que ella conocía, la del publicitario que trabajaba de nueve a cinco, no la del adúltero que acababa de convertirse en cómplice de un asesinato.

Salí del coche y lo rodeé. Abrí la puerta del lado del acompañante y miré sin poder hacer nada cómo Winston se daba de bruces contra el suelo. Decidí hacer un esfuerzo para considerarlo «el cadáver», lo que queda cuando el alma, que era lo que había hecho que Winston fuese Winston, abandona el cuerpo. Así me resultaba más fácil.

Levanté el cadáver por los brazos y empecé a arrastrarlo. De inmediato me di cuenta de lo que quería decir la gente cuando hablaba de un «peso muerto». El peso muerto era un objeto inamovible, y el pánico, una fuerza irresistible, pero ¿podía esta última salir triunfante? Apenas conseguía mover el cadáver; sólo avanzaba unos pocos centímetros con cada tirón. Tenía la sensación de que él tiraba hacia el otro lado, de que me asía de las axilas, de los codos y de las muñecas, que tanto me dolían. A aquel ritmo, conseguiría pasarlo por el agujero de la alambrada al amanecer, justo a tiempo de que todo un batallón de basureros pudiera reconocerme en la rueda de identificación policial. «Ese es —dirían—. Ése era el que arrastraba al difunto hasta el vertedero.»

Sin embargo, poco a poco, soportando la tortura, fui avanzando, tras llegar a una especie de automatismo: pegaba un buen tirón y me detenía de golpe para recuperar el aliento, sacudir las manos y volver a empezar. De ese modo, conseguí llevar el cadáver hasta la alambrada sin sufrir un solo infarto. Y además aún me quedaban muchas horas hasta el amanecer. Eran las doce y media según mi Movado de esfera luminiscente, regalo de Deanna por mi cuarenta y dos cumpleaños. De esa Deanna que precisamente debía de estar empezando a preguntarse dónde me había metido. Enseguida se preocupaba, y lo hacía mucho mejor y con un afán mayor que cualquier otra persona que yo conociese.

Saqué el móvil del bolsillo de la cazadora, lo abrí de un golpe de muñeca (de muñeca dolorida) y apreté el dos, que era donde tenía guardado el número de casa. El uno del marcado automático era la consulta del doctor Barón.

—¿Diga? —contestó Deanna con voz de... Sí, de inquietud.

—Hola, cariño. Te llamo para que no te preocupes. Las cosas se han complicado.

—¿Sigues en la oficina?

—Sí.

—¿Por qué llamas con el móvil?

¿Por qué llamaba con el móvil?

—No lo sé. He salido al pasillo a tomarme un café y de repente me he dado cuenta de lo tarde que se me ha hecho.

—Ah, vale. ¿Y cuánto te queda?

Buena pregunta.

—Pues una hora o así, no sé... Tenemos que presentar el guión de la estupidez esta de la aspirina mañana por la mañana.

Me sorprendía bastante lo bien que me había acostumbrado a contar mentiras. Y también resultaba pasmoso estar manteniendo aquella conversación doméstica de lo más natural («Sigo en la oficina, cariño») mientras arrastraba a un hombre al que le faltaba media cabeza.

—Bueno, no te excedas —me recomendó.

—Tranquila. Té quiero, Deanna —añadí, pronunciando su nombre, lo cual en la clasificación de los «te quiero» quedaba bastante cerca del número uno, quedaba como una declaración de amor sentida, y no como una simple forma de terminar una conversación. «Te quiero» muchas veces resultaba un sustituto algo más íntimo de «adiós», pero no cuando al final se colocaba el nombre. Con el nombre las cosas cambiaban.

—Yo también te quiero —contestó, y me di cuenta de que lo decía de corazón, y sin que le hiciera falta pronunciar mi nombre.

Guardé el teléfono en el bolsillo, metí un pie por el agujero de la valla, me agaché y empecé a meter a Winston a rastras.

La pestilencia era peor en aquel lado. Parecía difícil, pero así era. Fuera la olía, pero dentro me la comía, la ingería olor a olor, y empezaba a darme arcadas.

Tiré del cadáver para meterlo más, para acercarlo al inicio del enorme montículo de basura. Desde allí, ya muy cerca, me recordó uno de aquellos templos del sol que había visto cerca de Ciudad de México en un viaje ya remoto con Deanna. Había sido en la época anterior a Anna, y nos habíamos pasado las mañanas haciendo turismo y las tardes castigando el hígado a fuerza de tequila. Y habíamos hecho muchas veces el amor, para después dormir largas siestas propiciadas por el alcohol.

¿Qué podía hacer?

Por mucho que uno tenga una idea global de una situación, tarde o temprano los detalles empiezan a reclamar respuestas. Ya había metido el cadáver en el vertedero, ya lo había arrastrado a través de la alambrada y lo había llevado hasta el pie del templo del dios de la basura.

Me miré las manos, las mismas que abrazaban a Deanna, que inyectaban insulina a Anna, que en un momento dado habían explorado todos los rincones del cuerpo de Lucinda. Y de repente les pedí que por una vez hicieran un trabajo muy distinto. Les pedí que cavaran una tumba.

Las metí hasta el *fondo*, saqué varios puñados de desperdicios del montón, pedazos afilados de latas y de huesos, trozos pegajosos de cartílago y de grasa, fibras artificiales de cartón y de placas de yeso.

Si antes había intentado no involucrarme emocionalmente en mis actos, en ese momento decidí hacer de aquella máxima mi religión. Era como si mi alma y mi propia vida dependieran de ello, de mantener a raya los acontecimientos de la noche. Decidí que se trataba de simples olores, de simples manos, de un simple cuerpo. Me concentré exclusivamente en el acto de cavar: retiraba material e iba haciendo un boquete cada vez mayor.

Estaba ya completamente cubierto de basura, estaba hasta el cuello de inmundicia. Corría un peligro evidente de convertirme en despojos.

Oí algo muy a lo lejos, el ruido de una tormenta que podía estar acercándose o no. Claro que quizá no fuese una tormenta. El estruendo no era tan fuerte como el de un trueno, y me pareció distinguir pocas nubes en el cielo. Volví a oírlo, o lo escuché, porque ya estaba muy atento, esperándolo, y por fin lo reconocí. Y al reconocerlo también me lo imaginé: vi sus orejas negras y puntiagudas, su cola respingona y sus dientes blancos y afilados que prácticamente goteaban saliva.

Y se acercaba. El perro de basurero de mis peores pesadillas.

Seguí cavando más deprisa, sacando mierda con los dedos, con las uñas ya rotas, como un perro en busca de un hueso. Y a cada minuto que pasaba oía al perro de verdad más fuerte, oía claramente ladridos y gruñidos que me llegaban por entre los montículos de desperdicios, del mismo modo que mi olor debía de haber viajado hasta el animal.

El agujero ya era lo bastante grande. Me levanté y respiré hondo una vez, dos, y me preparé para el último esfuerzo físico de la noche.

De improviso pasó una bandada de gaviotas por delante de mí. Era una especie de nubarrón atronador, empujado por el pánico. Vi un par de ojos resplandecientes que me observaba a lo lejos.

Todos los tópicos del miedo, los estereotipos aplicados al momento en que el auténtico terror se apodera de uno, resultaron ciertos: el nudo en la boca del estómago, el escalofrío que recorre la columna vertebral. Todo. Y también sentía el pavor en lugares en los que no lo habría esperado. En la nuca, por ejemplo, donde me parecía que todos los pelos se me habían puesto de punta. O en la cavidad del pecho, que me vibraba como un altavoz de graves.

Aquel par de ojos avanzó, y con él un ruido que crispó los pocos nervios que me quedaban. No era un ladrido, no, sino un gruñido grave y prolongado, de los que vienen a decir: «No me hace ninguna gracia verte por aquí.»

Empecé a retroceder, poco a poco, pasito a pasito, mientras el perro (no podía distinguir la raza exactamente; dejémoslo en que era un cazador... de personas) se acercaba más y más.

Y entonces di media vuelta y eché a correr. Quizá no fue buena idea, quizá hubiese sido mejor quedarme y mirarlo fijamente. «Nunca hay que demostrar miedo ante un perro.»

¿No era ésa la cancioncilla que te repetían desde pequeño? Se ponían furiosos, se les agitaba la sangre, se les despertaban los impulsos carnívoros. Pero había algo que les despertaba más el instinto devorador de carne: la carne en sí. Y yo, magnánimo de mí, le había dejado una buena cantidad en la persona de Winston. Tardé varios minutos (minutos que dediqué a salir disparado, colarme por el agujero de la alambrada y meterme en el coche), pero por fin me di cuenta de que no me seguía. Y entonces lo oí, oí el ruido de unos dientes al rechinar, de unas mandíbulas que desgarraban carne y la arrancaban del hueso, de un gorgoteo gutural y lascivo. El perro de basurero estaba devorando a Winston.

DESCARRILADO VEINTICINCO

Tení que deshacerme del Sable azul.

Lo había alquilado en Dollar Rent A Car un tal Jonathan Thomas, haciendo uso de uno de los cuatro permisos de conducir que Winston llevaba en una cartera por lo demás bastante vacía.

No hay nada más fácil de conseguir que una identidad, me había confesado el propio Winston. Él tenía cuatro. En mi juventud, cuando era idealista, la búsqueda de la identidad había sido un rito iniciático que nos esperaba a todos. Winston, por su lado, había preferido comprarla (o robarla), y agenciarse unas cuantas más de recambio. Por si acaso.

Por si alguien le pedía que se deshiciera de otra persona.

De lo que yo tenía que deshacerme en ese momento era del coche.

La solución prácticamente me vino dada. Al regresar por la avenida Western pasé por la autopista; la noche era muy oscura, y yo iba reproduciendo mentalmente el ruido del festín canino. Iba apretando el botón de rebobinado imaginario, con muy poco juicio, y escuchándolo una y otra vez. Cuando uno está escuchando cómo un animal devora a un ser humano no es nada difícil saltarse las señales de la autopista. Terminé en una parte de Staten Island cuya existencia ignoraba. Eran tierras de labranza, con campos en barbecho y un silo a lo lejos (increíble pero cierto). Me había alejado dos pasos del lugar donde se concentraba todo lo peor de la civilización urbana y de repente me encontraba en Kansas.

Pero aunque estuviera en pleno campo no me había apartado de absolutamente todo lo terrible de las aglomeraciones humanas: pasé por un cementerio de coches. Parecía un abrevadero para vehículos siniestrados, ya que estaban todos agrupados en torno a un estanque embarrado, algunos de ellos medio sumergidos en él. Uno más apenas se notaría, ¿verdad?

Di un volantazo no demasiado brusco y salí de la carretera. Me metí en aquel solar lleno de baches y llevé el coche hasta la misma orilla. Lo miré por última vez, e intentando no tocar los trozos de carne pegados a la tapicería abrí la guantera y me encontré una sorpresa. Una pistola. Era de Winston, recordé, y supuse que no había llegado a empuñarla porque otra le había arrancado la cabeza antes de que tuviera oportunidad de hacerlo. Me la metí en el bolsillo con cuidado. Después dejé el coche en punto muerto, me bajé dando un traspié y con un leve empujón dejé que el Sable se sumergiera lentamente en el estanque, donde por fin encontró un sitio y quedó descansando. Sólo la antena sobresalía por encima de la porquería.

La religión no era lo mío (en realidad no sabía ninguna plegaria), pero de todos modos me quedé allí durante un minuto y susurré cuatro palabras. En su memoria.

Me volví y eché a andar.

¿Cómo iba a llegar a casa?

Podría haber llamado a un taxi, supongo, pero sabía que la carrera habría quedado registrada. Tenía que encontrar una forma de regresar a Manhattan, donde el hecho de que Charles Schine tomara un taxi para volver a casa tras una larga jornada de trabajo no tendría nada de especial.

Pasé por delante de una gasolinera. Vi a un hombre de rasgos indios que leía una revista en un cubículo mal iluminado. Di un rodeo para buscar el baño por la parte de atrás. Lo encontré.

Los aseos de las gasolineras se parecían bastante a los de Chinatown, que a su vez recordaban mucho al agujero negro de Calcuta, o eso me imaginaba. No había papel higiénico. El espejo estaba agrietado y el lavabo lleno de aceite y restos no identificados, pero tenía que lavarme. Tenía que encontrar un autobús o un metro que me llevara de regreso a la isla de Manhattan, y olía a basura.

El grifo del lavabo funcionaba. Quedaba incluso un poquito de jabón en el dosificador. Era denso, de un amarillo mugriento. Me lavé las manos, me eché agua por la cara y me quité la camisa, aunque en aquel baño hacía un frío terrible y cada vez que respiraba soltaba nubes de vapor. Me froté el pecho y las axilas. «Un lavado de puta», así era como lo llamaban, ¿no? Y yo era más puta que la que más. Había prostituido todas y cada una de las cosas en las que creía.

Me puse la camisa y me subí la cremallera de la cazadora. Salí y eché a andar.

Elegí una dirección al azar. No tenía ninguna intención de preguntarle al dependiente de la gasolinera, que podría recordar más adelante a un hombre de raza blanca con pinta de acabar de regresar de la guerra y que había aparecido por allí sin coche.

Una hora más tarde descubrí una parada de autobús y, cuando treinta minutos después pasó por allí uno vacío me subí. Tuve suerte: iba a Brooklyn, donde me dejó ante una parada de metro.

Conseguí regresar a Manhattan.

Mi casa.

Qué ganas tenía de llegar después de haberme pasado la noche cavando una tumba. Cuatro paredes recias de un amarillo claro y un tejado negro a dos aguas del que sobresalía una chimenea impresionante. El agente de la inmobiliaria que nos la había vendido la había descrito como una mansión colonial. Quedaba imponente. En una mansión colonial no podía pasarte nada malo, ¿verdad? Claro que fuera de ella cabía la posibilidad de que te pasara de todo.

Cuando bajé del taxi me acerqué a la puerta trasera e intenté abrirla y cerrarla haciendo el menor ruido posible, pero oí a Deanna, que se removía en nuestro dormitorio, en el piso de arriba.

Hice otra incursión en el baño, un baño mucho más acogedor que el anterior, desde luego, y más limpio. Unas esponjosas toallas amarillas colgaban de la pared y encima de la taza había una litografía de Degas. *¿Mujer en el baño?*

Allí me quedé en calzoncillos y con una toalla empapada en jabón me limpié todo el cuerpo. Aquello ya era otra cosa. Casi olía decentemente. Saqué la pistola del bolsillo del pantalón y la metí en el maletín.

Después subí al dormitorio, donde recorrí a tientas la distancia que me separaba de la cama (tropecé con un zapato de tacón) y me metí en ella.

—Te has lavado —afirmó Deanna. No lo preguntó, lo afirmó.

Claro: había olido el jabón y había oído el grifo. A ver, ¿qué motivos tenía un marido que volvía tarde del trabajo para lavarse antes de meterse en la cama? Eso era precisamente lo que estaba preguntándose, y no me resultaba fácil imaginar una respuesta.

«Qué tontorrón eres, Deanna —podría haberle contestado—. No me he acostado con otra —o sea, con Lucinda—. Es que estaba enterrando a un matón amigo mío al que había contratado para que se deshiciera de un tío que está chantajeándome por haberme acostado con otra. ¿Lo entiendes ahora?»

—Es que hoy he ido al gimnasio —respondí— y no me ha dado tiempo de ducharme.

La verdad es que no era una excusa demasiado buena, y menos a aquellas horas. Podría haber esperado a la mañana para ducharme, ¿no?

Sin embargo, me pareció que funcionaba, porque Deanna musitó:

—Ajá.

A lo mejor le parecía sospechoso, a lo mejor le resultaba sospechoso mi comportamiento reciente, pero a lo mejor estaba muy cansada y no le apetecía discutir. Eran las dos de la mañana y me había esperado despierta.

—Buenas noches, cariño —dije, y me acerqué para darle un beso, un beso cálido, como nuestro hogar.

Esa noche tuve una pesadilla. Al despertar por la mañana recordaba varios detalles. Había ido a visitar a alguien al hospital. Llevaba flores y una caja de bombones, y estaba en la salita de espera aguardando a que me llamaran para ir a la habitación del enfermo. Pero ¿quién era éste? Bueno, su identidad cambió varias veces, que es lo que sucede en los sueños: primero es una persona y luego otra. Al principio iba a ver a la madre de Deanna, pero cuando por fin llegaba a la habitación me encontraba a Anna en la cama. Estaba enchufada a una telaraña de tubos y apenas me reconoció. Exigí ver al médico, pero cuando me volví de nuevo hacia ella, en su lugar estaba Deanna, prácticamente en coma. Lo que pasaba a partir de ese momento en la pesadilla lo recordaba muy bien: gritaba en el pasillo para que acudiera el médico a verme, aunque en realidad ya había uno presente. De hecho, se trataba del doctor Baron, que no dejaba de explicarme que era imposible encontrar a un médico, no había nada que hacer. Yo me negaba a aceptarlo.

Por fin mis gritos surtieron su efecto y el médico fue a hablar conmigo, aunque también empezó a cambiar de identidad: primero era Eliot, mi jefe, luego alguien que podía ser mi vecino de al lado, Joe, y por último Vasquez. Sí, me desperté recordando el rostro de Vasquez allí en aquel pasillo conmigo. A veces estaba impasible, a veces, malévolo, y a veces, insidioso, pero siempre sordo a mis ruegos. Deanna se moría junto a nosotros y él se negaba a mover un dedo para ayudarla. No hacía nada, nada.

Por la mañana, después de que Deanna se fuera a trabajar y Anna al colegio, hice otro viajecito al archivador, otra visita furtiva al fondo de Anna.

DESCARRILADO VEINTISEIS

En el tren, de camino a Nueva York, no fue la sección de deportes lo que leí

primero para enterarme de la última derrota lamentable de los Giants, ni del fichaje por parte de los Yankees de la enésima figura que valía su peso en oro, ni de la eterna búsqueda de un buena defensa por parte de los Knicks.

No, aunque sólo fuera por un día, prescindí de mi lectura hebrea del periódico (esto es, del final al principio) e hice lo que cualquier ciudadano de bien, cualquier ciudadano preocupado por la situación de Oriente Próximo, el continuado estancamiento de los debates del Congreso, las subidas y bajadas del índice Nasdaq, dignas de una montaña rusa, y, evidentemente, el reciente incremento de la delincuencia urbana. De los asesinatos, por ejemplo.

En la ducha había escuchado las noticias del 1010 de la radio y me había quedado tranquilo porque no habían dicho nada. Sí que había habido un asesinato (en Nueva York siempre había alguno), pero había sido una chica, tenía veintiún años y era francesa. O italiana. Una turista, en fin.

La sección de sucesos del *New York Times* no arrojaba ninguna víctima del sexo masculino. Tampoco el periódico local de Long Island. Naturalmente, aunque hubieran encontrado a alguien habría sido demasiado tarde para incluir la noticia en la edición de aquel día.

Pero los tiempos habían avanzado mucho. Lo primero que hice al llegar al despacho, tras saludar a mi secretaria, fue abrir el navegador de Internet.

Busqué por las ediciones electrónicas de dos periódicos. No se mencionaba nada sobre el asesinato de un hombre en Nueva York.

Bien.

Dediqué el resto de la mañana a intentar no pensar en el cadáver de Winston, a intentar no pensar en los cien mil dólares del fondo de Anna que ya no eran de Anna, en el modo en que me había dado por vencido, definitivamente, porque todo era inútil. No fue tan fácil. A la hora de comer fui a visitar otra vez a mi agente de bolsa, David Lerner, en la calle Cuarenta y ocho.

Me fue bien tener que ir a un estudio de montaje a revisar el anuncio de aspirinas, ya casi terminado, con David Frankel, quien le pidió al montador que me lo pasara varias veces. No era el mejor anuncio de productos farmacéuticos de la historia, pero tampoco el peor. Me fijé especialmente en el fondo musical, que sonaba como algo comprado a una agencia de música pregrabada (o desechado por una agencia de música pregrabada, para ser más precisos). Seguramente lo era, claro, una sintonía adquirida por tres mil dólares y después facturada por cuarenta y cinco.

David, la D de T&D Music House, estaba mucho más simpático, como si yo hubiera pasado a ser socio de pleno derecho de su entidad con ánimo de lucro. Y, evidentemente, sí que me había asociado con ellos. Juntos estábamos estafando a la agencia y al cliente, robándoles el dinero que tan poco esfuerzo les había costado ganar. —Créeme —me soltó David una vez que el montador (un tal Chuck Willis) nos hubo pasado el anuncio tres o cuatro veces—, al cliente le va a encantar.

Me puse a pensar en que en las cuentas que llevaba antes daba igual que al cliente le encantase o no. Eso siempre era secundario, lo principal era que nos encantara a nosotros. Claro que no resultaba fácil que te gustase un anuncio en el que, básicamente, un ama de casa leía de la etiqueta de un frasco de aspirinas los atributos del producto.

Aun así, tuve que prestarle atención y fingir que me interesaba, como si valiera la pena revisarlo y dar consejos prácticos, sugerir mejoras.

Señalé puntos en los que me parecía que podía cortarse la película. Les pedí que buscaran una voz en *off* que fuera mejor. Estuve tentado de mencionar que había que arreglar de alguna forma el fondo musical edulcorado, pero no lo hice, porque alguien podría haber descubierto que habíamos ganado ilegalmente más de cuarenta mil dólares a costa de él.

Al volver a la oficina hacia las dos, alguien a quien no había visto en la vida estaba dejando las cartas en la mesa de Darlene. Se trataba del nuevo repartidor de correo, naturalmente.

Le pregunté dónde estaba Winston. Era lo que se esperaba que hiciese.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Hoy do ha fenido.

Le costaba pronunciar todas las palabras correctamente. Supuse que debía de ser uno de los discapacitados de los que me había hablado Winston.

—¡Ah! —exclamé, como si me sorprendiera—. Ya.

Darlene miró al nuevo repartidor de correo y le dijo con una sonrisa:

—Da igual, tú eres más guapo.

Más guapo que Winston, claro. Se puso rojo y dijo:

—Gradiaz...

Contemplé cómo se alejaba con un nudo en el estómago. «La vida continúa», dice la gente cuando se muere alguien. Era el primer día que Winston no estaba y ya tenía sustituto. Aquello suponía al mismo tiempo un menosprecio y una exaltación de lo que había acontecido la noche anterior. Las dos cosas. Me entraron náuseas.

Aquella tarde organicé una sesión creativa.

Era justo lo que me hacía falta para pensar en otra cosa. O eso esperaba. La reunión tuvo lugar a las tres y media en una sala de juntas reservada diligentemente por Mary Widger.

Mi pandilla de creativos descontentos me escuchó con atención (incluso llevaban libretas y lápices, nada menos, y lograron dar la impresión de que les interesaba ligeramente lo que les contaba). No estaban contentos, claro, porque les hablaba de otro encargo para la nueva cuenta (un combinado contra el resfriado y el dolor de cabeza), y no para la vieja, lo que les habría permitido incluir el anuncio en los vídeos personales de presentación. También estaban descontentos porque les leía, más o menos palabra por palabra, una declaración de estrategia que había preparado Mary. Y sus declaraciones de estrategia se parecían mucho a un teorema filosófico: eran farragosas, complejas e incomprensibles. En mis días de gloria, ya caídos en el olvido, no les había hecho ni caso; nos dedicábamos a escribir el anuncio, a partimos de risa y a redactar la declaración de estrategia a partir de esa experiencia.

Eso se había acabado; tenía que dedicarme a leer palabras como «*target*», «audiencia» o «saturación», y todo ello sin ponerme colorado. Era un autómataservicial que hacía lo que cualquier autómataservicial: repetir siempre la misma perorata, en ese caso concreto leer la declaración de estrategia hasta el punto final de la última página.

Regresé a mi despacho y cerré la puerta. Llamé a Deanna.

—Hola —dije. No tenía muy claro por qué la llamaba, pero me acordé de la época en que le telefoneaba desde el trabajo todos los días, y más de una vez.

Al dejar de hablar entre nosotros, de hablar de verdad, se entiende, al empezar a hablar sólo de cosas intrascendentes, había dejado de llamarla tres veces al día. Y en ocasiones no le decía nada en toda la jornada, y pasaban períodos enteros de doce horas en los que no intercambiábamos una sola palabra.

Cómo había cambiado todo: eran tantas las cosas de las que no podía hablarle, cosas de las que me avergonzaba, cosas que casi no soportaba tener en la cabeza.

Pero la llamé de todos modos.

—Hola —contestó—. ¿Va todo bien?

—Sí, muy bien.

—¿Seguro, Charles?

Tardaría aún un tiempo en darme cuenta de que en aquel momento Deanna no estaba simplemente siendo amable, sino que sabía que no me iban bien las cosas. No estaba al corriente de los detalles, pero algo se olía.

Sin embargo, no aproveché la oportunidad, aún no.

—Sí, no ha pasado nada, Deanna. Es que quería... Quería ver qué tal te iba el día. Nada más.

—Pues me va bien, Charles. De verdad. El que me preocupas eres tú.

—¿Yo? Yo estoy bien. En serio.

—¿Charles...?

—¿Sí?

—No quiero que creas... Bueno...

—¿Sí?

—No creas que no puedes hablar conmigo.

Me pareció que en aquella frase había algo desgarrador. Hablar, evidentemente, era algo que dos personas podían hacer con toda la facilidad del mundo. O no. También podía convertirse en algo que dos personas no podían hacer debido a todas las dificultades del mundo.

—Es que... En serio, Deanna. No pasa nada. Sólo quería ver qué tal estabas. Decirte... Que te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella tras un instante de silencio.

—Deanna, ¿te acuerdas...?

—¿De qué?

—¿De cuando hice de mago en un cumpleaños de Anna? Compré aquellos trucos en la tienda de magia. ¿Te acuerdas?

—Sí. Me acuerdo.

—Estuvo bien. A los niños les encantó.

—Sí. A mí también.

—¿Y cuando le di la vuelta al sombrero? ¿Te acuerdas de eso? Todos se creyeron que iban a ponerse perdidos de leche. Pero no, cayó confeti. Se quedaron pasmados.

Por alguna razón me había pasado el día pensando en eso, quizá porque lo que buscaba en ese momento era una magia de otro tipo.

—Sí. No tienes nada que envidiar a David Copperfield.

—Salvo unos cuantos millones de dólares —repuse.

—Bah, ¿qué son unos milloncitos entre amigos?

—Eso. ¿Qué son?

—¿Estás planteándote cambiar de oficio?

—Pues no lo sé. Nunca es tarde si la dicha es buena, ¿verdad?

—Sí, supongo.

—Me lo pienso, ¿eh?

—¿Charles?

—¿Sí?

—Lo decía en serio. Lo de que puedes hablar conmigo. ¿Vale?

—Sí, claro.

—¿Llegarás a casa a la hora de siempre?

—Sí. Como siempre.

—Pues hasta luego.

Al colgar el auricular, pensé que quizás en el fondo sí que era posible que todo saliese bien. Bueno, no todo, pero sí lo importante. Y sabía qué era lo más importante: las dos personas que me miraban desde el portarretratos de veinticinco por treinta que tenía encima del escritorio.

Pero entonces fue cuando todo se fue al garete.

DESCARRILADO VEINTISIETE

La llamada tardó unos dos minutos en producirse.

Al cabo de un par de minutos de hablar con Deanna, después de mirar la fotografía de mi familia y pensar que quizá todo acabara solucionándose.

Sonó el teléfono una vez. Y otra. Darlene debía de estar en la recepción contándose historias de jovencitos con las demás secretarias de dirección, que era como les gustaba que las llamaran desde que habían empezado a cobrar buenos sueldos.

Descolgué.

Habría sido normal que me llamaran más de cien personas distintas (mucho más adelante las conté, como excusa para hacer algo): básicamente todo el mundo que conocía y que podía haber agarrado el teléfono para llamarme sin que aquel hecho se saliera de lo corriente. Más o menos eso, unas cien personas. Con esa afirmación no quiero decir que no estuviera esperando aquella llamada, porque en cierto modo era la única que esperaba, lo único es que me la imaginaba de forma muy distinta. Me imaginaba que Vasquez iba a estar al otro lado del hilo telefónico.

Pero no era Vasquez.

Era ella.

Había algo raro: su voz recordaba de un modo extraño otra época, otro lugar. Volvía a ser aquella voz de niña pequeña, de lo más encantadora cuando procedía de una criatura, pero repugnante en caso contrario.

—Por favor, Charles —rogaba aquella voz—. Tienes que venir. Ahora mismo.

Se me agolparon en la cabeza varias ideas al mismo tiempo. Por ejemplo, ¿adonde quería que fuese? ¿A su casa, a su despacho? ¿Adonde? Y otra cosa: ¿qué era lo que provocaba que volviese a parecer una niña asustada? Aunque eso lo sabía. Eso lo sabía muy bien.

—Tienes que... Ay, Dios mío... Por favor —susurró.

—¿Dónde estás? —quise saber. Era una de las cuatro preguntas clave que te enseñan en la Facultad de Periodismo: ¿qué?, ¿cuándo?, ¿por qué?, ¿dónde? Destilaba lógica, aunque se la formulase con una voz que reflejaba el mismo pánico que percibía en la suya. Incluso así.

—Por favor... Me ha seguido... Va a...

—¿Qué ha pasado, Lucinda? ¿Qué te ocurre?

Ese, al fin y al cabo, era el quid de la cuestión.

—Va a hacerme daño, Charles... Quiere... Quiere su dinero...

A partir de ahí las palabras quedaron apagadas y visualicé lo que estaba sucediendo. Vi cómo le arrancaban el auricular de la mano, cómo un enorme puño negro tapaba la bocina. Me imaginé la habitación, que se parecía a la de Alphabet City, aunque no lo era, y también su cara. Por mucho que intentara apartar la vista, la tenía delante. No mires... No...

Y entonces volví a oír una voz, pero ya no era la suya. Ya no.

—A ver, escúchame, cabrón.

Vasquez, pero no el Vasquez al que estaba acostumbrado. El tono falso y halagador había sido reemplazado por una furia controlada. La rabia se había colocado en primera fila y estaba clavando los talones y bailando *break dance* encima de todo aquel que se interpusiera en su camino.

—¿Creías que podías tomarme el pelo, hijo de puta? ¿Creías que podías tenderme una trampa? Eres un mamón. ¿De qué vas? Me sueltas a un maricón para que me vigile y ¿qué te crees que va a hacerme? ¿Darme una paliza? Tío, tú eres subnormal. Tengo a tu amiguita aquí al lado. ¿Lo entiendes? Tengo a tu puta aquí mismo. Dime que lo entiendes, gilipollas.

—Lo entiendo.

—Tú no entiendes una puta mierda. ¿Te crees que eres un gánster o algo así? ¿Cómo me mandas a un payaso para que se encargue de mí? ¡De mí!

—Oye... Lo entiendo. Es que...

—¿Lo entiendes? Vente ahora mismo con los cien mil o me cargo a la puta esta. ¿Qué? ¿Entiendes eso, Charles?

—Sí.

¿Quién no iba a entenderlo? ¿Había alguien en todo el planeta que no fuera capaz de comprender la gravedad de aquella amenaza?

Tocaba otra pregunta clave: ¿adonde? Le pedí una dirección.

Aquella vez fue en la parte alta de Manhattan, en el Harlem hispano. Era una zona por la que sólo había pasado de camino a otro lugar: el estadio de los Yankees o la autovía que cruzaba el Bronx.

Llamé a Vital para pedir un taxi. Abrí el cajón cerrado con llave del escritorio y metí el dinero en el maletín. Lo había guardado allí en el despacho a la espera de que llegara aquel momento. También me topé con otra cosa: la pistola de Winston. Por un instante pensé en llevármela, pero luego decidí que no. ¿Qué iba a hacer yo con ella?

Al bajar me crucé con Mary Widger, que me preguntó si me pasaba algo.

Le expliqué que era una emergencia familiar.

Quince minutos después subía por la Tercera avenida. Era como una carrera de obstáculos. El vehículo patinaba y derrapaba, esquivaba con una lentitud insoportable camiones frigoríficos, camionetas de FedEx, furgonetas de mudanzas, autobuses, taxis, de los amarillos y de los sin identificación que uno llamaba por teléfono. Como el mío.

Sin embargo, tal vez no avanzáramos tan lentamente como creía yo, tal vez me sintiera impaciente al imaginarme lo que Vasquez tenía previsto hacerle a Lucinda. Decidí que no podía permitir que sucediera de nuevo. No podía pasar dos veces en la misma vida. Tenía la impresión de que miraba el letrero de una calle (la Sesenta y cuatro, por ejemplo) y cinco minutos después seguía allí delante.

A medio camino me di cuenta de que la mano con la que aferraba el maletín se me había dormido. Estaba agarrando el asa con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos. Y entonces me acordé de algo que hacíamos Anna y yo, una especie de juego de salón: me pedía que le agarrara el dedo índice con el puño y que se lo apretara durante cinco minutos, ni un segundo menos, y después se lo soltara. Siempre se reía cuando yo intentaba abrir los dedos, agarrotados. Así me sentía en aquel momento, y no sólo en las manos, sino en todo el cuerpo: agarrotado, paralizado. Era como me había sentido en aquel sillón del hotel Fairfax. La mujer de la que me había enamorado estaba siendo violada a apenas un par de metros de mí y yo, como si estuviese aquejado de la enfermedad del sueño, podía realizar todas las funciones vitales pero era incapaz de actuar.

Poco a poco, la zona más elegante del East Side fue desapareciendo. *Boutiques*, tiendas de bolsos y supermercados de *delicatessen* se convirtieron en comercios de segunda mano y tiendas de comestibles de primera necesidad a medida que empezaban a verse más y más palabras en español en los rótulos que dejábamos atrás.

El edificio estaba en la calle Ciento veintiuno, entre la Primera avenida y la Segunda.

Lo rodeaban una agencia de cambio de cheques, una peluquería, una tienda de comestibles y dos casas incendiadas. Un hombre que vendía castañas asadas y mazorcas (o eso me pareció) había montado su puesto a media manzana. Otro individuo, que tenía toda la pinta de ser camello, miraba el busca y hablaba por un móvil espectacular delante del edificio.

Le pedí al taxista que me esperase. No le hizo demasiada gracia, pero tenía un trabajo en el que no resultaba nada fácil negarse a las peticiones de los clientes.

—A lo mejor tengo que ponerme a dar vueltas a la manzana —comentó.

No contesté. Estaba observando el edificio y preguntándome si conseguiría cruzar el umbral. Había tres hombres merodeando ante la entrada, y a ninguno de los tres daban ganas de preguntarles por dónde tenía que ir. Parecían tres quintas partes de una rueda de reconocimiento policial, gente a la que no se le tendía la mano más que para entregar la cartera.

Y yo llevaba encima algo más que la cartera en aquel momento. Llevaba la cartera y además cien mil dólares.

En cuanto me apeé oí el chasquido de los seguros de las puertas. «Te quedas solo», decían. Y tenían razón. Y además, en la calle Ciento veintiuno entre la Primera y la Segunda llamaba bastante la atención. Me imaginé que los taxis de Lincoln Town no solían detenerse por allí, ni los hombres blancos y trajeados con maletines de piel caros. El castañero, el camello, los tres que vigilaban la entrada del número cuatrocientos treinta y cinco... Todos me miraban como un público hostil cuando exige algo entretenido.

No sabía si subir corriendo los escalones de acceso al edificio, como si tuviera prisa, o hacerlo lentamente, como si fuera de paseo. Acabé decidiéndome por un término medio, como si no supiera exactamente adonde iba pero, sin embargo, tuviera ganas de llegar cuanto antes. Una vez en el rellano, aún en la calle, donde el asfalto resquebrajado estaba cubierto de abundantes grafitos, decidí comportarme ante los tres porteros como la mayoría de los neoyorquinos se comportan ante casi todo el mundo: como si no estuvieran. No los miré, sino que clavé la vista en la entrada, donde unas marcas de neumáticos gastados separaba el cemento marrón del roto linóleo amarillo del interior.

—Eh...

Uno de ellos se había dirigido a mí. Aunque me quedaba cierta esperanza de que se lo hubiese dicho a uno de sus amigos, lo más seguro era que fuese lo primero. Llevaba unas zapatillas de baloncesto amarillas demasiado grandes y irnos pantalones de etiqueta; eso era todo lo que alcanzaba a ver de él, porque seguía con la mirada fija en el suelo.

Por fin levanté la vista y me topé con el rostro de un hispano de mediana edad que me habría parecido bien tras el mostrador de un McDonald's, pero no en mitad del Harlem hispano cuando llevaba cien mil dólares en el maletín. Además, tenía aspecto de sentirse molesto conmigo, como si acabara de quejarme de que el McMenú no llevaba patatas fritas y el pepinillo de la hamburguesa brillaba por su ausencia.

Seguí andando, como un jugador de fútbol americano dispuesto a esquivar lo que fuera, aunque la puerta no era un gran obstáculo, porque estaba a medio abrir. Ya casi había entrado cuando...

—¿Adonde vas tú?

Era el mismo de antes, y hablaba en un inglés con mucho acento. Puso el énfasis en el «tú». El pronombre era muy importante, porque sin él, y con otra entonación, casi podría haberme creído que intentaba ayudarme: «Dime adonde vas y a lo mejor puedo indicarte cómo llegar.» No, aquel hombre estaba poniendo en tela de juicio mi mera presencia en aquel edificio.

—Vasquez —contesté. Fue lo primero que se me pasó por la cabeza, además de: «¡Socorro!» Un nombre le daba un aire de legitimidad a la visita. A lo mejor lo conocían, y a lo mejor no querían meterse en líos con él. Era posible también que no lo conocieran («¿Vasquez? ¿Y ése quién es?»), pero que aun así evitaran entrometerse en el terreno de otro. Un hombre solo era un blanco legítimo, pero si no estaba solo ¿quién sabía lo que podía pasar?

Por el motivo que fuese, funcionó.

Crucé por fin el umbral y no me detuvieron. No había ascensor, evidentemente; subí los escalones de dos en dos. Lucinda me esperaba («Va a hacerme daño, Charles»). Quizá también me esperaba mi fin.

La escalera olía a fluidos corporales: orina, semen y sangre. Pisé una piel de plátano que me hizo resbalar. Resultó ser un preservativo usado. Casi me caí por las escaleras. Oí una risa espectral, pero no atiné a darme cuenta de dónde procedía. Se trataba de una de esas risas que podían ser fruto de la diversión o no. No había modo de saberlo.

Llamé a la puerta y abrió Vasquez. Llegué a pronunciar una palabra antes de que me agarrara, me metiera dentro y me estampara contra la pared. Me dio un bofetón. Noté el sabor de la sangre. Solté el maletín e intenté cubrirme. Me pegó otra vez. Y otra.

—Para —pedí—. Lo he traído. Ten... Ten.

No dejaba de pegarme bofetadas, de darme golpes con la mano abierta que se colaban por entre los brazos, que tenía levantados.

Y entonces, de repente, se detuvo.

Bajó la mano, respiró hondo una vez y luego otra. Meneó la cabeza; soltó el aire. Y, por fin, habló, casi como una persona normal, como si sencillamente le hubiera hecho falta soltar la rabia que llevaba dentro antes de recuperar la calma.

—Mierda —dijo, como quien dice: «Me alegro de que ya haya pasado», y añadió—: Mierda. ¿Has traído el dinero?

Yo respiraba demasiado deprisa, igual que un asmático cuando se queda sin aire. Me dolía la cara allí donde me había pegado, pero conseguí señalar el maletín, que estaba en el suelo. El piso tenía al menos dos habitaciones, me pareció. Se oía a alguien en la contigua, alguien que gimoteaba.

—¿Dónde está? —pregunté, pero tenía el labio hinchado y no reconocí mi voz.

Vasquez no me hizo caso. Estaba abriendo el maletín y volcándolo, observando los fajos de billetes de cien dólares que se desperdigaban por el suelo.

—Buen chico —dijo, como quien habla con un perro.

Entonces la oí claramente en la otra habitación. El apartamento (por lo que se veía) casi no tenía muebles. Las paredes, color yema de huevo, chorreaban porquería y estaban cubiertas de quemaduras de cigarrillo.

—Quiero verla —pedí.

—Adelante.

Crucé el umbral (habían dejado la puerta entreabierta) que daba al resto del apartamento. La habitación tenía poca luz; las persianas estaban bajadas. Aun así, distinguí una silla pegada contra la pared del fondo y reconocí a quien estaba sentada en ella.

—¿Te encuentras bien?

No me contestó.

Pensé que estaba muy quieta, como una niña en el banco de una iglesia a la que se le ordena repetidamente que no se mueva. No me pareció que estuviera herida, pero me sobrecogió verla allí sentada sólo con unas bragas puestas.

¿Por qué estaba en bragas?

Al otro lado de la pared se oía a Vasquez contar los billetes:

—Sesenta y seis mil cien, sesenta y seis mil doscientos...

—Le he dado el dinero —dije.

Pero quizás había tardado demasiado. Le había dicho que no lo tenía y Winston había acabado muerto, mientras que Lucinda estaba allí en ropa interior. Quería que se moviera, que contestase, que dejara de gimotear, que comprendiera que, por muy terrible que fuese lo que le había sucedido, por muchas veces que le hubiera fallado, el final estaba cerca. Quería que cruzara la meta conmigo sin mirar atrás.

Pero no se movía. No respondía.

Y pensé: «Tengo que hacer algo.» Había robado el dinero de Arma, había provocado la muerte de Winston, había dejado que secuestraran a Lucinda en plena calle. Había hecho todo aquello para mantener un secreto, y, aunque Lucinda fuese una de las personas que querían mantenerlo, era necesario que hiciese algo.

Vasquez entró en la habitación y dijo:

—Está todo.

Iba a salir de allí y dirigirme a la comisaría más cercana. Aquello había llegado demasiado lejos. Era mi deber. Sin embargo, mientras me decía de forma categórica lo que tenía que hacer, mientras me preparaba para lo que iba a resultar un deber desagradable (bueno, muy bien, horrible incluso), ya oía al otro Charles, que empezaba a susurrarme al oído. Estábamos muy cerca de conseguirlo, me repetía, lo pasado pasado estaba y el final aguardaba a la vuelta de la esquina.

—Vale, Charles —dijo Vasquez—. Te has portado bien. Hasta luego...

O estaba esperando a que me fuera o iba a irse él.

—Me la llevo.

—Pues vale. ¿Tú te crees que quiero a esa puta?

Lucinda aún no había dicho nada. Ni una palabra.

—A lo mejor te conviene quedarte en casita de ahora en adelante, Charles. En tu Long Island. —Llevaba mi maletín en la mano—. Hazme un favor, no me montes ninguna gilipollez como la de ayer. No vas a encontrarme por ninguna parte, ¿sabes? Me... Me traslado.

Se marchó.

Me quedé allí escuchando sus pisadas, que fueron alejándose escaleras abajo, cada vez más, hasta que por fin cesaron.

«Me... Me traslado.»

No sé por qué, pero le creí, quizá sólo porque quería creerle. O quizá porque hasta Vasquez sabía que existe un límite para todo, incluso cuando se le chupa la sangre a alguien, porque llega un momento que ese alguien queda declarado cadáver de forma oficial.

—Esta vez creía que iba a matarme —dijo Lucinda lentamente. Tenía la mirada fija en un punto situado por encima de mi cabeza, y a pesar de la oscuridad me di cuenta de que estaba temblando—. Me ha puesto la pistola en la sien, me ha dicho que rezara algo y ha apretado el gatillo.

—Voy a llevarte a un hospital, Lucinda, y después voy a ir a una comisaría.

—Vete de aquí, Charles.

—No puede escapar como si nada. No puede hacerte esto. Ha ido demasiado lejos. ¿Me comprendes?

—Vete de aquí, Charles.

—Por favor, Lucinda... Vamos a denunciarlo todo y...

—¡Fuera! —gritó.

Le hice caso. Me fui corriendo. Bajé las escaleras, salí del edificio, me metí en el taxi que me esperaba, y en todo momento sentí una emoción clara y embriagadora, al tiempo que vergonzosa.

Un alivio abrumador.

DESCARRILADO VEINTIOCHO

Durante unas dos semanas tuve fe.

Tuve fe en que, seguramente, lo peor había quedado atrás. Creía que sí, había pasado por un mal trago, un trago terrible (me consideraba casi una especie de Job moderno), pero consideraba muy probable que las cosas acabaran saliendo bien.

Sí, me costaba mirar a Anna a los ojos, me costaba mucho, sabiendo que el dinero que tan concienzudamente había acumulado para ella había, a efectos prácticos, desaparecido, sabiendo que el baluarte que con tanto empeño había levantado contra su insidioso enemigo invasor estaba prácticamente agotado.

También me resultaba difícil mirar a Deanna, que confiaba en mí (quizá con el último ápice de fe que le quedaba), sabiendo lo que me había atrevido a hacer con esa confianza.

Lo más arduo de todo, por descontado, era pensar en la gente a la que no podía mirar a la cara. En Lucinda, por ejemplo, a quien no había fallado una vez, sino dos. Y en Winston, a quien había fallado de tal modo que había acabado en la tumba. Sus imágenes pedían a gritos que les hiciera caso, como niños necesitados que exigen que se los mire. «Mírame... Mira.» Intenté evitarlo, traté de esconder a Winston en lugares en los que me resultara imposible encontrarlo, pero siempre reaparecía. Cuando recogía una carta corriente de correo interno o cuando leía un artículo sobre las reuniones invernales del mundillo del béisbol, Winston me saludaba. Lo veía tirado en el suelo, tal como lo había dejado. Cerraba los ojos, pero las imágenes no desaparecían. Eran como el flash de una cámara de fotos, que se queda impreso en los párpados.

Aun así, tenía fe. En dos cosas, básicamente. Por un lado, en que Vasquez hubiera dicho en serio lo de irse, que se hubiera dado cuenta de que el pozo ya estaba bien seco y en que de verdad se hubiera «trasladado».

Por otro lado, tenía fe en que sería capaz de reconstruir el fondo de Anna, en que, mediante engaños concienzudos y constantes, con los auspicios de T&D Music House, lograría reunir la cantidad original. Y creía que lo conseguiría antes de que hubiese que recurrir a él. Y antes de que nadie se diera cuenta.

Durante dos semanas, pues, me aferré a eso.

Y, entonces, un día, apareció un hombre que me esperaba en recepción. Eso fue lo que me dijo Darlene.

—¿Qué hombre? —le pregunté.

—Un inspector.

Me imaginé a Dick Tracy. Al principio pensé en él, y recordé las historietas del periódico de los domingos, que me dedicaba a pegar en bloques de plastilina y después estiraba hasta que los personajes quedaban convertidos en reflejos deformados de lo que habían sido, como en esos espejos de las ferias.

—¿Un inspector? —repetí.

—Sí.

—Dile que no estoy.

Darlene me preguntó si estaba seguro.

—Sí, Darlene. Estoy seguro. —Dejé que se notara cierta irritación en mi voz, porque ese enojo me permitía encubrir lo que de verdad sentía, que era, es cierto, miedo.

—Vale.

Y el inspector se fue. Después Darlene me informó de que quien me había esperado había sido, en efecto, un inspector de policía.

Al día siguiente regresó.

Además, se sentó de forma que lo vi perfectamente al salir del ascensor. En realidad no me di cuenta de que era el policía hasta que se levantó y se presentó.

—¿El señor Schine?

De inmediato me di cuenta de que, si era comercial de alguna empresa, no llevaba cintas, y, si era alguien que iba a buscar trabajo, no tenía maletín.

—Soy el inspector Palumbo —anunció, como en las películas y en la tele, con el mismo acento neoyorquino cerrado, que en la oscuridad de un cine siempre resultaba algo falso.

Así hablaba el inspector Palumbo, aunque con una diferencia: no parecía un galán de cine. Tenía doble papada y un vientre que ignoraba por completo lo que significaba hacer abdominales. Naturalmente, llevaba una placa de verdad.

—¿Sí? —pregunté, como ciudadano consciente de sus deberes que sólo pretendía ser de ayuda a un agente de policía.

—¿Puedo hablar con usted un momento?

—Desde luego. Cómo no. Lo que usted necesite, inspector.

Pasamos por delante de Darlene, que me miró con expresión ligeramente recriminatoria. «Te pregunté si de verdad querías que le dijera que no estabas, ¿verdad que te lo pregunté?»

Entramos, cerré la puerta a nuestras espaldas y nos sentamos. Durante todo ese tiempo fui manteniendo una perturbadora conversación con mi otro yo, quien me formulaba un sinfín de preguntas que me sentía incapaz de responder. Por ejemplo, ¿por qué estaba allí aquel inspector? ¿Acaso Lucinda había cambiado de opinión y había ido por su cuenta a la policía?

—¿Conoce a Winston Boyko?

No. El inspector Palumbo había ido por otro asunto. Estaba allí por lo de Winston.

—¿Qué?

—Que si conoce a Winston Boyko.

Muy bien, ¿qué opciones tenía? «Pues, mire, no» no me parecía viable. Al fin y al cabo, había bastantes personas que jurarían todo lo contrario: Darlene, Tim Ward y la mitad de la sexta planta.

—Sí.

El inspector Palumbo estaba garabateando algo en una libretita que había sacado del abrigo casi como por arte de magia. Iba escribiendo y al parecer esperaba a que yo adornase un poco mi respuesta.

(Si se presenta un inspector de policía y te pregunta si conoces a un repartidor de correo que no es nadie tienes que decir... ¿cómo era? Ah, sí, tienes que demostrar curiosidad, preguntar por qué.)—¿Por qué quiere saberlo, inspector?

—Ha desaparecido.

Mucho mejor que «ha sido hallado sin vida». Aquel interrogatorio inesperado no me hacía ninguna gracia, pero desde luego un Winston desaparecido era mucho mejor que un Winston muerto.

—¿En serio? —solté.

El inspector Palumbo tenía una marca roja en el puente de la nariz. ¿Usaría gafas y en ese momento llevaba lentillas? Observé una leve señal en el mentón. ¿Se había cortado al afeitarse? Estudié su rostro en busca de alguna respuesta. Por ejemplo, a la pregunta: «¿Qué cree que sé?»

—Desde hace dos semanas.

—Hmmm. —Había entrado en una fase de respuestas concisas, ya que mi cerebro estaba ocupado: lo tenía en otro lado, construyendo coartadas con frenesí.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Buena pregunta. Podría ser incluso una pregunta capciosa, como: ¿quién fue el último bateador zurdo que ganó el premio MVP de la Liga Americana? Todo el mundo contestaba que Yastrzemski, todo el mundo, pero había truco: en realidad era Vida Blue,

prodigio zurdo que jugaba de lanzador en los Athletics de Oakland. Una de esas preguntas que a Winston le habrían encantado.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —repitió.

—Pues no sé —respondí por fin—. Hace un par de semanas, creo.

—Ajá —murmuró el inspector Palumbo, sin dejar de escribir—. Exactamente, ¿qué clase de relación mantenían, señor Schine?

¿Qué quería decir con eso? Esa pregunta implicaba que existía una relación entre nosotros, ¿no? ¿Tenía sentido? Lo habría tenido, por ejemplo, si hubiera hablado de Lucinda. Si Palumbo me hubiese preguntado qué clase de relación mantenía con Lucinda, le habría contestado que una del tipo breve. Le habría dicho que una relación marcada por el sexo y la violencia, aunque en la realidad lo del sexo había sido anecdótico.

—Trabaja aquí —contesté—. Me entrega el correo.

—Sí. ¿Y eso es todo?

—Sí.

—Ajá.

Se quedó mirando la fotografía de mi familia.

—Supongo que estará interrogando... a todo el mundo —pregunté, esperanzado—¿A todo el mundo?

—Sí, a todos los empleados de la empresa.

—No. A todo el mundo no.

Podría haberle preguntado: «¿Y entonces por qué a mí?» Podría habérselo preguntado, pero me daba miedo la respuesta que pudiera darme, de modo que me contuve. Aun así, me quedé con la duda de si Palumbo esperaba que se lo preguntase.

—Bueno... Si puedo ayudarlo en alguna otra... —empecé, pero me interrumpió.

—¿Cuándo dice que fue? La última vez que le vio, me refiero.

Me lo preguntó lápiz en mano, expectante, y me recordó una imagen de una de esas series de televisión inglesas de época: el verdugo de Su Majestad levanta el hacha por encima de la cabeza y se queda así, a la espera de la señal que le indique que debe golpear.

—No lo recuerdo exactamente. Hará dos semanas, supongo.

Supongo. No se podía detener a nadie por suponer, ¿verdad? No se podía llevar a nadie a comisaría y arrastrarlo ante el juez por haberse equivocado en una suposición.

—¿Hará dos semanas, cuando le entregó el correo?

—Sí.

—¿Ha salido alguna vez con el señor Boyko? Quiero decir si han ido a algún sitio fuera de la oficina.

«Sí, una vez, a un bar. Pero fue por cosas de negocios.»

—No.

—¿El señor Boyko le habló alguna vez de él?

—¿A qué se refiere?

—A si el señor Boyko habló alguna vez de él con usted.

—No, la verdad es que no. Hablaba del correo... De esas cosas.

—¿Del correo?

—Del reparto. Me preguntaba si quería mandar algo. Esas cosas.

—Ajá. ¿Y ya está?

—Básicamente sí. Sí.

—Bueno, ¿y de qué más?

—¿Cómo dice?

—Ha dicho que básicamente sí. Bien, ¿qué otras cosas le contaba?

—Cosas de deportes. Hablábamos de deportes.

—¿El señor Boyko es aficionado a los deportes?

—Supongo. Más o menos. Los dos somos seguidores de los Yankees —contesté, haciendo un gran esfuerzo para mantener el tiempo presente al hablar de Winston. No era nada fácil, ya que me lo imaginaba allí tirado, rígido, al pie de la montaña de basura.

—¿Eso es todo? ¿Hablaban del correo y a veces de los Yankees?

—Sí. Que yo recuerde.

—¿Eso es todo? —repitió.

—Sí.

—¿Sabría usted decirme cómo consiguió Winston diez mil dólares, señor Schine?

—¿Qué?

«Ya lo has oído.»

—El señor Boyko tenía diez mil dólares en su casa. Se me ha ocurrido que a lo mejor usted sabía cómo los obtuvo.

—No, claro que no. ¿Cómo iba yo a saberlo...?

Se me ocurrió una cosa: si la policía conseguía hablar con la gente de David Lemer, mi corredor de bolsa, y veían cuántas acciones había vendido no pensarían nada bueno. Pensarían que era, digamos, sospechoso. Aun así, ¿por qué iban a sospechar que yo le había dado diez mil dólares a Winston? Estaba alarmándome sin motivo.

—En esta agencia ha habido varios robos de ordenadores. Uno ocurrió en este mismo piso.

—Sí, es cierto.

—¿Alguna vez vio al señor Boyko por aquí cuando no debía estar?

Ordenadores. Palumbo quería que le hablase de los ordenadores. Claro. Winston era un ladrón, un ex presidiario. Estaba interrogándome porque sospechaba que Winston había conseguido ese dinero vendiendo ordenadores robados. Necesitaba testigos. Winston había robado varios ordenadores, había sacado algún dinero y se las había pirado.

—Bueno, ahora que lo dice, un día que me quedé hasta tarde trabajando le vi por aquí arriba.

—¿Dónde, exactamente?

—Pues por ahí. No sé. En el pasillo.

—¿Tenía algún motivo para estar en esta planta después de su jornada laboral?

—Pues que yo sepa no. En aquel momento me pareció algo raro.

Fue como si estuviera matándolo otra vez, primero cuando aún estaba vivo y luego cuando ya había dejado de estarlo.

—¿Le plantó cara? ¿Le preguntó qué estaba haciendo por aquí?

—No.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No se me ocurrió. Estaba en el pasillo y yo en mi despacho. La verdad es que no sabía si tenía algo que hacer por aquí o no.

—Muy bien, señor Schine. —Palumbo cerró la libretita y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón—. Me parece que por hoy ya no tengo nada más para usted. Le agradezco que me haya dedicado su tiempo.

—De nada —contesté, aunque me quedé pensando en sus palabras. «Por hoy.»

—Espero que lo encuentren.

—Y yo. ¿Sabe qué? El señor Boyko se tomaba muy en serio las visitas al agente de la condicional. No había faltado a una sola. Ya sabía que había cumplido condena, ¿verdad?

—Algo había oído, sí. ¿Y fue así como se enteró de que había desaparecido? ¿A través de su agente de la condicional?

—No —contestó Palumbo, y me miró directamente a los ojos, como hacen los amantes cuando quieren que el otro se dé cuenta de la sinceridad de sus sentimientos—. El señor Boyko y yo teníamos una especie de relación laboral. ¿Lo entiende?

Pues no. No lo entendía.

Mientras acompañaba al inspector Palumbo al pasillo, preguntándome si iba a interrogar a alguien más (no fue así), seguía sin comprender aquella frase. «El señor Boyko y yo teníamos una especie de relación laboral.» ¿De qué clase de relación se trataba?

Hasta más tarde, ese mismo día, cuando repasé mentalmente el interrogatorio, preguntándome si había contestado bien a sus preguntas, repitiéndolas una a una con meticulosidad para ver si había metido la pata, si había dado al inspector algún motivo (por mínimo que fuera) para desconfiar de mí, no se me ocurrió qué clase de relación podía tener un ex presidiario con un inspector de policía.

«¿Cuáles son las condiciones?»

Y es que tenía otra preocupación. Le daba vueltas a algo que no acababa de cuadrar. Era lo siguiente: todos los días desaparecía gente, ¿no era eso lo que solían repetir los policías, cansados y hartos, en las noticias? Los padres consternados se quejaban de la pasividad de la policía, de que su hija o su hijo adolescente faltaba desde hacía ya Dios sabe cuánto, y ellos sabían que había pasado algo, naturalmente, estaban convencidos, pero aun así la policía se limitaba a redactar un informe. Y es que la gente desaparecía todos los días. Eso decían los inspectores hastiados. Y es que si tuvieran que tirarse a la calle a buscar a todos los chavales que desaparecían no tendrían tiempo de perseguir a los delincuentes de verdad.

No se desvivían por encontrarlos. Y eso en el caso de adolescentes. Winston no era ningún crío. Era un adulto y, según las consideraciones sociales habituales, un adulto no demasiado importante. En realidad, en un gráfico de personas importantes, de gente que la policía terna que ponerse a buscar de inmediato, Winston seguramente habría quedado situado en penúltimo lugar, sólo por encima de los travestidos negros heroinómanos, quizá.

Sin embargo, dos semanas después de que aquel ex presidiario no apareciera por el trabajo una buena mañana, se presentaba un inspector de policía a buscarlo.

«¿Cuáles son las condiciones?»

Y, así, repasé por enésima vez las palabras de Palumbo: «El señor Boyko y yo teníamos una especie de relación laboral. ¿Lo entiende?»

Pues sí, estaba empezando a entenderlo.

«¿Cuáles son las condiciones?»

Había visto mil películas, mil series de televisión, había leído mil periódicos. La policía tenía permiso para conseguir información a través de ex presidiarios, que estaban más que dispuestos a dársela a cambio de que les dejaran en paz. Así, quizá las fuerzas del orden mirarían hacia otro lado cuando el ex presidiario en cuestión decidiera complementar sus ingresos, digamos, con el robo de uno o dos ordenadores de nada.

«¿Cuáles son las condiciones?»

«Ya sé cómo hemos quedado, Winston.»

«Pues dímelo para que no pueda haber confusión.»

Aquella noche, en el coche de Winston, junto al metro de la línea 7.

«Dímelo para que no pueda haber confusión.»

¿A qué había venido eso? ¿Por qué quería Winston que le repitiera las condiciones, por qué quería que se lo dijera bien alto? Pues porque al final las palabras eran las que garantizaban la libertad. Había que conseguir que oyeran las palabras bien claras para que te creyeran.

«Repítemelo. Quiero dejar claras las condiciones.»

Los policías y los ex presidiarios podían mantener sólo un tipo de relación laboral. Así eran las cosas. Sin más. Preguntaban y alguien respondía. Alguien susurraba algo. Alguien se convertía en un soplón.

«Repítemelo.»

Si no tenía las palabras, si no las había grabado en alguna cinta que estaría por algún lado, ¿cómo iban a creerle? «¿Un directivo de una empresa de prestigio, un tío que vive en Long Island, un tío que va cada día a la oficina y tiene un trabajo honrado? ¿Qué dices que te ha pedido que hagas? Venga, Winston, cuéntamelo otra vez...»

«Repítemelo.»

«No, a todo el mundo no», había dicho Palumbo.

Sólo a usted.

DESCARRILADO

VEINTINUEVE

Las cosas no pasan porque sí. Eso era lo que creía Deanna, que el azar no existía como mucha gente decía, que había una especie de plan universal, imperceptible, apenas insinuado. Creía que, aunque la orquesta desafinara y no diera pie con bola, había un director en alguna parte, en aquel foso oculto, que sabía perfectamente qué había que hacer.

Yo siempre me había tomado esas teorías con un escepticismo que consideraba muy sano, pero empezaba a tener dudas.

Por ejemplo, a causa de lo que pasó el domingo siguiente a mi interrogatorio. El calor era de lo más extraño. Los charcos de barro blando hacían mella en mis zapatos mientras recorría el jardín con una bolsa de basura para recoger meticulosamente lo que había expulsado el cuerpo de *Curry*. Estaba concentrado en aquella tarea (peinar a conciencia todo el jardín con ojos de lince) para evitar concentrarme en otras cosas.

Reprimía el miedo y el pánico. Intentaba que se escaparan.

Y, así, cuando Deanna me llamó desde la puerta trasera de casa (para decirme algo del seguro del coche) casi ni reaccioné.

Tenía que renovar el seguro, eso me decía. Sí, era eso. Asentí como uno de esos muñequitos con muelle que se pegaban al salpicadero del coche y en los que la más mínima corriente de aire provocaba un movimiento reflejo. Tenía que renovar la póliza y quería saber dónde estaba.

Y se lo dije. Se lo dije y seguí con lo que estaba haciendo.

Pasaron diez o quince minutos antes de que apareciera otra vez por la puerta con una expresión que me resultaba muy familiar. Era la que esperaba no volver a ver jamás.

Al principio pensé, claro, en Anna. «A Anna le ha pasado algo y tengo que tirar esta bolsa de basura y entrar corriendo en casa.» Y allí me encontraría a mi hija otra vez comatosa. Sin embargo, en aquel momento vi a Anna pasar ante la ventana de su dormitorio, en el primer piso, donde sonaba a todo volumen el último disco de P. Diddy, que se oía aunque todo estuviera cerrado. Presentaba buen aspecto.

¿Y entonces, qué? Mentalmente rebobiné los acontecimientos, para repasar el camino que nos había llevado hasta aquel momento, y busqué desesperadamente alguna pista que pudiera indicarme la naturaleza de aquel desastre concreto.

Unos minutos antes, mientras limpiaba el jardín, Deanna había salido a contarme algo. Sí, teníamos que renovar el seguro del coche. Me había preguntado dónde teníamos la póliza y le había contestado.

En el archivador, por supuesto. En la S de seguros. ¿O no?

Pues no, porque era el seguro del automóvil el que había que renovar. Así pues, según el sistema de archivo de los Schine, incoherente y hay que reconocer que caótico, cabía la posibilidad de que aquella póliza no estuviera en la S, sino en la A. En la A de «automóvil». En la carpeta de las cosas que empezaban por A.

Todo aquello me pasó por la cabeza a la velocidad del rayo y, como si me hubiera alcanzado uno, me quedé aturdido y chamuscado. Puede que incluso muerto.

Y entonces fue cuándo me pregunté si las cosas pasaban por un motivo concreto. ¿Por qué, por ejemplo, teníamos que renovar el seguro del *automóvil* en aquel mismo instante, en aquel minuto? ¿Por qué? ¿Y por qué, precisamente en el momento en que me había pedido que la ayudara a encontrar la póliza, había estado tan ensimismado que había sido incapaz de decirle que ya la bajaba yo del desván?

—¿Dónde está el dinero de Anna, Charles? —me preguntó Deanna—. ¿Qué has hecho con él?

Quizá siempre había sabido que llegaría ese momento.

Determinadas cosas tienen unas dimensiones tan colosales que resulta imposible esconderlas bien. Los bordes sobresalen, quedan al descubierto, y tarde o temprano alguien acaba fijándose en ellos.

O quizás en el fondo quería que me descubrieran. ¿No es eso lo que diría cualquier psiquiatra digno de ese nombre? Aseguraría que sí, estaba limpiando el jardín, muy bien, pero al mismo tiempo ansiaba limpiar mi vida.

Era difícil de creer que después de haber pasado por tanto fuera capaz de tirarlo todo por la borda adrede. Sin embargo, estaba claro que las cosas ya no eran tan sencillas.

—¿Qué has hecho con él? —me preguntó.

Al principio me quedé sin habla. Deanna, permanecía inmóvil en lo alto de los escalones de la entrada trasera de la casa, y yo, plantado en el jardín, con una bolsa de basura que apestaba a excrementos.

—He llevado los certificados a una caja de seguridad —mentí descaradamente. «Al menos intentaré salir de ésta», me dije. «Voy a negarlo todo categóricamente.»

—Charles...

Me amonesto sólo con decir mi nombre. Como si una mentira tan flagrante fuera indigna de mí. Y sentí el impulso de contestar: «Sí, Deanna, es mentira. No sabes cómo he sufrido. Es mentira.»

Pero no me sentí capaz de decir nada. Aún no. No me sentí capaz de contar la verdad. Estaba hasta el cuello y lo sabía.

—Charles, ¿por qué me mientes? ¿Qué ha pasado?

Supongo que habría podido negar que estaba mintiéndole. Podía haber mantenido la ridícula invención de una caja de seguridad en un banco; ridícula no porque no fuera posible, sino porque, aunque me hubiese creído, tendría que haber sido capaz de enseñarle los bonos sociales el lunes, y eso sí que era imposible. Podía haberle dicho que aquélla era mi versión de los hechos y que no pensaba apearme de ella, pero en el fondo la respetaba demasiado. En el fondo la quería demasiado.

Y, así, aunque era consciente de lo que estaba a punto de hacer, aunque sabía que exponer la verdad suponía herir a Deanna profundamente, no me contuve y lo solté todo.

Empecé con la historia del tren, con aquella mañana en que me había retrasado, en que no llevaba dinero, en que una mujer me había echado una mano.

Al mencionar a Lucinda advertí que la expresión de Deanna cambiaba. Sus rasgos se achataron, como les pasa a los animales a la primera señal de peligro.

—Entonces la jornada laboral fue un desastre —proseguí—. Me echaron de la cuenta de la tarjeta de crédito.

Evidentemente, Deanna se preguntaba qué relación podía haber entre mi expulsión de una cuenta y la desaparición de ciento diez mil dólares del fondo de Anna. ¿Y qué tenía que ver la mujer del tren?

Yo también me lo preguntaba. Sabía que había una conexión, pero no recordaba cuál. Tenía que ver con mi necesidad de hablar con alguien, quizás, o a lo mejor sólo había sido un antecedente de cuanto había sucedido después. ¿Podía haber sido sencillamente ese pie que se levanta de la comisa antes de que el otro lo siga?

—Volví a encontrármela —continué. Debería haber dicho que había corrido tras ella, que la había buscado, que había escudriñado el tren para encontrar a aquella mujer. Pero ¿no se me permitía quitarle al menos un poco de hierro, al asunto?

—¿Qué estás contándome, Charles?

Deanna quería que pasara a la versión resumida, no le interesaban ni un prólogo ni una introducción, porque se daba cuenta de que nuestro futuro en común pendía de un hilo.

—Te cuento la historia de un error que he cometido, Deanna. Lo siento.

¿Un error? ¿Sólo había sido un error? La gente comete errores todos los días y aprende de ellos. Tenía la esperanza de que mi mujer lo entendiera así, aunque el sentido

común y todo lo que sabía de ella tras dieciocho años de matrimonio me indicaban que no existía la más remota posibilidad de ello. Por probar...

Deanna se sentó en el escalón. Se apartó el pelo de la cara y enderezó la espalda como si fueran a pegarle un tiro y quisiera desesperadamente mantener la dignidad. ¿Y yo? Yo levanté el arma y apreté el gatillo.

—He tenido una aventura, Deanna.

P. Diddy seguía colándose por la ventana cerrada. *Curry* ladraba a un coche que pasaba por la calle. Sin embargo, el mundo que nos rodeaba había quedado sumido en un silencio que me resultaba casi desconocido. Aquella quietud era peor incluso que la que había impregnado la casa desde que Anna se había puesto enferma, era un silencio tan negro y falto de esperanza que me daba ganas de echarme a llorar.

La que sucumbió a la tentación fue ella. No lloró escandalosamente ni con histeria, sino que las lágrimas aparecieron de repente, como si le hubiera dado una buena bofetada.

—¿Por qué?

Esperaba su interrogatorio. Creía que iba a preguntarme si la quería, si quería a aquella mujer, o cuánto tiempo había durado aquello, o cuánto hacía que había terminado. Pero no: en lugar de eso me había preguntado por qué. Tenía todo el derecho, desde luego, pero no estaba preparado para contestar.

—No lo sé, exactamente. No lo sé.

Asintió. Apartó la mirada, la fijó en sus pies descalzos, que parecían muy vulnerables en el escalón verde que daba a la entrada trasera. Entonces levantó los ojos otra vez y los entornó, como si mirarme directamente pudiera dañarlos.

—Iba a decirte: «¿Cómo has podido?» Increíble, ¿no? De verdad que he estado a punto de decirlo, cuando en realidad ya lo sé, Charles. Ya sé cómo has podido, y puede que incluso sepa por qué.

«¿En serio? —pensé—. Pues cuéntamelo.»

—Es posible que incluso lo entienda —continuó—, por lo que ha pasado entre nosotros últimamente. Creo que soy capaz de comprenderlo, de verdad. Pero me parece que de perdonarte sí que no soy capaz. Lo siento. No puedo.

—Deanna —empecé, pero me detuvo con un ademán.

—¿Ya se ha terminado? Esa aventura...

Por fin una pregunta que más o menos podía contestar con tranquilidad.

—Sí. Del todo. Sólo fue una vez, sólo una vez, te lo juro...

Suspiró, hizo cruzar los nudillos, se secó los ojos.

—¿Por qué ha desaparecido el dinero de Anna, Charles?

Muy bien. Le había contado la mitad de la historia, pero aún me quedaba otra mitad más que considerable.

—No tienes que contarme nada más sobre la aventura. No... No quiero saber nada más del tema. Pero sí quiero saber qué ha sido del fondo.

Y se lo conté.

Fui todo lo parco en detalles que pude y relaté la historia en orden cronológico, haciendo un esfuerzo de memoria, añadiendo un episodio que llevaba a otro, y éste a otro... Y me di cuenta de que lo que para mí había seguido una lógica, una lógica horrible enmarcada en los parámetros del pánico, para ella no encajaba en absoluto. Ni siquiera cuando llegué al día en que Vasquez nos atacó y nos dio una paliza, ni siquiera cuando eso hizo brotar la compasión en sus ojos. Ni siquiera, tampoco, cuando recordé cómo Vasquez había entrado en nuestro hogar y había puesto la mano sobre la cabeza de Anna. Para Deanna seguía sin tener lógica. Quizá se daba cuenta de cosas que yo no había visto, quizás identificaba los momentos de aquella historia atormentada en que su marido podía haber hecho algo distinto, en que esa otra vía pedía a gritos que su marido la probara. O quizá lo que sucedió fue que omití algún detalle, algo importante, necesario para llegar a comprender de verdad los acontecimientos.

—Y le di el dinero —concluí—. Para salvarla.

—¿Y en ningún momento se te ocurrió acudir a la policía, o a mí?

«Sí», deseaba decirle. Había pensado en acudir a la policía, en acudir a ella, que en el fondo habría sido lo mismo, pero al contemplar la posibilidad me había imaginado su rostro, que era precisamente el que tenía ante mí en aquel momento. Y, por lo tanto,

me había contenido. Y ya era demasiado tarde, no podía contárselo a la policía, aunque tampoco importaba demasiado, porque seguramente la policía ya me seguía la pista.

—Ese dinero —susurró—. El fondo de Anna...

Lo dijo con la misma voz con la que había oído que los inversores mencionaban otros fondos desde hacía un par de años mientras examinaban con atención las páginas de los periódicos dedicadas a la bolsa, en el tren, camino del trabajo. «Ese fondo de Dreyfus... Ese fondo de Morgan... Ese fondo de Alliance...» Era como si recitaran los nombres de los seres queridos que habían fallecido. Se habían marchado para nunca volver.

—Tienes que denunciarlo ahora mismo, Charles. Tienes que contarle a la policía lo que te ha pasado y recuperar el dinero. ¡Es de Anna!

Le había contado la historia con un hueco, con la esperanza de que fuera tan grande que pudiéramos pasar por él sin damos cuenta, pero no. Estaba pidiéndome algo de lo más razonable, algo para lo que yo no tenía una respuesta de lo más razonable. El interés por proteger a Lucinda de la furia de su esposo ya no servía, ante Deanna no, no servía cuando proteger a aquella mujer significaba un coste de cien mil dólares para nuestra hija.

Lo que no sabía era que a quien estaba protegiendo era a mí mismo.

—Hay más —aseguré, y me di cuenta de cómo Deanna perdía fuelle. «¿Es que no me has contado ya bastante?»; parecía decir su gesto. «¿Qué más puede haber?»

—Le pedí a alguien que me ayudara —expliqué, pensando que seguía mintiendo, ya que a Winston no le había pedido nada: lo había obligado a aceptar mi oferta. Por otro lado, Winston tampoco me había ayudado exactamente, sino que más bien me había tendido una trampa—. Le pedí a alguien que me ayudara a asustar a Vasquez.

—¿A asustarlo?

Aunque estaba casi en estado de *shock*, Deanna aún era capaz de detectar los fallos inherentes a mi plan, y me lo hacía saber. Me dejaba claro que pedirle a alguien que asustara a otra persona comportaba un factor de volatilidad de más diez. Me señalaba que lo que empieza siendo un puñetazo en la cara puede acabar como una puñalada en el corazón. O un tiro en la cabeza.

—Estaba amenazando a esta familia, Deanna. ¡Había venido a casa!

«Cuando alguien me quiere, le devuelvo ese amor», me había dicho Deanna una vez. Ese era su credo, el motor de su vida, su himno personal. Sin embargo, se hallaba librando la batalla de su vida, y las bombas no paraban de caer a su alrededor, por lo que era imposible saber si ese amor lograría sobrevivir. A juzgar por su expresión, yo habría dicho que no. Le costaba reconocerme, me imaginé, reconocer en mí al marido por lo general cariñoso y tierno que hacía dieciocho años que compartía su vida. No podía ser aquel tipo que había tenido una aventura sórdida y que como consecuencia de ella había pagado un chantaje e incluso había contratado a alguien para que se deshiciera del chantajista. ¿Era posible que fuese aquél su esposo?

—No se me ocurrió nada más —argüí, sin convicción.

—¿Qué pasó?

—Creo que Vasquez lo mató.

Respiró hondo, tensa. En ese momento, cuando sin duda yo ya había destrozado todas las ilusiones que había tenido en la vida, aún era capaz de sorprenderla. Una aventura era algo terrible, pero a eso había que añadir, de repente, un asesinato.

—Ay, Charles...

—Creo... Me parece que ese hombre, el que murió, estaba grabando lo que decía. Era una especie de trampa.

—¿Cómo que una especie de trampa?

—Había estado en la cárcel, Deanna. Era ex presidiario y soplón, creo. Puede que lo obligaran.

—¿Quieres decir que...?

—No lo sé. No estoy seguro. Pero me inquieta.

También ella estaba preocupada, quizá por una cosa ante todo: por saber adonde va a parar el amor cuando desaparece. Aquella devoción inquebrantable de Deanna que había sido aporreada, derribada y pisoteada..., ¿dónde estaba?

—Ya sabía que pasaba algo, Charles. Hace un tiempo tuve la impresión de que faltaba dinero, debió de ser cuando sacaste los diez mil dólares. Supuse que eran imaginaciones mías. Y no dije nada. Creía que me imaginaba muchas cosas. Te comportabas de una forma tan rara, llevabas un horario tan extraño... Todo. Pensé que podía ser por una mujer, pero no quise creérmelo. Estaba esperando a que vinieras a contármelo, Charles...

Y sí, se lo había contado, le había contado mucho más de lo que podía haber llegado a imaginarse.

Me hizo unas cuantas preguntas más, algunas de las que esperaba de ella. ¿Quién era exactamente aquella mujer? ¿También estaba casada? ¿De verdad había sido sólo una vez? Sin embargo, me di cuenta de que no hablaba de corazón. Y después me formuló más preguntas en las que quizá sí puso el corazón, o lo que quedaba de él; exactamente de qué podía acusarme la policía, por ejemplo. Cosas así.

Y al final me pidió que me fuera de casa. No sabía por cuánto tiempo, pero quería que me marchara.

Unas semanas después, semanas que me pasé evitando a Deanna y yéndome a dormir a la habitación de invitados después de que Anna se hubiera metido en la cama, encontré un piso amueblado en Forest Hills.

DESCARRILADO TREINTA

Forest Hills me pareció una amalgama de judíos ortodoxos y sectarios poco ortodoxos, gente con aspecto de estar sola, o que no parecía tener medio de subsistencia alguno, o que no acababan de encajar allí, en aquel piso en concreto, en aquel edificio en concreto o en aquel barrio en general. Era el sitio perfecto para mí. Por ejemplo, tenía aspecto de casado, pero no se veía ni rastro de mi esposa. Resultaba evidente que era padre en la vida, pero ¿dónde estaban mis hijos, exactamente? Y, además, puede decirse que mi medio de subsistencia tampoco estaba nada claro. El primer martes después de la mudanza, tomé el tren en Continental Boulevard para ir al trabajo.

Se me informó de que Barry Lenge quería verme en su despacho. De por sí, aquello ya era poco habitual, puesto que en la jerarquía de la empresa se daba por sentado que los contables, esos seres grises, eran los que se desplazaban hasta los despachos de los creativos cuando querían hablar con ellos. Daba igual que Lenge fuera el jefe de los contables.

Fui de todos modos. Supongo que estaba sufriendo una especie de síndrome de estrés postraumático y la poca confianza en mí mismo que me quedaba estaba, si no por los suelos, sí al nivel de la de un perro apaleado.

Barry estaba aún más violento que yo. Esa debería haber sido la primera pista de lo que iba a suceder.

La triple papada le daba siempre un aire de nerviosismo, como si la cabeza no consiguiera encontrar una posición en la que no abusara de otra parte del cuerpo. Aquel día, no obstante, aún tenía peor cara.

Carraspeó, lo cual debería haber sido la segunda pista. Tenía algo atascado en la garganta que iba a costarle cierto esfuerzo sacar.

—He estado mirando estas facturas de producción —empezó.

—¿Sí?

—Este trabajo de Headquarters. Quería comentarte una cosa.

En ese momento debí de ser yo el que se mostró manifiestamente violento, porque Barry apartó la vista (la fijó en el juego de lápices plateados que tenía encima de la mesa) y me acordé de que el día en que Ellen Weischler me había echado de su cuenta, Eliot se había puesto a hacer garabatos en un papel.

—Lo que pasa es que... Nos han comentado una cosa.

—¿El qué?

—Pues, bueno, es que se han facturado cuarenta y cinco mil dólares por la música.

Estaba señalando un papel que terna delante, encima de la mesa. Era el mismo presupuesto que había pasado por la mía.

—¿Lo ves? Aquí.

Hice como si mirara, aunque sólo fuese porque eso era precisamente lo que hacían los perros apaleados cuando les daban una orden: obedecer. Desde luego, aquello era una cifra, y al parecer decía «cuarenta y cinco mil dólares».

—¿Sí?

—Bueno, Charles... Hay un problema.

—¿Sí?

¿Era eso todo lo que pensaba decir? ¿Iba a contestar a todas las revelaciones de Barry con un «sí»?

—Mary Widger ha oído la misma música en otro anuncio.

—¿Qué?

—Te digo que esta misma melodía se ha utilizado en otro anuncio.

—¿Qué quieres decir?

—Corrígeme si me equivoco. Los cuarenta y cinco mil eran el presupuesto de una melodía original, ¿verdad?

—Sí, exacto.

—Pues no lo es.

—No lo entiendo —repuse, aunque, claro, lo comprendía perfectamente. T&D Music House habían encontrado una sintonía en una agencia de música pregrabada y no se habían molestado en comprobar si existía alguien que la hubiera utilizado anteriormente. Existía.

—Bueno, puede que simplemente se parezca. No es más que un fondo musical, la verdad.

—No. Mary se la ha llevado al musicólogo. Es la misma música. Nota por nota.

«Mary se la ha llevado al musicólogo.» Normalmente los consultábamos para asegurarnos de que las músicas que componían para nosotros no se aproximaran demasiado a otras ya existentes que intentábamos imitar. Por ejemplo, podíamos montar un anuncio con el fondo musical del 'S Wonderful de Gershwin, pero si los herederos nos pedían una fortuna a cambio de los derechos, era posible que intentásemos imitar la canción, aunque sin calcarla, porque si nos acercábamos demasiado el musicólogo nos paraba los pies. Aquel caso, evidentemente, era muy distinto, porque no se trataba de imitar a Gershwin.

—Voy a hablar con la productora musical —aseguré, intentando parecer tan indignado como Barry. Y no asustado.

—Ya he hablado con la «productora musical» —contestó Barry.

No me gustó nada cómo dijo esas palabras, con un desdén evidente y un sarcasmo mordaz.

—¿Sí?

—Pues sí. He hablado con la productora musical. Así pues, la pregunta que quiero hacerte es ésta: ¿cuánto?

—¿Cuánto qué?

—Cuánto. Si te hiciera una factura por lo que le debes a esta agencia, ¿qué importe debería indicar?

—No lo comprendo.

—No lo comprendes.

—No.

—Pues yo diría que sí que lo comprendes, que lo comprendes perfectamente. La productora musical es una empresa fantasma, Charles. No existe. Su único objetivo es conseguir beneficios ilegales a costa de esta agencia. Pues bien, si quiero recuperar esos beneficios, ¿cuánto tengo que pedirte?

—No sé de qué me hablas. Si lo que ha pasado es que has destapado algún timo...

—A ver, Charles... —Barry ya no parecía incómodo en absoluto, estaba como pez en el agua—. Si nos devuelves el dinero hay posibilidades de que esto no termine en los tribunales. De que *no termines* tú en los tribunales. No sé si me sigues. Y te digo claramente que la decisión no es mía. Si por mí fuera te metía entre rejas. Resulta que, como soy el interventor de la empresa, le tengo cariño al dinero, ¿sabes? Eliot no lo ve así, pues vale.

«Eliot no lo ve así.» Ya se me había ocurrido que Eliot podía estar al corriente.

—Mira, puede que sospechara algo... —dije—. Puede que me pareciera que había alguna cosa un poco... ¿No deberías hablar con Tom y David?

—Ya he hablado con Tom y David. Los dos tenían muchas cosas que contar. Si quieres seguir dándome por el culo, vale, estupendo, pero que sepas que si sigues con el juegucito Eliot cambiará de idea. ¿Por qué? Porque se lo pediré yo. No quieren mala prensa y lo entiendo, pero les interesa recuperar el dinero. ¿Y sabes una cosa? Si ponen en la balanza el dinero y una mancha en su reputación que se borrará pronto, estoy seguro de que se decantarán por el dinero.

Estaba claro que tenía que tomar una decisión. Podía reconocer que me había embolsado los veinte mil dólares. Podía incluso devolverlos (si Deanna me dejaba acercarme otra vez al fondo de Anna, lo cual podría ser algo trabajoso). Por otro lado, tenía la impresión de que Tom y David me habían implicado mucho más de lo que me

merecía por mi actuación, y que Barry no estaba dispuesto a creer que mis actividades fraudulentas se limitaban a veinte mil dólares. No, la factura iba a ascender a más. Reconocer algo, decidí, era mi perdición.

—Yo no he tenido nada que ver con esto —aseguré lo más convincentemente que pude—. No sé qué te habrán dicho Tom y David, pero yo no creería a pies juntillas todo lo que me dijeran dos tíos que al parecer hace años que os roban.

Barry suspiró. Intentó aflojarse el cuello de la camisa, una labor imposible, ya que para empezar era dos tallas menor de lo necesario.

—De modo que así quieres que sean las cosas —dijo por fin—. Perfecto. Tú lo has pedido. Si dices que eres inocente, iniciamos el procedimiento interno pertinente. Perfecto.

—¿Y ese procedimiento...?

—Te suspendemos de empleo y sueldo. Llevamos a cabo una investigación interna. Te contamos lo que hemos descubierto. Y, si mi influencia sobre los mandamases de esta empresa sirve de algo, hacemos que te detengan. ¿Te ha quedado claro?

Me levanté y me marché de la oficina.

DESCARRILADO TREINTA Y UNO

Pasó el tiempo. Una semana, dos, un mes.

Lo dediqué principalmente a devanarme los sesos en lugar de trabajar. Le daba vueltas, por ejemplo, a la cuestión de si Deanna llegaría a perdonarme algún día o no, o a si iban a detenerme por asesinato o a acusarme de malversación de fondos. Aún no había sucedido nada de eso, pero, claro, siempre podía ocurrir al día siguiente.

Tras pasar veinticuatro horas en el paro decidí que era hombre de costumbres y que estaba programado para levantarme por la mañana e ir a trabajar. Así pues, iba en tren hasta Manhattan como había hecho siempre y volvía por las tardes. El entorno deprimente que me rodeaba influyó en esa decisión; el piso amueblado era como una habitación de motel sin servicio de habitaciones. Me sentía un poco como Ricitos de Oro, como si durmiera en la cama de otra persona, de alguien que estaba a punto de volver, en cualquier momento, y exigir que me fuera de allí de inmediato. Había encontrado pistas de la identidad de aquella persona, vestigios de que había residido de verdad en aquel lugar, que se había convertido en un desierto estéril.

Un libro de bolsillo, por ejemplo, un ejemplar bien manoseado de *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*. Pero ¿había sido propiedad de un marciano o de una venusina? La respuesta no era fácil.

Un cepillo de dientes descubierto tras el lavabo del baño, que mostraba manchas perennes. Era uno de esos de diseño, con las cerdas curvas para llegar a los rincones menos accesibles. De color azul lavanda. ¿Se considera ése un color femenino o masculino? ¿O ninguna de las dos cosas?

En el cajón del escritorio encontré una hoja de papel con renglones en la que alguien había escrito frases que me parecieron buenos propósitos de Año Nuevo. «Voy a hacer más esfuerzos para conocer gente» era el primero. «Voy a juzgar menos a los demás.» Y así. Decidí que el autor de aquella lista y el propietario del libro eran seguramente la misma persona, ya que ambos indicios apuntaban a un individuo muy decidido a superarse como persona. Me quedé pensando que, si Deanna era de Venus, ¿cabía la posibilidad de que yo fuese de Plutón?

Fui a la biblioteca de la calle Cuarenta y dos. Visité el Museo Metropolitano. Pasé toda una mañana dormitando en el Planetario Hayden y despertándome cada cierto tiempo rodeado de la bóveda celeste, como un astronauta al abrir los ojos después de haber viajado por el espacio con las constantes vitales reducidas al mínimo y encontrarse solo en el universo y muy lejos de su casa.

Nunca me olvidaba de llamar a Anna por las tardes, siempre con el móvil, ya que la compleja tapadera que habíamos inventado para explicar mi ausencia era que estaba grabando una nueva campaña publicitaria en Los Ángeles. En una ocasión había pasado dos meses en esa ciudad dedicado precisamente a ello; nos pareció una excusa que quizá funcionase.

—¿Ahora dónde estás? —me preguntaba.

—En la piscina del Four Seasons —contestaba.

Un estudio de Burbank. Una calle de Venice. Un coche alquilado en el cruce de Sunset y La Ciénaga.

—¡Qué guay! —exclamaba mi hija.

Deanna me había dicho que no quería hablar conmigo por un tiempo. La tortura consistía en no saber cuánto duraría ese tiempo. A veces contestaba ella cuando

llamaba, y entonces me invadía la esperanza de que ese tiempo terminara en aquel preciso instante, pero lo que ella hacía era llamar a Anna y esperar callada a que la niña se pusiese al teléfono. En cierto modo, la situación no se diferenciaba mucho de las que habíamos vivido en todos los años posteriores al diagnóstico de la diabetes, aquellos silencios agobiantes para no hablar de determinadas cosas. La diferencia era que en los nuevos silencios se notaba una terrible reprobación, no simplemente el dolor que había antes, sin más. Por otro lado, si previamente los silencios se llenaban con frases triviales y anodinas, de repente estaban cargados de esa calma con la que topaban siempre los héroes de las películas del Oeste antes de caer en una emboscada. «Esto está muy tranquilo», les decían a sus compañeros. Demasiado.

A finales de febrero, el lunes de mi tercera semana de destierro y desempleo, fue cuando volví a ver a Lucinda.

La primera reacción fue esconderme, dejar que me engullera la multitud anónima. La segunda fue saludarla. Ver que volvía a hacer su vida seguramente constituía una buena señal; me servía para mitigar un poco la culpa. Hacía su vida e incluso estaba hablando con alguien.

Había pensado en ella, claro. Me había preguntado si llegaría a recuperarse algún día de lo que le había hecho Vasquez. Tenía esa esperanza.

Pensé que quizá sí fuera posible. Ya no tenía bolsas debajo de los ojos. De nuevo se la veía guapa: era Lucinda otra vez.

Estaba tan concentrado observándola que debí de tardar más o menos un minuto en fijarme siquiera en el hombre con quien estaba hablando. ¿Era su marido, a quien había visto brevemente aquel día delante de la fuente del edificio Time-Life?

No. No estaba hablando con su marido. Aquel hombre era más bajo, más joven, iba más desaliñado. Quizá fuese un compañero de la Bolsa, o un amigo del barrio.

Parecía que se llevaban bien, al menos. Se habían detenido delante de un quiosco y estaban hablando animadamente.

Yo me hallaba en una especie de tierra de nadie. Me di cuenta de que no estaba lo bastante lejos como para que no detectara mi presencia ni lo bastante cerca como para saludar. Si se volvía hacia la izquierda, Lucinda me vería con toda seguridad. El hombre que la había abandonado saldría del limbo como un recordatorio de lo que había tenido que sufrir.

Quise evitarle el mal trago y, sobre todo, quise evitármelo a mí.

Así pues, di media vuelta. Esquivé a los elementos más separados del núcleo principal de gente e intenté fijar la vista al frente para evitar que nuestras miradas se encontraran por accidente.

Conseguí atravesar la multitud, fui una pieza entre los restos de un naufragio que arrastró la marea. Llegué hasta las escaleras que daban a la Octava avenida. La libertad.

Pero no pude aguantarme y miré. Fue más fuerte que yo. Miré de reojo a Lucinda y a su compañero de trabajo para ver si había pasado inadvertido.

Y me di cuenta de algo.

Fui dándole vueltas en el taxi, de camino al Museo Nacional de los Indios Americanos y no conseguí identificarlo, no llegué a saber qué era lo que había detectado con aquella mirada furtiva y veloz. Además, había mucha gente entre nosotros. «Cruces de primer plano» era como los llamábamos en la jerga de los rodajes. Consistía en hacer que los extras pasaran una y otra vez entre la cámara y los actores para garantizar un aire de realismo, para que no pareciera un plato de los estudios de la Universal.

A veces, sin embargo, si se metían demasiados extras, los actores quedaban totalmente borrados. Resultaba imposible distinguirlos y a veces pasaban a ser meros figurantes. En esos casos había que quitar extras y reorganizar lo que sucedía en primer plano para que los auténticos protagonistas quedaran bien visibles.

Eso era más o menos lo que iba pensando en el taxi.

Intentaba apartar la masa de gente sin rostro que se dirigía a sus trabajos para poder ver con claridad a Lucinda, a ella y aquel colega suyo, o amigo del barrio, o...

Su hermano. Sí, quizá fuese su hermano, pero lo cierto es que no lograba recordar si lo tenía o no. Me daba la impresión de que habíamos dedicado mucho más tiempo a

hablar de mi familia que de la suya. Yo le había abierto mi corazón, ¿no? Se lo había contado todo sobre Anna y Deanna. Y no recordaba si ella tenía hermanos.

Sin embargo, cada vez estaba más convencido de que debía de tratarse de su hermano. O quizá de su primo. Sí, debía de haber sido su primo.

Me lo decía precisamente por ese detalle en el que me había fijado.

Estaba intentando que toda aquella muchedumbre se hiciera a un lado para poder ver bien, pero la gente se molestaba y me devolvía los empujones. Me decían que me fuera a tomar viento o se ponían a buscar a un policía.

Las manos.

Me parecía haber visto que sus manos se tocaban. No las entrelazaban, no iban agarrados. Se tocaban.

Era algo que podía hacerse con un hermano, ¿verdad?

Y, aunque no hubiera sido su hermano, aunque se tratara de un amigo, ¿quién iba a echárselo en cara? Yo jamás le había preguntado si era el primero; ¿por qué iba a dar por sentado que sí sería el último?

Seguía atrapada en aquel matrimonio desastroso. Necesitaba desesperadamente alguien con quien hablar. Sobre todo en aquellos momentos. A lo mejor había encontrado a esa persona.

Por un instante, por una fracción de segundo, sentí un pinchazo en el pecho que se parecía sospechosamente a los celos. No fue nada, sólo la sombra de un dolor provocado por una herida que ya había cicatrizado hacía mucho.

Y me olvidé de aquel episodio.

DESCARRILADO TREINTA Y DOS

Llegó el cumpleaños de Anna.

Nunca me lo había perdido y no me cabía en la cabeza perdérmelo aquel año. Por mucho que mi hija se encogiera de hombros y pusiera mala cara cuando le mencionaba cosas como los aniversarios («¿Un cumpleaños? ¿Y eso qué es?»), estaba más que convencido de que si no hacía acto de presencia jamás me lo perdonaría. Y entonces pasaría a tener dos miembros de la familia Schine cuya actitud hacia mí sería implacable. Con uno me bastaba y me sobraba.

De modo que cuando llamé a casa y se puso Deanna le pedí:

—Por favor, no llames aún a la niña. Tengo que hablar contigo.

Suspiró y dijo:

—¿Sí, Charles?

Bueno, al menos había pronunciado mi nombre.

—Se acerca el cumpleaños de Anna.

—Sé perfectamente cuándo es su cumpleaños.

—Bueno, pues, ¿no crees que debería estar en casa? Si cree que me he quedado en California el día de su cumpleaños se pondrá hecha una furia.

—No estoy preparada para que vuelvas, Charles.

Sí, eso constituía un problema. Deanna no estaba preparada. Yo, en cambio, me sentía más que dispuesto.

—Bueno, ¿y no podríamos...? ¿Qué te parece si vuelvo sólo para su cumpleaños y luego me voy?

—No sé...

—Deanna, que es el cumpleaños de Anna...

—A ver... Puedes quedarte a dormir, ¿vale?, pero por la mañana, Charles, quiero que te vayas.

—Lo comprendo. Muy bien. Gracias.

Me sentí un poco raro al pensar que mi esposa me daba permiso para pasar la noche en mi propia casa. No me pareció injusto, solamente raro. Lo importante, sin embargo, era que había dicho que sí.

Al llegar a la puerta de la cocina, regalo en mano (le había comprado tres compactos fiándome de las recomendaciones de un empleado de la tienda Virgin), Anna estaba sentada en un taburete comiendo cereales y mirando la MTV con ojos de zombi.

—¡Papi!

Mi hija, que por lo general prefería mantener bien controlado su entusiasmo infantil, parecía descaradamente contenta de verme, pero no tanto como yo de verla a ella. Se levantó de un salto y se me tiró a los brazos, y yo la aferré como si mi vida dependiera de ello. Y quizás era así.

Iba a preguntarle dónde estaba su madre, pero en ese momento entró en la cocina. No tenía ni idea de qué hacer (estaba tan cohibido como si aquello fuese una cita a ciegas), no sabía cómo saludarla, qué decirle, y me dio la impresión de que ella también se sentía algo confusa al respecto. Los dos titubeamos, y por fin nos decidimos por un abrazo mecánico que reveló el mismo cariño de un apretón de manos entre dos jugadores de *hockey* al terminar un partido.

—¿Qué tal California? —me preguntó, evidentemente decidida a seguir con la farsa hasta el final.

—Bien, aunque no he terminado. Tengo que volver mañana por la mañana.
Eso para Anna era claramente una novedad. Enseguida hizo un mohín y se quejó:

—Papi...

—Lo siento, cariño. No puedo hacer nada para evitarlo.

En eso, al menos, fui sincero.

—Quería que me vieras cantar en el concierto de primavera. Me han dado un solo.

—Bueno, no te hagas profesional hasta que hayas terminado el instituto.

El intento de dar un toque frívolo a la conversación fracasó; Anna se puso a ver la MTV otra vez con mala cara, dolida y molesta conmigo.

—¿Me pone alguien un zumo? —preguntó. De repente habían empezado a temblarle las manos; estaba agarrando el mando a distancia y lo zarandeaba.

—¿Has tenido una bajada, cariño? —quiso saber Deanna, que ya había abierto la nevera con rapidez.

—No. Estoy temblando por gusto.

Deanna me fulminó con una mirada que decía: «¿Ves por lo que he tenido que pasar? Está peor.»

Sacó una botella de zumo de naranja y le sirvió un vaso.

—Ten —Anna lo aceptó y tragó un poco de líquido.

—Me parece que deberías beber un poco más —opinó Deanna.

—¿Ah, sí? ¿Eso te parece?

Así era Anna, siempre dispuesta a rechazar cualquier sugerencia sobre lo que debía o no debía meterse en el cuerpo. Seguía temblando.

—Venga, cariño —pedí.

—Me encuentro bien.

—No, no estás...

—¡Muy bien! —chilló, y agarró el vaso antes de salir dando grandes zancadas de la cocina—. A ver cuándo dejáis de agobiarme los dos.

Una vez que se hubo marchado, Deanna me dijo:

—Tiene miedo. Últimamente ha tenido más subidas y bajadas que una montaña rusa. Cuando se asusta se pone de mal humor.

—Sí. Ya lo sé.

«¿Por qué me pusisteis "Anna"?», preguntaba a veces nuestra hija cuando era muy pequeña. «Porque eres parte de mí —le contestaba Deanna—. "De-Anna", ¿lo ves?»

—Tengo que seguir ordenando las facturas —me dijo mi mujer, lo que de repente me recordó que era posible que pronto nos viésemos en dificultades para pagarlas. Salió de la cocina.

Aún no tenía felicitación de cumpleaños. Dado que tanto mi hija como mi mujer estaban enfadadas conmigo, me pareció un buen momento para ir a la papelería de Merrick Road a comprar una.

Al entrar en la tienda vi a una anciana que estaba comprando boletos de la Lotto.

—... Ocho... diecisiete... treinta y tres... seis... —Escupía con desgana una letanía de cifras que al parecer no tenía fin—... Nueve... veintidós... once...

Fui hasta el fondo del establecimiento, donde estaban las tarjetas de felicitación. Las había, por supuesto, no sólo para cumpleaños, sino también para aniversarios de bodas, para desear una pronta recuperación, para dar el pésame, para el día de San Valentín, para dar las gracias, para celebrar el que alguien hubiera acabado los estudios... Me coloqué ante la sección de cumpleaños y por un momento me quedé deslumbrado por la profusión de subcategorías: había felicitaciones de cumpleaños para una madre, un hijo, una esposa, una suegra, una abuela, un mejor amigo, un primo... y una hija. Por fin la encontré. Por supuesto, una vez que di con la subcategoría tuve que decantarme por un tono. ¿Divertido? ¿Serio? ¿Sentimental? Me inclinaba por el último, ya que precisamente estaba pasando por una etapa de sentimentalismo. Había muchísimas felicitaciones de esa categoría, en su mayor parte con flores en la portada y poemas en el interior. Lo malo era que éstos, más que sentimentales, resultaban cursis y estaban plagados de lugares comunes.

Por ejemplo:

*Para nuestra hija, en un día tan especial,
una cosa tiene que ser esencial:
tus padres no dejan de quererte
y a su lado van siempre a tenerte.
Disfruta de tu cumpleaños con tus papas
y que cumplas muchos más.
Fin*

Me daba miedo que Anna vomitara si le llevaba aquello a casa. Por otro lado, si quería algo sentimental y a la vez medianamente inteligente no había mucho donde escoger. Había tarjetas que no llevaban nada escrito dentro, por ejemplo, y que por tanto me permitían ser todo lo inteligente o sentimental que quisiera. Esas felicitaciones tendían a mostrar fotografías tristonas en blanco y negro en la portada (de un campo nevado de Maine, por ejemplo, o de un arroyo solitario en la montaña). Básicamente, daban a entender que los poemas tontos eran para las masas poco cultas, que esas otras tarjetas en blanco y negro estaban destinadas a quienes buscaran conmovedor. Y yo no estaba seguro de hallarme entre ese grupo aquel día. ¿Cómo resolver el dilema?

Un poco más allá de los expositores de tarjetas estaban los regalos más elaborados; corazones de cerámica que decían «A la mejor madre del mundo», una pelota de golf con la inscripción «Para el papá más golfo», flores de plástico... Y algunos portarretratos.

Al principio ni me di cuenta.

Eché un vistazo, fui examinando con mayor detenimiento las piezas de cerámica y de plástico barato, levanté la pelota de golf, observé las flores. Incluso regresé hasta las felicitaciones, decidido a elegir la definitiva de una vez por todas. Y entonces tuve lo que podríamos denominar un episodio de visión periférica, aunque en realidad no se trató de eso. No es que viera algo con el rabillo del ojo, sino que recordé haberlo visto.

Las flores, sí. Y la pelotita de golf con la frase tan tonta. Y los corazones de cerámica. Algo más. ¿Qué?

Estaba en el segundo portarretratos.

Y en el tercero.

Y en otros tres que había detrás, en miniatura. Y en el marco metálico de mayor tamaño decorado con motivos florales en relieve.

—¿Qué deseaba?

La voz parecía proceder de muy lejos.

Era la imagen de los portarretratos.

Las ponían para demostrar lo bien que quedarían una vez que uno los comprara y se los llevara a casa para meter sus propias fotos. Aquella en la que está con su mujer en el viaje de bodas a Nantucket. O la de los mellizos disfrazados de Hansel y Gretel en un carnaval ya lejano. O la de *Curry*, el cachorrillo de cara de ángel. Y es que a la gente, si no, le faltaba la imaginación necesaria. Les hacía falta utilizar caras prestadas para así saber qué cabía esperar cuando el marco estuviera colocado en casa, al lado del televisor.

—¿Deseaba alguna cosa en particular, caballero?

La voz ya era más insistente, pero me llegaba como si entre nosotros hubiera un cristal. Tras el cristal que sí existía, el de los portarretratos, estaba la imagen de una niña subida a un columpio, en el campo, con la melena rubia detenida en el aire. Tenía el rostro pecoso, las rodillas huesudas y una sonrisa encantadora. Era la viva imagen de la infancia despreocupada, un ejemplo perfecto, modélico. Y es que, de hecho, era una modelo. Tras el columpio había maquilladores, peluqueros y modistas, pero no se los veía.

—Perdone, ¿se encuentra bien?

Aquella foto la había visto antes.

«Te he enseñado la mía. Ahora enseñame tú la tuya.»

Ya me acordaba.

Ella había visto la fotografía de Anna en mi cartera y yo le había pedido ver la suya.

«Te he enseñado la mía. Ahora enséñame tú la tuya.» se había echado a reír. Yo había conseguido que la seductora Lucinda se riera en voz alta, metiera la mano en el bolso de piel y me enseñara la foto.

La niña del columpio. En el campo, en un lugar indeterminado.

«Es un encanto.» Eso era lo que le había dicho yo.

Y me lo había agradecido. «A veces me olvido.» Éramos dos padres que echaban flores a sus respectivas hijas, una conversación intrascendente en el tren, nada importante.

Nada en absoluto.

«A veces me olvido.» Y es que quizá fuera bastante fácil olvidarse de algo que en realidad no se tenía.

Me había enseñado una foto de su hija, pero en realidad no se trataba de su hija, sino de la de otros padres.

—Perdone, caballero, ¿le sucede algo?

Era otra vez el dependiente, que no sabía qué me había pasado.

Bueno, ya podía decírselo. Había tenido una revelación.

«Era ciego, ahora veo.»

DESCARRILADO TREINTA Y TRES

Estaba ayudando a Deanna a retirar los platos con restos de pastel y bolas de helado medio derretidas.

Y mientras lo hacía me preguntaba cómo era posible.

El ambiente de la fiesta de cumpleaños fue tenso, incómodo. Anna sólo invitó a una amiga, probablemente la única que le quedaba. Aquello parecía más un velatorio que un cumpleaños, pero lo cierto es que yo estaba ensimismado.

Me dedicaba a pensar en aquel residente de las urgencias del hospital que me había preguntado por la vista de Anna. Se me había ocurrido que debía haberme preguntado por la mía:

—¿Ve usted correctamente?

Y le habría contestado:

—No, doctor, estoy ciego. No veo nada.

Pero eso se había acabado.

Mi vida se había convertido en un accidente ferroviario. Oía los gritos de los muertos y de los moribundos. Y desde el principio la que conducía el tren había sido Lucinda. Había abierto los ojos. Lucinda. Y él.

¿Cómo era posible?

Una mentira. Una farsa. Un timo. Intentaba etiquetar algo que evidentemente se me escapaba. Y mientras Anna esperaba pacientemente a que terminásemos de cantarle el *Cumpleaños feliz*.

Un montaje. Un engaño. Mientras, mi hija abría los regalos y leía las felicitaciones. La mía decía: «¿Puedes plantarte en los trece años para siempre?»

Un robo a mano armada. Y, mientras tanto, Anna nos daba las gracias uno a uno por sus regalos e incluso me abrazaba.

Y había otra cosa: aquel hombre de Penn Station.

No era su hermano, su vecino ni su tío más querido.

Era el siguiente.

Deanna y yo conseguimos disimular bastante bien. Sonreímos, hablamos, aplaudimos mientras Anna apagaba las velas.

Pero una vez que la dejamos con su amiga y la película y nos quedamos solos el silencio sepulcral volvió a imponerse. Sólo lo interrumpían el chorro continuo del agua del grifo y el agrio tintineo de los platos y los vasos al ocupar su sitio en el lavavajillas. Y los terribles gritos que resonaban en mi cabeza.

—Bueno —dije, intentando desesperadamente arrastrar mis pensamientos en otra dirección, la que fuera, y al mismo tiempo resquebrajar el silencio—, ya ha crecido otro año.

—Sí —dijo Deanna sin demasiado entusiasmo. A continuación colocó el último plato en el lavavajillas, se acercó a la mesa de la cocina y se sentó. Y, por primera vez en muchísimo tiempo, se puso a hablar conmigo de verdad.

—¿Cómo te va todo, Charles?

—Bien. Tirando.

«Cómo mientes», pensé.

—¿De verdad?

—Sí. Estoy bien, Deanna.

—He estado pensando.

—¿En qué?

—Iba pensando mientras le cantábamos el *Cumpleaños feliz* a nuestra Anna.

—¿Sí?...

—Una vez me dijiste algo. Sobre nosotros, sobre tener hijos. A lo mejor ni siquiera lo recuerdas.

—¿Qué dije?

—Dijiste —empezó, y cerró los ojos mientras intentaba evocar las palabras exactas— que era como ir haciendo ingresos.

—¿Ingresos? No me acuerdo...

—Anna tendría tres o cuatro años, y tú la habías llevado a no sé dónde que quería ir. Al zoo, me parece. Los dos solos, porque yo estaba mala. Creo que tú tampoco te encontrabas muy bien, que yo había pillado el resfriado que tú ya tenías. Y querías quedarte en casa todo el día, tumbarte en el sofá y dedicarte a ver fútbol americano en la tele, pero Anna insistió hasta que cediste y la sacaste. ¿No te acuerdas?

Empezaba a recordarlo, aunque fuera vagamente. Un domingo en el zoo del Bronx, hacía mucho tiempo. Anna y yo habíamos dado de comer a los elefantes.

—Sí, me acuerdo de aquel día.

—Al volver te di las gracias. Sabía que te encontrabas fatal pero que aún así la habías llevado. Recuerdo que me alegré mucho de que lo hubieras hecho.

Deanna me miraba a los ojos, fijamente, como si buscara algo que hubiera perdido. Quería decirle: «Aquí estoy, cariño. Nunca me he ido.»

—Me dijiste una cosa. Me dijiste que cada día que pasabas con Anna, todos los buenos momentos a su lado, eran ingresos, como los que uno hace en el banco. Si sumaban suficiente, si uno diligentemente iba metiendo dinero en esa cuenta, después, cuando la niña fuera mayor e independiente tendría suficiente capital para seguir adelante por su cuenta. Sería rica en recuerdos, supongo. Me pareció una idea bastante cursi, y a la vez fantástica. Pronto va a tener que hacer diálisis.

—Oh no, Deanna.

Todas las imágenes de zoos y de elefantes, de Lucinda y de Vasquez, desaparecieron de inmediato.

—El doctor Barón le ha hecho unas pruebas. Los riñones no responden bien. Hay uno que casi es como si no existiera. Muy pronto nuestra hija tendrá que enchufarse a una máquina tres veces a la semana para poder seguir viva. Eso es lo que me dijo.

—¿Cuándo?

—¿Y eso qué importa? Va a suceder y ya está.

Y entonces se echó a llorar.

Recordé que, no hacía mucho, me había planteado si mi mujer ya había derramado todas las lágrimas que llevaba dentro, pero luego había comprobado que no, primero aquel día en el jardín y después en ese momento en la cocina.

—Creo que tenías razón, Charles.

—¿Qué...? ¿A qué te refieres?

—Creo que le hemos hecho bien. Que le hemos dado una cuenta muy buena en el banco de la vida. Nunca nos olvidamos de ir poniéndole algo. Nunca. Ni una vez.

Sentí un picor bajo los ojos, algo caliente y húmedo en ambas mejillas.

—Lo siento, Charles. Nunca quise ponerme una venda para no ver lo que iba a suceder, pero supongo que en cierto modo eso es lo que he hecho. Y es que no te dejaba sacar el tema, no quería escucharlo. Lo siento mucho. Creo que me equivoqué.

—Deanna... No...

—Creo que deberíamos hablar, que deberíamos decirnos que tenemos una hija estupenda, que vamos a seguir teniéndola durante el tiempo que la tengamos. Me parece algo muy importante.

Y de algún modo, por algún motivo mágico e inexplicable, acabamos abrazados.

Cuando dejamos de llorar, cuando por fin nos separamos y nos quedamos sentados el uno frente al otro, cogidos de las manos y mirando por la ventana la noche negra como boca de lobo, pensé que Deanna estaba a punto de pedirme que volviera a casa. Casi la vi preparar las palabras.

Hice un esfuerzo deliberado por romper la atmósfera que nos había invadido; me levanté y dije que ya era hora de irme a casa, de volver a Forest Hills.
No podía volver. En aquel momento no podía. Aún no.
Acababa de ver algo muy claramente.
Tenía asuntos pendientes que resolver.
No podía contar con mi trabajo, cierto, pero había otro que estaba aguardándome. Y era incluso más importante.
Tenía que recuperar la otra cuenta corriente de Anna.
Tenía que encontrarles como fuera.
Tenía que recuperar mi dinero como fuera.

DESCARRILADO TREINTA Y CUATRO

Era imposible no ver las piernas de Lucinda.

No había podido evitarlo aquel primer día en el tren.

Y tampoco dejé de verlas al cabo de tanto tiempo, entre la multitud que todas las mañanas llenaba Penn Station, avanzando con paso firme para alejarse de un mar de tela vaquera, sarga y lana inglesa. Elegantes, sensuales, sólo podían ser suyas.

De Lucinda y de aquel hombre.

Hacía días que esperaba verlos. Había tomado el tren de las cinco y media cada mañana y, al llegar a Penn Station, me había plantado más o menos en el mismo lugar en el que les había visto la última vez. Había montado guardia diligentemente. Al disiparse la masa de viajeros matinales, recorría la estación de una punta a otra.

Había hecho lo mismo día tras día.

Me repetía que era mi única oportunidad. Cruzaba los dedos y rogaba a Dios.

Sin embargo, cuando por fin los vi me costó mirarlos.

Me sentía desnudo, vulnerable y atemorizado.

No podía evitar mirar a aquel hombre, por ejemplo, y verme a mí. Una vez, en la despedida de soltero de un amigo de la oficina, había apartado la vista de la núbil jovencita que hacía el *striptease* vestida solamente con un tanga de lamé dorado, apenas un instante, y, al ver cómo la miraban todos los demás, había pensado con repentina consternación: «Tengo la misma pinta que ellos.»

Era evidente que aquel hombre estaba loco por Lucinda, o como se llamara aquella mujer. No hacía más que buscar su mano y mirarla con ojitos de cordero degollado.

No me había equivocado en absoluto. Lucinda jugaba con él como antes había jugado conmigo. Era el siguiente.

«Qué patético —pensé—. Qué pena me da.»

Cómo se parecía a mí.

Al ver la imagen del portarretratos aquel día en la papelería me había puesto a pensar qué era lo que me había convertido en un objetivo tan claro, pero enseguida lo vi. Lo sabía muy bien. A la luz del día era evidente lo mucho que yo mismo lo había deseado, lo había pedido. Qué ganas tan enormes tenía de que pasara algo, lo que fuese, de que sucediera algo que me salvara de mí mismo.

Había dedicado mucho tiempo a repasar todos los momentos compartidos con ella, mi salvadora. Sin embargo, ya no los recordaba de la misma forma. Los hacía avanzar y los rebobinaba mentalmente, de la misma forma en que, en la época anterior a los sistemas de edición informáticos, tenía que pasar tiras de celuloide por la moviola hasta que se desgastaban y se partían. Tenía que ponerles cinta adhesiva a modo de parche una y otra vez, hasta que acababan por aparecer fisuras en las imágenes y casi se desintegraban, se convertían en polvo. Por ejemplo, el día que había conocido a Lucinda. «Tenga. Ya me encargo yo», había dicho con toda la dulzura del mundo aquella mañana en el tren, pero de repente al mirar la imagen de cerca ya veía unas fisuras muy feas que surcaban su rostro mientras le ofrecía un billete de diez dólares al revisor al que yo había puesto de mal humor.

Aquel día me había seleccionado.

Lucinda y su acompañante se habían dirigido a la cafetería del vestíbulo de la estación, donde vendían magdalenas de melocotón *light* y *bagels* pastosos. Aquel hombre pidió

dos cafés y se quedaron codo contra codo, apoyados en una de aquellas mesitas altas que no permitían sentarse. El vapor a veces ocultaba sus rostros.

Me puse de espaldas a ellos. Fui echando un vistazo a las revistas del quiosco sin dejar de mirarles de reojo. Me daba miedo que ella me viera, pero no tanto como podría esperarse.

Mi cara había cambiado.

Había sucedido de forma gradual, poco a poco. Había perdido peso. A medida que mi vida se desmoronaba, el apetito había ido disminuyendo, desapareciendo, desvaneciéndose. La ropa me iba grande. Cuando Barry Lenge me había asestado el golpe de gracia y me había mandado a la cola del paro, también había dejado de afeitarme. Mi perilla se había convertido en una barba en toda regla. Unos días atrás me había mirado en el espejo del baño y había visto una de esas caras que se ven cuando termina un secuestro. Era aquel secretario de embajada de aspecto angustiado al que por fin liberaban tras meses de cautividad a oscuras. Ese aspecto tenía.

La diferencia era que yo seguía siendo rehén.

No dejaba de mirarlos disimuladamente.

Se me hacía difícil no ceder a la tentación de acercarme a plantarles cara. Y es que, además de sentirme atemorizado, desnudo y vulnerable, estaba furioso. Había ido acumulando la rabia como una náusea repentina. Era esa ira que hasta el momento había reservado exclusivamente para Dios (en los días en que creía en él y en los días en que no) por culpa de la enfermedad de Anna. Era esa furia que me hacía apretar los puños con fuerza e imaginarme que los estampaba contra la cara de Vásquez. Y la de ella.

Conseguí resistirme al impulso de acercarme y decirle que la había descubierto, que sabía lo que me había hecho. Tenía que aguardar el momento oportuno. Para recuperar el dinero de Anna me hacía falta encontrar a Vasquez; para dar con Vasquez necesitaba a Lucinda. Ese era mi mantra. Ésa era mi misión.

Ella iba a llevarme hasta él.

Llegué a la conclusión de que Lucinda ya no era corredora de Bolsa.

En la mañana del miércoles de la semana siguiente escuché fragmentos de una conversación que mantuvo en Perm Station con aquel hombre. El habló de «malvender unas acciones» para un cliente, y de cómo ese cliente era todo un «filón de beneficios» para él, lo cual me indicó que él era corredor de Bolsa y ella ya no. Y es que, claro, otro corredor de Bolsa debía de conocer a gente en otras empresas del sector y podría darle por preguntarles por Lucinda, esa mujer que trabajaba con ellos y que al final resultaría que no existía. No, evidentemente Lucinda había pasado a tener otra ocupación. Sería abogada, agente de seguros, payasa de circo. Y, además, no cabía duda de que ya ni siquiera se llamaba Lucinda.

El nombre que sí sabía era el del hombre al que estaba a punto de timar. Y eso porque mientras se tomaban ese café aquella mañana se le había acercado otro hombre que le había dicho:

—Sam, Sam Griffen, ¿qué tal estás?

No demasiado bien, la verdad. El señor Griffen había palidecido. Se le había quedado la cara blanca como el papel y Lucinda se había vuelto para mirar la lista de precios colgada de la pared.

Cuando consiguió recuperar la voz, el señor Griffen contestó:

—Bien.

Entonces Lucinda se levantó y se marchó, café en mano. Era otra profesional más que había llegado a Manhattan con el tren y se dirigía a la entrada del metro.

Y, así, el señor Griffen se quedó allí sentado y charló con aquel intruso inoportuno durante cinco minutos. Cuando se marchó, el señor Griffen suspiró y se pasó una servilleta sucia por la cara.

Me resultó desconcertante estar tan cerca de una víctima y no poder advertirle del peligro que corría. Era como encontrarse junto a un niño que no ve el coche que se dirige hacia él a toda velocidad y sin embargo tener prohibido decirle que se apartara, tener que ser testigo de un terrible accidente, en primer plano y a cámara superlenta.

En una ocasión me pareció que me había visto.

Aquella mañana los había seguido hasta una cafetería situada un poco al norte de Chinatown.

Se sentaron junto a la ventana y vi que Sam Griffen buscaba la mano de Lucinda y ella se la entregaba.

No pude evitar recordar lo que había sentido al tener aquella mano entre las mías. Apenas un instante. Recordé las cosas que me había hecho la mano, el placer que me había ofrecido aquel día en el hotel Fairfax. Era como abrir una muñeca rusa y encontrar otra dentro, y abrir ésta, y después la siguiente, y seguir descubriendo otras muñecas, cada vez más diminutas, e ir abriéndolas cada vez más deprisa hasta que no quedaba ninguna y me faltaba el aliento.

Cuando salieron de la cafetería aún me faltaba la respiración, aún estaba perdido en los recuerdos de un placer culposo. Tuve que volverme y cruzar la calle como una exhalación. Tuve que contener el aliento, contar hasta diez y girarme poco a poco, con los dedos cruzados, para ver si me habían descubierto.

No. Se habían ido en un taxi con rumbo desconocido.

Y entonces los perdí.

Un día.

Dos días.

Tres días.

Una semana. Ni rastro de Lucinda. Ni rastro del señor Griffen.

Me pateé Penn Station de un extremo a otro, llegué pronto, me quedé hasta tarde.

Y nada.

Empecé a alarmarme, a pensar que quizás había perdido mi oportunidad. Que ya se habría llevado al señor Griffen a donde fuera para ofrecerle una tarde de sexo y que Vasquez ya los habría pillado in fraganti. Que ya les habría robado la cartera y le habría preguntado al señor Griffen por qué le ponía los cuernos a su mujer. Quizás incluso lo habría llamado a su casa y le habría expuesto que necesitaba urgentemente un préstamo. Sólo diez mil dólares, nada más, y lo dejaría en paz, prometido.

Al empezar la siguiente semana y seguir sin encontrarles me dispuse a abandonar. Estaba a punto de reconocer que un ex ejecutivo publicitario de cuarenta y cinco años no tenía ningún motivo para creer que podía salir victorioso de aquello, que estaba metido en algo que me venía enorme.

Iba a tirar la toalla.

Y de pronto recordé algo.

DESCARRILADO TREINTA Y CINCO

Vale —dijo el recepcionista—. ¿Para cuánto tiempo la quiere?

Era el mismísimo hombre que me había dado la llave de la habitación mil doscientos siete en el mes de noviembre, cuando me había plantado ante él con Lucinda del brazo. Había vuelto al hotel Fairfax y el recepcionista quería saber cuánto tiempo exactamente pensaba utilizar la habitación mil doscientos siete.

Buena pregunta.

—¿Cuánto cuestan dos semanas?

—Quinientos veintiocho dólares —contestó.

—Muy bien.

Por el momento no tenía una fuente de ingresos, y quinientos veintiocho dólares me parecían una ganga para Nueva York, aunque la habitación tuviera manchas de sangre en la moqueta y el olor a sexo hubiera quedado impregnado en las sábanas.

Pagué en efectivo y recibí a cambio la llave de mi habitación. Había una serie de revistas amontonadas sobre un sofá destartalado, el único elemento del vestíbulo que se merecía ser calificado de mueble. Me detuve para echarles un vistazo: un *Sports Illustrated* del año anterior, un *Popular Mechanics*, dos ejemplares de *Ebony* y un *U.S. News & World Report* atrasado: «Enfrentamiento en el condado de Palm Beach.» Me decidí por el *Sports Illustrated*.

Subí en el ascensor con un hombre que llevaba una chaqueta de la Universidad de Oklahoma y que, de hecho, tenía pinta de ser de allí. Tenía el aspecto desconcertado del turista que había picado al ver la foto de la portada del folleto, ésa hecha en 1955, cuando el Fairfax no se mantenía a base de cheques de beneficencia. Seguramente había probado suerte con un trilero y ya había adquirido un Rolex genuino en plena calle. Tenía cara de estar deseando irse a su casa.

Lo mismo que yo.

Pero yo tenía una misión que cumplir, así que no podía.

Por un instante, mientras abría la puerta, mientras hacía girar la llave en la cerradura, que se me resistía un poco, no pude evitar ponerme tenso e imaginarme que alguien estaba a punto de abalanzarse sobre mí en la habitación. No había nadie, naturalmente, pero no por eso dejé de suspirar aliviado en cuanto estuve dentro y hube cerrado la puerta.

La habitación me pareció un poco más pequeña que la vez anterior, como si mi imaginación le hubiera otorgado más metros cuadrados para adaptarla a la magnitud de lo que había acontecido en ella. Pero en realidad era la misma habitación de segunda donde todo estaba apretujado, con el espacio suficiente para dos personas que básicamente pensaban estar pegadas la una a la otra, un cuarto que incitaba al sexo, aunque sólo fuera por sus restringidas dimensiones. Era una de esas habitaciones en las que dos eran compañía y tres, un desastre. Y entonces recordé lo que había sido permanecer de espectador en un rincón del suelo.

Me tumbé en la cama sin molestarme en quitarme los zapatos y cerré los ojos. Sólo unos minutos.

Cuando desperté ya casi había anochecido.

Durante unos segundos, no tuve ni idea de dónde me encontraba. ¿No estaba en casa, en la cama? ¿No estaba Deanna a mi lado o en la planta baja preparando algún apetitoso pastel para la cena? ¿Y Anna? ¿No estaba chateando con el ordenador en la

habitación contigua, con los deberes puestos en el regazo, como un elemento decorativo, para despistarme?

En aquella habitación olía a humedad, más incluso que en mi piso alquilado, y el colchón estaba duro y desigual a un tiempo; las imágenes fantasmales de una silla y una mesa que no reconocía flotaban vertiginosamente a los pies de la cama. Por fin me desperté del todo y recordé dónde me hallaba, como si hubiera sonado un radiodespertador demasiado alto. Gruñí, me estremecí y busqué con sigilo el inexistente interruptor.

Me levanté y fui hasta el baño para echarme agua fría por la cara. Tenía el cuerpo entumecido y la boca seca y pastosa. Miré el reloj: eran las siete y veinticinco.

Había dormido todo el día. Al volver a la cama vi el *Sports Illustrated*, que había subido del vestíbulo. Estaba tirado en el suelo.

Me fijé en la fecha.

El 8 de noviembre.

Una semana antes de que tomara el tren de las 9.05 para Penn Station y mi mundo se desmoronara.

DESCARRILADO TREINTA Y SEIS

Me había sentado en el sofá destartalado del vestíbulo.

Llevaba una gorra de béisbol calada hasta las cejas cuya visera me tapaba los ojos. Estaba controlando el tráfico humano como los guardias con ojos de lince que detienen los coches para que los escolares crucen la calle.

«¿Para cuanto tiempo la quiere?», me había preguntado el recepcionista al registrarme. ¿Para qué la quería exactamente? Esa era la pregunta.

Aquel día que habíamos salido juntos de Penn Station, que habíamos tomado un taxi, cuando por fin ella había accedido, me había preguntado adonde íbamos.

Yo me había portado bien y había elegido un hotel desde el mismo taxi.

O quizá no.

Me había percatado de que primero le había indicado uno, pero ella había dicho que no. Luego le había señalado otro que le había parecido que tenía mala pinta. Después, cuando ya casi habíamos recorrido medio Manhattan en dirección sur y nos acercábamos a su oficina, le había mostrado el Fairfax y ella había contestado: «Vale.» Así pues, al pensar detenidamente había llegado a la conclusión de que a lo mejor no había sido yo quien había elegido el hotel, sino ella.

Ella había escogido el hotel en el que había topado por casualidad con quien no me convenía. O quizá la casualidad no hubiera tenido nada que ver con aquello. Me habían tendido una trampa y yo había picado.

Y de ahí mi presentimiento, una idea que se me había ocurrido mientras esperaba, descorazonado y con las manos vacías, en Penn Station.

No había ningún motivo para que ella creyese que yo acabaría descubriendo su relación con Vasquez. La última vez que me había visto, yo bajaba corriendo unas escaleras del Harlem hispano y huía despavorido.

No tenían necesidad de cambiar de hotel.

Sólo de víctima.

Cuando decidiera quitarle al señor Griffen casi todo su dinero y toda su dignidad, lo más probable era que lo hiciese en el mismísimo lugar en el que me lo había hecho a mí.

Y, así, me senté en el sofá del vestíbulo.

A esperar.

Tuve un sueño.

Volvía a estar en el tren. El de las 9.05 para Penn Station.

Rebuscaba en los bolsillos otra vez porque el revisor estaba a mi lado y me pedía dinero.

—Serán cien mil dólares —decía.

—¿Por qué tanto? —quería saber yo.

—Han subido las tarifas —respondía.

Y esa vez, cuando Lucinda se ofrecía a pagarme el billete, le decía que no.

Me leí los dos ejemplares de *Ebony*.

Paciencia, me dije al terminar otra mañana sin haber visto nada. Paciencia. Al fin y al cabo, cuánta había demostrado Lucinda conmigo. Todos aquellos almuerzos amistosos y aquellas cenas románticas que había tenido que soportar para conseguir llevarme hasta aquella habitación. Si ella había podido, también podía yo.

Gracias a *Popular Mechanics* me enteré de los principios básicos de la instalación de tuberías de agua caliente, de qué llave inglesa había sido elegida herramienta con mejor relación calidad-precio, de cómo alicatar un suelo o de cuáles eran los mejores materiales para formar un techo.

Un día, por la tarde, llamé a Barry Lenge desde la habitación para ver cómo iba la investigación. Para no perder el contacto con el «mundo real». ¿No era así como llamaban los soldados de infantería de Vietnam al mundo que habían dejado atrás, al que existía muy lejos del frente? Y ahí precisamente estaba yo en aquel momento: en primera línea, montando guardia para detectar cualquier posible incursión enemiga. La referencia militar tenía mucho sentido. ¿No había empezado a hacer ejercicio todas las mañanas? Flexiones, abdominales, saltos a la comba, isometría: de todo. Así, cuando Vasquez volviese a decirme que había sido buen chico le demostraría lo bueno que era de verdad.

Y otra cosa: aún tenía la pistola de Winston. La guardaba en la habitación mil doscientos siete, envuelta en una toalla y oculta tras el radiador del baño.

Mientras, en el mundo real, Barry Lenge descolgó el teléfono y me dijo que llamarle no tenía ningún sentido. La investigación seguía su curso, poco a poco, poniendo los puntos sobre las íes con detalle. Aun así, podía decirme que las cosas no tenían muy buen aspecto. Debería haber aceptado su oferta, eso desde luego. Ya me llamaría muy pronto.

Le agradecí que me hubiera atendido.

Entonces llamé al buzón de voz del móvil y me encontré un mensaje de Deanna: «Te ha llamado un tal inspector Palumbo. Ha dicho que era importante. Le he contestado que estabas de viaje.»

Se me acababa el tiempo.

Lo sabía. Y no sólo a mí, sino a Sam Griffen. A los dos. Eso sí a él no se le había acabado ya.

Era viernes por la mañana.

Estaba hojeando el *U.S. News & World Report* atrasado cuyo titular de portada rezaba «Enfrentamiento en el condado de Palm Beach».

De vez en cuando el recepcionista y el botones me miraban de arriba abajo, me echaban un buen vistazo, sin decir palabra.

Se trataba de uno de esos hoteles a los que iba la gente que no tenía adonde ir, de modo que nadie daba por sentado que tuviéramos que salir a ningún sitio ni hacer nada. Allí uno podía perder el tiempo sin intromisiones, pasarse el día en el sofá y leer revistas atrasadas hasta decir basta.

«Gore confía en conseguir la victoria al final», informaba la revista con solemnidad.

Cuando volví a levantar la vista el botones se había multiplicado. Había ido alguien a ayudarlo durante la hora punta de la tarde; un negro vestido también con un uniforme verde, sin ninguna característica especial, estaba apoyado en el mostrador, hablando con él.

Me había dejado el móvil arriba y quería llamar a Anna. Me levanté y me dirigí hacia el ascensor. El botones me hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y el negro que estaba hablando con él se detuvo momentáneamente y después prosiguió con la conversación.

Me quedé pensando que conocía a aquel botones negro, que debía de haberlo visto hacía meses, al subir a aquel mismo ascensor con Lucinda. Se abrieron las puertas; entré y apreté el botón del duodécimo piso. Salí una vez en mi planta, tarareé una canción cuya letra no recordaba, abrí la puerta de mi habitación y me metí dentro. Y entonces me di cuenta de que me había equivocado, de que no, no había sido aquel día cuando le había visto.

Regresé hasta el ascensor y bajé al vestíbulo.

El negro seguía soltándole su rollo al jefe de botones. Me daba la espalda, así que no podía comprobar si estaba en lo cierto.

«¿Te llaman Chuck?»

Me acerqué a la recepción dando un rodeo, mirando de lado todo el rato, aguantando la respiración mientras el rostro de aquel hombre entraba poco a poco en mi campo de visión, el cuarto de luna se convertía en media luna y sus rasgos empezaban a ocupar su sitio.

«Si fueras colega mío, te llamaríamos así.»

Lo recordaba. Había sido aquel día, mientras esperaba en la esquina de... ¿la calle Ocho con la avenida C? Estaba aguardando a Vasquez en Alphabet City, pero el que se había presentado no había sido Vasquez, sino otra persona. En realidad, se me había tirado encima y me había dicho por qué no miraba por dónde iba.

Ya veía tres cuartos de la cara y empezaban a sudarme las manos. Me sentía mareado. Era él.

Sí, sin duda.

El negro que me había empujado contra la pared del callejón para cachearme, en aquel sitio en que olía a chucrut y a brillantina.

Me di la vuelta enseguida, me quedé ante el recepcionista, que puso cara de estar esperando una pregunta. Y la pregunta que había que hacerse era, claro: «¿Charles es espabilado?» Sí, mucho. O al menos más que siete meses antes.

Y, aunque fuera tonto, los tontos también se salían a veces con la suya.

Y es que por una vez iba por delante de ellos.

Sabía cómo lo hacían.

Sabía dónde iban a dar el próximo golpe.

DESCARRILADO TREINTA Y SIETE

Me había comprado unas gafas de sol en el Vision Hut de la calle Cuarenta y ocho. Estaba bastante seguro de que el negro no me había reconocido aquel día, que no había relacionado al tío de la barba con pinta de desnutrido que había visto sentado en el vestíbulo con el hombre al que había llevado hasta aquel callejón de Alphabet City. Aun así, tomar precauciones no estaba de más. Me dio tiempo de hacer cincuenta y dos flexiones y setenta y cinco abdominales antes de las siete de la mañana.

Al bajar, me acerqué a la mesa del botones y saludé al jefe.

—Hola —me contestó.

—¿Qué? Hoy no hay demasiado trabajo, ¿eh?

—Pues no.

A partir de ahí ya no tenía mucho más que decirle.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí?

Un buen conversador siempre debe preguntar a los demás por sus vidas. El botones me miró con cierto recelo. Le eché unos cuarenta o cuarenta y cinco años. Tenía el pelo grasiento y peinado con tupé, un estilo que había pasado de moda hacía cuarenta años.

—Bastante —respondió.

—¿Tiene algún día libre?

—¿Por qué?

—¿Cómo dice?

—Que por qué quiere saber si tengo algún día libre.

—Pues no sé. Estaba charlando un poco, sin más.

Esa era, al menos, mi intención.

—Ah, vale, ya.

—¿Eh? —me sorprendí.

—¿Cómo la quiere? ¿La quiere blanca, negra, hispana...? ¿Qué?

—¿Perdone?

—¿Está buscando a una chica o no?

Me sonrojé.

—No. Sólo... Sólo quería hablar.

—Ya —contestó el botones—. Muy bien.

Al parecer, en aquel hotel el jefe de botones se encargaba de muchas cosas además de subir las maletas.

—¿Es usted el único botones? —pregunté, en un intento de conducir la conversación hacia el terreno que me interesaba.

—¿Por qué?

—Pues por saber si...

—¿Exactamente qué quiere, amigo? —Me pareció enfadado—. Si tiene alguna historia con Dexter hable con él, ¿vale?

Dexter. Así se llamaba: Dexter.

—¿Cuándo trabaja... Dexter?

El jefe de botones se encogió de hombros.

—Los miércoles y los viernes.

—Ah.

—¿Quiere que le lleve las maletas a algún lado?

—¿Las maletas? No.

—Ya. Pues, mire, yo soy el jefe de botones. Si no quiere que le lleve las maletas a ningún sitio...

Estaba diciéndome que me callara. Me retiré al sofá, donde me quedé unos treinta minutos más, hasta la hora de comer.

Unos días después, al volver de la carrera de las siete de la mañana, vi a Dexter tras la mesa de los botones.

Me senté en el sofá del vestíbulo y con las manos temblorosas le quité la tapa al vaso de café que me había comprado.

Tenía miedo de que me reconociera y volvía a estar algo asustado; con aquellas gafas de sol enormes podía parecer un hombre peligroso, pero el aspecto no significaba nada. Por ejemplo, Dexter parecía más o menos inofensivo mientras leía una revista ataviado con su uniforme verde claro, un tío que incluso sería capaz de ayudar a alguien a llevar las maletas si se lo pedía bien. No tenía pinta de alguien capaz de estamparte contra la pared en un callejón y reírse cuando recibías un puñetazo en el estómago.

Sentí un leve dolor en esa zona, el vestigio del golpazo que me habían arreado. Quizá mi cuerpo me estuviese enviando un mensaje. «¿Charles? —me decía—, ¿te acuerdas de lo mucho que te dolió? Te pusiste a llorar. No podías ni respirar. ¿No te acuerdas?»

Lo recordaba perfectamente.

Las manos me temblaban también por otro motivo.

«Los miércoles y los viernes», me había contestado el botones cuando le había preguntado por los días de trabajo de Dexter.

Y era martes.

DESCARRILADO TREINTA Y OCHO

Saqué la pistola de detrás del radiador. Estaba caliente. Sólo quería comprobar que

siguiera en su sitio, que no hubiera desaparecido, que no se hubiera caído por el agujero de la pared del baño o la hubiera robado la camarera.

La sostuve como si se tratara de un rosario: con ella podía hacer realidad mi mayor deseo.

Volví a ponerla en el hueco.

Al salir del ascensor, en la planta baja, vi a Dexter sentado tras la mesa del jefe de botones con la cabeza entre las manos.

Me pareció que estaba leyendo una revista de mujeres culturistas.

Me acerqué poco a poco a la recepción y examiné con detenimiento un montón de folletos turísticos viejos. «Dé la vuelta a Manhattan en barco», decía uno. «Recorridos por Broadway.» Todo lo que los neoyorquinos no llegaban a hacer nunca.

Esa mañana el vestíbulo estaba bastante tranquilo. Había un matrimonio que esperaba un taxi; a cada minuto, más o menos, él sacaba la cabeza por la puerta de la calle y anunciaba que aún no había ninguno. Su esposa asentía y decía que iban a llegar tarde. El marido le contestaba: «Y tú que lo digas.» Cuando dos minutos después él repetía que no había aparecido ningún taxi, su mujer le tomaba la palabra y, sí, lo decía. Desde luego que se lo decía.

El tío de la chaqueta de la Universidad de Oklahoma al que había visto en el ascensor estaba quejándose al recepcionista de que no había Biblia en su habitación, como era de recibo en cualquier hotel estadounidense.

—Está bromeando, ¿no? —le contestaba el recepcionista.

Justo a la izquierda de los ascensores había un ancianito encorvado sobre el andador. Quizá se movía, pero de ser así lo hacía a tan poca velocidad que el ojo humano era incapaz de apreciarlo.

Agradecí la compañía.

Costaba imaginarse que fuera a pasarte nada realmente malo mientras a tu lado un anciano arrastraba los pies con la ayuda de un andador y alguien más se quejaba de la falta de Biblia en su cuarto.

Dexter me miró directamente y me preguntó la hora.

—Las ocho en punto —contesté.

Y entonces me puse tenso, a la espera de que me reconociera.

«Eh, un momento, yo te conozco... ¿Qué coño haces aquí?»

Pero no. Volvió a concentrarse en la revista.

Al parecer el viejecito no sólo tenía problemas en las piernas sino que sufría una especie de enfisema; resollaba y suspiraba a cada milímetro que avanzaba.

Una mujer que llevaba tacones de quince centímetros y que no tenía el más mínimo problema en las piernas entró pavoneándose en el vestíbulo con un tío gordito y bajito vestido con un traje barato.

Pasó junto al mostrador de recepción y, sin llegar a detenerse, agarró una llave que el recepcionista ya le había dejado colocada.

—Venga, cariño —le dijo al gordito—. Venga.

El pobre hombre no apartaba la vista de la moqueta desgastada del vestíbulo.

Se quedó así hasta que se abrió el ascensor, que había acudido a rescatarlo.

Entraron dos parejas jóvenes con maletas y preguntaron cuánto costaba una habitación, pero las dos mujeres (chicas, en realidad) se pasaron todo el rato escudriñando el vestíbulo con mala cara. Miraron al viejo como si fuera por ahí desnudo. Tampoco les hizo mucha gracia mi aspecto.

Oí que susurraban algo a sus novios, que parecían interesados en quedarse (el precio no estaba mal, ¿verdad?), pero ganaron ellas.

Los chicos se encogieron de hombros, dijeron que no, gracias, y los cuatro se marcharon.

—El mes que viene... es mi... cumpleaños —decía el viejo del andador.

Había logrado llegar hasta mí. Me acordé de un juego de la infancia que se llamaba «luz roja, luz verde». El objetivo era acercarse hasta alguien a hurtadillas, sin que te viera. El que «pillaba» tenía que cerrar los ojos y decir: «Luz roja, luz verde, uno, dos, tres», y luego volverse de prisa para pescar a los demás mientras avanzaban. Pillar en ese juego no era nada divertido, más bien inquietante. Tenías a alguien a seis metros de ti y después, cuando te volvías, estaba a poco más de un metro. Con el viejo pasaba lo mismo. Cada vez que lo miraba parecía totalmente inmóvil, pero, sin yo saber cómo, había llegado a colocarse junto a mi hombro derecho.

—Ochenta y... tres —añadió. Tenía que detenerse cada dos o tres palabras para llenar los pulmones con el aire necesario para seguir. En Las Vegas se habrían hecho apuestas muy atractivas sobre las posibilidades que tenía de llegar a los ochenta y cuatro.

—Felicidades —le deseé.

—Vivo aquí... desde hace... veinte años —me informó entre jadeos.

Supuse que sería más o menos por esa época cuando el hotel había iniciado su imparable declive.

—Bueno, pues buena suerte.

Por lo general me costaba hablar con la gente mayor. Acababa moviendo mucho las manos y tratándoles con condescendencia, como si fueran extranjeros. Sin embargo, aquella mañana hablar con alguien era mejor que no hablar en absoluto. Y es que se habían apoderado de mí dos miedos terribles. El primero, que Lucinda, Vasquez y Dexter ya hubieran robado y apaleado al señor Griffen. El segundo, que aún no lo hubieran hecho.

—Gracias —contestó el viejo.

Tenía ganas de ir al lavabo. Los nervios. Hacía una hora que quería ir, pero me repetía que no podía dejar mi puesto de vigilancia. Había llegado un momento en que no podía evitarlo. Fui hasta el ascensor y apreté el botón.

Se abrieron las puertas con un fuerte suspiro. Apreté el doce. Di saltitos.

—Venga... Venga...

Intentaba obligar mentalmente a las puertas del ascensor a cerrarse. Por fin empezaron a juntarse y el vestíbulo del hotel fue haciéndose más estrecho ante mis ojos, poco a poco, y fue quedando cada vez más reducido hasta que hubo casi desaparecido, hasta que sólo quedó una ranura por la que mirar. Tendría unos veinticinco centímetros. No más.

Pero bastaba para ver a Lucinda y a Sam Griffen entrar en el hotel.

DESCARRILADO TREINTA Y NUEVE

Era lo que me había llevado hasta allí.

Aunque tuviera ganas de gritar: «¡No, hoy no!»

Aunque no estuviera preparado.

Conseguí llegar hasta el duodécimo piso sin desmayarme. Hasta allí, todo bien. Conseguí llegar hasta mi habitación sin que nadie me atacara. Estaba lanzado. Me puse a dar vueltas, de un lado a otro, como los felinos del zoo del Bronx, aunque lo cierto es que me parecía más al león de *El mago de Oz*, el que buscaba valor.

Pero no, yo lo tenía, ¿verdad? ¿Dónde lo había puesto? En algún lado tenía que estar. Sí, claro. El valor estaba escondido detrás del radiador del baño, envuelto en una toalla. Entré y lo saqué. Desenrollé la toalla y lo sopesé en la mano.

Levanté la vista y en el espejo vi a un ciego que me miraba. Un ciego armado.

Salí de la habitación, pero bajé por la escalera, que estaba oscura. Desde allí podría mirar antes de salir al vestíbulo. Me guardé la pistola en el bolsillo.

Por la escalera había tiras de un material que me pareció amianto que colgaban de las paredes; las ratas correteaban por los rincones oscuros de los descansillos. Cuando llegué a la planta baja, abrí la puerta lentamente, lo suficiente para ver lo que sucedía al otro lado. Pero no había nada que ver. Lucinda y Sam habían desaparecido.

Salí al vestíbulo. Dexter seguía detrás de su mesa, pero parecía que acababa de llegar, quizá porque se le veía inquieto, como si le preocuparan las propinas.

Empecé a andar, aunque no notaba el suelo.

—Perdone —le dije—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—¿Qué?

—Esa mujer que ha entrado...

—¿Sí? ¿Qué mujer?

—La que acaba de entrar con ese señor. Hace nada. Morena. Muy guapa. Me parece que la conozco.

—Bueno, es que tengo curiosidad por saber si es ella. ¿Cómo se llama?

Me miró como si acabara de pedirle el teléfono de su mujer o las medidas exactas de su polla.

—No puedo darle esa información —repuso adustamente.

—Bueno, pues dígame en qué habitación está y la llamo.

—Primero tiene que decirme su nombre.

—¿Lucinda?

El recepcionista bajó la vista y miró el registro.

—Pues no.

—¿Y el de él? Sam Griffen.

—Pues tampoco.

Por un segundo estuve a punto de pedirle que lo comprobase otra vez y, si seguía diciendo «pues no», de llamarle mentiroso. Era evidente que se trataba de Sam Griffen. Y entonces me di cuenta de que el mentiroso no era el recepcionista.

Sam Griffen no se habría registrado con su propio nombre.

—Da igual —dije, y me fui hasta la puerta de cristal. Me quedé mirando la acera, iluminada por el sol.

«Ese es el sistema —me dije—. Dexter sabe el número del cuarto con antelación. Lucinda elige el hotel.

Vasquez, que sabe por ella cuándo va a ser, se entera a través de Dexter de dónde va a ser. El número exacto de la habitación. Así puede esperarles en las escaleras. A Dexter deben de untarlo. Sí, seguramente le dan algo cada vez para que mantenga la boca cerrada. Trabaja los miércoles y los viernes, pero a veces también los martes, si Vasquez se lo ordena.»

Volví a la recepción. Dexter seguía leyendo la revista.

Necesitaba el número de la habitación.

—Perdone.

—¿Sí?

Me apoyé en el mostrador y me incliné hacia él para susurrarle:

—La mujer de la que le he hablado... es mi esposa.

—¿Qué?

—La he estado esperando, a ver si venía por aquí. ¿Me entiende?

Sí, me entendía. Era recepcionista de hotel y lo comprendía perfectamente. Aún así, estaba decidido a no soltar prenda.

—No puedo dar los números de las habitaciones.

—A lo mejor sí que puede, a cambio de cien dólares.

Sin embargo, y aunque titubeó, se relamió el labio inferior y echó un vistazo por el vestíbulo quizá para ver si alguien nos escuchaba, siguió en sus trece.

Yo llevaba unos doscientos ochenta dólares en la cartera.

—Doscientos ochenta dólares —murmuré, y luego, cuando vi que seguía callado, añadí—: Y no le diré a nadie que busca putas para los clientes.

Se puso colorado. Intentó decir algo. Me miró de arriba abajo. «A ver si este tío va a meterme en un buen lío...»

—De acuerdo —susurró.

—Por doscientos ochenta dólares también quiero la llave.

—Habitación ochocientos siete —dijo.

Cuando le pasé el dinero por el mostrador deslizó la llave hacia mí.

DESCARRILADO CUARENTA

Subí por las escaleras.

Algo había cambiado: había alguien más.

Al principio no lo oí. Iba demasiado concentrado en el simple acto de subir los escalones. Ponía un pie detrás del otro y por alguna extraña razón era muy consciente de mi respiración fatigosa. Me dio la impresión de que hacía el mismo ruido que el viejecito del vestíbulo, como si ya tuviera un pie en el otro barrio.

Y entonces lo oí, entonces me di cuenta de que había alguien más.

Debía de estar varios pisos por encima y quizá borracho, porque, fuera quien fuere, iba dando tumbos y de vez en cuando soltaba palabrotas.

En español.

Supuse que Lucinda y el señor Griffen ya debían de haber entrado en la habitación. Ella estaría desnudándose recatadamente, dándole la espalda al señor Griffen al quitarse el vestido y las medias. Y él debía de estar dando gracias a Dios por su benevolencia.

¿Y Vasquez? Vasquez debía de estar acechando en la escalera, ante la salida que quedaba frente a la habitación.

Saqué la pistola del bolsillo, respiré hondo un par de veces y seguí subiendo.

Al doblar la esquina entre el séptimo piso y el octavo topé con él, apoyado contra la puerta del pasillo, jadeando y sudoroso.

—¿Y tú quién eres? —preguntó tras volverse para ver quién subía por las escaleras. Me pareció que estaba emporrado.

—Charles Schine —contesté.

—¿Eh?

—Necesito que me devuelvas el préstamo.

—Esta habitación está ocupada.

Fueron las primeras palabras que salieron de boca de Sam Griffen.

Yo había abierto la puerta de la habitación ochocientos siete con mucho cuidado, sirviéndome de la llave que me había agenciado, sin dejar de apuntar a Vasquez con la pistola. Me aseguré de que entraba él primero.

La frase de Sam iba dirigida a Vasquez, pero cuando me vio detrás de éste con un arma, su expresión pasó del fastidio al terror.

—¿Qué...? ¿Quién es usted? —preguntó.

—¡Charles!

Lucinda respondió por mí. Estaba tumbada en la cama, vestida con un tanga negro de encaje. O desvestida con un tanga negro de encaje. Era evidente que ya había empezado su espectáculo personal.

Allí estábamos los cuatro: un Sam Griffen horrorizado con sus calzoncillos azul claro, Lucinda con su tanga negro, Vasquez con un chándal de velvetón verde turquesa y yo con mis gafas de sol y mi pistola.

—Hola, Lucinda —dije.

Se me hacía raro empuñar un arma de aquella forma, apuntar con ella a la gente que me había estafado más de cien mil dólares, primero a éste y luego a ella, y vuelta al primero. Hacía que me sintiese poderoso, como si se tratara de un apéndice, como si la mano tuviera de repente poderes mitológicos, como si pudiera lanzar rayos. Todos tenían miedo de la pistola, incluido el señor Griffen.

—Oiga —intervino el señor Griffen con voz temblorosa—, puede quedarse con todo mi dinero.

«Puede quedarse con todo mi dinero.» ¿No era eso lo que le había dicho yo a Vasquez aquel día?

—No quiero tu dinero —repuse—. Pero ella sí.

—¿Qué?

—Que ella va detrás de tu dinero.

Además de aterrado, el señor Griffen parecía confuso. Me dio lástima. Sentí compasión por alguien que estaba a punto de enfrentarse a la misma sorpresa y a la misma desilusión por las que había pasado yo.

—No lo entiendo. ¿Quién es usted?

—Eso da igual.

—Mire, yo no quiero líos —insistió el señor Griffen.

—Estaban a punto de sacarte hasta el último dólar —le expliqué—. Ya estás metido en un lío.

—Pero ¿qué dices? —intervino Lucinda—. Sam y yo nos hemos enamorado. Nos...

—Os conocisteis en el tren, ¿verdad, Sam?

Asintió.

—Por accidente, seguramente —proseguí—. Cosas del destino. Lo comprendo. Hablasteis de todo un poco. Era guapa, encantadora, te prestaba atención, y te parecía increíble que se sintiera tan atraída por ti. Era algo inconcebible, imposible. ¿A que sí, Sam?

Aún parecía asustado de mí, pero al menos me escuchaba.

—Hazte una pregunta —continué—. ¿No sería de verdad increíble? Pregúntate si alguna vez te dijo dónde vivía. ¿No lo hizo, verdad? No te dio la dirección, Sam. ¿Y alguna vez se encontró con alguien en el tren, con algún amigo o algún vecino? Casi todo el mundo conoce a alguien en el tren, ¿no? Al menos a una persona...

—Es un chalado que me persigue, Sam —contraatacó Lucinda—. Una vez tuvimos un lío, antes de conocerte. Tiene celos. Está trastornado.

Me dije que al menos se merecía respeto por haberlo intentado. Era muy buena: aun en plena desesperación había decidido probar algo.

Vasquez se había movido un poco. Desde luego estaba más cerca de mí. Estaba jugando a luz roja, luz verde conmigo.

—Aléjate —le ordené—. Da un buen paso hacia atrás.

Le apunté con la pistola y retrocedió.

—No sé quién es este chiflado de mierda —le dijo al señor Griffen. Estaba siguiéndole la corriente a Lucinda. Había visto por dónde quería tirar ella y le seguía el juego—. Yo pasaba por delante de la habitación, tío, y este cabrón me ha saltado encima con una pistola.

Sam tenía algo de tripa y unos brazos delgaduchos surcados de venas azuladas que había cruzado sobre el pecho lampiño, en un esfuerzo por contener las lágrimas. Estaba claro que no sabía a quién creer, e incluso a esas alturas le daba igual. Lo que quería era largarse de allí.

—Escúchame, Sam. ¿A qué se dedica? ¿Te ha dicho dónde trabaja?

—Es agente de seguros —contestó, pero no muy convencido.

—¿Para qué compañía, Sam?

—Mutual of Omaha.

—¿Por qué no los llamamos, Sam? Ahí mismo hay un teléfono. ¿Por qué no llamas a Mutual of Omaha y preguntas por ella? Venga, hombre, hazlo.

Sam miró el teléfono de la mesilla de noche, junto a la cama. Lucinda también.

—¿Te ha enseñado la foto de su hijita, Sam? ¿De esa niña tan mona del columpio? ¿La foto que tú mismo puedes conseguir en cualquier papelería?

—Tenemos que reducir a este chalado —intervino Vasquez—. Ha perdido la chaveta, el muy cabrón. Va a matarnos a tiros. ¿Qué dices, Sam?

Sam no decía nada. Estaba desesperado. Seguía confundido, pero la lógica empezaba a hacer efecto. Sí, era verdad que lo de Lucinda le había parecido increíble. Quizás en el

fondo sabía desde el principio que era demasiado guapa, demasiado inteligente y demasiado fácil.

—Todo lo que te ha contado es mentira, Sam. Todo. Te han tendido una trampa. ¿Me comprendes? Iban a darte una sorpresita. Al salir de la habitación, el amigo Vasquez, aquí presente, pensaba arrojar sobre ti en el pasillo. Iba a robarte. Iba a violarla a ella. O no, no podría considerarse una violación porque ella se dejaría. Están conchabados.

Vasquez se había acercado un poco más.

—No entiendo qué tiene que ver una violación... —decía el señor Griffen.

—La violación sirve para dar credibilidad al asunto, Sam. Y para que te sientas culpable por no haberlo evitado, por no haberla protegido. Así, cuando empezara a hacerte chantaje (a los dos, a ti y a Lucinda, o como quiera que se haga llamar ahora), cuando te pidiera un prestamito y luego otro préstamo ya sin diminutivo, pagarías. Y eso aunque comenzaras a tener dudas, aunque comenzaras a pensar en contárselo todo a tu mujer. Y es que aún quedaría el marido, ¿verdad? Y ella te diría que no, te rogaría que no lo hicieras, porque sería impensable que su marido se enterase, que supiera lo tuyo y lo de la violación. Y en realidad no tiene marido, Sam.

El señor Griffen ya me creía. Quizá no del todo, pero sí lo suficiente.

—¿Puedo... irme? —pidió—. ¿Puedo largarme de aquí?

—¿Eres idiota o qué? —le soltó Vasquez—. ¿Te largas y nos dejas aquí con este chalado de mierda?

—Oiga —insistió Sam—, yo sólo quiero irme a mi casa. No sé a qué viene todo esto, y me da igual. En serio. Yo sólo quiero... Deje que me vaya, ¿vale?

Vásquez se metió la mano en el bolsillo, la sacó y le pegó en la boca con algo negro. Sam se derrumbó. Fue rapidísimo. De su labio empezó a manar sangre.

Otra pistola.

Yo lo había hecho todo más o menos bien hasta el momento. Me había agenciado la llave y había sorprendido a Vasquez. Había conseguido entrar en la habitación. Estaba a punto de recuperar mi dinero, aunque en mi plan no acabara de quedar del todo claro con qué sistema iba a recuperarlo. Quizá reteniendo a Lucinda a punta de pistola hasta que Vasquez regresara con él, quizá yendo a buscarlo todos juntos. Pero había cometido un error. Me había olvidado de que los Vasquez de este mundo van armados. No lo había registrado, ni cacheado, ni le había exigido que arrojase la pistola al suelo. Por unos pocos segundos aún hubo esperanza. Seguía teniendo ventaja. Vasquez estaba armado y Sam en el suelo y sangrando, pero yo aún era el único de aquella habitación que apuntaba a alguien.

Me di cuenta de que Vasquez estaba pensando que una cosa era sacarle una pistola a alguien y otra muy distinta apretar el gatillo. No me creía capaz.

Pero no había tenido una cosa en cuenta. Dicen que el dinero lo puede todo, pero en realidad, en el fondo, deberían decir eso de la desesperación, que era lo que había igualado el terreno de juego.

Apreté el gatillo.

No pasó nada.

En el milisegundo en que Vasquez tardó en darse cuenta de su buena fortuna, en empezar a levantar la mano que aferraba la pistola, comprendí por qué no había sucedido nada.

Me había olvidado de quitar el seguro.

Me lancé sobre Vasquez, aprovechando la única ventaja que me quedaba: el factor sorpresa.

Con el asalto conseguí que abriera la mano y soltara la pistola, que salió disparada y se deslizó debajo de la cama. Estábamos más o menos en igualdad de condiciones.

Quizás incluso le llevaba la delantera, porque había la posibilidad de que mi desesperación fuera aún más terrible que la de él. Yo no tenía demasiado que perder. El inspector Palumbo no tardaría en volver y, aunque no fuera así, Barry Lenge sí que daría señales de vida. De modo pues que la desesperación era mi aliada. Y además Vasquez estaba raro. Borracho, fumado o algo así.

La sorpresa inicial del contacto físico le había dejado sin respiración, pero enseguida se recuperó y luchó por deshacerse de mí. Sin embargo, parecía un peso pesado en el duodécimo asalto, después de recibir una paliza, aletargado y con las piernas flojas. Eso me dio valor.

De reojo veía a Sam, que estaba de rodillas y se miraba la mano, manchada de sangre porque acababa de tocarse la boca. Estaba aturdido.

—Hijo de... puta... —masculló Vasquez, resoplando tras el esfuerzo que le había supuesto tratar de quitarme de encima sin demasiado éxito. Lo tenía bien aferrado con ambos brazos y no lo soltaba.

Tambaleándose, fue a dar contra la pared. Era como un animal que intentara soltarse de algo que se le había pegado a la espalda y tratara de frotársela contra el tronco más cercano, en este caso la pared más cercana.

Me agarré con fuerza a pesar del batacazo que me di contra el tabique, como consecuencia del cual se descolgó una reproducción amarillenta y mis gafas de sol salieron volando y fueron a estrellarse contra el suelo.

Entonces caímos al suelo produciendo un estruendo enorme. De repente noté el olor de Vasquez, la peste a ajo, tabaco y huevos, fritos. La moqueta era tan fina que me dio la impresión de estar rodando por el cemento de un patio de colegio. Y por primera vez me sentí totalmente convencido de que la victoria era mía. Le había pasado el brazo derecho por el cuello y estaba apretando con todas mis fuerzas, como si me fuera la vida en ello. Me iba más: al menos ciento diez mil dólares.

Vasquez estaba farfullando algo y me di cuenta de que era capaz de matarlo, si resultaba necesario.

Hizo un último esfuerzo por liberarse, pero tenía un brazo atrapado entre el suelo y mi cuerpo, y el otro se lo había agarrado con fuerza, así que, aunque se lanzó hacia delante con un aparatoso movimiento, no logró soltarse.

Se derrumbó. Sentí que le abandonaban las fuerzas, al menos las que el alcohol o las drogas aún no habían minado.

No lo había matado, pero había logrado vencerlo.

La victoria era mía.

Tenía un par de zapatos a la altura de los ojos. Al principio creí que correspondían a Sam, pero Sam estaba en el extremo opuesto de la habitación, echando sangre en las manos.

De manera que levanté la vista.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Dexter—. Pero si es mi amigo Chuck.

DESCARRILADO CUARENTA Y UNO

Dexter se había colado en la habitación durante la pelea.

Mientras rodábamos por el suelo, ninguno había oído abrirse la puerta.

Recogió mi pistola, quitó el seguro con un toque del pulgar y me pegó el cañón a la cabeza.

Me dejaron atado y amordazado. Me sujetaron las manos a la espalda con mi propio cinturón. Me quitaron los zapatos, y también los calcetines, y me metieron uno, sudoroso, en la boca.

Hicieron lo mismo con Sam, que se resistió hasta que Vasquez le dio una patada en la cabeza.

Me llegó el olor de su sangre.

Era casi dulce, pero, como sabía de dónde procedía, su dulzura me resultaba nauseabunda.

Eso constituía un problema, porque me entraron ganas de vomitar y la idea de hacerlo con el calcetín embutido en la boca me aterraba, cuando lo que quería era mantener la calma.

Pero mantenerla no resultaba tan fácil como querer mantenerla.

No podía evitar pensar, por ejemplo qué pretendían hacer con Sam y conmigo. Tenía la firme impresión de que ni siquiera lo sabían.

Estaban algo perdidos. No dejaban de susurrarse y murmurarse cosas, a veces en español y a veces no.

—Tenemos que hacer algo —decía Lucinda.

Yo había estudiado español durante un año en el instituto, pero la única palabra que recordaba era «gracias». Aun así, intuía su confusión.

Oí fragmentos de algo que Vasquez le dijo a Lucinda en inglés:

—Luego... podemos irnos... Miami y...

Tenía lógica. Al fin y al cabo, Sam ya no les servía para nada. La que iba a ser su gallina de los huevos de oro había quedado maltrecha, sin posibilidad de recuperación. Después de todo el tiempo y el esfuerzo que había costado llevarlo hasta allí, no le habían sacado nada.

Estaban enfadados, y con razón. No les había hecho ninguna gracia mi aparición estelar. Por mi culpa las cosas se les habían torcido. Por mi culpa. Lo había echado todo a perder y les había dejado entre manos un problema con el que no contaban. Sus armas eran, al fin y al cabo, el miedo y el engaño, y yo se las había desbaratado.

¿Qué quedaba, pues?

—Gilipollas de mierda... —Vasquez estaba sentado en la cama con las manos apoyadas en las rodillas. Se dirigía a mí—. Ya te había dicho que no volvieras a hacerme putadas como ésta. Te había dicho que te volvieras a Long Island y que te quedaras allí, ¿verdad? La otra vez lo que perdiste fue dinero, cabrón. Dinero. Tendrías que haber dado gracias a Dios. ¿Y ahora qué coño vas a hacer? ¿Eh?

Quizá rezar.

No sólo me asustaban sus palabras. Eso no era lo único que me indicaba que más me valía que empezase a rezar: lo peor era que el propio Vasquez parecía asustado de pronunciarlas. «¿Y ahora qué coño vas a hacer? ¿Eh?» Como si fuera una simple pregunta que se habían formulado y al final hubieran encontrado una respuesta que no

les gustaba. Cuando la gente que da miedo empieza a hablar con miedo lo mejor que puede uno hacer es asustarse mucho.

Se metieron en el baño los tres a la vez. Uno de ellos (me pareció que era Dexter) se negaba a hacer algo. Hablaba más alto que los demás.

Cuando salieron, Dexter tenía cara de pocos amigos. Daba la impresión de que había perdido.

Se fue con Vasquez a alguna parte.

—Diez minutos —escuché que le susurraba éste a Lucinda— y luego nos vamos a... la Pequeña Habana... Mi primo...

Los dos hombres salieron de la habitación.

Y así nos quedamos los tres: Sam, Lucinda y yo.

—¿Qué vais a hacernos? —preguntó Sam a pesar del calcetín que tenía metido en la boca.

Lucinda no contestó.

—No diré nada —insistió él—. Si me soltáis, no diré nada. Lo prometo. Por favor...

Lucinda seguía sin pronunciar palabra. Quizá le habían ordenado que estuviera callada, que no confraternizara con el enemigo. O quizá, tras meses de hablar con Sam Griffen constituyera un alivio no tener que decirle nada. O quizá supiera exactamente qué iban a hacernos y le pareciera mejor no contárnoslo.

—El calcetín... Me ahogo —decía Sam—. Por favor...

Lucinda reaccionó por fin, pero no con palabras. Se levantó y se acercó a Sam hasta quedar a unos tres pasos de él.

—Por favor —rogaba Sam—, sácamelo de la boca... Por favor... Me ahogo...

Ella bajó la mano para retirar el calcetín, y en cuando se la puso en la boca Sam se la mordió. Lucinda chilló.

Quizás el hombre se había hecho las mismas preguntas y había llegado a las mismas conclusiones que yo. Y así había decidido que no tenía nada que perder.

—¡Hijo de puta!

Lucinda le arreó una patada en un intento de soltarse de aquellos dientes, pero Sam la aferraba como un perro de presa, de esos amaestrados para atrapar a los ladrones y no dejarles escapar, aunque les pegaran un tiro. Lucinda gritaba y golpeaba a Sam en la cabeza con la mano libre, pero él seguía sin soltarla, consciente de que le iba la vida en ello.

Intenté acercarme, pero tuve que arrastrarme, porque tenía la manos atadas a la espalda. Avanzaba a trompicones. Quería ayudar a Sam, porque iba a suceder algo terrible. Estaba claro.

Para empezar, Lucinda había logrado soltarse. Por fin. Además, había levantado la pistola con la mano izquierda y empezaba a bajarla hacia la cabeza de Sam. Este tenía la boca ensangrentada, y al parecer la sangre de ambos se había mezclado.

Lucinda le pegó con la culata en la cara una vez. Y otra. Y otra más.

—Por favor —rogaba Sam—. Por favor. Soy padre... Tengo tres hijos.

La pistola seguía estrellándose contra sus pómulos, contra su nariz.

Él hablaba, supuse, con la esperanza de detenerla, de que dejara de destrozarle la cara, pero sólo servía para enfurecerla más.

—Tres hijos... Por favor... Soy padre de familia... —continuaba Sam, pero Lucinda no dejaba de pegarle con la culata, cada vez con más fuerza. Se oía el ruido del metal al estrellarse contra el hueso. Era como si Sam le pidiera que le pegara y ella simplemente se dedicara a satisfacer sus deseos.

Yo había logrado acercarme veinte, veinticinco, treinta centímetros, cuando por fin me di cuenta de que ya todo era inútil.

Ya no servía de nada.

Sam estaba muerto.

Vasquez y Dexter regresaron.

El segundo llevaba dos bolsas de basura industriales, de las grandes y resistentes, de las que tenían capacidad suficiente para meter en ellos todas las hojas caídas de un jardín.

O un cadáver.

Quizá por eso, al ver que Sam estaba muerto, al darle Vasquez una leve patada y comprobar que no volvería a moverse, nadie se alteró demasiado.

—Me ha mordido.

Eso fue todo lo que dijo Lucinda, y Vázquez asintió. Luego fue hasta la cama, agarró una almohada y dijo:

—Felices sueños.

«Tiene una pistola, pero no puede arriesgarse a que alguien la oiga», me dije.

Iban a asfixiarme.

Mientras Lucinda asesinaba a Sam me había dedicado a algo. Mientras se levantaba e iba al lavabo a limpiarse la sangre de las manos. Mientras Sam seguía allí tirado sin respirar. Había recordado algo. Dexter había recogido mi pistola al entrar y se la había dado a Lucinda al irse.

Pero había otra pistola.

La de Vasquez. ¿Dónde estaba?

Debajo de la cama. Allí había ido a parar cuando yo lo había obligado a soltarla.

Debía de estar a metro y medio de mí. No más.

Iban a asfixiarme.

Estaba acercándome a ella.

Y eso no era todo. Había empezado a comprobar la calidad del nudo que había hecho Dexter con mi cinturón. No estaba pensado para servir de cuerda; no era lo bastante flexible para hacer un buen nudo. Estaba cediendo.

Iban a asfixiarme.

Para cuando Vasquez y Dexter regresaron a la habitación, ya había formado un hueco en el nudo. Y estaba a medio metro de la pistola de Vasquez.

Desde allí podía agarrarla, si conseguía soltarme.

—Buenas noches —me deseó Vasquez.

No revives toda tu vida en un instante.

Me gustaría dejarlo bien claro.

Eso es lo que dicen que sucede cuando sabes que estás a punto de morir, pero no es cierto. Al menos en mi caso. No vi toda mi existencia como una película acelerada. Sólo reviví una escena.

Tenía siete años y había ido a la playa.

Estaba jugando en la orilla, distraído, y una ola traicionera me llevó. Cuando por fin me sacaron del agua, estaba amoratado y cianótico, y casi (el «casi» se lo debo a los cuidados de un socorrista primerizo) muerto. A partir de ese día sufrí un miedo terrible a morir ahogado. A partir de ese día, cuando tenía pesadillas en las que soñaba que moría siempre era así, por falta de aire en los pulmones.

Y esa parte de mi vida fue la que reviví en aquel momento.

Antes de que Vasquez me tapara la boca con la almohada blanca, logré inspirar una buena cantidad de aire.

De niño tenía un juego que compartía con los amigos. Lo llamábamos «dejar de respirar». Se trataba de un juego al que me entregué con una devoción casi obsesiva tras aquel incidente de la playa, como si supiera que un día me salvaría la vida.

Era capaz de aguantar hasta tres minutos. Cuatro incluso.

¡Tiempo!

La almohada olía a sudor y a polvo. Empecé a hacer fuerza hacia arriba y hacia abajo con las manos para aflojar el nudo del cinturón.

Separé ambas muñecas todo lo que pude y después relajé los músculos. Hice fuerza otra vez y volví a relajar los músculos.

Era como un doloroso ejercicio gimnástico. Vasquez había caído sobre mí con todo su peso. Me costaba mover las manos.

Aun así continué haciendo fuerza. El cinturón me cortaba la carne como una cuchilla roma.

Era un proceso muy lento. Oí que alguien pasaba a poca distancia de mí. El somier chirrió. Lucinda carraspeó. Alguien encendió la radio.

No conseguía nada con las manos. Seguía haciendo fuerza, una y otra vez, pero era como lanzarse contra una puerta cerrada con llave, como correr en sueños. Hacía fuerza, pero aquello no cedía. Empezaba a dolerme el pecho. Tenía la sensación de que me arrancaban los brazos de cuajo, de que los hombros se partían, de que me gritaban algo.

—No —aullaban—. Pero ¿qué te has creído? Es imposible. Jamás lo conseguirás. ¡Basta ya!

Los pulmones me ardían. No sentía las manos.

El cinturón empezó a ceder.

Sólo un poquito.

Apenas suficiente para pasar una pequeña parte de la mano.

Hice fuerza con toda la energía que me quedaba.

Me sangraban las muñecas.

Pasé la mano hasta la mitad. Me sudaban las dos. El sudor me ayudaba a deslizarme por la superficie del cinturón.

Eso estaba muy bien, eso era maravilloso. Seguí haciendo fuerza.

Ya había pasado tres cuartas partes de la mano. Sólo me hacía falta un último esfuerzo, un poquito más. Pero lo que quedaba era la parte de los nudillos.

Y no resultaba nada fácil.

Di un último tirón, un último tirón por todo, por todo lo que quería recuperar. Por Anna. Por Deanna.

Una, dos...

Y tres.

Tiré y tiré y tiré...

Conseguí soltar una mano.

«Me muero.»

Era la izquierda, la más próxima a la cama.

«Está todo negro. No veo nada. Me muero.»

Oí que Vasquez exclamaba:

—¡Eh!

Oí que Dexter le advertía:

—Cuidado.

Busqué frenéticamente la pistola que estaba debajo del somier. Me estallaban los pulmones. Pasé la mano de un lado a otro, a tientas, por debajo de la cama. ¿Dónde estaba?

La toqué. La aferré con los dedos.

«¿Qué es eso? ¿Qué está sucediendo?»

La saqué de debajo de la cama.

Y en ese mismo momento, en el preciso instante en que podría haber cambiado las tomas, morí.

ATTICA

Tommy *el Gordo* estaba en lo cierto.

Me habían enviado un aviso por correo.

Apreciado señor Widdoes:

Por la presente le informamos de que las restricciones presupuestarias del Estado nos impiden continuar financiando el programa de educación para adultos en las prisiones de Nueva York. Las clases terminarán el día 1 del mes próximo. En fecha próxima recibirá un comunicado oficial de cancelación de la relación laboral.

Eso significaba que sólo me quedaban dos lecciones.

Sólo dos.

Los guardias habían pasado a mantenerse alejados de mí, como si fuera portador de alguna enfermedad infecciosa. ¿Era posible que los despidos fueran contagiosos? Cuando entré en la sala de los celadores me hicieron el vacío. Me rehuían aún más que antes, cuando sólo me tenían manía por el trabajo que hacía. Las cosas habían cambiado y habían pasado a tenerme manía precisamente por haber perdido ese trabajo.

Me tomé el café a solas, en un rincón de la sala conocido como «el museo».

La había bautizado así mucho tiempo antes un celador cuyo nombre nadie recordaba. Era una colección ordenada con poco rigor de armas confiscadas dentro de la cárcel. Picos, fierros, navajas, pinchos y mil artilugios más. Confeccionados con muelles de somier, bolígrafos vaciados, destornilladores introducidos en la prisión clandestinamente, lo que pudiera agenciarse. Pero también había armas de fuego rudimentarias, objetos ingeniosos fabricados con desechos del taller que sin embargo podían lograr su objetivo y hasta meterle una bala en el cuerpo a un hombre a poca distancia.

Las piezas llegaban constantemente. Tras cada limpieza a fondo había una o dos nuevas.

Me quedé observando aquellos primitivos instrumentos mortales hasta que el silencio de mi presencia en aquel rincón se hizo intolerable, o hasta que fue hora de dar clase.

Lo que llegara antes.

El autor había seguido redactando el texto con una regularidad monótona y dolorosa.

Cada vez que teníamos clase me encontraba otra entrega encima de la mesa.

Alguien estaba contándome por etapas mi propia historia, capítulo a capítulo, dolor a dolor.

Era una lenta descomposición de Charles Schine, tan lenta que se convertía en tortura. Y estaba convencido de que torturarme era precisamente lo que pretendía su autor.

Pasaron, además, otras cosas. En el capítulo veinte apareció una nota: «Ya es hora de que nos veamos las caras, ¿no crees?»

Estaba escrita en tinta marrón, o eso parecía. En realidad no era tinta marrón, sino sangre. Pretendía asustarme.

Y pensé que sí: «Sí, ya va siendo hora de que nos veamos las caras.» Lo pensé, aunque noté cómo me sudaban las palmas de las manos y el cuello de la camisa me apretaba como la soga de una horca.

El autor no estaba en mi clase. Eso lo tenía claro.

Su mensajero sí.

Unos días después de recibir la nota terminé la lección, despedí a los alumnos y me quedé un poco rezagado.

Al levantar la vista, me lo encontré sentado ante mí, sonriente.

Malik El Mahid. Ése era su nombre musulmán.

Tendría unos veinticinco años. Era negro, bajo y corpulento, y lucía diversos tatuajes.

—¿Sí? —pregunté, aunque sabía perfectamente lo que se avecinaba.

—¿Te gusta el cuento hasta ahora? —preguntó, sin dejar de sonreír. Repetía las primeras palabras que me había garabateado el autor del relato.

—Tú. Tú eras el que iba dejándome los capítulos.

—Exacto, colega.

—¿Quién?

—¿Quién qué?

—¿Quién te los da?

—¿Quieres decir que no los escribo yo?

—Sí. Quiero decir que no has sido tú.

—Joder, has acertado. Y tampoco he leído una sola línea.

—¿Quién?

—Ya sabes quién, colega.

—Sí.

—Ahora quiere verte, ¿vale?

«Ahora quiere verte.»

—Muy bien —dije con toda la tranquilidad de que fui capaz.

Sin embargo, mientras recogía los papeles de la mesa me percaté de que me temblaba la mano. Estaba agitándolos claramente allí mismo, delante de las narices de Malik y, por mucho que hice esfuerzos para dejar de estremecerme, no conseguí que la mano me hiciera caso.

—La semana que viene —añadió Malik—. ¿Vale? Contesté que sí. La semana siguiente me parecía bien.

Pero ahora tengo que volver al relato.

Tengo que contar lo que pasó.

DESCARRILADO CUARENTA Y DOS

Cuando saqué la pistola de debajo de la cama, el mundo se derrumbó. Dejé de existir.

Se produjo un fognazo, un estallido de calor, la Tierra sufrió una implosión y todo quedó en tinieblas.

Y a continuación desperté.

Abrí los ojos y pensé: «Estoy muerto. Vasquez me ha matado. He muerto. Estoy en el cielo.»

Pero no, no podía estar en el cielo.

Porque me encontraba en el infierno.

No hay más que abrir el *Infierno* de Dante e ir directamente al sexto círculo. Los negros gases sulfurosos. El infierno de aceite hirviendo. Los gritos de agonía. Abrí los ojos y me di cuenta de que no veía. Aún era por la mañana, pero se había hecho de noche.

Eso estaba claro. La octava planta del hotel Fairfax se había convertido en el sótano. Y la séptima, en una tumba.

La habitación a duras penas seguía en pie. Estábamos en primavera, pero había empezado a nevar (polvo de yeso, según descubrí cuando me llevé un poco a la boca y lo probé). Tenía un aparato de aire acondicionado entero encima de la pierna izquierda. Todo eso lo sé ahora, pero en aquel momento no lo comprendía. Fui encajando las piezas gracias a los periódicos, la televisión y lo poco que había podido observar yo mismo.

El centro sanitario para mujeres contiguo al hotel Fairfax practicaba abortos con subvenciones federales, por lo que para determinadas personas no se trataba de un centro sanitario, sino de un centro abortista.

El hombre de la chaqueta de la Universidad de Oklahoma que había visto en el ascensor el día que me había registrado y después también en el vestíbulo, el que se quejaba de que no había Biblia en su habitación, era una de esas determinadas personas. Era un cristiano de los de piñón fijo, firme partidario del llamado «movimiento pro vida», pero tenía el sentido de la justicia algo perturbado y le fascinaban los explosivos.

Resultó que no se dedicaba a gastarse dinero con los trileros y a comprar Rolex falsos en la calle, sino que pasaba el tiempo en su habitación, montando laboriosamente una bomba confeccionada con fertilizante y acetatos. Una vez terminada, se la ató firmemente al cuerpo con una correa.

Se metió en el ascensor para bajar al vestíbulo del hotel Fairfax con la intención de entrar en el centro sanitario del edificio contiguo y volarlo (y volarse) por los aires.

Me gustaría aclarar lo inestable que es una bomba de ese tipo. Según los informes aparecidos posteriormente en la prensa, no se trata precisamente del explosivo más seguro que puede prepararse. No es como la dinamita, por ejemplo, o los explosivos plásticos. Es sumamente volátil, muy transmutable.

No llegó al vestíbulo. Sucedió algo. El ascensor se detuvo a medio camino. O al de Oklahoma le dieron un empujón. O apretó el detonador por error. Algo.

La bomba hizo explosión en el centro matemático del edificio. Si alguien hubiera intentado derribar el hotel Fairfax y no la clínica abortista contigua, y si hubiera analizado con detenimiento la potencia explosiva, las repercusiones del impacto y las flaquezas estructurales, habría elegido ese punto.

El ascensor, justo entre la quinta planta y la sexta.

Y, claro, el hotel Fairfax era de una gran flaqueza estructural y estaba pidiendo a gritos que alguien pusiera fin a su sufrimiento.

Sus huesos estaban resquebrajados, eran frágiles y quebradizos. El amianto que se despegaba del techo lo convertía en el edificio más peligroso del mundo en caso de incendio. La calefacción de gas tenía varias fugas, según se supo después. En resumen, era el escenario perfecto para el desastre.

Vigas de acero, pedazos del tejado, placas de yeso de las paredes, cristales, gente. Todo ello salió volando por los aires y después, en cumplimiento de la física newtoniana, cayó. Cayó encima de lo que había quedado del hotel Fairfax y lo dejó estrujado como un pastel de boda aplastado.

Aquella mañana murieron ciento cuarenta y tres personas en el hotel Fairfax y los cuatro edificios colindantes.

Ciento cuarenta y tres personas y, con el tiempo, otra más.

De repente oí una voz.

—¿Hay alguien vivo ahí abajo? ¿Hay alguien?

—Sí —contesté.

«Si me oigo —pensé—, puede ser que esté vivo.»

—Sí —contesté, y me oí.

Unos brazos agarraron los míos, me sacaron de los escombros, de la carnicería, de las tinieblas, y de repente resucité, respiré.

Todo eso lo sé ahora, pero no lo comprendía en aquel momento.

Dos habitaciones habían quedado intactas, o prácticamente intactas. ¿Quién sabe por qué? Cuando alguien decide atarse una bomba al cuerpo y saltar en pedazos, la lógica y la razón dejan de funcionar. Aquella mañana hubo gente que giró hacia la izquierda y murió. Aquella mañana hubo gente que giró hacia la derecha y sobrevivió. Aquella mañana hubo una persona que estaba a poquísima distancia de la muerte en el suelo de una habitación de hotel y salió de ella con vida.

Y prácticamente ilesa.

Me sacaron de los escombros y me colocaron en una camilla, en la acera; luego volvieron a entrar y fueron sacando a todo el que hallaron, incluidos Vasquez, Lucinda, Dexter y Sam. De los cuatro, tres estaban muertos y el otro, casi. Dexter, Sam y Lucinda tenían el rostro tapado con una manta. Vasquez estaba inconsciente y ensangrentado. Apenas respiraba.

Le dejaron a mi lado sobre la acera. Un bombero le tomó el pulso y meneó la cabeza. Alguien se acercó a la carrera con una cruz roja en el brazo.

—Ocúpate de esa anciana —le dijo el bombero, y señaló a una viejecita a la que la ropa le echaba humo—. El de ahí no sale de ésta.

Pasado un rato decidí levantarme y marcharme de allí, sin más.

Aunque debía de estar sufriendo algún tipo de *shock*, me sentía terriblemente lúcido.

La visibilidad era casi nula, pero distinguí el cadáver de Lucinda, a menos de metro y medio de mí. Vasquez estaba al alcance de mi mano. Los bomberos y los policías corrían de un lado a otro, en medio de una vorágine de humo negro que hacía el aire irrespirable.

Me incorporé. Eché a andar. El caos me engulló y desaparecí.

Anduve durante un buen rato. Me puse a pensar si Deanna tenía razón con su teoría, si de verdad las cosas pasaban por algo. No estaba muy seguro. La gente me miraba como si acabara de aterrizar procedente de otro planeta, pero nadie me detuvo, nadie me preguntó si estaba herido o si necesitaba un médico o una ambulancia. A lo mejor habían quedado inmunizados ante algo así. Tomé Broadway y seguí adelante sin detenerme. Tenía la impresión de que se me había chamuscado el pelo, y cuando me pasé las manos por él crepitó como si tuviera electricidad estática. Acabé parando un taxi en alguna esquina, cerca de Central Park.

Regresé a mi piso de Forest Hills. El taxista llevaba la radio puesta. Alguien estaba hablando de la explosión. Debía de haber sido una fuga de gas, decía un mujer. Estaba

entrevistando al jefe de bomberos. Tardarían aún un tiempo en hallar pruebas que indicaran otro motivo. El taxista me preguntó si me encontraba bien.

—Sí —contesté—. Divinamente.

Al llegar a Forest Hills, mi calle estaba desierta. Todos debían de encontrarse mirando las noticias de la televisión. Nadie me vio entrar en el edificio, llegar hasta mi piso, quedar sumido en una especie de aletargamiento.

Dormí un día entero.

Al despertar a la mañana siguiente, fui al lavabo y no me reconocí. Tenía la cara pintada de negro. Después encendí el televisor. Tres bustos parlantes estaban debatiendo cifras. ¿Qué cifras, exactamente? Tardé un buen rato en comprenderlo. Del total de muertos, de eso hablaban. El consenso fue que superaban las cien personas. En otro canal aseguraron que eran noventa; en un tercero, ciento cincuenta. Se contaban los muertos del hotel y lo que llamaban «bajas periféricas»: la gente de los edificios contiguos. Pero ¿quién sabía a ciencia cierta cuánta gente había muerto? Eso decían los bustos parlantes. Los cadáveres estaban calcinados, aplastados, destrozados. Resultaba imposible calcular un total, aseguraba uno, quizá nunca se supiera. Si alguien que había estado en el hotel aparecía, es que continuaba con vida. Si no, había muerto. La gente ya había empezado a recorrer los hospitales y los centros de la Cruz Roja, colocando fotos en las paredes, las vallas y las farolas, formando un ejército de viudos y huérfanos desesperados, con los ojos hundidos.

Dediqué todo el día a ver la televisión sin moverme.

No llamé a nadie. No hablé con nadie. Estaba prácticamente paralizado. El horror era sobrecogedor. No podía moverme, no podía comer, no podía hablar.

La ilusión de invulnerabilidad que llevaba conmigo como derecho inalienable, la ilusión que me habían arrancado de cuajo Vasquez y Lucinda, acababa de ser arrebatada a ciento cuarenta y tres personas. Ya nadie estaba a salvo. Nadie.

Los cascotes del hotel fueron trasladados en camiones al vertedero municipal. Al vertedero de Staten Island. Al que se llegaba con sólo seguir el hedor desde la avenida Western.

Para hacer sitio para las toneladas de escombros que llegaban, primero tuvieron que mover otras tantas toneladas. De un lado a otro. Y en mitad de un montón de acero retorcido, cartón aplastado, latas de aluminio, huesos rotos, comida en descomposición, ladrillos resquebrajados y restos producidos por seres humanos dieron con los restos de un ser humano.

Finalmente encontraban a Winston.

Aquello era lo que esperaba con ansiedad la policía. Un cadáver. Antes tenían una grabación en la que mi voz le decía a Winston lo que quería que hiciera por mí, pero no tenían al propio Winston.

Hasta aquel momento.

Me enteré cuando por fin llamé a Deanna tres días después de haberme alejado dando tumbos de los edificios semiderruidos, de la zona que parecía Beirut en sus peores tiempos. Se alegró muchísimo de oír mi voz.

—Gracias a Dios, Charles. Creía que estabas muerto.

DESCARRILADO CUARENTA Y TRES

En aquel momento se me encendió la bombilla.

Fue cuando Deanna contestó al teléfono y me dijo: «Creía que estabas muerto.» O quizá no fue precisamente en ese instante. Es posible que fuera más adelante, después de contarle lo que había estado haciendo, lo que me había sucedido en el hotel Fairfax, después de que mi mujer se quedara sin habla, anonadada, y por fin me comunicase que la policía se había presentado en casa con una orden de detención. Porque habían encontrado el cadáver de Winston en el vertedero de Staten Island.

O quizá fue aquella tarde, cuando una portavoz del Ayuntamiento, pálida y con aire sombrío, leyó una lista de los muertos en un noticiario. Eran los muertos confirmados y las personas dadas por muertas; también conocidas como «todavía desaparecidas».

Mi nombre aparecía en esa lista.

Escuchar que se me declaraba oficialmente desaparecido resultaba bastante surrealista. Era como asistir a mi propio entierro, a una misa por mi alma. La portavoz municipal aseguró que la lista había sido confeccionada con mucho celo a partir del disco duro del ordenador del hotel, recuperado entre los escombros (es decir, a partir de una relación de la gente que se creía que estaba alojada en el Fairfax en el momento de la explosión), y de los efectos personales hallados en la zona, desperdigados por el radio de alcance de la onda expansiva y almacenados en la caja fuerte. Maletines, agendas electrónicas, relojes grabados y joyas. Yo, por ejemplo, había perdido el reloj de pulsera, en cuyo reverso decía: «A Charles Schine, con todo mi amor.» La portavoz explicó que habían cotejado la lista con las de la gente que había llegado a urgencias y a las camas de los hospitales.

Ya estaba descolgando el teléfono para llamar a alguien (a quien fuera) y anunciar que no, que no estaba muerto, que seguía vivo y coleando. Al mismo tiempo iba vistiéndome, porque quizá no bastara con una llamada telefónica, quizá tuviera que presentarme en persona, en carne y hueso, en alguna parte. Revolviendo en el cajón de los calcetines topé con la cartera de Winston.

Y entonces fue cuando la idea se formó de verdad en mi cabeza.

Fue en aquel momento cuando pasó de ser algo ridículo a algo posible, de una ilusión a un plan con cara y ojos. Había enterrado la cartera de Winston entre los calcetines y me había olvidado de ella, pero de repente recordé algo que me había dicho él.

No hay nada más fácil de conseguir que una identidad, me había asegurado.

En su cartera, por ejemplo, había cuatro, representadas por cuatro permisos de conducir.

Un tal Jonathan Thomas, un tal Brian McDermott, un tal Steven Aimett.

un tal Lawrence Widdoes, el único que se parecía remotamente a mí. Era más joven, claro, pero el color del cabello y la tez eran básicamente los mismos.

«Creía que estabas muerto», había dicho Deanna.

También lo creían unas cuantas personas más.

Me había registrado en el hotel Fairfax y jamás lo había abandonado. O quizá sí, pero no oficialmente. Para el resto de la humanidad, había salido de allí, como suele decirse, con los pies por delante. «¿Te has enterado de lo que le ha pasado a Charley? Pobre, murió en la explosión del hotel aquel.»

Y entonces me acordé de una frase: «Preferiría estar muerto.» Todos la hemos escuchado alguna vez, se recurre a ella en momentos de crisis, cuando se ve todo negro, cuando parece que no hay salida.

Pero en aquel caso la había. Aunque pareciera que estaba totalmente atrapado, había una salida.

Estar muerto.

Quizás ésa fuese la salida del atolladero.

Si llamaba a alguien, si salía a la calle, estaba vivo.

Pero ¿y si no?

DESCARRILADO CUARENTA Y CUATRO

Estaba en la esquina de Crescent con la Trigésima avenida, ante un local llamado

Crystal Night Club. No parecía un club nocturno, la verdad. De hecho, la huella deslucida del rótulo «Casa del veterano de guerra 45» aún persistía en la pared de ladrillos. Sin embargo, eran las doce de la noche pasadas y se oía música procedente del interior. Un hombre de aspecto latinoamericano vomitaba en la acera.

Nada más entrar me percaté de que no estaba precisamente en mi elemento.

Era como esa escena de *La guerra de las galaxias* en que el héroe entra en el bar repleto de seres de diversos planetas. Esa impresión me dio. La diferencia era que en vez de alienígenas lo poblaban seres de diversos países, de los que se veían en las noticias cuando el Servicio de Inmigración organizaba sus redadas periódicas en la frontera, como los jornaleros que se veían a menudo en grupos por Long Island esperando que alguien los eligiera para trabajar. Me imaginé que, si me subía a un avión con rumbo a Santo Domingo y nada más poner un pie en la pista de aterrizaje me iba directo al bar más cercano, se parecería a aquel sitio.

También estaba bastante seguro de que era el único norteamericano blanco del local. Y posiblemente también el único ciudadano legal.

Dos enormes altavoces emitían salsa a todo volumen. La clientela hablaba principalmente en español.

Todo el mundo parecía formar parte de una pareja, pero sus miembros desentonaban. Ellas iban muy arregladas (faldas cortas y vistosas y tacones altos), y ellos llevaban vaqueros sucios y camisetas. Tardé un rato en comprender de qué iba aquello.

Las mujeres eran «acompañantes». Así fue como se presentó una de ellas, primero en español y luego en inglés, tras ver mi expresión de perplejidad, mirarme de arriba abajo y comprobar que no era como sus clientes habituales.

Titubeé por un instante, como si esperase que fuera a darme cuenta de mi error y me marchara, pero, cuando vio que me quedaba allí plantado y esperaba educadamente a que prosiguiera, añadió:

—Soy Rosa. ¿Quiere una acompañante?

—Sí —contesté—. Muy bien.

Regresemos por un instante al momento en que me sacaron de un agujero en el suelo en lo que había sido el hotel Fairfax.

Me dejaron tumbado en la acera mientras esperaban la llegada de las ambulancias y los médicos. Sacaron a otra gente y colocaron a un Vasquez moribundo a mi lado en el suelo.

El bombero que le dejó allí estaba cubierto de hollín. Sus ojos eran como brasas ardientes cubiertas de ceniza. Me preguntó si me encontraba bien.

Le contesté que sí. Oí el tenue ulular de una ambulancia que se acercaba a toda prisa. Sabía que disponía de apenas unos minutos.

Cuando el bombero entró a sacar a más gente, me incliné sobre Vasquez como si estuviera consolándole, como si quisiera ver si se encontraba bien. Le metí las manos en los bolsillos. Primero en los de delante, luego en los de detrás.

En los delanteros llevaba cambio, un frasquito con un polvo blanco y unas cerillas.

En el bolsillo trasero se marcaba una abultada cartera. Se la saqué con un movimiento rápido y me la guardé.

Entonces fue cuando me incorporé y me largué de allí.

En el taxi de camino a Forest Hills le di un buen repaso. Le devolvía a Vasquez el favor que me había hecho en el hotel Fairfax.

El contenido era el siguiente: una placa policial falsa, un permiso de conducir de aspecto bastante sospechoso, más polvo blanco envuelto en papel de aluminio, doscientos dólares, una tarjeta de visita de un lugar llamado Crystal Night Club, cuyo propietario aparecía indicado: Raul Vasquez.

En el reverso había algo escrito en español: «Veintidós... derecha, treinta y siete izquierda, doce... derecha.»

A la mañana siguiente, la mañana en que me desperté disfrazado, con la cara pintada de negro, lo busqué en Internet, en el diccionario español-inglés de Google.com.

En cuanto traduje la primera palabra me di cuenta de que se trataba de números.

Y estaba muy seguro de que no correspondían a una jugada de fútbol americano, sino a otra cosa.

Éste era el sistema que se seguía en el Crystal Night Club: el cliente pedía dos copas, que pagaba a precio de oro, y la Rosa de turno hablaba con él.

Eso era lo que estaban haciendo los demás.

Rosa me lo explicó, y así de paso encontró algo de que hablar.

—Tú no eres un espalda mojada, que es lo que suele venir por aquí. Normalmente.

La última palabra la añadió tras una pausa, como para no ofenderme.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—De América —contestó—. ¿De dónde crees?

—No, quiero decir que dónde vives.

—En el Bronx. Como todas las demás. Nos traen en autobús.

—Ah.

—Estos tíos —dijo señalando con un desdén evidente a la clientela que había en la sala— son peones y viven juntos. Ya me entiendes, seis en una misma habitación y así.

—Y vienen aquí a beber.

—Eso —contestó con una sonrisita, como si le hubiera contado un chiste—, a beber. ¿Quieres otra copa?

Con esa pregunta me recordó que eso era exactamente lo que estaba haciendo. Beber. Apenas había tocado el tequila sunrise, que me había costado diez dólares, pero le dije que sí, ¿cómo no?

—Se sienten solos —añadió, tras hacerle una señal con la mano al camarero situado tras la barra, que tenía un cuello enorme adornado con cruces tatuadas—. Vienen a... Bueno, a decir gilipolleces. No tienen a nadie con quien hablar. Ninguna mujer. Es que, no sé, se enamoran de nosotras. Aquí despilfarran todo el dinero que tienen. —Se echó a reír frotándose el pulgar con el índice y el corazón.

—Sí —repuse—. Ya lo entiendo.

—Claro que lo entiendes. Bueno, y tú ¿qué buscas?

—Nada. Pasaba por aquí y he entrado.

—Ah, ya. Qué bien.

Rosa hacía gala de caderas anchas y estaba entrada en carnes, como casi todas las acompañantes. Me acordé de Lucinda y se me ocurrió que quizás hubiese trabajado allí. Decidí arriesgarme.

—Bueno, la verdad —empecé, y Rosa se me acercó—, ya había venido una vez. Creo.

—¿Crees?

—Estaba borracho. Me parece que era el mismo sitio. No estoy seguro.

—Vale.

—Había una chica...

Describí a Lucinda con todo el detalle de que era capaz quien había pasado innumerables horas observando a una mujer. No mencioné cosas como lo guapa que se ponía cuando hacía un mohín o sus ojos luminosos.

—Ah, ésa es Didi —contestó Rosa, pero con un tono que me dio a entender que Didi no era exactamente santo de su devoción.

—¿Didi? Sí... Me parece que se llamaba así. Sí, claro.

—Era una puta de mierda... Una trepa, tú me entiendes.

—Pues no.

—Sí, hombre. La tía se presenta y en dos minutos cala la situación, ¿no? Con las tetas bien puestas, enseñándolas bien, iba la tía. Y meneando el culo... Se lo pasaba al jefe por la cara... Enseguida vi de qué pie calzaba la muy guarra. Sólo llevaba, no sé, dos días por aquí, dos días, la muy zorra, y ya se lo tiraba.

Al jefe. A Raul Vasquez.

—¿Y el jefe dónde está? —quise saber.

—Ni idea. Hace unos días que no aparece. ¿Por qué?

—No, por nada.

«No lo saben», pensé. Su cartera estaba en mi poder y, como no era cliente del hotel, no tenían nombre alguno ni nadie a quien notificar nada. No había familiares a los que informar de su muerte.

—Bueno, ¿qué? ¿Estás casado? —me preguntó.

—No.

Estaba intentando encajar todas las piezas, imaginar cómo había empezado. Aquellos pobres espaldas mojadas iban al Crystal Night Club para gastarse todo el dinero que ganaban en «acompañantes» que básicamente les trataban con desprecio. Lucinda era una de ellas. Aquel leve acento por el que le había preguntado en el tren sería un deje hispano.

Sin embargo, Lucinda no se había conformado con ser acompañante durante mucho tiempo. Se había dedicado a menear el culo y se había liado con Vasquez. Estaba claro lo que había visto en ella. No era como las demás chicas del local. Parecía una mujer que dedicaba el día a comprar a bajo precio y a vender por mucho más en alguna torre de oficinas del distrito financiero de Manhattan. Era de esas mujeres que hacían babear a los hombres que iban cada mañana a Nueva York en el tren, a trabajar en otras oficinas, y que la observaban parapetados tras el periódico.

¿Habría sido idea de él (me pregunté) o de ella? ¿A quién se le había ocurrido? ¿Quién habría echado un vistazo al entorno deprimente del Crystal Night Club y habría visto las posibilidades?

—No estás bebiendo —observó Rosa—. Según las normas, si no bebes tienen que ir a hablar con otra. ¿Vale?

—Ya pido otra copa —aseguré, y Rosa sonrió.

Quizás hubiese sido ella. Didi. Quizás hubiese advertido lo ridículamente fácil que era conseguir que esos jornaleros alejados de sus hogares se enamoraran de ella y se percatase de que sería aún más sencillo con tipos como yo, hombres casados que no estaban lejos de casa, pero quizá se morían de ganas de estarlo. Hombres que buscaban a alguien con quien hablar, lo mismo que los clientes del local. Hombres a los que les sobraba el dinero.

Cuando el camarero me puso otro tequila sunrise, abrí la cartera para pagar.

—¿Te llamas Widdoes? —preguntó Rosa. Estaba mirando una esquina de mi nuevo permiso de conducir. Sí, era la primera noche de mi nuevo yo. Charles Schine había muerto.

—Pues sí —contesté. Y añadí—: ¿Dónde está el baño?

—Por ahí. —Señaló un pasillo que daba a la parte de atrás, soltó una risotada y añadió—: Casi todos prefieren la acera. Tendrías que ver el olor que hay a las cuatro de la mañana. Son como animales.

—Bueno, yo voy al baño.

—Cómo no. Ahí lo tienes.

Cuando me levanté de la mesa, observé que el del cuello grueso que estaba detrás de la barra me seguía con la mirada. Fui hasta el otro extremo del local y pasé por entre colombianos, mexicanos, dominicanos y peruanos que conversaban absortos, o más bien monologaban con sus respectivas acompañantes.

Los clientes se acodaban en la mesa y hablaban en español, arrastrando las palabras. Se me pasó por la cabeza que mis conversaciones con Didi habían sido bastante parecidas.

En la puerta de uno de los baños decía: «Hombres.»

Entré. Había un tipo arrodillado ante una de las tazas. Olí sus vómitos.

Entré en un cubículo que estaba cubierto de grafitos hasta el último rincón, casi todos en español, aunque había algunos en inglés, entre ellos uno que rezaba: «Una polla de veinticinco centímetros.»

Me senté en la taza y respiré bien hondo. En aquel pasillo trasero había visto una tercera puerta. ¿Se trataría del despacho de Vasquez?

Esperé a que se fuera mi vecino de cubículo, me levanté y salí al pasillo.

No había nadie. Abrí la tercera puerta, que no estaba cerrada con llave. Sus bisagras oxidadas me dedicaron un chirrido. Me detuve y esperé. Sentía el corazón a la altura de la garganta.

Nada. La música salsa retumbaba en el aire, procedente de la sala principal.

Entré sigilosamente y cerré la puerta.

La habitación estaba a oscuras. Busqué a ciegas el interruptor y lo encontré justo detrás de la puerta.

Sí, era su despacho. Tenía que serlo. No era una oficina como para caerse de espaldas, pero contenía una mesa, una silla giratoria, un sofá destartado y un archivador.

Me acordé del camarero de la barra, del modo en que me había mirado cuando me había dirigido al pasillo trasero. Los tendones de su cuello semejaban gruesos pedazos de sogas.

Eché un buen vistazo a las paredes, que estaban forradas de madera de imitación. No había nada. Ninguna caja fuerte, por ejemplo, ni ningún cuadro que pudiera ocultarla. Aquellos números de detrás de la tarjeta tenían que ser la combinación de una caja fuerte, si no de allí de otro lugar. Vasquez había muerto y yo necesitaba recuperar mi dinero. Tenía que arriesgarme.

Lo único que colgaba de la pared era un calendario con las páginas arrancadas, pero cuando lo aparté no descubrí nada tras él.

Oí pasos al otro lado de la puerta. Contuve la respiración.

Pasaron de largo; se abrió y se cerró la puerta del lavabo.

Intenté mirar en el archivador, pero estaba echada la llave. El cajón del escritorio sí que estaba abierto. En el fondo había un fajo de recortes de periódico amarillentos. El primero era una primera página del *Newsday*. «Un pasajero se tira del tren de Long Island», rezaba el titular. Había una foto de un cadáver tapado con una sábana blanca, colocado junto a las vías del tren en Lynbrook. Un policía de aspecto sombrío montaba guardia a su lado.

También estaba todo el texto.

«Un vecino de Rockville Center se suicidó, según las apariencias, saltando de un tren de la línea de Long Island», empezaba el artículo. Seguía informando de que estaba casado, tenía tres hijos, era abogado de una empresa y no había dejado ninguna nota. Según un portavoz de la familia, últimamente había sufrido problemas familiares que no se especificaban. No se daban más explicaciones. Los testigos del tren aseguraban que el individuo (que se llamaba John Pierson) se dirigía hacia la cola del tren con otros pasajeros para encontrar asiento cuando, sin mediar aviso alguno, saltó del convoy.

Iba a dejar de leer en aquel punto, pero el nombre de uno de los testigos me llamó la atención. Era la última persona que lo había visto con vida, de hecho, era quien le había visto saltar.

Raul. No se indicaba el apellido. Sí se mencionaba que era propietario de un bar.

De repente se abrió la puerta.

El tío del cuello grueso apareció en el umbral y se quedó observándome.

Yo me encontraba detrás de la mesa con los recortes de periódico en la mano. El cajón estaba abierto.

—El Astoria General —dijo, en voz baja.

—¿Qué?

—El hospital más cercano. Para que sepas qué decirles a los de la ambulancia.

—Lo siento... Estaba buscando el baño...

—Voy a tener que molerte a palos —añadió en el mismo tono de voz—. Sólo te pasarás dos o tres semanas en el hospital hasta que te den el alta.

—Oye, de verdad, que yo sólo...

Cerró la puerta a su espalda. Echó la llave.

Se acercó a mí.

Retrocedí un paso, pero detrás sólo tenía una pared.

Se detuvo y sacó algo del bolsillo. Era un rollo de monedas alrededor del cual cerró el puño.

Rodeó la mesa; estaba tan cerca que se le olía.

Entonces recordé lo que tenía en el bolsillo. Lo saqué y lo abrí.

Se detuvo.

—Alto. Policía —dije. Era la placa falsa de Vasquez. Me la había metido en el bolsillo y casi lo había olvidado—. Nos han llegado informes de actividades relacionadas con el narcotráfico —afirmé, sin estar seguro de si los policías de verdad hablaban así. Intenté recordar qué me había dicho el inspector Palumbo aquel día en la oficina.

—Aquí no hay drogas —replicó—. ¿Tiene orden de registro?

Evidentemente, no tenía ninguna orden de registro.

—Acabas de amenazarme, amigo ¿Me hace falta una orden para arrestarte?

—Aquí no hay drogas —repitió—. Voy a llamar a nuestro abogado, ¿vale?

—Adelante. Yo ya he terminado.

Y pasé por su lado en dirección a la puerta.

Mentalmente conté uno, dos, tres, cuatro... Calculaba cuántos segundos tardaría en salir del bar y llegar a la calle. Y luego cuántos le llevaría a él arrepentirse de haberme dejado marchar sin mirar detenidamente mi placa o pedirme que esperase la llegada de su abogado. Ya iba por los diez cuando pasé junto a Rosa, que exclamó:

—¡Eh! ¿Adonde vas?

Iba por los quince cuando por fin salí por la puerta principal sin haberle contestado.

DESCARRILADO CUARENTA Y CINCO

Regresé a Merrick aquella misma noche.

Lo hice cuando no había nadie que pudiera verme, a una hora en que podía acercarme a la casa a escondidas y colarme por la puerta trasera. *Curry* se puso a gimotear, a lloriquear y a lamerme la mano.

Deanna se me tiró encima nada más verme y nos quedamos abrazados hasta que se me durmieron los brazos.

—¿Sabes que te han incluido entre los desaparecidos? —dijo.

—Sí, ya lo sé. ¿No habrás...?

—No. Le dije al inspector que vino que estábamos separados, que no había sabido nada de ti, que no tenía ni idea de dónde te encontrabas. Me pareció que quizás era mejor mantener esa historia hasta que me dijeras lo contrario.

—Muy bien. —Suspiré—. Oye, tengo que hablar contigo de una cosa.

—Espera un momento —pidió—. Han encontrado algo tuyo, Charles.

—¿Mi reloj?

—No.

Se fue al cuarto de la tele y regresó con las pertenencias del difunto Charles Schine en los brazos.

—Hoy me han llamado para que fuera a recogerlo. Estaba en la caja fuerte del hotel.

Era grande y negro y pesaba mucho.

Era mi maletín.

Se lo había entregado a Vasquez en el Harlem hispano con cien mil dólares del dinero de Anna dentro.

Pero ¿qué estaba haciendo allí?

—Lo han encontrado en la caja fuerte. Llevaba tu nombre.

Mi nombre, grabado en relieve en letras doradas, se leía perfectamente, aunque el maletín estuviera cubierto de un polvillo blanco: «Charles Barnett Schine.»

—Pesa muchísimo —dijo Deanna—. ¿Qué llevas dentro?

Intenté abrirlo, para mostrarle lo que llevaba dentro, pero estaba cerrado con llave. Sí que pesaba, más de lo que recordaba.

Y entonces pensé: «Sí, claro, si alguien tuviera mucho dinero y no quisiera meterlo en el banco, porque quizá no confiaban demasiado en él, ni él en ellos, quizá se decantaría por la caja fuerte de un hotel, si a su cuidado estaba un buen amigo y además socio como Dexter.»

—No han querido forzarlo —explicó Deanna—, porque se sabía de quién era, no es que no lo hubiera reclamado nadie.

Yo nunca había utilizado el cierre de seguridad, naturalmente.

Me pareció recordar que había que programarlo, introduciendo un código de tres dígitos. No me había molestado en hacerlo.

Me dirigí hacia el cajón de la cocina en el que guardábamos los cuchillos. Iba a sacar uno para forzar el cierre. A medio camino me detuve porque recordé algo.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué la tarjeta de visita de Vasquez.

Le di la vuelta.

Veintidós derecha.

Treinta y siete izquierda.

Doce derecha.

Moví los diminutos cilindros. Se oyó un chasquido y se abrió.

Dentro del maletín estaban los ciento diez mil dólares del dinero de Anna.

Y cientos de miles más.

Las cosas no pasan porque sí, siempre hay un motivo. Eso era lo que Deanna creía desde un principio, y en aquel momento, por fin, estuve de acuerdo con ella.

Hablamos.

Y hablamos.

Nos pasamos toda la noche hablando.

Le conté lo que tenía pensado.

Al principio se mostró incrédula y después me pidió que se lo repitiera porque le parecía que lo había entendido mal.

—No lo dirás en serio, Charles, ¿verdad?

—Todo el mundo cree que he muerto, Deanna. ¿Lo entiendes? Pues creo que debería quedarme muerto.

Le conté todo lo que antes me había dejado en el tintero: lo de T&D Music House, lo de la investigación que estaban llevando a cabo en la empresa, lo de los cargos que sin duda iban a presentar contra mí pronto.

Aun así, se resistió. Preparó café. Nos refugiamos en el sótano para no despertar a Anna.

Nos imaginamos el futuro, pero de dos formas distintas.

Nos imaginamos lo que pasaría si me entregaba a la policía, me buscaba un abogado e iba a juicio. Y posiblemente perdía. Inducción al asesinato, y la prueba A sería una cinta grabada gracias a la cual un jurado escucharía cómo le pedía a Winston más o menos que matara a alguien por mí. No sería fácil ofrecer una explicación convincente de mi inocencia, de modo que podían caerme quince años, en el mejor de los casos diez si me reducían la condena por buen comportamiento, aunque tuviera pendiente una segunda acusación por malversación de fondos.

Diez o quince años.

No era una eternidad. Podía llegar a contemplarlo como una posibilidad. Podía, pero había que tener en consideración otra condena.

Anna también había recibido una. Era una sentencia incierta, es verdad, siempre podía llegar el indulto del gobernador, pero no era probable. Lo presumible, y casi seguro, sería una condena a muerte, lo que significaba que cuando yo hubiera terminado de cumplir mis diez o quince años, me concedieran la libertad y saliera de Attica, a sus puertas estaría esperándome mi familia, pero con un miembro menos. No seríamos más que dos. Y quizá nos quedaríamos solos antes de lo que creíamos, porque iba a haber otras noches en las que alguien tendría que encontrar a Anna inconsciente, con convulsiones; iba a haber otras inyecciones que ponerle con mano trémula a mi hija comatosa. Mantener a Anna con vida era labor para dos, siempre había sido labor para dos.

Y, así, ya que nos habíamos sentado a imaginar un futuro de ese tipo, decidí llegar hasta el final. Me imaginé cómo sería enterarme en la cárcel, por carta, quizá: «Lamentamos informarle de que su hija Anna falleció en el día de ayer.»

Suplicaría permiso para estar presente en el entierro. Me lo negarían. Tendría que ver el rostro devastado de Deanna, tras la pantalla de plástico, cuando volviera a visitarme. Primero nos imaginamos ese futuro.

Y después otro. Uno muy distinto.

Era un futuro que sucedía en otro lugar, a personas que tenían otros nombres, un futuro del que podríamos disfrutar los dos.

Y dispondríamos de cuatrocientos cincuenta mil dólares para salir adelante, para que Anna saliera adelante.

Porque eso era lo que había dentro del maletín: ciento diez mil dólares del fondo de Anna y otros trescientos cuarenta mil de los demás hombres a los que habían timado.

Y precisamente ése era otro motivo para tener en cuenta el segundo futuro: el maletín. Alguien podía ponerse a buscarlo.

Aquella noche hubo momentos en los que tuvimos la impresión de estar hablando de otra gente, de que no podíamos de ningún modo estar debatiendo el futuro de nuestra familia, de que tenía que ser el de otros, el de una familia de clase media, más o menos normal, que de repente se transformaría en otra familia de clase media más o menos normal. ¿Era eso posible? A veces las cosas sucedían así, ¿no? Familias enteras desaparecían en los confines de los programas de protección a testigos, con nuevas identidades, nuevas vidas. Lo nuestro era distinto, claro.

A nosotros no iban a ocultarnos las autoridades, sino que éramos nosotros los que íbamos a escondernos de ellas. De la policía de Nueva York y de todo el mundo.

Al final todo se redujo a una cuestión muy sencilla: Anna. ¿Cómo tendría más posibilidades? ¿De qué forma se le prometía un futuro más prolongado? ¿Conmigo o sin mí?

Quizá consiguiera que me declararan inocente. Al fin y al cabo, y aunque hubiera un adulterio de por medio, tal vez lograrse contar con la compasión del jurado... y con un buen abogado. Sí, quizá consiguiera salir bien librado; pero como mucho las posibilidades eran del cincuenta por ciento.

¿Podíamos arriesgarnos? ¿Podíamos tirar los dados?

El motivo para hacerlo era Anna.

El motivo para no hacerlo era Anna.

Primero tendría que desaparecer yo, esa misma noche. ¿Y Deanna? Quizá tuviera que esperar una buena temporada antes de reunirse conmigo. Seis meses, o incluso un año. Y durante todo ese tiempo Anna no podía estar al corriente, eso lo veíamos claramente los dos, porque corríamos el riesgo de que dijese algo y, al hacerlo, me delataran. Durante todo un año, más o menos, era necesario que Anna creyera que su padre había muerto.

Le dimos mil vueltas, lo analizamos todo una y mil veces.

Quizá fue la pura fatiga lo que por fin hizo que tomáramos una decisión. No dejamos de machacar todos los puntos racionales y lógicos hasta que por fin cambiaron de bando.

A las cinco de la mañana, lo más lógico y más razonable del mundo parecía ser desaparecer de la faz de la tierra.

Y, así, no me entregué.

Preferí morir.

DESCARRILADO CUARENTA Y SEIS

Me marché esa noche.

Antes de irme, sin embargo, antes de abrazar a Deanna durante veinte minutos, o eso me pareció, sin que ninguno de los dos pronunciara palabra, subí de puntillas a ver a mi hija.

Estaba profundamente dormida, con un brazo colocado por encima de la cara como si no quisiera ver algo. Tendría una pesadilla, tal vez. Le susurré una despedida.

No dudé ni un instante.

Mi destino era cualquier lugar lejos de allí.

Tomé un autobús Greyhound a las seis de la mañana que se dirigía a Chicago. Me pareció un buen sitio, como lo habría sido cualquier otro.

Me senté junto a un estudiante de derecho flaco e inquieto que regresaba a la Universidad Northwestern.

—Mike —me informó, tendiéndome la mano.

—Lawrence —dije—, pero llámame Larry.

Era la primera vez que utilizaba mi nuevo nombre, que lo decía en voz alta. Me resultó raro, como verme con barba. Ya me acostumbraría.

Mike era muy aficionado al deporte. Me contó que cuando se licenciara quería ser agente de jugadores. Iba a decirle que quizá pudiera ayudarlo, que conocía a uno o dos agentes, ya que llevaba años sacando a deportistas en anuncios, pero me contuve. A partir de ese momento ya no me dedicaba a la publicidad. A partir de ese momento nunca me había dedicado a la publicidad. Y entonces me puse a pensar en un trabajo, por si alguien me lo preguntaba, y en qué iba a hacer cuando llegara a mi destino.

Sin contar los estudios de magisterio que había realizado en el Queens College (no porque me apeteciera especialmente ser profesor, sino porque en aquella época no sabía en qué trabajar), nunca me había dedicado a nada que no fuera la publicidad. ¿Cómo iba a ganarme la vida a partir de entonces?

Durante el trayecto a Chicago me dormí varias veces. Y soñé. Con Winston. Estaba sentado conmigo en mi antiguo despacho y hablábamos de las posibilidades de los Yankees en la temporada siguiente. Entonces él oía un ladrido, se levantaba y se marchaba. Al despertarme me di cuenta de que Mike me observaba intrigado, y me pregunté si habría hablado en sueños y si me diría algo al respecto, pero se limitó a sonreírme y a ofrecerme la mitad de su bocadillo de atún.

Al llegar a Chicago, le di la mano y le deseé buena suerte.

—Lo mismo digo —respondió, y pensé que probablemente iba a necesitarla.

Encontré un piso cerca del lago.

Había llevado suficiente dinero para salir del apuro y aguantar el tiempo que fuera necesario. Me bastó, en todo caso, para pagar la fianza y el primer mes de alquiler.

El barrio estaba habitado principalmente por ucranios.

Cuando hacía buen tiempo los vecinos se sentaban en porches pintados de marrón. Los chavales iban en bicicleta por la calle y jugaban a lanzarse pelotas de béisbol. Al mes de mudarme organizaron una fiesta para todo el barrio. Un señor ucranio, calvo y robusto, llamó a la puerta de casa y me preguntó si quería colaborar.

Le di veinte dólares y se quedó muy contento. Me obligó a prometerle que después bajaría un rato.

No tenía intención de hacerlo; pretendía quedarme en casa y leer el *Chicago Sun-Times*. El torrente de artículos sobre la bomba del hotel Fairfax había ido reduciéndose poco a poco a uno o dos por semana, pero aquel día habían publicado una lista revisada de los muertos. Aunque esperaba verlo, aunque había ido a buscarlo, al leer mi propio nombre escrito en austera letra de imprenta palidecí y a punto estuve de dejar caer la taza de café. Había pasado de la lista de desaparecidos a la de fallecidos. Ya era oficial.

Y además en esa misma lista figuraba por fin otro nombre, el de Raul Vasquez. Ya lo habían identificado.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Se oían risas y música que llegaban de la calle. De repente me di cuenta de lo solo que estaba.

Y bajé.

Un grupo tocaba canciones populares ucranias, o eso me imaginé que eran, ya que todo el mundo se sabía la letra y al menos veinte personas se habían puesto en mitad de la calzada a bailar a su ritmo. En las aceras habían instalado parrillas portátiles. Una chica me ofreció una especie de salchicha envuelta en masa fermentada, se lo agradecí y le hincó el diente.

Entonces se me acercó un policía.

—Eh, tú —me llamó.

Me quedé helado. Todas las células de mi cuerpo me decían que saliera corriendo, que soltase el bocadillo y me largara de allí.

—Eh —insistió. Estaba ofreciéndome algo.

Una cerveza.

No estaba de servicio y vivía en el barrio. Sólo quería ser amable.

Solté el aire que había retenido en los pulmones. Por primera vez desde mi llegada a Chicago, me relajé. Me quedé en la calle hasta las doce de la noche. Bebí cerveza, comí salchichas y di palmas al son de la música.

De todo lo que tuve que pasar, lo segundo más difícil fue no verlas. A Deanna y a Anna. Lo primero, lo más difícil de todo, fue saber por lo que estaba pasando Anna.

Una vez a la semana llamaba a Deanna al móvil. Desde una cabina, para no correr riesgos.

Una vez a la semana le preguntaba cómo lo llevaba Anna, y ella suspiraba y respondía:

—No sabes lo que me cuesta no contárselo, Charles.

Un día empezó a contarme algo:

—El otro día...

Pero no terminó.

No hizo falta.

Me imaginaba a Anna con todo detalle. Pasé muchísimas horas en aquel piso sin hacer otra cosa. Intenté evitarlo, pero era como tratar de quitarme de la cabeza aquellas imágenes de Winston.

—A lo mejor podemos... —comencé a decirle un día, pero Deanna me interrumpió.

—No, Charles, aún no.

—Quieren que celebre un funeral —me contó unas semanas más tarde—. La tía Rose, y Joe y Linda... Les he dicho que hasta que te declarasen muerto oficialmente pensaba aferrarme a la esperanza de que seguías con vida. Joe cree que deliro, claro. Me ha soltado que ya ha pasado mucho tiempo y que tengo que afrontar los hechos, y que además ya te han declarado oficialmente muerto. Le he contestado que se meta en sus asuntos.

No se lo ha tomado muy bien. Creo que la familia está empezando a tomar partido, Charles. Todos juntos contra la lunática.

—Bien —repuse.

En eso, más o menos, consistía nuestro plan.

Al cabo de cinco meses, o seis meses, o siete meses, Deanna y Anna se reunirían conmigo y dejarían atrás a toda la familia, que formaba parte de nuestra otra vida. No

podía participar en la nueva. Nos pareció que el que se produjera un distanciamiento general nos sería de gran ayuda. El hecho de que Deanna se negara a aceptar la realidad y la insistencia de su familia para que pasara página nos sirvieron en bandeja, de forma inesperada, esa ruptura. La avalancha de llamadas de consuelo de parientes cercanos y no tan cercanos ya había perdido fuerza y se había quedado en apenas un goteo. Estaban levantándose muros, colocándose barreras. La única excepción era la madre de Deanna. Habíamos decidido que, en algún momento, íbamos a tener que cruzar los dedos y contárselo.

Cada vez resultaba más evidente que desaparecer de la faz de la tierra no era nada fácil. Había que cortar vínculos, atar cabos sueltos. Era como organizar unas vacaciones largas y complejas, aunque con la diferencia de que no había intención alguna de regresar.

—Ah, han llamado de tu trabajo por lo del seguro, Charles —me contó un día Deanna—. Estaba a punto de soltarles que aún no quería aceptar que hubieras muerto, que podían quedarse con su seguro, pero me han contestado que llamaban para informarme de que la aseguradora no quería pagar. Resulta que por culpa de tu suspensión habían dejado de abonar las mensualidades. Querían que lo supiera. La vida era una gran ironía, pensé.

También dediqué el tiempo que pasaba en el piso a otras cosas.

Me propuse conseguir más documentación.

Ya tenía permiso de conducir. Quería más.

Winston me había dicho que conseguir un carnet falso era lo más fácil del mundo, y no se había equivocado demasiado. Los tiempos habían avanzado mucho y sólo hacía falta conectarse a Internet.

Cuando me fui a un cibercafé y escribí las palabras «carnet falso» en un buscador, encontré al menos cuatro sitios web dispuestos a echarme una mano.

El secreto era, sencillamente, que primero hacía falta uno. A partir de ahí podían conseguirse más. Gracias a Winston, yo ya contaba con ese primer carnet. Tenía un permiso de conducir, que, según una página web llamada *Quién eres*, se consideraba un documento de identificación principal; es decir, permitía obtener todo lo demás: un carnet de la Seguridad Social, por ejemplo, a través de un simple formulario enviado por correo.

Poco a poco, fui construyéndome una identidad.

Una tarjeta de crédito, una tarjeta del censo electoral, una tarjeta de débito, tarjetas de cliente de la librería Barnes & Noble y del hipermercado Costco, un carnet de la biblioteca, todo lo que se esperaba que alguien llevara en la cartera.

Una vez que tuve una identidad, decidí buscar trabajo.

Un día apareció en el *Chicago Tribune* un artículo sobre la crisis del sector educativo en el Estado. Al parecer, había escasez de maestros en Illinois. Los profesionales estaban pasándose a otros sectores más lucrativos y los colegios se quedaban sumamente faltos de personal. Había que recurrir a unir clases y a recortar programas. El Estado se planteaba incluso emitir una campaña televisiva para buscar profesores. Y otra cosa: habían llegado incluso al punto de dejar que dieran clase personas sin titulación, bastaba con que los candidatos hubieran hecho algún curso de docencia en la universidad y se comprometieran a completar los créditos necesarios relacionados con la asignatura que fueran a impartir.

Parecía la oportunidad ideal para mí.

La zona más afectada, según el periódico, se llamaba Oakdale, y estaba a unos sesenta y cinco kilómetros de Chicago. Antigua ciudad industrial, se había convertido en una población con unos ingresos medios muy bajos. Vivían allí sobre todo obreros y grupos minoritarios, y los colegios lo estaban pasando muy mal, con clases que a veces tenían hasta setenta niños. Estaban prácticamente suplicando que les llegaran maestros.

Un día me fui para allá a echar un vistazo.

Me bajé del autobús y di un paseo por la calle principal. Había muchas tiendas con las persianas echadas y muchos escaparates rotos. Los parquímetros estaban decapitados. Sólo los bares reunían a una buena clientela. A primera hora de la tarde, ya parecían

estar llenos de parados. Oí que alguien gritaba algo dentro de uno que se llamaba Banyon's:

—¡Hijo de puta!

Y a eso siguió el ruido de cristales rotos.

Pasé de largo, apretando el paso.

Entré en una cafetería y me senté en un rincón.

—¿Sí? —me preguntó el propietario. Estaba gordo y se lo veía cansado. El delantal tenía pinta de no haber visto una lavadora en varios años.

—Una hamburguesa —pedí.

—¿Cómo la quiere?

—Medio hecha.

—Vale —dijo, pero no se levantó del asiento.

Al cabo de irnos minutos, le pregunté:

—¿No va a hacerme la hamburguesa?

—Estoy esperando a la cocinera.

—¿Y dónde está?

En aquel mismo instante salió una mujer por la puerta que había tras la barra. Supuse que sería su esposa. Estaba fumándose un pitillo.

—Una hamburguesa —le dijo el propietario—. Medio hecha.

La mujer sacó una de debajo de la barra, congelada, y la echó en la parrilla.

—¿Quiere patatas fritas? —me preguntó.

—Vale.

—¿Se ha venido a vivir aquí? —quiso saber él.

—No. Quizás. Estoy pensándomelo.

—Ajá. ¿Por qué?

—¿Cómo dice?

—Que por qué está pensándoselo.

—Puede que haya una plaza de profesor aquí.

—De profesor, ¿eh?

—Sí.

—A mí el colegio nunca se me dio bien. No tenía tarro.

—Bueno, parece que le va bien en la vida.

—Sí, ya. No me quejo —repuso.

Su mujer colocó la hamburguesa ante mí. Estaba rosada y grasienta.

—¿Qué ha pasado con los parquímetros? —pregunté.

—Ah, eso. Los ha robado alguien —explicó el marido.

—¿Y no han puesto otros?

El hombre se encogió de hombros.

—No. Y además daría igual. Tampoco tenemos a nadie que ponga multas, así que la gente no los utilizaba.

—¿Nadie pone multas? ¿Por qué?

—Porque aquí no hay nada de nada. La ciudad está en quiebra. El departamento de policía lo compartimos con Cicerón.

—Ah.

A la mayoría de la gente le habría alarmado enterarse de que en aquella ciudad no había policía, pensé, pero a mí no. A mí la noticia me resultó reconfortante.

Oakdale, Illinois. Cada vez me parecía más el lugar idóneo para echar raíces.

Envié un currículum y una carta al Distrito Escolar de Oakdale.

Les conté que había hecho cursos de docencia en la universidad, pero que tras licenciarme me había dedicado a tareas más empresariales. Había montado varias compañías que había gestionado desde casa y que me habían ido bien, y con el tiempo había sentido la necesidad de trabajar para la sociedad, de ayudar a formar a los más jóvenes. Es curioso, pero no mentía. Había dedicado casi toda la vida a tratar de vender una tarjeta de crédito o un trozo de pizza; la idea de dedicarme a algo que ayudara de verdad a alguien además de a mí me resultaba sumamente atractiva.

Redacté un currículum poco preciso adrede. Escribí «Universidad de la Ciudad de Nueva York» sin concretar a qué facultad de ese centro había ido. Contaba con una baza: la escasez de profesores no les permitía elegir demasiado, y un colegio con poco presupuesto y poco personal no podría ni querría comprobar los datos de los currículos de los aspirantes.

Envié la carta en julio.

El diez de agosto recibí la respuesta.

Me pedían que fuera para entrevistarme.

DESCARRILADO CUARENTA Y SIETE

Empecé a dar clases el primer martes de septiembre, ya que el lunes era fiesta en

todo el país por celebrarse el Día del Trabajo.

Lengua y literatura de séptimo. Me dieron varios cursos a elegir y me decanté por el más cercano a la edad de Anna.

Si en aquellos días no podía ayudarla, decidí que al menos ayudaría a chicos de su edad. Hacía buen tiempo, pero ya notaba indicios de la llegada del otoño en las frías ráfagas de viento que llegaban de vez en cuando del mar.

Yo iba en mangas de camisa, y en las escaleras que conducían a la entrada del Colegio de Segunda Enseñanza George Washington Carver, me puse a tiritar.

El primer día fue el peor.

Cuando dejó de sonar el timbre, me encontré a cincuenta y un adolescentes escépticos con los ojos clavados en mí.

Dos tercios de los alumnos eran negros, y el otro quería serlo. Hasta los chavales blancos llevaban esos vaqueros caídos que dejaban ver el elástico de los calzoncillos. Se pavoneaban igual que sus compañeros negros, aunque éstos lo hacían con mayor naturalidad. Y antes de entrar en clase a primera hora se reunían en el patio a inventarse algún rap.

Cuando empecé a escribir mi nombre bien grande en la pizarra se me rompió la tiza y toda la clase se echó a reír.

Abrí el cajón de mi mesa para buscar otra, pero no había (eso mismo me pasaría con todo el material escolar durante aquel primer curso).

« Señor Wid » se quedó allí en la pizarra.

Y así empezaron a llamarme: señor Wid.

«Eh, señor Wid, ¿qué pasa? Oye, Wid...»

No les corregía. El mote me sirvió para romper el hielo el primer día, y con el tiempo casi le cogí cariño, aunque hubo algo que no me hizo gracia, cierto grafito que leí un día en la pared del urinario de los chicos:

«Wid es corto.»

A los chicos también les cogí cariño, incluso al que había escrito el grafito, que lo reconoció tímidamente tras ser sorprendido mientras aumentaba su producción pictórica y de resultados de ello se pasó dos tardes castigado después de clase. El tutor que se quedó con él fui yo. En realidad me presenté voluntario; no tenía adonde ir y no me esperaba nadie en casa, así que me quedaba a vigilar a los alumnos castigados, a estar en clase durante las horas de estudio y a colaborar con el equipo de baloncesto del colegio.

El artista callejero se llamaba James, pero le gustaba más J-Cool, según me dijo. Había crecido en una familia monoparental («sólo tengo a mi madre») y de inmediato me hizo pensar en Anna.

Le propuse un acuerdo: si dejaba de escribir por los lavabos que Wid era corto yo empezaría a llamarlo J-Cool.

—Trato hecho —contestó.

Nos hicimos amigos.

Empecé a caerle bastante bien a todo el mundo, no sólo a los alumnos, sino también al resto del profesorado, ya que siempre me ofrecía para tareas que de otro modo les habrían tocado a ellos.

Sin embargo, caer bien tenía sus desventajas.

Como la gente me consideraba simpático, me preguntaban cosas de mí. Tenían curiosidad y querían saber de dónde era, a qué me dedicaba antes, si estaba casado o no, si tenía hijos.

Los mediodías me resultaban muy incómodos, carreras de obstáculos que tenía que sortear durante cuarenta y cinco minutos mientras almorzábamos, todos los días, manteniendo siempre la concentración necesaria para no tropezar y caerme. Al principio, me ponía a hablar con alguien y me olvidaba de lo que le había dicho a otra persona. Me pasaba con Ted Roeger, por ejemplo, que daba matemáticas de octavo y me había invitado a jugar al softball con él los fines de semana en una liguilla para mayores de cuarenta años (había declinado la oferta cortésmente). También tenía a Susan Fowler, profesora de artes plásticas de poco más de treinta años que parecía soltera, sin compromiso y desesperada por tenerlo (y que siempre acababa encontrando una silla vacía en la mesa en la que yo estaba comiendo y conseguía dirigir la conversación hacia el tema de las relaciones y las dificultades que comportaban).

Al final acabé por sentarme a escribir la vida de Lawrence Widdoes, desde la infancia hasta aquel momento. Y después procedí a hacerme preguntas sobre mí mismo y a responderlas.

—¿Dónde naciste?

—En Staten Island. (Cerca de casa, sí, pero tenía que elegir un sitio del que al menos supiera algo. Y, ya que había pasado por allí un millón de veces de camino a casa de la tía Kate, sabía lo suficiente del lugar y me veía capaz de no quedar como un imbécil si a alguien de allí le daba por hacerme preguntas concretas.)

—¿A qué se dedicaban tus padres?

—Ralph, mi padre, era mecánico de coches. Anne, mi madre, era ama de casa. (¿Por qué no? La de mecánico era una profesión tan digna como cualquier otra, y en aquella época casi todas las mujeres se quedaban a llevar la casa.)

—¿Tienes hermanos?

—No. (Totalmente cierto.)

—¿A qué universidad fuiste?

—A la Universidad de la Ciudad de Nueva York. (Era, al fin y al cabo, lo que había puesto en el currículum.)

—¿Dónde trabajabas antes de venir aquí?

—Tenía una empresa de productos de belleza que llevaba desde casa: fijadores, cremas faciales, lociones corporales. (Una amiga mía había montado un negocio así en Merrick, de modo que conocía el tema. Al menos lo suficiente como para salir del paso.)

—¿Estás casado?

—Sí. Y no. (Esa era la más difícil. En ese momento no tenía familia en Chicago, pero si todo salía según lo previsto de repente aparecerían una esposa y una hija. ¿Por qué? Pues porque habíamos sufrido el gran mal de los tiempos modernos —dificultades matrimoniales— y nos habíamos separado de forma temporal. Sólo de forma temporal. Estábamos intentando reconciliarnos. Teníamos la esperanza de que llegaría a producirse y de que acabarían reuniéndose conmigo.)

—¿Tienes hijos?

—Sí. Una niña.

Me mantuve cercano a la verdad en casi todo. Así me resultaba más fácil reaccionar cuando me quedaba en blanco, cuando alguien me arrinconaba con una pregunta que no tenía prevista. La vida de Lawrence Widdoes era distinta de la de Charles Schine, sí, pero no tanto, y esas diferencias fueron convirtiéndose, poco a poco y tras muchos titubeos, en parte de mi ser. Me acostumbré a ellas, las cultivé, las saqué a tomar el aire y a dar paseos por el parque, y por fin las adopté como si fueran carne de mi carne.

—Ha empezado la diálisis —anunció Deanna.

Me encontraba en la calle, hablando desde un teléfono público situado a dos manzanas del piso de Chicago. Ya había empezado octubre. El viento llegaba cortante desde el lago y sacudía la cabina. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Hace más de un mes. No quería decírtelo.

—¿Cómo...? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Como se lo toma todo últimamente, con un silencio tremendo. Le suplico que me diga algo, que me grite, que me chille, lo que sea. Y se limita a mirarme. Cuando te fuiste, se encerró en sí misma, Charles. Lo reprime todo tanto que me da la impresión de que va a explotar. La llevé a ver a un terapeuta que me contó que no había abierto la boca. Por lo visto, lo normal es que se cansen y hablen, porque el silencio les incomoda tanto que se desesperan por acabar con él. Pero con Anna no pasó eso. Al parecer se pasó cincuenta minutos mirando por la ventana y después se levantó y se marchó como si tal cosa. Y ahora esto.

—Dios mío, Deanna... ¿La diálisis le hace daño?

—Creo que no, o al menos eso asegura el doctor Baron.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar allí enchufada a la máquina?

—Seis horas. Más o menos.

—¿Y no le hace daño? ¿Seguro?

—Lo que la hace sufrir es tu ausencia. Está acabando con ella. Y yo lo paso muy mal al no poder contárselo. Me parece que no puedo seguir sin decirle la verdad, Charles... — Deanna se echó a llorar.

De repente me sentí como si todas las partes útiles de mi cuerpo hubieran dejado de funcionar. Alguien me había arrancado el corazón y en su lugar había dejado un agujero que se había quedado esperando a que apareciese Anna y lo llenase. Anna y Deanna, las dos. Empecé a hacer cálculos. Habían pasado ya... ¿cuántos meses? ¿Cuatro?

—¿Ya has puesto la casa a la venta?

—Sí. Le he dicho a todo el mundo (o sea, a toda la gente con la que aún me hablo) que tengo que alejarme, que aquí hay demasiados recuerdos, que tengo que empezar de cero.

—¿Y con quién hablas?

—Con casi nadie. Mis tíos ya ni se molestan en llamar. Volví a pelearme con Joe. ¿Y nuestros amigos? Tiene gracia: primero te sueltan el típico rollo de que no va a cambiar nada, de que vamos a seguir quedando los sábados para cenar y los domingos para montar barbacoas, pero en realidad cambia todo. Todos están emparejados menos yo, y les resulta más fácil dejar de invitarme. Nos preocupaba pensar cómo íbamos a conseguir cortar la relación con ellos, pero está sucediendo sin que tengamos que hacer nada. ¿Que con quién hablo? Con mi madre, sobre todo. Y ya está.

—Cuando te hagan una buena oferta por la casa, véndela —le dije—. Ha llegado el momento.

DESCARRILADO CUARENTA Y OCHO

Encontré una casa en las afueras de Oakdale.

No era gran cosa, una casa modesta unifamiliar construida en los años cincuenta, pero tenía tres habitaciones y un jardincito, y ofrecía mucha intimidad.

La alquilé.

Y me dispuse a esperar a que llegaran ellas dos.

Deanna vendió la casa.

No sacamos todo lo que habríamos podido conseguir, pero tampoco la malvendimos. Incluso fue un buen precio, dadas las circunstancias.

Sin embargo, cuando Deanna le contó a Anna que se mudaban, tuvo que soportar un huracán de protestas.

Aparentemente, la madre se alejaba para distanciarse de los recuerdos, mientras que la hija quería aferrarse a ellos. Deanna replicó que no había más que hablar, que estaba decidido. Anna se refugió en un silencio sepulcral.

Dejó casi todos los muebles. No queríamos que una empresa de mudanzas se hiciera con una dirección de entrega.

Cargaron el coche hasta arriba y se marcharon.

Por el camino, entre Pennsylvania y Ohio, Deanna detuvo el coche y le contó a Anna que yo estaba vivo.

Le habíamos dado mil vueltas.

¿Cómo se le decía exactamente a una hija que su padre no estaba muerto, que en realidad no había fallecido en aquella explosión del hotel sino que seguía con vida? No podía aparecer sin más cuando llegaran a Chicago. Para algo así Anna tenía que estar preparada.

También nos habíamos planteado qué debíamos contarle. ¿Por qué estaba vivo? O, más exactamente, ¿por qué habíamos permitido que creyese que estaba muerto durante tantos meses?

Tenía catorce años, era mitad niña y mitad adulta.

Así pues, nos decantamos por una historia que era mitad verdad y mitad mentira.

Deanna paró el coche en el aparcamiento de un restaurante de la cadena Roy Rogers de la autopista 96. Más tarde me contó cómo había ido.

—Tengo que contarte una cosa —le dijo a Anna, que apenas la miró. Seguía sumida en una especie de huelga de palabras, utilizando el silencio como arma. Era lo único que tenía—. Es algo que va a costarte mucho creer y sé que vas a enfadarte mucho, mucho, mucho conmigo, pero voy a intentar que lo comprendas. ¿Vale?

Anna ya la miraba, porque aquello parecía serio.

—Tu padre está vivo, Anna.

Al principio, según Deanna, Anna la observó como si se hubiera vuelto loca; después, cuando se lo repitió, como si estuviera gastándole una broma de mal gusto. Después, con expresión de odio, le preguntó a su madre por qué estaba haciéndole aquello.

—Es la verdad, cariño —respondió Anna—. Está vivo. Ahora vamos a verlo. Nos espera en Illinois.

Y fue en ese momento cuando Anna por fin le creyó, porque sabía que, en realidad, su madre no había perdido la razón y no sería tan cruel como para bromear con aquel

tema. Se derrumbó, por fin, y de la forma más absoluta. Derramó mares de lágrimas, me contó Deanna, lloró tanto y durante tanto tiempo que a ésta le pareció increíble que el cuerpo pudiera contener tanto líquido. Lloraba de felicidad, de alivio.

Y entonces, mientras su madre le acariciaba el pelo, llegaron las preguntas:

—¿Por qué me dijiste que estaba muerto?

—Porque no podíamos arriesgarnos a que se lo dijeras a alguien. Puede que fuera mala idea. Siento mucho que tuvieras que pasar por todo esto. Nos pareció que no había otra manera. Tienes que creerme.

—¿Por qué hace ver que se ha muerto? No lo entiendo...

—Papá se ha metido en un lío. No ha sido culpa suya. Pero puede que no le crean.

—¿Quiénes?

—La policía.

—¿La policía? ¿Papá?

—Conoces a tu padre, Deanna, y sabes que es buena persona, pero los demás quizá no creyesen lo mismo. No me resulta fácil explicártelo, pero se había metido en un lío del que no podía salir.

Y a partir de ahí le contó el resto. Iba a tener que cambiar de nombre, de vida, de todo.

—¿Tengo que ponerme otro nombre? —preguntó Anna, sorprendida.

—Siempre has dicho que no lo soportas, ¿verdad?

—Sí, pero... ¿No puedo cambiarme sólo el apellido?

—Quizá. Ya veremos.

Con todo, a Deanna le pareció que la buena, y sumamente abrumadora, noticia de que estaba vivo canceló la mala, y sumamente abrumadora, noticia de que su vida iba a quedar patas arriba. Y de que le habíamos mentido durante todos aquellos meses.

—Jamie —dijo Anna.

—¿Qué?

—Mi nombre. Jamie, me gusta.

Cuando llegaron a Chicago estaba esperándolas.

El coche se acercó al bordillo y Anna salió disparada antes incluso de que se hubiera detenido del todo y se me tiró a los brazos.

—Papi —gritó—. Papi... Papi... Papi...

—Te quiero. Lo siento mucho, cariño. Lo sien...

—Chist —me interrumpió—. Estás vivo.

Descarrilado cuarenta y nueve

Nuestra nueva vida.

A las seis y media me levantaba y preparaba el desayuno para Deanna y Anna (es decir, Jamie), que iba conmigo al colegio. Había conseguido matricularla en el George Washington. Carver. Cuando el director me preguntó si podían enviarle su historial académico, el profesor que acababa de convertirse en su ojito derecho le contestó que sí, que se encargaría de solicitarlo al antiguo colegio, que seguramente se lo enviaría en pocos meses. Me dijo que muy bien y jamás volvió a sacar el tema.

Me había encargado de entrar en contacto con un endocrino, el doctor Milbourne, con antelación, para que Anna no tuviese que interrumpir la diálisis. Milbourne me pidió su historia médica. Le di la misma respuesta que en el colegio. No le preocupó demasiado el tema, ya que Deanna llevaba los registros de análisis sanguíneos de Anna de los últimos cinco años. Entre eso, el nivel de glucemia y la revisión completa que le hicieron entonces ya tenía toda la información que necesitaba. La conectó a la diálisis en su consulta y le hizo una receta para que consiguiéramos una máquina portátil que podríamos utilizar en casa. Mi nuevo seguro médico, por cortesía del Departamento de Educación del estado de Illinois, cubrió todos los gastos.

Conseguí encontrar una farmacia en Chicago que suministraba la insulina especial que necesitaba Anna.

La preparada a base de células de cerdo, que estaba siendo retirada del mercado en favor de las insulinas sintéticas a las que mi hija no respondía tan bien.

Deanna, que se había decantado por el que antes era su segundo nombre de pila, Kim, empezó a trabajar de recepcionista a media jornada para contribuir a la economía familiar.

Y entonces sucedió algo maravilloso: volvimos a ser felices.

Nos dimos cuenta de ello de forma gradual, un poco un día y otro poco más adelante, hasta que llegó un momento en que nos sentimos capaces de decirlo en voz bien alta, sin miedo alguno.

Nuestra familia había tenido una segunda oportunidad y la habíamos aferrado con ambas manos, como si nos fuera la vida en ello. Era un poco como al principio, de recién casados, cuando estábamos imbuidos de pasión y esperanza. No sabíamos cuánto tiempo íbamos a tener a Anna con nosotros, cierto, pero estábamos decididos a disfrutar de cada minuto al máximo. Hablábamos de la enfermedad, nos consolábamos, encontrábamos apoyo el uno en el otro. El silencio tenía prohibida la entrada en nuestra casa. Nos convertimos en el ejemplo perfecto de familia comunicativa.

Y, así, poco a poco, también reapareció el contacto sexual. La primera noche que volvimos a estar juntos, mientras Anna dormía en su cama, nos devoramos vivos con una especie de desenfreno sin esperanza. La sexualidad había tomado nuevos derroteros y resultaba más excitante.

Nos atacábamos como fieras, nos uníamos en un sólo cuerpo, follábamos cubiertos de sudor y, al final, nos mirábamos medio anonadados. ¿Éramos de verdad nosotros?

Dos meses más tarde, Deanna anunció que estaba embarazada.

—¿Qué? —me sorprendí.

—Que estoy en estado de buena esperanza. Preñada. Encinta. Bueno, ¿qué te parece? ¿Debería abortar?

—No.

En una época de nuestras vidas habíamos querido tener otro hijo, pero la enfermedad de Anna nos había hecho cambiar de opinión. En ese momento, sin embargo, lo deseaba más que nada en la vida.

—Sí —corroboró ella—, estoy de acuerdo.

Siete meses más tarde, Jamie tuvo un hermanito. Lo llamamos Alex, quizá como homenaje a la encarnación previa de su hermana o a mi abuelo Alexander.

Un día todo estuvo a punto de echarse a perder.

Salía de la farmacia Roxman con las medicinas de Anna, pensando atónito que la fama del crudo invierno de Chicago no llegaba a hacer justicia a la realidad.

La llamaban la Ciudad del Viento, pero quizá debería haber sido la Ciudad Frígida, la Ciudad Bajo Cero, la Ciudad Congelada. Sí.

Llevaba una parka, gorro de punto, orejeras y guantes forrados de piel. Aun así, temblaba de frío. En el labio superior se me habían formado filamentos de humedad helada. Estaba buscando el coche en un aparcamiento al aire libre cruzando los dedos para que se encendiera.

Pasé por delante de un edificio de oficinas y me di de bruces contra una rubia.

—Perdone —me disculpé, mientras me volvía para mirarla.

Era Mary Widger.

—No pasa nada —contestó.

Giré sobre mis talones y seguí andando. Recordé entonces que uno de nuestros clientes, fabricante de productos envasados, tenía la sede en Chicago. Debía de estar saliendo de una reunión. Cuando miré de reojo al doblar la esquina, aún estaba allí.

¿Me habría reconocido?

No lo creo. Todavía llevaba barba e iba envuelto en piel y lana. Aun así, tuve la impresión de que el corazón dejaba de latirme un buen rato. Me costaba respirar.

Esperé unos minutos, envuelto en nubes de vapor caliente procedentes de mi organismo, y regresé a la esquina para mirar otra vez de reojo.

Se había ido.

Descarrilado cincuenta

Alex ya tenía dos años.

Hablaba por los codos, hacía calistenia encima de los muebles del salón y nos deleitaba, nos entretenía y nos cautivaba a diario de mil maneras.

Kim seguía trabajando de recepcionista.

A Jamie le iban bien las cosas, avanzaba con paso firme, tanto en lo que tenía que ver con su salud como en sus estudios y sus relaciones sociales. Se había hecho amiga de dos chicas que vivían en nuestra misma calle. Se quedaba a dormir en su casa, veían juntas la tele e iban al cine.

¿Y el señor Wid? Pues enseñaba *Paz por separado*, el clásico de John Knowles y varias obras de Mark Twain en la clase de lengua y literatura de séptimo.

Una de las frases clásicas de Twain me parecía especialmente adecuada en aquel momento: «Los informes sobre mi muerte han sido muy exagerados.»

Jamie no era la única que se había granjeado un círculo de amistades. Tras intentar no llamar demasiado la atención durante buena parte del año, yo por fin había empezado a aceptar algunas de las invitaciones de mis colegas. Poco a poco habíamos empezado a vemos con gente. Una cena, una película, una tertulia dominical.

Mi vida anterior empezó a desvanecerse, no sólo porque hubiese transcurrido el tiempo, sino también porque la nueva era mejor en muchos sentidos, de hecho en todos los que contaban de verdad, y yo era consciente de ello. Antes ganaba más dinero, cierto. Según todos los criterios utilizados habitualmente para cuantificar el éxito en Estados Unidos (un trabajo prestigioso, un buen sueldo, una gran casa), esa nueva vida significaba un retroceso. Sin embargo, mi nuevo yo podía medir el éxito laboral en función de algo distinto del signo del dólar. Mi gratificación anual era ver cómo chicos que llegaban a mi clase sin motivación y con dificultades en los estudios salían encauzados e ilusionados. Era bueno para el espíritu. Y no tenía que lidiar con clientes difíciles y contrariados que cada día iban a buscarme las cosquillas.

¿Y el matrimonio? Seguía sorprendiéndonos en lo grande y en lo pequeño.

Lawrence Widdoes era feliz.

Un sábado de verano me fui con Alex a Chicago.

Tenía que recoger más insulina y se me ocurrió llevar a mi hijo al Museo de la Infancia.

Primero fuimos a la farmacia Roxman.

El farmacéutico me saludó por mi nombre. Ya nos habíamos hecho amigos. Me preguntó qué tal me iba todo.

—Muy bien —contesté.

Comentó que hacía demasiado calor.

Le di la razón. Estábamos atrapados en plena ola de calor sofocante, y lo sufría en mis propias carnes, ya que durante el verano daba clases de repaso en un edificio sin aire acondicionado. Cada tarde volvía a casa empapado en sudor.

El farmacéutico le dio un dulce a Alex, que puso los ojos como platos, como suelen hacer los niños cuando alguien les entrega lo que para ellos equivale a dinero. Me pidió que se lo pelara, se lo llevó a la boca y sonrió.

Entonces se acercó el dependiente de la farmacia y me dijo:

—¿Señor Widdoes? Lo siento, pensaba que le había quedado claro. Ya le dije que la insulina no llegaría hasta el lunes.

—¿Qué?

—¿No se acuerda? Le dije que el lunes.

—¿Me dijo que el lunes? ¿Cuándo?

—Cuando llamó. Se lo dije.

—Cuando llamé...
—Me preguntó cuándo llegaba la insulina. Le contesté que el lunes.
—Querrá decir mi esposa. Debió de llamar ella.
Se quedó desconcertado, meneó la cabeza y se encogió de hombros.
—Vale. Bueno, pues no llega hasta el limes.
—Muy bien. Ya volveré entonces.

Fuimos al Museo de la Infancia.

Había varias instalaciones prácticas. Alex se metió por un ventrículo izquierdo inmenso y se sentó dentro de la maqueta de un corazón. No quería moverse de allí. Sabía que yo no podía entrar y saboreó esa independencia momentánea. Tuve que esperar a que se cansara.

Al cabo de un rato apareció por el ventrículo derecho.

Comprobó cuánto pesaría en Marte.

Escribió algo en código morse.

Pintó con los dedos en un ordenador.

Se puso unas alas de pájaro.

Me lo llevé a la cafetería del museo, le compré un perrito caliente y unas patatas fritas (tras obligarlo a prometerme que no se lo diría a mamá, que estaba en plena cruzada personal contra la comida basura).

Sentados allí, comiendo, tuvo una especie de visión.

Algo me inquietaba. Se me había subido al hombro y me susurraba al oído. Intenté espantarlo de un manotazo, pero no se marchaba. No había forma de matarlo. Era exasperante.

Recordé los almuerzos con Lucinda, con Didi, como se llamara. Recordé cómo me había desahogado el día en que me había preguntado por mi hija. Por Anna. Recordé que le había contado algo.

Y de repente me quedé helado.

Saqué el teléfono móvil y llamé a Kim.

—Cariño... —dije cuando contestó.

—Sí, hola. ¿Qué pasa?

—No, nada. Después de esto nos vamos al museo para padres desfallecidos. Tengo el cuerpo como si hubiera corrido un maratón.

—Pues entonces el enano estará pasándoselo bien.

—Eso parece. Oye, quería preguntarte algo.

—¿Sí?

—¿Esta semana has llamado a Roxman para preguntar por la insulina de Anna?

—¿A Roxman? No. ¿Por qué?

—¿No has llamado? ¿Seguro?

—Sí, Charles... ¡Ay! Sí, Larry, estoy segura.

—¿No es posible que hayas llamado y no te acuerdes? ¿No es posible?

—No. No he llamado a Roxman. Lo recordaría. ¿Quieres que te firme una declaración jurada? ¿Por qué?

—Por nada. Es que me ha dicho algo que...

Me despedí y corté la comunicación.

Me quedé mirando a mi hijo. Estaba devorando el último pedazo de salchicha. Las voces retumbaban en las paredes del museo, un niño berreaba en otra mesa como si estuviera a punto de acabarse el mundo. Alex levantó la vista.

—Papi... —dijo—. ¿Bien?

DESCARRILADO CINCUENTA Y UNO

Me conecté a Internet.

Hice una búsqueda. Retrocedí tres años, hasta el día de la explosión.

Encontré ciento setenta y tres páginas en las que aparecía la combinación «hotel Fairfax».

Había de todo, desde artículos de periódico hasta reportajes de revistas pasando por menciones en programas de televisión e incluso chistes de los que circulan por la red: «¿Te has enterado de lo guapo que es el servicio de habitaciones del Fairfax? Es la bomba.»

Casi todos los artículos eran lo que podía esperarse: historias de bomberos heroicos y víctimas inocentes. Entre las segundas volví a ver mi nombre, primero entre los desaparecidos y después en la lista de fallecidos.

Charles Schine, cuarenta y cinco años, ejecutivo publicitario.

Y el de Dexter, y el de Sam, y el de Didi.

Y el de él, colocado alfabéticamente al final de la relación.

Seguí leyendo. Había otros textos en los que se hablaba del terrorista.

«La ciudad del terrorista pro vida le recuerda», rezaba el titular de uno. Jack Christmas había nacido en Enid, en el estado de Oklahoma. Era un chico muy simpático que limpiaba la pizarra, según su profesor de tercer curso, aunque un compañero del colegio le recordaba como «un tío que me daba mala espina».

También había un artículo sobre el hotel en sí: «El pasado gris del hotel no daba pistas.» Había sido construido en 1949 y en un principio su clientela había estado compuesta principalmente por empresarios. Poco a poco había caído en decadencia y se había convertido en refugio de prostitutas de segunda y residentes habituales con pocos ingresos.

Varios de los resultados de la búsqueda eran páginas dedicadas al terrorismo dentro de Estados Unidos. Un artículo hablaba de una organización llamada Hijos de Dios. Encontré el manifiesto de un ejército antiabortista y varios textos sobre técnicas de supervivencia, así como un relato del atentado de Oklahoma City en el que se subrayaban sus similitudes con el del Fairfax.

Más tarde llegué a otra lista de muertos, ésta con breves necrológicas.

Charles Schine era director creativo de Schuman Advertising. Trabajaba en varias cuentas de primera fila. «Charley era imprescindible en esta empresa, como redactor y como persona. Le echaremos mucho de menos», asegura el presidente de la compañía, Eliot Firth. Charles Schine deja mujer e hija.

Samuel M. Griffen era alabado como «toda una estrella del firmamento de la planificación financiera». Según su hermano, era «un padre generoso y entregado».

También se mencionaba a Dexter. «Era uno de los nuestros —afirmaba la sociedad de cartera propietaria del Fairfax—. Un excelente trabajador.»

Incluso Didi se merecía una necrológica, o al menos supuse que se referían a ella: «Desdemona González, de treinta años, deja una hermana, María, y a su padre, el comandante Frank González, de East Texas.»

Di un rodeo. Busqué periódicos de East Texas. Sabía que la prensa de aquella población se habría matado por escribir reportajes sobre una víctima de un atentado oriunda de allí.

La encontré, en un artículo del *Roxham Texas Weekly*.

Sentado en el porche de su casa, el comandante retirado Frank Gonzalez recuerda desolado a su hija menor, muerta en el atentado del hotel Fairfax. Desdemona Gonzalez, de treinta años, llevaba diez años viviendo en Nueva York, según su padre. «No me llamaba mucho», confiesa el comandante. «En Navidades y en fechas señaladas.» [...] Amigos de la familia reconocen que padre e hija estaban distanciados desde hacía años. [...] Siendo adolescente, Desdemona fue arrestada por un delito relacionado con las drogas. También había acusado a su padre de abusos sexuales. Un amigo de la familia que desea permanecer en el anonimato añade que esas imputaciones «no tenían fundamento».

Regresé a la lista general de necrológicas.

Faltaba una.

Sentí un escalofrío, como si una gota de agua helada desafiara las leyes de la gravedad y me subiera lentamente por la columna vertebral.

Seguí repasando lo leído y volví a todas las páginas. Lo releí todo. Nada, ni una mención.

Entré en el sitio web del *Daily News*. Escribí: «Hotel Fairfax.»

Treinta y dos artículos.

Empecé con el que había sido escrito el día de la explosión. Aparecía una fotografía de los escombros. Una anciana lloraba en una esquina, los bomberos agachaban la cabeza en mitad de la calzada. Leí en diagonal todo el artículo. Pasé al siguiente.

Era básicamente lo mismo que había visto en los demás sitios, pero en orden cronológico. La explosión, los muertos, los héroes, el malo, la investigación, los entierros.

Tardé dos horas y no encontré nada de lo que buscaba.

Ya empezaba a creer que me había equivocado, que había malinterpretado un comentario dicho de refilón, nada más. Esas cosas pasaban a diario.

Decidí repasar los artículos de la semana siguiente, la última, a un mes de los hechos. Y nada más.

Después me desconectaría e iría a dar las buenas noches a mis hijos. Me metería en la cama con Kim y me acurrucaría contra su cuerpo caliente. Me dormiría sabiendo que todo iba bien.

Empecé por el lunes. Luego seguí con el martes.

Casi se me pasó por alto.

Era media columna, enterrada bajo un alud de información sobre el conflicto de Oriente Próximo, un triple asesinato cometido en Detroit y un escándalo matrimonial del alcalde de Nueva York.

«El heroico superviviente no era tan heroico», decía.

Lo pinché, contuve la respiración y empecé a leer.

Era un artículo de interés humano, de los que empiezan a publicar cuando se les acaban las historias de héroes y de víctimas, un texto que pretendía que el lector meneara la cabeza pensando en las tristes ironías del destino.

El cuerpo rescatado de entre las ruinas... sin identificación... en coma durante varias semanas... neurocirugía... las huellas dactilares le identificaron como... primero se le había dado por muerto... su coche estaba en el aparcamiento del hotel... una sentencia pendiente... un portavoz de la policía... la enfermería de la cárcel...

Lo leí detenidamente, de principio a fin. Y después lo releí, para estar seguro de todo.

La insulina de Anna.

Estaba hecha a partir de células pancreáticas de cerdo, que era como solía prepararse la insulina hasta que descubrieron cómo sintetizarla en el laboratorio, un avance relativamente reciente. Anna utilizaba la insulina de cerdo desde que le habían diagnosticado diabetes. Al probar la sintética el nivel de glucemia había subido y se había negado a bajar.

A veces sucedía, según nos contó el doctor Barón. Había pacientes que respondían mejor a la sustancia natural. Así pues, había seguido con ella. Nos informó de que estaban retirándola del mercado y cada vez costaba más encontrarla, pero también nos aseguró de que no había que preocuparse, porque siempre iba a haber farmacias que la despacharan.

Me puse a hablar con Jameel Farraday, que era asesor de orientación profesional, en el comedor del colegio.

Una vez al año, Jameel llevaba a presos de la cárcel de la zona al salón de actos del colegio con el fin de asustar todo lo posible a los alumnos del George Washington Carver. Los reos (algunos de ellos eran incluso del barrio) hablaban de drogas, de los errores que habían cometido y de la vida entre rejas.

Después había una sesión de preguntas. «¿Alguna vez has matado a alguien?», preguntó uno de los chicos a un ex yonqui que tenía una cicatriz que le recorría toda la mandíbula. Este respondió que no, y todos los alumnos refunfuñaron.

—Se me ha ocurrido una idea: que mis alumnos escriban cartas a presos —le conté a Farraday. Estaba comiéndose un puré de patatas lechoso y un pollo rebozado grasiento.

—¿Con qué fin? —quiso saber.

—Bueno, sería una cosa un poco como lo que haces tú, pero por escrito. Mis alumnos pueden trabajar la redacción y esos hombres pueden enseñarles alguna lección, quizá.

—Vale.

—Por cierto, he pensado...

—¿Sí?

—Es que un conocido mío acabó en la cárcel. Era de mi barrio de antes. Se me había ocurrido empezar con él.

—¿Por qué le enchironaron?

—No lo sé, exactamente. Por algo de drogas, creo.

—Ajá.

—¿Tienes idea de cómo podría enterarme de dónde está?

—¿Quieres decir en qué cárcel?

—Sí.

Farraday se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que puedo preguntárselo al contacto que tengo en la Oficina de Asuntos Penales de Chicago.

—¿Me haces ese favor?

—Claro, hombre. Si me acuerdo. ¿De dónde es?

—De Nueva York.

—Ajá. ¿Cómo se llama?

—Vasquez.

—¿Vasquez?

—Sí. Raul Vasquez.

DESCARRILADO CINCUENTA Y DOS

Me había encontrado.

Lo habían sacado de entre los escombros, pero sólo medio muerto. Había pasado varias semanas en coma. Estaba amnésico. Tenía el coche en el aparcamiento del hotel. No había aparecido por el trabajo. Lo incluyeron en la lista de fallecidos.

Le tomaron las huellas dactilares en un intento desesperado de que un cotejo sirviera para averiguar su nombre.

Era Raul Vasquez, un individuo que no se había presentado el día en que se había hecho pública la sentencia por dos acusaciones de agresión con lesiones y una de proxenetismo.

Fue trasladado a la enfermería de la cárcel hasta que estuvo lo suficientemente recuperado como para presentarse ante el Tribunal Supremo del Bronx, que dictó sentencia.

Sentado en su celda, había ido pensando y por fin había recordado algo, lo que le había contado Didi sobre mi hija, sobre la insulina especial de cerdo que necesitaba para sobrevivir. «¿Por qué de cerdo?», me había preguntado, como una amante interesada, no como una esmerada extorsionista decidida a sonsacarme todos los detalles. Sentado en su celda, Vasquez echaba chispas. Yo había conseguido ocultarme, desaparecer. Pero entonces se dio cuenta de que había algo que estaba obligado a hacer. Por muy bien que lograra esconderme, ese algo siempre iba a tener que hacerlo.

«Hola, soy el señor Widdoes. ¿Ha llegado ya la insulina?»

Cuántas farmacias debían de haber respondido que no, luego de preguntarle: «¿Qué Widdoes?»

Pero había seguido insistiendo, había seguido llamando. Tenía todo el tiempo del mundo, y motivación no le faltaba.

Quizás hubiese empezado por Nueva York, para después pasar a Pennsylvania. Y así.

Un día llegó a Illinois.

A la farmacia Roxman.

Y ese día, al preguntar si ya había llegado su insulina, el ayudante del farmacéutico le contestó que no.

Que todavía no.

«Pero estará aquí el lunes.»

Dos semanas después de la conversación que mantuve con Jameel, me buscó después de clase y me entregó una hoja.

—¿Esto que es?

—Tu amigo —respondió—. Pero hay tres.

—¿Tres?

—Sí, hay tres hombres cuyo nombre es Raul Vasquez, pero si es de Nueva York yo diría que debe de ser éste. —Señaló el primer nombre de la lista—. Yo diría que está aquí.

Tumbado en la cama, en nuestro dormitorio, no podía dormir.

Kim estaba adaptada a mis ritmos nocturnos y sabía sin ni siquiera mirarme que estaba allí, a su lado, totalmente despierto y mirando al techo.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Qué ha sucedido?

Aún no podía contárselo, no tenía valor. La primera vez habíamos logrado eludir la catástrofe; habíamos construido una nueva vida. Éramos felices. No podía anunciarle que no, que en realidad no habíamos escapado, que el pasado estaba a punto de atraparnos con sus dedos helados.

—Nada —contesté.

Estaba pensando.

¿Cuándo le daban la libertad condicional a alguien condenado a doce años?

¿Cuándo iba a salir?

Cuando estuviera en la calle iría a por mí. No lo dudé ni un instante. A por mi familia. Y entonces nos haría lo que les había hecho a Winston y a Sam Griffen, y al hombre al que había empujado a las vías en Lynbrook, y a saber a cuánta gente más.

Como el día que se había presentado en casa haciéndose pasar por deshollinador.

«Sé de una familia que se fue a la cama y a la mañana siguiente ya no se levantó.»

Sí, iba a ir a por mí.

—A no ser —susurré como un ferviente feligrés— que yo vaya antes a por él.

No sabía que me había enterado de que seguía vivo. No sabía que me había enterado de que me había encontrado.

Pero ¿y eso qué importaba?

Estaba encarcelado. Estaba entre rejas.

Para acabar con él tenía que introducirme en Attica.

Muy bien. ¿Cómo?

ATTICA

Era mi última clase.

La había marcado en el calendario con un círculo. Lo había ensayado todo en sueños.

Al pasar por el detector de metales, un celador que se llamaba Stewey comentó:

—¿Qué? El último día, ¿eh?

Casi me pareció abatido. Quizá la gente se acostumbra a quienes denigra. ¿Quién sabe si, una vez que los pierde, logrará encontrar a otros igual de buenos?

Antes de entrar en el aula, me detuve en la sala de celadores.

Era una simple habitación con mesas y sillas plegables y un televisor de trece pulgadas en cuya pantalla solían verse reposiciones de *El equipo A*. Estaba claro que a los agentes de prisiones les hacía gracia la chica de la serie. Sería la ropa ajustada que llevaba, porque aún colgaba de una de las paredes un viejo póster suyo. Alguien había dibujado a lápiz unos pezones encima de la blusa blanca.

Me serví un café. Eché leche en polvo a la taza y le di vueltas con un palito de plástico.

Como quien no quiere la cosa, me acerqué al museo de los celadores, situado en el rincón izquierdo de la habitación.

—Te dan el 12.01, colega —anunció Tommy *el Gordo*. Estaba respatingado entre dos sillas metálicas comiéndose una cena descongelada que había colocado encima de la mesa que tenía delante.

Es muy natural que los trabajadores de un centro adopten la jerga que se utiliza en él; los guardias de Attica hablaban muchas veces como los internos, y el 12.01 equivalía a conseguir la libertad (en mi caso, el aviso de despido).

«Quizá —pensé—. Ya veremos.»

Me tomé el café con calma y examiné detenidamente la colección de fierros y pinchos mientras Tommy *el Gordo* iba mascando una comida que en última instancia sólo podía dejarlo insatisfecho. Estábamos los dos solos en la sala.

Cuando por fin me volví y me marché, Tommy *el Gordo* levantó la vista, pero no se despidió.

Desde la sala de celadores hasta el aula tenía que pasar primero por una puerta negra cerrada con llave. Al llegar tenía que llamar dos veces con los nudillos y esperar a que me abriera otro agente. A continuación recorría el boliche, que era como llamaban a la principal travesía de la cárcel, seccionada por la mitad por una raya amarilla intermitente, como si fuera una carretera. Un lado era para los internos y el otro, para los celadores (o para esa gente que no acababa de ser ni lo uno ni lo otro).

Pasé junto a un agente que se llamaba Hank.

—Eh, tú, pringado —me saludó—. Voy a echarte de menos. Eras mi mejor colega.

—Gracias —contesté, aunque sabía que no hablaba en serio.

Cuando los alumnos se sentaron, les comuniqué que aquella era la última vez que los vería. Les dije que me había gustado darles clase y que esperaba que siguieran leyendo y escribiendo por su cuenta. Les aseguré que en las mejores clases el profesor pasa a ser el alumno, y los estudiantes se convierten en maestros, y que eso era lo que había sucedido en nuestro caso: yo había aprendido de ellos. Nadie se mostró especialmente conmovido, pero cuando terminé uno o dos me hicieron un gesto de asentimiento, como si fueran a echarme de menos.

Malik no estaba entre ellos. Tras la lección anterior me había entregado una nota en la que indicaba dónde iba a esperarme el autor de la narración.

Les dije a los alumnos que podíamos aprovechar esa única clase para una reflexión creativa. Les pedí que escribieran una redacción en la que explicaran lo que había supuesto el curso para ellos. Si querían, añadí, podían incluso escribir su nombre.

Entonces les dejé diciendo que iba al lavabo.

Pasé junto al celador negro que en teoría tenía que estar siempre ante la puerta del aula y que aquel día, sin que sirviera de precedente, en efecto se encontraba allí. Le dije que tardaría diez minutos en volver y me contestó:

—Ahora mismo me encargo de informar a la prensa.

Según Malik, iba a estar esperándome cerca de la farmacia de la cárcel.

Allí trabajaba.

Colocarse en la farmacia daba prestigio, según me había explicado Malik, porque desde allí se tenía acceso a los fármacos.

Y a otra cosa, eso lo sabía yo bien, pues también se tenía acceso a los distribuidores farmacéuticos, a quienes se podía llamar para preguntar lo que se quería saber. Por ejemplo, dónde se distribuía determinado tipo de insulina poco común.

Quizás en realidad no hubiese tardado varios años en encontrarme.

Volví por la bolera, recorriendo el mismo camino en dirección contraria. Seguí las indicaciones.

La farmacia era un largo mostrador protegido por una malla de acero. Me di cuenta de que había cárceles dentro de las cárceles, un axioma que también podía aplicarse a la vida en general. Era una de esas observaciones que habría estado bien comentar en clase; si no me hubieran despedido, claro.

Pasé de largo y seguí con buen ritmo por un corredor vacío que giraba bruscamente hacia la izquierda y que no parecía tener un final concreto, pero lo tenía.

Malik me había indicado dónde iba a esperarme, y yo me había encargado de explorar el terreno.

Se trataba de un hueco situado en mitad del corredor, una especie de escondrijo. En un centro antiguo como Attica, los había a montones, rincones ocultos en los que los reos realizaban transacciones, vendían drogas y se arrodillaban. Allí ajustaban cuentas. Un escondrijo, pero yo en realidad no quería esconderme, sino que determinada persona me viese muy bien.

Me metí en el hueco, que estaba totalmente en silencio, y me detuve.

—¿Hola?

Oía su respiración.

—Hola —susurré de nuevo.

Y entonces salió de las sombras.

Había cambiado. Eso fue lo primero que pensé. No se parecía al recuerdo que tenía de él.

Era la cabeza. Parecía más pequeña, con otra forma, como si se la hubieran apretado en un tomo. Tenía una cicatriz que le bajaba por la frente. Eso por un lado. Además, llevaba un tatuaje en el hombro derecho: la esfera de un reloj sin manecillas, un símbolo carcelario alusivo al tiempo que tenía que pasar allí. Y más abajo, en el brazo, otro tatuaje más concreto: una lápida con un número (el doce) alusivo a la sentencia que le había correspondido.

—Sorpresa —dijo.

No lo era, pero precisamente quería que creyera que sí.

—¿Qué tal estás, Chuck? —preguntó, y se sonrió como se había sonreído aquel día en la puerta de mi casa, cuando le había puesto la mano encima a mi hija.

—Larry.

—Larry. Sí, ya lo sé. Joder, tío, qué bien te lo has montado haciéndote pasar por muerto y todo eso. Se lo tragó todo el mundo, ¿eh, Larry?

—Todo el mundo no.

—No, es verdad. Tienes razón. No deberías haber dejado que mi nena te viera la cartera, Larry. Fue un error. Una gilipollez.

La acompañante del Crystal Night Club. Widdoes... «¿Te llamas Widdoes?», había comentado.

—Creía que estabas muerto.

—Ya te gustaría.

«Sí —pensé—. Sí, que me gustaría.» Y llega un momento en que hay que actuar para que los deseos se hagan realidad.

—Te he buscado, Larry. Por todas partes. Te llevaste algo que era mío, ¿sabes?, y quiero que me lo devuelvas. Por eso te buscaba. Bueno, al final te he encontrado. Te he encontrado dos veces.

—¿Dos veces?

—La primera en Chicago. Ah, sí... Fíjate por dónde. Te sorprende, ¿eh? Sí, sabía perfectamente dónde estabas. En Oakdale, Illinois. Y luego te acercaste a mí.

—Sí.

—Bennington. Aquí al lado. ¿Qué te parece esa casualidad? ¿Eh?

—Pues muy curiosa.

—¿Verdad que sí? ¿Sabes cómo te he encontrado?

—No.

—Por tu hija. Por las farmacias. Primero en Chicago. Después en Bennington. Y luego, de repente, sin darme cuenta, apareces por la puerta de la cárcel.

—Sí.

—Y me dije: «Aquí tienes el 12.01. Te lo ponen en bandeja.»

—¿Por qué no fuiste a saludarme?

—Sí que te saludé, tío. Le pedí a mi colega que te escribiera un buen saludo.

—¿A tu colega?

—A Malik no, a su amiguito. Es un profesor de literatura judío que se cargó a su señora. Escribe todas las peticiones de libertad condicional. Y también cosas muy guapas para que la gente se haga pajas. «Charley Schine se deja dar por el culo» es su última obra.

—Sí. Ha dado muy buen resultado.

—Se me ocurrió que al ver la historia de tu vida a lo mejor te abrías.

No, pensé, si hubiera contemplado la posibilidad de huir lo habría hecho en Oakdale. Era lo que había propuesto Deanna: «Vámonos de aquí.» Yo había contestado: «Muy bien, pero si huimos ya no podremos dejar de huir jamás. ¿Y si nos quedamos?» Y, así, había pedido un permiso y habíamos acabado en Attica.

—Tienes algo que me pertenece, Larry —dijo.

—Una parte era mía desde el principio.

Vasquez sonrió.

—¿Te crees que esto es una puta negociación? ¿Te crees que estoy regateando? Has metido la pata. Estás jodido. Es tu especialidad, ya deberías haberte hecho a la idea. Ponte de rodillas, abre la boca y humíllate. Quiero mi dinero.

—El médico dice que me hace falta esa mierda, ¿vale, tío? —gritaba alguien en la farmacia.

—Estás en la cárcel —observé.

—Y tú también. Estás encerrado. Estás cumpliendo condena. ¿Te crees que en la calle no va a pasarte nada? Venga ya, mamón. Puedo denunciarte. Puedo decirles: «Ese es Charley.» Eso si tienes suerte. Porque también puedo mandar a alguien a tu casa a que se folie a tu mujer. No sé... ¿Cuántos años tiene tu hija? Ya debe de estar de muy buen ver, ¿no?

Me arrojé sobre él.

El reflejo más simple se apoderó de mi cuerpo y me dijo: «Oye, vamos a detener a este tío, vamos a cerrarle la boca de una vez. Para siempre. ¡Venga!» Pero cuando me arrojé sobre él, cuando me tiré a buscarle la garganta, levantó la rodilla y me la encajó en el estómago. Se me colocó detrás, me pasó el brazo por el cuello y apretó.

—Se acabó, Charley —me susurró al oído—. Te he pillado, ¿eh? Qué casualidad que aparecieras en Bennington, ¿no? A sesenta kilómetros. Aquí al lado, vamos. Y entonces, como si esa casualidad no fuera suficiente, apareces un buen día y te pones a dar clases aquí. Menuda casualidad. Parece increíble, ¿no? ¿No es demasiada coincidencia? ¿A ti qué te parece, Charley? ¿No te parece demasiada coincidencia? No sé, la verdad. ¿Me has traído algún regalito, Charley? —Bajó la mano y me tocó el bolsillo derecho. Lo encontró. El pincho que había sacado del museo de los celadores—. ¿Querías agujerearme con esto? —Me lo sacó del bolsillo y me lo enseñó—. Ya deberías conocerme mejor, Chuck. «Claro que sí. Quedamos al lado del río. Claro que sí. Iré solo.» Claro que sí. O no, porque primero me topé con tu amiguito el cartero, ¿verdad?

Y le arranqué la cabeza de cuajo, ¿verdad, Charley? ¿Con quién coño te crees que tratas? ¿Te crees que soy un delincuente juvenil?

Apoyó la punta del pincho en mi garganta. Hizo fuerza contra la yugular. Entonces se puso a sonreír y me tiró al suelo. Me llegó un olor punzante: a orines y amoníaco.

Me entraron ganas de responderle en aquel mismo momento.

De decirle que sí, que claro que sabía con quién trataba. De soltarle que por eso había esperado seis meses en Bennington antes de presentarme al puesto de profesor de Attica. Por eso me había asegurado de que primero me encontraba allí, viviendo en Bennington y dando clases en un instituto, para que luego el trabajo en la cárcel pareciera, sencillamente, una gran coincidencia. Un trabajo en la misma cárcel en la que estaba preso él. Me entraron ganas de decirle que por eso aquel día me había dejado las llaves en el bolsillo, a posta, al pasar por el detector de metales, para ver si era posible entrar un arma. Una pistola. Y luego, al darme cuenta de que no, había empezado a visitar la sala de los celadores, porque me había enterado de que tenían una especie de museo.

Quería decirle que era cierto, que antes no sabía con quién trataba, que no lo sabía cuando estaba sentado al lado de Winston, cerca del río, ni después en el hotel Fairfax. Ni siquiera entonces lo sabía. Pero las cosas habían cambiado. Ya había aprendido.

Y una última cosa. Quería decirle una última cosa, para acabar. Quería contarle que, cuando estaba en el museo de los celadores, dándole la espalda a Tommy *el Gordo*, me había susurrado, para mí mismo, algo que había descubierto. Había sido como una oración dedicada al dios de los planes malogrados. Y es que había descubierto que para que Dios se echara a reír había que preparar un plan, pero para conseguir que sonriera había que preparar dos.

Dos.

Metí la mano en el bolsillo izquierdo. Saqué la pistola de madera y lata accionada por un muelle que había cargado con detenimiento en la sala de celadores.

Y le descerrajé un tiro a Vasquez justo entre los ojos, reflejo de su sorpresa.

TIMES UNION
UN REO MUERE EN ATTICA
TRAS INTENTAR MATAR A UN PROFESOR
por *Brent Harding*

Raul Vasquez, interno de Attica de 34 años, falleció ayer después de que la persona a la que intentaba asesinar lograra arrebatarse un arma de fuego confeccionada en la propia cárcel y herirlo mortalmente. Lawrence Widdoes, de 47 años, que daba clases de lengua y literatura a los presidiarios dos veces a la semana, fue atacado por Vasquez en las proximidades de la farmacia del centro. Un testigo que trabaja en esa zona de la prisión vio cómo Vasquez se lanzaba sobre el profesor. «Estaba ahogándole», asegura. Claude Weathers, también preso en Attica, añade: «Y entonces se oyó el petardo y Vasquez se desplomó.»

Widdoes, que quedó con el cuello amoratado, asegura desconocer el motivo del ataque, pero cree que puede estar relacionado con la severidad con la que juzgó a uno de sus alumnos, que era compañero de celda de Vasquez. Widdoes, cuya labor docente ha finalizado debido a recortes presupuestarios, se muestra feliz de seguir con vida, sin plantearse nada más. «Tengo la impresión de que me han dado una segunda oportunidad», asegura.

DESCARRILADO

CONCLUSION

Volví a casa.

Kim salió corriendo de la cocina, se detuvo y me observó, como si fuera una aparición. Asentí y susurré:

—Sí.

Se acercó poco a poco y se aferró a mí, envolviéndome como una manta.

«Tranquilo —venía a decirme—. Ya puedes descansar.»

Alex bajó las escaleras corriendo y gritando:

—¡Ha vuelto papá!

Me tiró de los faldones de la camisa hasta que lo levanté y lo abracé. Tenía la mejilla pegajosa de chocolate.

—¿Dónde está Jamie? —pregunté a Kim.

—Haciéndose la diálisis —contestó.

Le di un beso en la frente y dejé a Alex en el suelo. Subí las escaleras hasta la habitación de mi hija.

Jamie estaba enchufada a la máquina de diálisis portátil. Me senté en la cama, a su lado.

—Vamos a volver a Oakdale muy pronto —anuncié—. Y verás a tus amigos.

Asintió.

Actualmente tiene que hacerlo tres días por semana.

Se ha hablado de ponerla en una lista de dobles trasplantes de riñón y páncreas, la última esperanza para afectados de diabetes del tipo de la que padece ella, pero si se somete a él tendrá que pasarse la vida tomando fármacos inmunosupresores, de modo que no es fácil saber si de verdad su vida mejoraría. De momento, le conectamos las venas a esa máquina terrible tres veces a la semana y yo me siento en su cama, junto a ella, y escucho el runrún y el zumbido del aparato mientras bombea sangre por el cuerpo enfermo de mi hija.

A veces me quedo adormilado al ritmo de ese ruido y de repente Anna vuelve a tener cuatro años y estoy de nuevo con ella en el zoo en aquella mañana de domingo tan lejana, dando de comer a los elefantes. La levanto y la abrazo y noto su corazoncito, que se acelera para saludarme. Sopla una brisa fresca que se lleva las hojas de un rojo oscuro que han ido acumulándose hasta formar un manto.

Están solos Anna y su papá, que pasean juntos de la mano en busca de recuerdos.

Y entonces me doy cuenta de que voy a seguir aquí sentado eternamente.

Voy a seguir aquí sentado el tiempo que haga falta.

FIN

***Escaneo y corrección del doc original:
Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)***

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.